

CLASSIC REPRINT SERIES

---

# CRÓNICAS DEL CENTENARIO

---

La Colonia - la Patria Vieja

---



by  
Vicuña Subercaseaux

Forgotten Books

---

Forgotten Books

CRÓNICAS DEL  
CENTENARIO

La Colonia - la Patria Vieja

*by*

Vicuña Subercaseaux

Published by Forgotten Books 2013

Originally published 1910

PIBN 1400002145

[www.ForgottenBooks.org](http://www.ForgottenBooks.org)

Copyright © 2013 Forgotten Books

# Forgotten Books

## eBook Terms & Conditions

[www.forgottenbooks.org](http://www.forgottenbooks.org)

### 1. This eBook\* may be

- a. Distributed without modification or sale.
- b. Copied for personal and educational use.
- c. Printed for personal and educational use.

### 2. This eBook\* may NOT be

- a. Sold individually or as part of a package.
  - b. Modified in any way.
  - c. Reversed-engineered.



This eBook\* and all its content including images are  
Copyright © 2014 FB &c Ltd - All rights reserved.  
Forgotten Books is a registered trademark of FB &c Ltd.

**FB &c Ltd**, Dalton House, 60 Windsor Avenue, London SW19 2RR  
Company number 08720141. Registered in England and Wales.

\*eBook' refers to this PDF and any of its content including pages and images in either electronic or printed form.

The paperback edition of  
this book can be purchased from

**amazon.com**

**amazon.co.uk**

**amazon.de**

**amazon.fr**

**amazon.es**

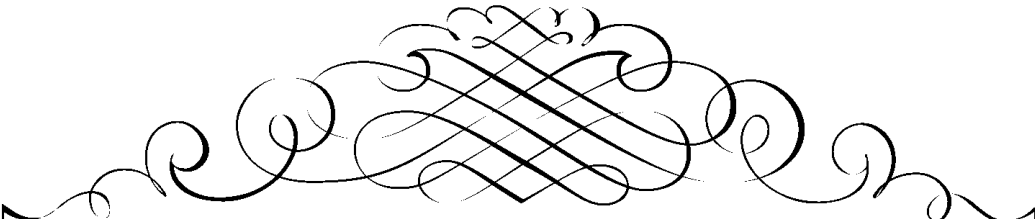
**amazon.it**



Over 1,000,000 eBooks  
are available to read at

**Forgotten Books**

**www.forgottenbooks.org**



484,473 eBooks  
are available to read at

# Forgotten Books

[www.ForgottenBooks.org](http://www.ForgottenBooks.org)



## Alchemy

*“In changing the base metals into gold and silver by the projection of the Stone, it follows (by an accelerated process) the method of nature, and therefore is natural.”*

The New Pearl of Great Price, by Peter Bonus, 1338 AD

[www.ForgottenBooks.org/Alchemy](http://www.ForgottenBooks.org/Alchemy)



# Forgotten Books

## Free App Download



Available on the  
**App Store**



Windows  
Store



ANDROID APP ON

**Google™ play**

Enjoy

**484,473 Books**

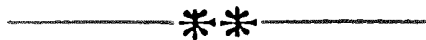
wherever you go

[www.ForgottenBooks.org/apps](http://www.ForgottenBooks.org/apps)



B. VICUÑA SUBERCASEAUX

94



# *Crónicas del Centenario*

*La Colonia-La Patria Vieja*

ATENEO DE MONTEVIDEO



SANTIAGO DE CHILE  
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO  
HUERFANOS 1036

—  
1910

---

ES PROPIEDAD

---





# DEL MISMO AUTOR

**UN PAIS NUEVO (Cartas sobre Chile) 1 vol. Paris. 1903.**

**LA CIUDAD DE LAS CIUDADES (Correspondencias de Paris) 1 vol. 1905.**

**GOBERNANTES I LITERATOS. 1 vol. 1907.**

**LA PRODUCCION INTELECTUAL EN CHILE. 1 vol. 1909.  
(Agotada).**

*Cumple Chile cien años de nacion independiente. Con este motivo, de mil maneras, se estudia i se muestra la grande obra realizada en tan corto plazo.*

*Me ha parecido oportuno, por lo mismo, recordar el período que terminó hace cien años: la Colonia,— i los primeros ensayos de vida independiente: La Patria Vieja.*

*Con la modestia con que tan medianos estudios históricos pueden ofrendarse a quien fué un grande historiador, los dedico a la memoria de mi padre, don Benjamin Vicuña Mackenna.*

B. V. S.

1910.

LA COLONIA





# La España en el siglo XVII

Paul de Saint-Victor, en su estilo paradójico i admirable, dice:

«La España del siglo XVII ofrece el fenómeno de una decadencia mortal en medio de un poderío intacto». (1)

Es la verdad. Las amputaciones que entónces sufrió el imperio de Cárlos V.—fueron el Portugal, la Holanda i otras provincias de Europa,—no lo afectaron. El coloso,—dueño de Milan i de Nápoles,—ponia sus plantas en dos mundos. Casi toda la América era suya.

Tal era la apariencia. La realidad era otra. El ejército español, despues de Rocroy, se componia de bandas de inválidos que agonizaban en las

---

(1) *La Corte de España bajo Cárlos II*, notable ensayo en el cual este estudio está inspirado.

guarniciones; un temporal deshizo la Invencible Armada; el territorio se despuebla; con la espulsion de los judíos i los moros cuatro millones de almas se han marchado de España; la América le cuesta veinte millones de hombres. Lo que queda de este pueblo esclarecido está encerrado en los conventos.

En 1619 se dice en las Cortes: «Si esto continúa un siglo mas, la España se estingue».

• Tal era el inmenso imperio. La palabra de Saint-Victor no es paradoja: «decadencia mortal en medio de poderío intacto».

Como no habia fiscalizacion pública, el Gobierno dejeneraba en torpeza i venalidad. Las ricas industrias de la España árabe se arruinaron. En las dos Castillas, Toledo i Córdoba, hai quinientos villorrios abandonados. El poco comercio que se hace está en manos de los judíos.

La agricultura ha desaparecido bajo la *mano muerta* del clero i la nobleza. La península nada produce. Sólo el marques de Jebraleon tiene algunos miles de ovejas en Estremadura. «Fuera de éste, i del duque de Alba i del conde de Oñate,—dice un contemporáneo,—todo el pais está en la miseria, incluso el Rei». El poco dinero que circula viene de Indias, i sólo alcanza para mantener la fastuosidad de la Corte.

El Gobierno maneja las finanzas sin órden ni talento. Los dineros del Rei no producen intere-

ses: quedan, a la manera árabe, amontonados en el subterráneo. Ahí entran las manos ávidas e indecorosas de los empleados públicos. Dice el refran: «El gobernador de Sicilia raspa; el de Nápoles come; el de Milan devora». ¿Qué podria no decirse de los virreyes de Méjico i del Perú? Esos funcionarios, a la distancia, libremente, legalizaron el fraude. Los reyes de España recibian los despojos de sus virreyes de Indias.

Sobre esto, las hipotecas i las deudas. De doce escudos por mes, cuyo sueldo era, los oficiales de Felipe IV, en diez años, han recibido seis escudos. Parece mentira, pero es histórico. Los soldados piden limosna. Como nadie les da, por la noche, se juntan con los bandidos i desvalijan a los pasantes. El pueblo se alimenta con la «sopa boba» que los frailes reparten. La miseria llega al palacio. Los camaristas están impagos i los pajes, arrojando la librea, desertan sus honores. La reina se endeuda para pagar su servidumbre. La venta de títulos de nobleza, i de induljencias en los jubileos, algo produce. Pero en Flandes se establecen jubileos gratuitos i ya es una renta ménos. Entónces el Estado, como un ladron, se hace monedero falso, o bien espropia los lingotes que llegan de Indias consignados a particulares. Felipe II la hizo mejor: solicitó i obtuvo un breve pontificio que le absolvía de obligaciones financieras; anuló por decreto todos los contratos i compromisos

pendientes en los mercados, so pretesto de que eran usurarios.

En 1679, no hai con qué atender los gastos del matrimonio del Rei con María Luisa de Orleans. Desde Felipe II, la correspondencia política de España no es sino un grito de miseria. Hai dias en que la Nacion ronda los malecones de Cádiz esperando el galeon de América. Si ha naufragado, si el enemigo lo ha hecho presa, o los piratas o los príncipes acreedores, el Estado se va a morir de hambre.

En tales trances, durante un siglo, gobiernan monarcas del mismo cuño. Felipe II fija el tipo físico i moral de los reyes de España. Así, idénticos a él, aunque mas pequeños, son Felipe III, Felipe IV i Cárlos II. Toda posibilidad de reaccion por el Rei desaparece.

Si la raza de Cárlos V no se hubiese estinguido, la sombra de Felipe II reinaria aún. Se ven los retratos en la galería del Escorial: todos tienen la misma máscara taciturna i pálida, con labios caídos i ojos soñolientos. La mirada es vaga, i sin embargo, hai en ella algo que obcede. Una tradicion española dice que es así la mirada de esos reyes, porque veian fantasmas. La característica de todos ellos es la semejanza. No se les conoce la edad: pueden tener,—en sus golillas ríjidas,—veinte o sesenta años indistintamente. Unos apa-



recen en partida de caza, otros en batalla, otros orando arrodillados. Todos son el mismo.

El parecido moral no es menor. Durante un siglo, los monarcas le imprimen el mismo carácter a la España i a la Corte. Ambas cosas se rijen por una política i una etiqueta, al parecer concebidas por un monje i un eunuco. En medio del poderío fantástico que ejercen i de las intrigas con que ajitan a la Europa, esos príncipes viven en una soledad sepulcral. Ordenándole al mundo entero, como la esfinge de Egipto, se quedan en el desierto. Viven en El Escorial, palacio edificado en estilo de claustro o de tumba. Los rodea la Corte, pero tienen con ella mui poco contacto. Esta se compone de cortesanos i de frailes que hacen la política de la Inquisicion.

Si Shakespeare dijo que Dinamarca olia a podrido, en España se respiraban emanaciones de cementerio. Hai la imájen de un rei de aquella época que tiene en su mano un globo terráqueo, símbolo de su poder. Ese globo, en esa mano, es la cabeza de muerto de Hamlet. Nadie habla en palacio. Todo se hace por el mudo ceremonial de la etiqueta o por escrito. Sólo se escucha, en la sala de Gobierno, el siniestro «veremos» que Su Majestad va dejando caer sobre las solicitudes de sus gobernados, que un monje-secretario le va poniendo bajo los ojos. «Veremos. . .» es lo único que hace, lo único que dice el Gobierno, a esa nacion

que agoniza, dueña del mas vasto imperio de la tierra.

De ese vasto imperio, el rei no sabe cuáles son sus Estados. Cuando los franceses se apoderaron de Mons, Cárlos II creyó que era a Guillermo III a quien Luis XIV arrebatava esa plaza fuerte. Así era en todo la ignorancia de los reyes.

La etiqueta embrutece a los príncipes, la etiqueta enfermiza i loca de la Corte de España, los embrutece i los mata. El vapor de un brasero asfixia a Felipe III. El paje encargado del calentador no estaba ahí. Se le busca. No se le encuentra. Como nadie sino él,—por la prescripcion del ceremonial,— puede tocar ese brasero, el Rei muere asfixiado.

Las cosas de la etiqueta española, en aquel tiempo, rayan en lo inverosímil. Prescribia el ceremonial que el Rei, en su viaje de verano a Aranjuez, gastara ciento cincuenta mil escudos, ni mas ni menos. Casi siempre el monarca no tenia esa suma. Pero el viaje podia hacerse con mucho ménos, con la mitad. Imposible! No estando prontos, para ser gastados, los ciento cincuenta mil escudos, el viaje no se hace.

Cuando María Antonieta de Austria, pedida en matrimonio por Felipe IV, iba a España para casarse, se detuvo en una ciudad cuya industria era de tejidos de seda. Solicitada la futura Reina para recibir en obsequio algunos pares de medias, las camareras, interpretando la etiqueta, responden:

«Las reinas de España no tienen piernas». La joven princesa, educada en el candor risueño de las cortes alemanas, creyó que le iban a cortar las piernas, i se puso a llorar. Referido el caso al Rei, éste sonrió por la inocencia de su novia. Fué la única vez, durante un siglo, que se vió sonreír a un rei de España, pues, aunque los rigoletos están ahí para hacerlo reír, asiste a sus payasadas con aire aburrido o grave.

La vida de los reyes era mas triste que la de los ermitaños. Al amanecer, tras un enrejado, oían misa. Despues, en silencio, se reunía el Consejo. En el comedor no se podía hablar; el almuerzo era una ceremonia culinaria. Paseos, por la tarde, en viejas carrozas con las cortinas cerradas. A veces cacerías sangrientas i litúrgicas como hecatombes. Diariamente, i mui prolongada, la conferencia con el confesor. El acostarse de los monarcas, por su gravedad i su pompa, parecía un entierro.

El ceremonial fijaba, durante el año, algunas fiestas. Consistían éstas en comedias, corridas de toros, autos de fe alumbrados con cuerpos humanos i procesiones en las cuales la galantería sensual iba a parejas con el misticismo. “Las bacanales en Madrid,—dice un historiador,—corrían al pié del Calvario.”

Se observa en la historia del mundo que los pueblos en decadencia, como para aturdirse, se entregan con furor a las pasiones físicas i cerebra-

les: la Grecia se embrutece en el sofisma i la retórica; Roma en las crueldades del circo; el Bajo Imperio en las cábalas de los concilios; Venecia en la embriaguez del carnaval.

Los que saben esa triste época de la España, están de acuerdo en reconocer que la sociedad abatida, durante el siglo XVII, se entregó a un erotismo místico cuyo estudio es mui interesante. El amor que entónces se vió en España no era el caballeresco i cándido de la época anterior; fué una galantería enfermiza, mezclada con los ardores del fanatismo. La mujer se convierte en ídolo que reclama un culto sangriento. Un conde enamorado de la reina Isabel, incendia un teatro para sacarla en sus brazos. En Semana Santa los amantes se flajelan al pié de los balcones que sus damas abren para deleitarse en sus quejidos cual si fuesen endechas.

La característica de la civilizacion española en ese tiempo, fué la mezcla híbrida de lo voluptuoso i de lo austero, de la licencia con la intolerancia. El misticismo tiene algo de libertino. A las imájenes relijiosas las cubren con ajuares de bailarina. ‘ En las iglesias se daban citas de amor’ (2). La gran beata de Castilla en el siglo XVII, Maria de Agreda, escribe pájinas sagradas cuya lectura prohiben a sus fieles los obispos de Francia.

---

(2) Memorias de la Corte de España en 1692.

Esta característica de una época, esta fusión de los ardores terrenales con las maceraciones de la fe, se trasluce y se fija en los cuadros de los maestros. Alguien ha dicho que las vírgenes de Murillo realizan el tipo de la “piedad profana.” Es la verdad. Las reinas del cielo que pintó ese hombre de genio son infantas de una corte galante a las cuales dan serenatas rondas de ángeles enamorados.

Este fué durante ese siglo, el carácter típico de la sociedad española.

El pueblo, en medio del trabajo suprimido, vivía pidiendo limosna. Pero, raza idealista i orgullosa, lo hace con dignidad i fiereza, cuando no por medio de las armas. Es la época de los hidalgos de la sierra que detienen al viajero, ríjidos en sus capas por cuyas roturas asoma el cañon de un arcabuz recortado; es la época de los “jentiles hombres de la soledad”. Una pereza invencible, algo como un sopor fatalista, se ha apoderado de ese pueblo que formó ántes el mas activo hormiguero humano. Los hombres vagan por entre los rebaños enflaquecidos, con caras tristes i enervadas. Como la Caldea en tiempo de los Patriarcas la España ofrece el espectáculo de un adormecimiento.

Con el desgobierno ha desaparecido la instruccion pública; la Inquisicion apaga las luces de la ciencia. En ese pueblo, que fué la fortuna, la inteligencia i la sabiduría de la Europa, vida i comer-

cio se deprimen. El intercambio vuelve a su noción primitiva: se cambian bueyes por trigo y rollos de cuero por pipas de vino. El judío, siempre activo e inteligente, siempre capaz de restablecer la riqueza, es perseguido por la Inquisición. Como ya no quedan moros que echar a la hoguera, el Santo Oficio las emprende con los judíos. En otras naciones, aunque aborrecidos i separados en su ghetto, los judíos son tolerados i se negocia con ellos. En España para Israel no hai tregua. El judío, con su admirable i heróica tenacidad, sintiéndose eterno, persiste en quedarse en la Península. Es el goce de los inquisidores: con los “marranos” alimentan las hogueras.

La Inquisición no sólo tiranizó a ese pueblo heroico; tambien depravó sus sentimientos. Para no ser su víctima, la nación se hace su cómplice. El pueblo, en torno del Santo Oficio, se convierte en acusador i en esbirro. Todo era delación. “Cada castellano es un espía”,—dice un verso de Víctor Hugo en un drama del siglo XVII. Impera la hipocrecía, pues el que hablaba su pensamiento iba a la hoguera.

La Inquisición forma el espíritu de esa época. Es el mónstruo que separa a la España del resto de la Europa con una barrera de tinieblas i de sangre. En ningun otro país tuvo carácter mas inicuo i sombrío. Los reyes tiemblan ante ella i asisten oficialmente a sus hecatombes. Felipe III, por

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

nunciados de “proposiciones heréticas”, caen a los sótanos del tribunal, i sus bienes se confiscan.

Es la Inquisicion un medio fácil i seguro para deshacerse de enemigos: basta con denunciar de herejía a tal o cual persona para hacerla desaparecer. Ante semejantes atrocidades los pueblos se sublevan. Rodríguez Buron refiere matanzas de inquisidores i saqueos de sus palacios. Eso es en Italia. La España acepta el yugo de la Inquisicion i con él se degrada. Los pensadores, los poetas, los sabios, son perseguidos. Los padres Isla i Feijoo, por haber hecho la historia de su tiempo, son procesados. El eminente Luis de Leon pasó cinco años preso en la “Secreta” de Valladolid.

Una hoguera se le prepara a la divina Santa Teresa, a quien el Tribunal juzga “hechizada”. Loyola i Francisco de Borja, duque de Gandia, acusados de mantener una órden intelectual (los jesuítas), estuvieron próximos a ser amarrados en el “potro” de los tormentos. En toda España, la Santa Hermandad va apagando las inteligencias como las luces de una fiesta antigua,—no otra cosa que una fiesta de ingenio i poesía fué la España anterior a la Inquisicion. Torquemada hizo quemar en autos especiales las Biblias, los Índices i todas las obras del jenio antiguo. El mismo Rodríguez Buron habla de una fogata en la cual ardieron seis mil volúmenes declarados peligrosos por el Tribunal i otros “por no haber sido com-



prendidos". Ya la España no comprende ni los idiomas extranjeros, ni las ciencias; nada de lo que ántes fué su luminoso privilegio. "Durante un siglo, —dice Michelet,—la España sólo tuvo, en el teatro, el hambriento bufo; en la sociedad, el libro de "Amadis"; para la conciencia, la lectura de los "Rosarios". La Inquisicion ahogó en sangre i humo la raza mas intelijente de la tierra. Supo unir a la ferocidad de los árabes el salvajismo sangriento aprendido en México a los adoradores de Vitzlipoutzli. He visto un cuadro de la época en que los inquisidores aparecen dictando su lei. Esos monjes, hijos jenuinos de la Inquisicion, tienen caras feroces. Hai un obispo en el cual se adivina una crueldad frenética. En lo alto ondula la paloma del Espíritu Santo. Pero esa dulce paloma,—segun la observacion de un escritor,—tiene garras i pupilas de buitre. Hasta los querubines que pueblan el cielo del cuadro parecen hacer jestos coléricos.

En esa España empobrecida por la despoblacion, agotada por el esfuerzo jigantesco de dominar al mundo, rebajada por el mal gobierno, la Inquisicion estiende su manto terrible i la convierte en la mas insociable i triste de las naciones. "La Inquisicion es el fierro candente que mata a la España" (3).

(3) Saint-Victor. "La Corte de España bajo Cárlos II".

Esta decadencia e incapacidad, la Europa las conoce i se rie de la España. Su política subterránea, que minaba al mundo, encuentra atajos; los hilos de su influencia se confunden i se pierden. Su “Despacho Universal”, que era como el Consejo de los Diez de la Europa, adquiere reputacion de demente. Las otras naciones se burlan de sus intrigas como de los embrollos de las comedias. Pero continúa la España adueñada del mundo. Nadie la teme, pero todos respetan sus posesiones i su integridad se conserva. La mantenia en pie la sombra aterradora de su pasada grandeza. Este es el fenómeno que ya dijimos: “la decadencia mortal en medio del poderío intacto”.

Recordemos un detalle, ántes de concluir, sobre el fanatismo en medio de esa espantosa dejeneracion moral i material. Segun una relacion francesa de aquella época (*Voyage d'Espagne*), los devotos se flajelaban en Semana Santa hasta el punto de caer postrados i no poder asistir a las iglesias.

El reflejo de esta penuria casi fabulosa se encuentra en la literatura de ese siglo, así como su místico erotismo se encuentra en el arte. “La bibliografía española del siglo XVII es oscura como la obra de Rivera”,—observa un crítico. Las novelas picarescas que, como por ironía, tanto abundaron en ese tiempo, se basan todas en historias de comilonas, en indigestiones colosales, que no

son otra cosa que la influencia del hambre atroz que se tenía en España. Hasta ahora ha quedado en el teatro español el tipo del hambriento. Recordemos el ayuno en las posadas de don Quijote. I ese mismo caballero, soñador i martirizado, descontento del mundo, sujiriéndole a su escudero la vision de una ínsula feliz, ¿no es acaso el retrato vivo de ese noble pueblo enloquecido por la miseria, aterrorizado por la Inquisicion? Admirablemente pinta Cervantes esa España disecada i muerta, en cuyo fondo, como una tierra prometida, relucen las bodas de Camacho.

A esto llegó en un siglo ese pueblo de Cárlos V que fué señor del mundo i lumbrera de la Europa. En ese estado hizo el descubrimiento i la conquista de América; la colonizó en medio de una profunda decrepitud. La América colonial es un reflejo de esa España decadente, un reflejo mas ensombrecido por la distancia, la soledad, el contacto con los indios, estimulantes de la ignorancia i la miseria moral.



## II

# La Real Audiencia

Año 1609.

Sesenta años hacia que Pedro Valdivia fundara la ciudad de Santiago, designándola capital de una nueva provincia agregada, por el esfuerzo de heróicos capitanes, al imperio inmenso de los Reyes Católicos. El Rei i Dios tenían ya su asiento en el ignoto pais de Chile.

La ciudad,—segun informe evacuado en aquel tiempo por el fiscal Celada,—no tenia sino doscientas casas, hechas de adobon con techumbre de paja. Formaban dichas casas dos calles paralelas que corrian del convento de San Francisco a la casa del Gobernador. Esta veíase a cuatro cuadras. en el ángulo de una plaza que cerraban, al occidente, un cementerio i un templo. Por el oriente la plaza se perdia en la pradera vírjen fecunda-

da en desórden por un rio escaso. No mas que eso era la capital de Chile. (1)

Era una ciudad sin historia. Pero no era un pueblo feliz. Sólo contaba, aparte de las inclemencias de la naturaleza, desesperados combates con los indios. Estos eran de un empuje i talento guerrero que en ningun otro punto de América otros indios mostraron. A despecho de un cordon de ciudades i fortalezas establecidas en el sur para contenerlos, solian llegar hasta Santiago en horda infinita. Preciso era resistirles i vencerlos, aunque los hombres de Dios i del Rei sólo eran cien i ellos eran mil. Las mujeres i las relijiosas debieron tomar armas. Ha quedado en la historia el nombre ejemplar de doña Catalina de Erazo,—la «monja alférez»,—oscura Juana de Arco de América i terror de los indios cual fiero capitan.

---

(1) En 1908, un diario de Bruselas, hablando en jeneral de esposiciones universales, publicó la noticia de haberse descubierto en los archivos de Madrid, una comunicacion de las autoridades españolas de Santiago de Chile, dándole cuenta al Rei de haberse celebrado, en dicha ciudad, en 1556, una *esposicion universal*, con mui lucida exhibicion de artefactos i productos. En tal caso Santiago de Chile habria sido la ciudad fundadora de las esposiciones. Eso no fué otra cosa que una de las tantas farsas que los conquistadores le hacian al Rei para interesarlo en sus empresas. Aquí se muestra lo que era Santiago en 1609. ¿Qué sería en 1556?

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

fundaron en el Nuevo Mundo hasta convertirlo en una colonia mística! Pero digámoslo también, hasta incorporarlo a la cultura latina.

Gobernaba el mas viejo i bravo capitán. Los alcaldes dirimían los litijios i todos trabajaban en pertenencias repartidas por el primer alarife, que lo fué en Santiago, don Pedro de Gamboa. El obispo, asesorado por algunos frailes, mantenía la fe que levanta el corazón, i las escasas nociones con que la ciencia teológica impidió que la barbarie volviese a la mente de los hombres que pisaban tan primitivo suelo.

Eso era todo.

---

Un nuevo orden de cosas comenzó el 7 de Setiembre de 1609. El Rei,—que lo era Felipe III,—convencido por las cartas de sus capitanes que Chile merecía agregarse a su imperio, ordenó que a Santiago se llevase el Sello Real, símbolo de sus leyes. Eran los depositarios del Sello Real cuatro altos personajes titulados «oidores» i formaban ellos la famosa Real Audiencia.

Esta institución,—agregada al mecanismo administrativo de España para atender al gobierno de las colonias,—llevaba consigo la representación del príncipe con sus derechos tradicionales i su etiqueta. Los oidores eran jueces llamados a oír i fallar, como el príncipe, los desacuerdos de los subditos i las competencias de autoridad. No po-



dian contraer matrimonio dentro del país sometido a su jurisdicción, ni tomar parte en negocio alguno. Esto, en América, fué la fuente de los innumerables escándalos que forman nuestra historia colonial. No eran siempre hombres dignos los representantes del monarca. Con frecuencia eran favoritos de poco valor moral. Al sentirse tan lésjos de Madrid i de Aranjuez, al ver que en las leyes de España para ellos no había sanción precisa; i al sentir, en cambio, la omnipotencia de su autoridad, los oidores morían ricos después de una vida no poco placentera. No prestaban atención a la draconiana austeridad de que la ley los revestía. En Chile,—que fué, talvez, donde los hubo más serios i distinguidos,—no dejaron de procurarles grueso material a una leyenda de escándalos i arbitrariedades.

Usaban los oidores,—además de su lujo asiático,—una peluca de alto copete. Por lo cual,—como eran ellos los principales personajes de su tiempo,—a la aristocracia se le ha llamado en América «jente copetona».

Con su copete, los oidores llegaron a Santiago, por primera vez, el 7 de Setiembre de 1609.

La Real Audiencia destinada a este reino se componía de cuatro oidores, que lo fueron don Luis Merlo, don Francisco Talaverno Gallegos, don Juan Cajal i don Gabriel Celada. Traían, como objeto sagrado, en una urna dorada, el Sello Real.

Este, depositado en la iglesia de San Francisco la primera noche, fué trasladado al siguiente día a las Cajas Reales, es decir, a la casa del Gobernador, que lo era el maestro de campo García Ramon. Iba la urna bajo palio, sobre un caballo overo, a cuyo flanco marchaba el obispo Pérez de García. Seguíanlo dos compañías: una de infantes, otra de caballeros. Una plebe monótona, compuesta de indios domados i de esclavos africanos,—asistia a ese desfile al cual la mísera colonia quiso darle la fastuosidad de las solemnidades europeas.

Esta fiesta fué una pobre i triste cosa: en el país sólo habia elementos para la miseria. Pero el esfuerzo fué grande. El Cabildo,—institucion local que se fundó por sí sola en las colonias de América,—gastó mil pesos,—segun documento dirigido al Rei,—en la recepcion de la Real Audiencia. Por lo cual, durante un siglo quedó en bancarrota.

Si no otra cosa que triste i pobre pudo ser la fiesta de su recepcion, la Real Audiencia, con su llegada a las colonias de América, daba principio a una nueva era, al verdadero réjimen de gobierno implantado por España.

Desde la instalacion de la Real Audiencia, el Gobernador,—ese simple capitán o patriarca que vimos,—quedó elevado al rango de Presidente o Capitán Jeneral, Presidente porque lo era de la misma Real Audiencia. El país se convirtió en

provincia limitada vagamente, i sometida al virreinato mas cercano, aunque la Real Audiencia tenia derecho de comunicar directamente con el Rei.

Chile fué una capitanía jeneral dependiente del virreinato del Perú. En el siglo XVIII se delimitó de un modo mas preciso, en dos provincias o «intendencias». Estas fueron los obispados existentes; el de la Concepcion, del rio Imperial al rio Maule; i el de Santiago, desde este último al Choa-pa. La Araucanía fué reconocida independiente, siendo éste uno de los mas graves errores de la administracion española en Chile. Los presidios de Valdivia i Chiloé pertenecian al virreinato del Perú. De aquí que, despues de la independendencia, Bolivia reclamase dichos puntos para el Perú i Colombia.

---

Venia la Real Audiencia a ejercer una obra de civilizacion i justicia. El pais, desde su llegada, adquiría el título de reino.

¿Qué reino era ese? Una inmensa e inculta rejion de montañas, bosques i torrentes, poblada por millares de indíjenas feroces, puesta en el mas lejano extremo del mundo, donde bien podia esclamarse melancólicamente «*fines terra!*»...

Andaban por todo el pais, andrajosos i cansados, cuatro o cinco mil españoles que buscaban oro sin encontrarlo i batallaban con los indios, dia

i noche. sin vencerlos. Habian fundado cinco ciudades.—La Serena, Santiago, Chillan, Concepcion i el fuerte avanzado de Castro,—si es que «ciudades» pudiesen llamarse agrupaciones de cuarenta o cincuenta ranchos levantados en sitios de cultivo fácil, detrás de palizadas en las cuales rujía sin cesar el amenazante «chivateo» de los araucanos.

En otras colonias los españoles contaban con la ayuda de los esclavos i de los indios mansos; en Chile no. Los esclavos eran llevados a las minas de Potosí y Huancavélica. Sólo quedaron los indomables araucanos. Las encomiendas de Santiago i Concepcion se veian despobladas. Dice el oidor Celada en 1610: «Hubo encomiendas de dos o tres mil indios; al presente no hai una que pase de cien».

El comercio existia apénas, pues, por año, no mas de dos buques llegaban del Perú. El campo, en una enorme estension, estaba sembrado de osamentas de jente blanca muerta por los indios. Habia, entre los troncos de la selva vírjen, cráneos metidos en cascotes de capitanes i otros en mitras de obispos.

Tal era el reino, al cual el príncipe, para dar principio a su Gobierno, mandaba el alto cuerpo creado para representar su autoridad i justicia.

Esperaban los aflijidos habitantes que la Real Audiencia fuese el arribo de la paz, del orden, del

progreso; que esos hombres ilustrados i probos, en los litijios i competencias supiesen determinar lo mejor i lo justo. Así consta de los escritos de ese tiempo. Cuán defraudados fueron!

La Real Audiencia funcionó en Chile doscientos años, de 1609 a 1810. Si se estudia en el curso de esos dos siglos, la influencia de dicha corporacion en la colonia, se encuentra que fué ella el atajo del bienestar i del progreso. Su administracion de justicia casi nunca dejó de ser arbitraria o venal; siempre fué engorrosa. Fiel reflejo de la España del siglo XVII, la Real Audiencia trajo a América el espíritu de intriga i de litijio que ha sido la peor herencia de esta raza. «Desde su llegada, observa un historiador, el almohadon de cada moribundo fué la primera página del cuerpo de autos». Es algo atroz la cabala jurídica de las colonias españolas. El espíritu absorbente de la Real Audiencia dió lugar a competencias de autoridad que anularon durante siglos la accion del Gobierno. Recordemos que ella venia para solucionar dichas competencias. . Forman la estéril trama de nuestra existencia colonial las pugnas del Obispado con el Cabildo Eclesiástico i las del Capitan Jeneral con el Ayuntamiento. El primer acto de la Real Audiencia fué una terrible disputa con el Obispo Pérez de García, quien con tanta pompa relijiosa recibiera el Real Sello. Su último acto, en doscientos años de lítis permanente, fué el

rompimiento con el Cabildo en 1810, con la independencia. Ahí está, como única historia de la colonia, el eterno relato de los capítulos conventuales, i los libros de Jines de Lillo, que fué algo así como el primer Conservador de bienes raíces.

Aparte de esto trajeron los oidores la soberbia, el «copete», la profunda i vana diferencia social, tan arraigada entre nosotros, i tan dañina. La Real Audiencia, mas que tribunal de justicia, fué escuela de aristocracia, semillero de condes i mayorazgos, que, mirando con desprecio el trabajo i la intelijencia, levantaron templos que todavía existen, aquí como en España, al orgullo, a la pereza, a la ignorancia.

Los oidores trajeron el lujo i la etiqueta, esa etiqueta española del siglo XVII que vimos en artículo anterior. Triste figura hacia en los polvorientos callejones de Santiago la dorada carroza de los oidores—fué la primera que se trajo al país. I su rigurosa cortesanía era cómica en esos palacios de paja i adobon. Treinta i ocho años despues de la llegada de la Real Audiencia (1647) el jesuita Ovalle escribe que los oidores «debían ahorrarse tantas libreas i galas superfluas...»

Pongámosle un paréntesis a este relato de defectos i desatinos, ya que obra de verdad estamos haciendo, para ver el único punto en el cual la Real Audiencia tuvo una acción benéfica. En la naciente América no sólo los indios eran bárba-

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

nombrado rejente u oidor de una Audiencia; el barbero de alguna persona real «staba seguro de ver a su hijo hecho administrador de Aduana». Así se formaban el gobierno i la administracion de Indias.

En cuanto a la moralidad i conducta funcionaria de los oidores, que realizaron un tipo comun en toda América, los mismos Ulloa i Juan cuentan casos en sus *Memorias secretas*. He aquí algunos casos. En la Real Audiencia de Panamá, uno de los oidores, por poder de sus colegas, era subastador público de las sentencias que la Audiencia debia fallar: éstas se daban á favor del que mas alto las pagaba. En las Audiencias de Quito i de Lima rejia una tarifa especial de prevaricatos. La de Chile escapó algo mejor; a veces notóse en ella cierto grado de honradez i dignidad, segun consta del mismo relato de Ulloa i Juan, implacables i profundos observadores de esa época.

El desgobierno, la pobreza i la inmoralidad, eran jenerales en el Nuevo Mundo. No podia ser de otro modo, ya que así era España, i que ésta, por sus instituciones, se reproducia en América. Son justas las palabras que un limeño escribió en los últimos años del siglo XVIII; ellas podrian ser la inscripcion lapidaria de la era colonial: «*Gobierno sin leyes. Ministros relajados. Tesoros con pobreza. Fertilidad sin cultivo. Sabiduría desatinada. Milicia sin honor. Ciudades sin amor patricio.*»



*Justicia sin templo. Hurto por comercio. Integridad tenida por locura. Rei pobre de leyes i tesoros».*

Las Reales Audiencias prohibaban ese estado de cosas. En 1780, cuando Carlos III mandó a México, en calidad de visitador, al célebre ministro don José de Gálvez, marques de Sonora, éste dictó una jeneral destitucion de oidores. En todas las Audiencias de América los oidores fueron renovados. Sólo en la de Chile, lo cual le hizo grande honor, uno de los oidores quedó en su puesto: el probo i severo rejente Alvarez de Acevedo, que fué por interinato, dos veces, Presidente del reino.

Así creyó el iluminado i enérgico Gálvez atacar el cáncer en su raiz. Tuvo razon. Pero llegó tarde. Ya tenia dos siglos la corruptela de la Real Audiencia.



### III

## La Inquisicion

Leí un folleto en 4.º, de 128 pájinas, editado en Santiago de Chile en 1862. Fué su autor el prebendado don José Ramon Saavedra i su contenido es una réplica al discurso histórico sobre la Inquisicion que por aquellos años don Benjamin Vicuña Mackenna leyó en la Universidad. Titúlase dicho folleto: *Rápida ojeada sobre aquella antigua institucion.*

Lo leí i me dejó asombrado. No me pareció posible lo que habia leído i, para convencerme, leí de nuevo.

Un hombre, un alto miembro del clero, en la segunda mitad del siglo XIX, en una capital que es un centro de cultura, defiende aquella institucion, no trepida en llamarse «el paladin de ella», i agrega: «La Inquisicion es una pobre víctima de calumniadores i mal querientes... Si en vez de ser

obra de la Iglesia lo hubiese sido de un filósofo como Diderot o de un regulista como Campomanes, el mundo moderno la veneraría. . . Dió por frutos las artes i las letras; únicamente que imponía una *licencia previa* (sic) . . . El tormento no era tan terrible como se ha creído; cuando el paciente sufría demasiado, se le aplicaba *otro tormento mas lijero* (páj. 31) . . . El Santo Oficio sólo tuvo correctivos saludables. . . Fué un santo i clemente tribunal (páj. 64) . . . Usó de la tortura de un modo moderado i humano. Rodeó a los reos, para no hacerlos sufrir mucho, de precauciones caritativas (páj. 68) . . . La Inquisicion no fué cruel ni sanguinaria i los que han dicho lo contrario son sólo calumniadores, descarados detractores i, por lo tanto, declarados enemigos del catolicismo. . . Los tribunales actuales, los jurados de imprenta, no son sino derivaciones de la Inquisicion, o mas bien dicho, degeneraciones, pues los modernos tribunales carecen de *idoneidad teológica*, etc., etc.» . .

¿Quién no sabe lo que fué la Inquisicion? ¿Quién no lleva como herencia, por lo que hizo sufrir, un sentimiento de horror por ella? Ahí está, en la historia de los tiempos modernos, su huella profunda de sangre i de fuego. De las aberraciones i crueldades a que la rapacidad i el fanatismo conducen, ella es el mayor ejemplo. Se ha dicho de ella, que es el «crimen humano que

Dios nunca perdonará». La Iglesia fué su víctima; i las artes, las letras i las ciencias, todo cuanto podia contribuir al bien i al progreso.

Dije algo, en artículo anterior, sobre la accion i la influencia del Santo Oficio en la España del siglo XVII.

Al leer, escrito por un hombre culto, el panegírico de la Inquisicion, creí estar soñando; o ese hombre me pareció un loco. El prebendado Saavedra fué un prestigioso miembro del Cabildo Eclesiástico.

Pensé que, talvez, en América no hubo Santo Oficio, o que, si lo hubo, no tuvo el carácter feroz con que lo encontramos en la historia europea. ¿Cómo esplicarse de otro modo la índole de ese escrito?

Pero en las sociedades de América del Sur se encuentran las mismas deformaciones i defectos que en la sociedad española la Inquisicion orijinó: la hipocresía, el temor a lo nuevo, el servilismo, la sospecha; todo lo que tambien en Venecia enjendró el Consejo de los Diez.

Si dicho Tribunal no hubiera funcionado en América, tales cosas habríanse atenuado con la trasplantacion i serian estas sociedades mas francas, mas progresistas, mas liberales i benignas.

Estuvo la Inquisicion en América i, como a la España, la llenó de tinieblas i de quejidos; como a ella, la degradó.

Fué de las instituciones que mas contribuyeron a reproducir en las colonias el espíritu de la metrópoli durante el siglo XVII. Fué de las que mas influencia tuvieron en la formacion moral de estos pueblos (1). Por lo tanto, cábele, en esta serie de estudios, aunque sea una «rápida ojeada». La *Rápida ojeada* del prebendado Saavedra sólo puede considerarse un curioso i tardío caso de fanatismo.

---

La Inquisicion existió en América con los mismos caracteres que en España. Nada dejó de hacer,—ni robos ni martirios,—que pueda justificar el panejórico del prebendado Saavedra.

En el Perú tuvo su antro principal. Son los escritores de ese pais,—Córdoba, Urrutia, Fuentes, Lavalle, Palma i García Calderon,—quienes han escrito sobre ella las mejores informaciones. En Lima, en 1854, se dió un drama titulado *El Inquisidor Mayor*. En Madrid, en 1863, don Luis Carreño dió a luz la novela *El Rei, la Inquisicion i el Nuevo Mundo*. Es una obra disparatada, cuyo argumento se desarrolla alternativamente en Madrid, Lima i Venecia. Pero no deja de sentirse

---

(1) Existen sobre la Inquisicion en América los notabilísimos estudios de don José Toribio Medina.

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

Hasta hace poco en dicho sitio, junto a la plaza de toros, se conservaron los sótanos de la Inquisición i sus infernales aparatos de tortura. No deja de ser sugestivo el hecho de que los españoles, en Lima, pusiesen la plaza de toros i el «quemadero» juntos. Eran los dos símbolos de su civilización. Tal los romanos de la decadencia ponían a los mártires en el circo.

Por la distancia, por la irregularidad,—digamos aunque ello parezca horrible,—con que se cumplían en América las órdenes de Madrid, el «quemadero» no funcionó aquí tan activamente como en España. Su principal objeto en Indias fué mercantil: denunciar como herejes o judíos a los comerciantes ricos,—tanto más si eran extranjeros,—i confiscar sus bienes i dineros. Estos podían estar seguros de no llegar a la hoguera siempre que rescatasen con escudos su derecho de ser herejes o extranjeros.

Salcedo, un millonario de Puno, ofrece al sornbrío don Francisco de Toledo, a trueque de su vida, enlozar con barras de plata las veredas de la ciudad de los virreyes. Tales hechos elevaron el Perú al rango de las tradiciones asiáticas.

---

La pobreza salvó a Chile del famoso Tribunal. La Inquisición de Lima quiso establecer en Santiago una agencia. Pero, como hubo en esta ciu-



dad una oposicion tenaz,—de la cual mas adelante hablaremos,—los inquisidores de Lima no manifestaron su insistencia terrible i triunfal.

El pais era tan pobre! Casi no valia la pena poner un «quemadero»... Consta en un documento de 1638 de cómo el dean Santiago, comisario de la Inquisicion en Chile, de las confiscaciones que hizo se vió obligado a pagarse en sebo i en suelas; «una que otra vez en barras de cobre».

Esto de las barras de cobre consiguió hacerlo el comisario tan «rara vez» que la Inquisicion comprendió que no le valia establecerse en Santiago.

La gran estafa que la Inquisicion trató de perpetrar en Chile fué la de los bienes del comerciante Pedro Martínez Gago, el hombre mas rico de la colonia, en aquel tiempo.

El Santo Oficio de Lima lo pretendió acreedor de un millonario portugués de esa ciudad, declarado judaizante. Pero la confiscacion que quiso hacer el comisario en Santiago, se vió envuelta en la secular resistencia que todas las instituciones de Chile (Cabildo Eclesiástico, Real Audiencia, Gobernacion, etc.) opusieron a los manejos del Santo Oficio.

Se sabe,—aunque de cierto modo misterioso,—que, años mas tarde, en 1770, agentes de la Inquisicion en Santiago sacaron de la casa de don Alonso de Guzman a un rico frances que ahí se

hospedaba i lo hicieron desaparecer; así como a otro extranjero, «hombre de muchos negocios», el cual, recién casado con una hija de la familia Irigóyen, fué a misa una mañana i no volvió más... Poco despues, los comisarios del Santo Oficio reclamaron sus bienes.

Así procedia la Inquisicion. I esto era en el pais de América en el cual no pudo o no quiso establecerse verdaderamente; en la ciudad que se hizo notar por la violenta i constante oposicion que la presentó. Si Santiago hubiese sido una ciudad de riqueza, o no la resiste, o cae toda entera en el «quemadero». Figuraos cuál seria la accion de este Tribunal en los puntos en que verdaderamente sentó sus reales!

---

En Lima i en Méx'co la cosecha fué mejor. «Tenia sus familiares en cada casa i se apoderaba de los secretos de cada hogar; no estaba sujeta a ninguna responsabilidad; no sólo condenaba los hechos, tambien los pensamientos». (*The rise of the dutch republic by John Motley.*)

No tardaba en conocer la pista de los tesoros i echar por ella sus teas encendidas. Hernando del Pulgar habia dicho en España: «El crimen de herejía no debe ser castigado con pena capital sino con multas pecuniarias». Este fué el lema de la Inquisicion en América. «Así,—dice un historia-

dor peruano.—la condenacion del reo era indefectible, aunque fuese positiva su inocencia. Cuando no se perseguia en él una venganza personal o un fin político, se perseguia su fortuna; habia, pues, que condenarlo».

Del producto de tan buenos o fáciles negocios, no todo llegaba a España. Como los oidores de las Reales Audiencias, como todos los altos funcionarios de Indias, los miembros del Tribunal del Santo Oficio «cuidaban sus personas». Era cosa comun en América,—i ello consta de historiadores como Simancas,—que las acusaciones de la Inquisicion se advertian i era dado evitarlas pagando a los señores inquisidores.

Esos dineros que no constaban de procesos, no iban al Rei. La correspondencia del honrado conde de Superunda está llena del denuncia de estos abusos, que no habia medio de corregir. «Seria inoficioso repetir,—dice en una carta,—que las bodegas de los inquisidores de Veracruz i Lima están siempre llenas de las mercaderías confiscadas a los herejes». Cada miembro del Tribunal tenia comercio. Miéntras el hereje agonizaba en el sótano sentia al inquisidor, arriba, en la tienda, espendiendo a buen precio las mercaderías arrebatadas.

Dejo por un instante la palabra al erudito escritor peruano García Calderon: «El entendimiento se ofusca i oprime el corazon al considerar el

número de abusos que pudieron cometer i en efecto cometieron los inquisidores. La política, por otra parte, dió lugar a que se acusase de herejía a los que parecían enemigos del Gobierno o profesaban ideas liberales. De este modo la Inquisicion, bajo el pretesto de conservar la pureza de la fe, sirvió, en realidad, para sostener el poder absoluto de los reyes, para oponerse a todo progreso i mejora material o intelectual, para establecer la dominacion de unos cuantos individuos i procurar el enriquecimiento de los mismos». Eso fué el Santo Oficio en América, segun palabra autorizada.

Como para los oidores, fué preciso decretar una visita especial para los maestros de la Inquisicion. Las depredaciones i los escándalos de éstos habian llegado a su colmo. Bajo el virreinato del conde Villa García, los inquisidores Cristóbal Calderon i Diego de Unda provocaron, por sus robos, ajitaciones populares i fué preciso denunciarlos a la Corte de España,

Vino entónces a América, en calidad de visitador, uno de los Consejeros de la Suprema de Madrid, don Antonio de Arenaza. Esto sucedió a mediados del siglo XVIII. «Pero aunque se tuvo por cierto que los inquisidores apartaban para ellos los caudales del Santo Oficio, ningunas diligencias fueron suficientes i toda la eficacia del visitador sólo produjo la formacion de muchos cua-

dermos de autos». (Memoria al Rei de don José A. Manzo de Velasco, conde de Superunda. *Coleccion de los virreyes*.—Perú, páj. 69).

«¿Cómo hubiese podido ser de otro modo? La Inquisicion tenia la influencia de un horrendo fantasma que se dejaba sentir en todas partes i hacia estremecerse de espanto». (García Calderon).

---

No se crea que los «quemaderos» permanecieron apagados. Todo el tiempo estuvieron encendidos, levantando sobre la América columnas de humo que eran el símbolo de ese poder siniestro. Con frecuencia la «caleza verde» (2) pasaba llena de condenados.

En Lima, el primer auto de fe con hoguera se hizo en celebracion de la llegada del virrei Martin Enríquez i tuvo lugar el 29 de Octubre de 1581. Se quemó entónces a Juan Bernal i a otros herejes.

El último auto se eelebró en 1776. Hubo uno célebre; en Enero de 1639, lo hizo Juan de Mañozca; en él se quemaron doce mercaderes portugueses que resultaron ser, por *rara coincidencia*, los mas acaudalados de Lima.

Segun una estadística de Fuentes, en ese período de noventa i cinco años el número de quemados fué de ochenta i seis. Eso es modesto si se le

---

(2) El carro en que iban los condenados de la Inquisicion.

compara con la actividad de los quemaderos que funcionaban en España; pero, en fin, salvó en América el buen nombre de la Inquisición. . . Agreguemos que ésta tuvo en Lima víctimas famosas, como la hechicera Anjela Carranza, comparable a Ines de Castro.

En la opulenta México, el Tribunal desplegó tanto lujo de sangre como en España. Ahí también tuvo su Torquemada; i fué mas terrible, como si se hubiese contagiado de la ferocidad de los cultos aztecas. Según la *Monarquía Indiana*, obra del propio Juan Torquemada, en México, de 1574 a 1593, en 19 años, se celebraron nueve autos de fe, concurriendo a cada uno de cuarenta a sesenta penitenciados. A otros autos de fe que hubo posteriormente concurrieron mas de cien condenados, a cada uno.

Este fraile i escritor, Juan Torquemada,—gran boneton del Santo Oficio de México,—no sabemos si era o no pariente del famoso Tomas de Torquemada. Pero sí puedo decir que fué un adorador fanático de la Inquisición. Tal lo demuestra en los capítulos de [su obra la *Monarquía Indiana*, cuando describe escenas de tormentos realizados por el Tribunal, o quemazones de herejes en la plaza pública. ¡Cómo se deleita! El funesto aparato de la Inquisición le parece «suntuoso». El espectáculo de esos virreyes endurecidos por el fanatismo, rodeados de una corte que parodiaba

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

Segun Rodríguez Buron, hubo religiosos domínicos i franciscanos que, creidos por la multitud amparadores de la Inquisicion, «prefirieron morir de muerte violenta».

Los últimos cien años de la Inquisicion fueron una lucha a muerte entre ella i el pueblo. Este se lanzó al asalto de los quemaderos i de los potros de tormento, sin arredrarse ya por el temor a Dios. Dios habia abandonado al Santo Oficio. Comenzaba en el mundo la renovacion filosófica que habia de constituir una nueva era de clemencia i libertad. La civilizacion triunfaba i lo primero que habia de destruir era ese ignominioso Tribunal.

El Rei tambien lo abandonó. El iluminado i progresista Cárlos III, se hizo el enemigo personal de la Inquisicion. Destruirla fué una de las tareas,—árdua tarea,—de su glorioso mando.

La América tambien levantó su cuerpo atormentado en contra del poder inquisitorial. Hubo dos bandos que se batian en las calles al grito de «¡Aquí de la Inquisicion!» «¡Aquí del Rei!» Estos triunfaron, por fortuna.

Por real cédula de 20 de Junio de 1752 se ordenó una visita especial a la Inquisicion de todas las Españas. A eso condujeron las tropelías, los robos, los crímenes de mas de dos siglos.

Aunque mucho le costó, el virrei Manzo, con



toda enerjía, hizo cumplir en el Perú la real cédula de 1752.

Se vino al suelo el prestigio de los inquisidores; se les vió encarcelados por ladrones del pueblo i del Rei.

Bajo el reinado de Cárlos IV (1788-1808) la Inquisicion sólo existe por el impulso de su poder anterior. Es un Tribunal de cuyo terrible aparato ya no se hace caso. En el pueblo de Esco, el cura Miguel Solano predica por las calles contra de la isonomia de los clérigos i los obispos. ¡Figuraos qué hubiese sido de él en otro tiempo! Ahora se le deja en paz.

En 1806, el hereje Stevenson, acusado por el Tribunal, miéntras se le seguia el proceso, almorzaba i aun se «embriagaba» en compañía de los inquisidores. El mismo Stevenson refiere que, mas tarde, cúpole asistir en la capilla de la Inquisicion, a un «auto privado». Eran los penitenciados, un clérigo gordo i un hechicero. Este último, miéntras duraba la relacion, no podia contener la risa i todo el auditorio lo acompañaba. La tragedia de dos siglos acaba en sainete.

Napoleon abolió el Santo Oficio en España por decreto dado en Chamartin el 4 de Diciembre de 1808. Las Cortes españolas ratificaron dicha abolicion en 1813. En sus últimos años, como ya lo dije, el Tribunal, aunque tuvo amagos de resurreccion, fué «para la risa». Su recuerdo anterior

nunca dejará de ser uno de los mas trájicos i vergonzosos de la historia de los hombres.

---

En la Capitanía Jeneral de Chile, el Santo Oficio encontró una resistencia violenta. Cabildo, Gobernacion i Audiencia, todas las corporaciones que jeneralmente estaban de punta entre ellas, se pusieron de acuerdo para oponerse a la Inquisicion. I lograron su intento; al ménos, lograron que el Tribunal no se instalara en forma, dándole con esto a Chile un nuevo carácter favorable i propio en el conjunto de las colonias españolas. La terrible herencia de la Inquisicion pesa ménos sobre nosotros.

En 1635 la Inquisicion de Lima, siendo su jefe el tremendo Juan de Mañosca, nombró comisario en Santiago al dean de la Catedral don Tomas de Santiago, con cargo de establecer el quemadero.

Por ese mismo tiempo, el Rei Felipe IV habia separado de su erario la mantencion del dicho Tribunal. En consecuencia, para su mantenimiento en América, se dispuso de una canonjía de cada una de las ocho catedrales existentes. Se prescribio a los colonos de Indias que pagasen por ser quemados vivos. . . . El primer prebendado que muriese en cada cabildo eclesiástico no debia ser repuesto; su renta se adjudicaba al sosten de la Inquisicion.

En Santiago los años pasaban i ningun canóni-

go moria. Esto desesperó al comisario del Santo Oficio, el cual habia establecido agencias en La Serena i en Concepcion. Ahí confiscaba algunos dineros de pretendidos herejes. Estos dineros eran pocos, porque el pais era pobre i la resistencia era grande. El comisario preferia tener la renta canónica que una real cédula le otorgaba. Pero para eso era preciso que muriese un prebendado. «¡Qué canónigos de mas larga vida!»....

Ninguno murió. Pero uno, ya mui viejo, siguiendo el ejemplo de Cárlos V al retirarse a Yuste, se hizo fraile franciscano. Fué éste el prebendado don Francisco Navarro.

Al verlo hacerse fraile, el dean Santiago quiso que se le declarase «muerto civilmente» i reclamó su canonjía, en su calidad de comisario de la Inquisicion, segun lo prescrito por la real cédula.

La Real Audiencia, el Cabildo, el Gobernador, todos se opusieron a la pretension del comisario. El canónigo Navarro estaba vivo; se le hizo salir del convento para que asistiese a las reuniones del Cabildo Eclesiástico; no se le podia quitar su renta.

Llegaron órdenes de Madrid i de Lima a donde habia hecho reclamo el porfiado i mañoso comisario. Fueron desobedecidas. Entónces el agente del Santo Oficio escomulgó al Cabildo Eclesiástico de Santiago; éste, a su turno, escomulgó al agente del Santo Oficio. Armóse uno de los capí-

tulos mas largos i divertidos de los tantos que forman nuestra historia colonial. El dean Santiago era un verdadero empecinado. . . .

A todo esto, un canónigo vino a morir verdaderamente. Pero el comisario, obsecado, no quiso esa renta i continuó reclamando la del canónigo Navarro. Conjuntamente el comisario embargó, por órden del Santo Oficio de Lima, los bienes de Martínez Gago, ese hombre que, como anteriormente dije, era el mas rico de Santiago. Tenia parientes i amigos en la Iglesia, en la majistratura, en todas partes. Canónigos i oidores se opusieron a la ejecucion del embargo. La resistencia al Santo Oficio se hizo en forma de rebelion. El dean Santiago aceptó la declaracion de guerra. Reunió a sus pocos adeptos i publicó por bando la bula de Pio V, el estado de sitio de la Iglesia.

Durante cinco años fué una chicana atroz: escomuniones, carcelazos, embargos, iban i venian. Se trataba de saber cuáles eran las escomuniones válidas: las del inquisidor o las del obispo. El Papa fué consultado; se vió en conflicto. El virrei del Perú, conde de Chinchon, hubo de intervenir en «caso de concordia». Los bandos andaban por la calle gritando: «Aquí de la Inquisicion!» . . . «¡Aquí del Rei!» . . .

Esto duró hasta que vino al obispado de Chile el eminente fraile Gaspar de Villarroel. Este con su «enérjica dulzura» supo hacer entrar en vere-

da al dean Santiago, tomándolo por su condicion de canónigo. El terrible comisario continuaba batiéndose solo contra oidores i prelados, los cuales, segun su pintoresco decir, «se hacian juntos la barba i el copete».

Tuvo el comisario un ajente en la Serena, un cura Ampuero, parecido a él en lo recalcitrante. A éste lo pacificó Villarroel, al pasar por ahí, diciéndole que «si no amainaba lo llevaria a Santiago atado a la cola de su caballo». Ese admirable obispo, a la sublimidad del Evangelio unia la accion de hombre de guerra; era como esos de los primeros tiempos del cristianismo que salian a sostener la fe con casco i chafarote. Poco despues amansó al dean Santiago, enviándole tranquilo a su iglesia, notificado de que «de su pluma i de su lengua dependia su vida».

La Inquisicion, en Chile, aunque nombró otros comisarios i algunas depredaciones cometió posteriormente, nunca pudo establecer el quemadero ni armar el potro de los tormentos.



Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

monarca,— ha de hacerles reconocer los beneficios de Dios Nuestro Señor i sacarlos del miserable estado de su jentilidad, trayéndolos a nuestra santa fe católica i vasallaje nuestro...» Inspirándose en la misma escuela, Felipe III ordenaba, por real cédula de 26 de Mayo de 1609: «No se pueden prestar los indios, ni pasar de unos españoles a otros, ni enajenarlos por, vía de venta, donacion, testamento, paga, trueco, ni otra forma de contrato, con obrajes, ganados, chacras, o sin ellas».

A fin de suprimir el comercio que se hacia con los indíjenas, la cédula de Felipe III agrega: «Deben ser libres como los mismos españoles».

Los infractores de tales prevenciones incurrian en «pena de vergüenza pública i en destierro perpetuo de las Indias».

Años mas tarde, con igual sentimiento se pronunciaba el Consejo de Indias.

Pelipe IV, en 1624, ponía al pié de una real cédula: «Quiero que me deis satisfacciones, a mí i al mundo, del modo de tratar a esos mis vasallos...» Le llegaban noticias de no ser seguida la tradicion de bondad que los reyes quisieron fundar desde el dia mismo del descubrimiento de América.

En documentos posteriores vemos subir de punto esa delicadeza de los monarcas. Hai recomendaciones a los virreyes i a las Reales Audiencias en las cuales se ordena vender a los indios cuanto



necesiten, a precio reducido. «Debe hacerse.— dicen las recomendaciones,—una tasacion especial a fin de que compren mas barato que la otra jente, en atencion a su pobreza i trabajo».(*Recopilacion de Indias*).

Esta amorosa filosofía para con los indios va en aumento de monarca en monarca. Uno de ellos fué hasta ordenar que, en las capitulaciones para nuevos descubrimientos, se escusara la palabra «conquista», usándose en su lugar las de «pacificacion i poblacion». Este documento termina como una página del Evangelio: «Que todo sea paz i caridad; que nunca se haga agravio a los indios...» (*Recopilacion de Indias*).

Tan bello espíritu de sociabilidad i de amor, causa contraste con las ideas i sentimientos que dominaban en esos siglos de autoridad i de privilegios, cuando las castas se basaban sobre la esclavitud i la Inquisicion ejercia su suprema lei. Los príncipes eran la fuente i como el oríjen vivo de la explotacion i el despotismo. En su nombre, i en el de Dios, ardian los quemaderos i se echaban cadenas a la multitud. De pronto, aparecen ellos como paladines de una dulce hermandad que sólo para los indios debia tener lugar; para los indios!... los seres sin fe, sin cultura, sin amparo... Es extraordinario! Hai en esta filantropía, —que no puede dejar de contrastar con el am-

biente de la época,—una razon política que mas adelante veremos.

---

De este sentimiento de los monarcas de España o, mas bien dicho, de esta habilidad de su política, una lejislacion fué naciendo, destinada a rejir en las Indias las relaciones entre indíjenas i españoles o criollos.

Era preciso,—tanto por los fines morales como materiales que se perseguia,—reducir a los indios para hacerlos trabajar i para imponerles la fe cristiana. Este fué el gran problema de la conquista i la fácil obra (salvo el caso de Arauco) de la colonia.

Se comprendió, desde luego, que como los indios vivian dispersos, habia que agruparlos en ciudades para utilizarlos i «hacerlos gozar del socorro de los ministros reales i cosas espirituales».

Los conquistadores se hicieron grandes «repartimientos» de indios que administraban a chicote, sin tener ni obligaciones ni responsabilidades hasta que la lejislacion que he dicho vino a reglamentar este punto.

Esta lejislacion creó, por medio de disposiciones que se fueron agregando unas a otras, el sistema de «encomiendas». Las «encomiendas» eran agrupaciones de indios hechas i utilizadas por un español o criollo, pero el cual debia considerar a

los naturales «vasallos libres» i debia tener, junto a su propia autoridad, la de un alcalde indio.

Dichas «encomiendas» las concedia el Rei por término de dos vidas (la del agraciado i su sucesor.). Algunas concesiones se hicieron por cuatro vidas (*Recopilacion de Indias*).

Durante todo el tiempo hubo empeño de los «encomendadores» porque se hicieran a perpetuidad. En esto gastaron influencias i dineros hasta llegar a hacer vacilar a reyes como Carlos V i Felipe II. Pero al fin,—observándose que las concesiones a perpetuidad podian dañar el poder real,—éstas quedaron temporales.

Podian quitarse las concesiones, si no se cumplia lo prescrito, siendo la mayor razon para quitarlas el mal trato dado a los indios.

Podian conceder «encomiendas», los virreyes, los presidentes i los gobernadores. Pero tales concesiones habian de ser confirmadas por el Rei. «Su Majestad era quien verdaderamente las otorgaba». (*Recopilacion de Indias*).

Estuvo en vijencia el sistema de «encomiendas», por todo el período de la colonia. Se le hizo, sí, una modificacion sustancial: la de librar a los indios del «servicio personal».

Dentro de las «encomiendas», los indíjenas le pagarian un tributo al encomendero; pero el encomendero no podria atribuirse derecho sobre las personas de los indios. Esto se dispuso en virtud

de las constantes i terribles revelaciones que a España llegaban sobre el trato dado a los indios. Porque, ya fuera en los repartimientos o ya en las encomiendas, i a pesar de esas leyes humanitarias, los españoles trataban, i trataron siempre, brutalmente a los indíjenas. En vano recomendarían los reyes que el sistema fuese aplicado «con suavidad i blandura», para que los indios rebeldes, «viendo el buen tratamiento i amparo de los ya reducidos, acudiesen a ofrecerse de su voluntad». (*Recopilacion de Indias*).

En esto los reyes,—mas adelante lo veremos mejor,—fueron burlados; en esto i en tantas otras cosas!... Las «encomiendas» fueron una iniquidad, una esplotacion, una paliza sobre los pobres indíjenas que duró trescientos años, arraigando en América el despotismo de las clases superiores.

Hubo almas caritativas, espíritus justicieros, que dedicaron su vida a defender a los indios de la cruel rapacidad de los europeos, viendo modo de hacer cumplir las buenas ordenanzas dictadas por los reyes. Estos dejaron nobles recuerdos; salvaron un poco el prestigio moral de la raza latina que se ha dicho «civilizadora», con justicia, es cierto, pero que tambien ha sido cruel, maligna, metalizada. Así lo fué en América, donde, junto con su cultura, importó vicios i malas pasiones.

El mas ardiente defensor de indios, por aquel tiempo, i quien obtuvo la reforma en lo tocante

al «servicio personal» fué el obispo de Chiapa, de evanjélica memoria.

De esta reforma—del servicio personal—nunca se hizo caso. Los naturales continuaron agonizando bajo una esclavitud rigurosa. Los hombres eran mano de obra, las mujeres bestias de carga. Se les llamaba a los indios de las encomiendas, en México, «naborios»; en el Perú, «yanaconas»; en Chile, «inquilinos». Aun se llama con estos nombres, en los tres países, a cierta desgraciada categoría de hombres que trabajan en los campos, donde priman sobre las leyes modernas las influencias tradicionales. Son pobres seres que viven en la ignorancia i en el afecto,—o el terror, hereditario, de un patron que los hace trabajar como esclavos. Nuestras grandes fincas modernas son las «encomiendas» de la colonia.

---

Dije ántes que el espíritu humanitario, verdaderamente amoroso, manifestado a los indios por los reyes, se debia a una razon política, a un temor. Ello se comprende con el estudio del sistema. Las encomiendas eran una especie de feudalismo, correjido i enmendado en ventaja del soberano. Desde luego, la facultad de otorgar esas encomiendas tan lucrativas daba al monarca un nuevo poder. Se observa en seguida el hecho de quitarse a los encomenderos, por medio de un alcalde indio, la jurisdiccion sobre los naturales.

Los encomenderos debían vivir fuera de la «encomienda», en la cual sólo tendrían bodegas; ni una noche podían pasar dentro de ella, ni tampoco los parientes de los encomenderos, bajo ningún pretexto.

En toda legislación de Indias domina la tendencia a conservar al monarca la fuerza de su autoridad. Dicha tendencia, en ningún ramo se manifiesta mejor que en el trato de indios. Esto era, en efecto, lo más peligroso. En los naturales los colonos podían encontrar vasallos. El Rei no quería que sus vasallos tuviesen vasallos. Recordaba los varones de la Edad Media que, rodeados de su jente, marchaban contra él. Esta es la causa de la filantropía, del esfuerzo gastado por los monarcas para enaltecer a los indios, para sustraerlos a la acción avasalladora de los colonos.

---

Hubieran podido los monarcas ahorrarse el trabajo de dictar sus benignas disposiciones: todas quedaron como letra muerta.

Los conquistadores i colonizadores de América, —siendo con los indíjenas tan crueles e inhumanos,— echaron una mancha sobre la humanidad civilizada. Confirmaron el *vae victis* como nunca se había confirmado. De tanta explotación e iniquidad el mundo se escandalizó. Queda la obra del obispo de Chiapa como eterna i abrumadora acusación.

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

vejaciones i robos—que con los naturales se cometian—la escomunion *lite sententiae ipso facto incurrenda*. De ella, en lo referente a indios, los españoles de América harian tanto caso como de las ordenanzas reales. La paliza sobre los esclavos continuó.

Idearon los colonos sistemas mui ingeniosos para seguir esplotando a los indios como bestias, a despecho de las órdenes del Rei i de los anatemas del Papa.

Hubo uno, el licenciado Juan de Herrera, que para esplotar i matar indios sin temor a escomunion—porque los misioneros, únicos que salvaron el buen nombre del corazon humano en esa orjía de sangre i de oro, hacian valer la escomunion en defensa de los indíjenas—inventó el espediente de acusarlos en masa i de formarles proceso. Así lo hizo con los araucanos. Los acusó de haber dado muerte a españoles i de oponerse a la predicacion del Evangelio. Nombró un fiscal acusador i un licenciado para la defensa. El proceso se desarrolló en forma. Escusado es decir que los indíjenas no se presentaron a las notificaciones. Sólo el fraile Jil de San Nicolas, uno de esos hombres sublimes de la escuela de Bartolomé de Las Casas, verdadero santo en la virtud i el amor a los ignorantes i desvalidos, quiso hacerse parte en el juicio por cuenta de los acusados. No se le dió lugar.



Con agravacion de rebeldía, el juicio llegó a estado de sentencia. El juez—que era el propio Juan de Herrera—dictó una sentencia condenando a muerte a todo el pueblo araucano.

Así quedaron justificadas las incursiones a sangre i fuego que los españoles hacian en tierra indígena. Ya que ni Dios ni el Rei sancionaban sus latrocinios i matanzas, quisieron poner de su parte a la justicia civil.

Las altas autoridades, el virrei del Perú, entre otras—a la sazón conde de Nieva—aprobaron el proceder de ese admirable licenciado, que figurará entre los hombres de toga por el caso único de haber firmado la condenacion a muerte de toda una raza.

En medio de estos hombres rapaces i desenfrenados, que mancharon con villanías la grandeza de su valor i de su esfuerzo, injustos seríamos si no recordásemos que hubo algunos que nunca se dejaron corromper por el amor al dinero, i nunca tuvieron otra mira que la de convertir a los indios a la civilizacion i a la fe. Por esto afrontaron la muerte con valor i no se quejaron de atroces penalidades. Fueron los frailes, los misioneros. Forman en el relato de la conquista i la colonia una jerarquía heroica i sublime. Por la fe que los animaba, por el Dios de que eran ministros, se elevaron a una altura moral a la cual no alcan-

zaban los aventureros i soldados cuyo esfuerzo admirable se debió a la codicia.

La conquista i la colonizacion fueron el saqueo de un mundo nuevo. Si por los misioneros hubiese sido, habríase hecho una cruzada de fe i civilizacion, semejante a aquellas que la cristiandad emprendió hacia el Oriente en el siglo XI.

Fué lo contrario. Y los años—que habrian podido traer alguna clemencia por empacho de sangre i de riqueza—no hicieron sino aumentar la crueldad, hasta que los pobres indios prefirieron, en su secular desesperacion, morir sublevados.

Al grito de Tupac Amarú, en 1780, se sublevan las poblaciones indíjenas del Alto Perú. El cura Hidalgo, para proclamar la independendencia de México, la mayor fuerza la encontró en el sufrimiento de los indios.

No pudiendo ya mas, de tanta miseria i latigazo, se alzaron para una reivindicacion terrible. Méenos los araucanos que no cedieron nunca.

---

Chile se libró, hasta cierto punto, de tener en su historia semejante capítulo de iniquidades. Al ménos, las relaciones entre españoles e indios tuvieron en Chile otro carácter. Ello no se debió, por cierto, a que los conquistadores i colonos de este pais, tuvieran—como alguna vez lo hemos dicho por patriotismo—un espíritu mas jeneroso

i humano. ¡Léjos de eso! Con ellos vino hácia el sur la misma ola de codicia i de crueldad que desde Panamá los españoles arrojaron sobre las poblaciones indíjenas; ola de codicia i de crueldad que aun rueda i acaba con los últimos indios en los ferrocarriles i las minas de Bolivia, haciéndonos sonreir cuando se nos dice que los europeos llevan a todas partes una escuela de justicia humana.

Pedro Valdivia, al llegar, les dijo a los indios de Chile: «No penseis que hemos venido acá por vuestro oro; nuestro Emperador, un mui gran señor, tiene tan cuantioso tesoro que no cabria en esta plaza (la de Santiago). Hemos venido para libraros del demonio a quien adorais, etc., etc.» Esa fué la primera mentira política que se dijo en Chile. ¡Cuántas i cuántas se han dicho desde entónces!

La declaracion de Valdivia es interesante, sobre todo en lo que respecta a la riqueza del Emperador. Sabido es que Cárlos V, por esos mismos años, no tenia como costearse un viaje a Flandes. El desinterés con que Valdivia decia llegar a Chile no se mostró en la práctica. El mismo capitán Marino de Lovera, en cuya *Crónica del Reino de Chile* se encuentran esas palabras del conquistador, refiere que, en la trájica tarde de Tucapel, los indios, ántes de matar a Valdivia, le rellenaron la boca con pepas de oro, diciéndole:

«¡Hártate de lo que te has mostrado tan sediento!..» («*Crónica del Reino de Chile*».—Capítulo XI.)

De la primera jeneracion de conquistadores, Pedro Valdivia fué, sin duda, uno de los mas ilustrados, talvez el unico ilustrado. Era un capitán eximio en el gran arte de la guerra, i un buen escritor, como lo comprueban sus cartas al Rei. Eso le permitió esconder su verdadero carácter i conducta, i dejar para la historia una semblanza suya heroica i jenerosa. Heroico i jenial lo fué en grado sumo; jeneroso, nó.

Su gobierno fué el imperio de la rapacidad; i los indíjenas, del Choapa al Maule, no recibieron otro tratamiento que «el puro azote» cuando llegaban a desobedecer:

A los demas domésticos services  
Les cortaban los pies i las narices (1)

El mismo Rodrigo de Quiroga,—de cuyo carácter humanitario tantos testimonios quedaron,—tuvo que permitir en las encomiendas ese «régimen que redundaba en gravísimo detrimento de los cuerpos i de las almas de los desventurados naturales». Quedan exactos i terribles cuadros de

---

(1) ALVAREZ DE TOLEDO.—*Puren Indómito*.

lo que pasaba. Veamos el canto III del *Arauco Domado* de Pedro de Oña:

No solamente echaban a las minas  
los diputados ya para este oficio,  
sino tambien el personal novicio,  
hambrientos por las vetas de oro finas.

I contra humanas leyes i divinas  
(que todo estaba entonces por el vicio)  
aun no eran reservados de esta cuenta  
los viejos tremulosos de noventa.

Con ese horror palpitante hablaban los pocos buenos. Pero había que rendirse al orden de cosas; era el ambiente, era la tradicion creada por los conquistadores.

En cincuenta años se acabaron los indios mansos de Chile, esas razas intermediarias que eran como la prolongacion hácia el sur de las razas quichua i aimará.

Eran prolongaciones escasas. Los españoles en los valles centrales de Chile encontraron pocos indios, Valdivia oculta esta desventajosa particularidad del pais para que los colonos no dejaran de venir; hace reparticiones imaginarias. Pero en sus cartas al Rei la exajera para obtener de él mayores recursos. Ese capitan de guerra era todo un diplomático. En una epístola le habla a Cárlos V solo de 3,000 indios encontrados entre el Choapa i el Maule.

Para restablecer la verdad se conservan los cómputos de sus contemporáneos Góngora de Marmolejo i Mariño de Lovera. Estos cuentan 20,000 indios en esa misma estension.

Bajo el rigor del mal trato, estos 20,000 indios desaparecieron con rapidez. El trabajo de lavaderos de oro, que fué el único que los conquistadores implantaron en Chile, era mortífero. Se obligaba a hombres i mujeres a pasar ocho i diez horas en el agua, tanto en verano como en invierno; se les obligaba a latigazos.

Contribuyeron a la ruina de esas razas indias los vicios importados por los europeos. «Los españoles les enseñaron maneras de pecar que ellos no sabian». Los indios se entregan con furor a esas «maneras de pecar». «Las encomiendas,—dice don Miguel Luis Amunátegui,—fueron sentinas de vicios i cementerios de indíjenas». Ya en 1594,—segun relaciones comprobadas,—los veinte mil indios de los valles centrales estaban reducidos a dos o tres mil.

Esto produjo ruina entre los colonos. Faltaba el esclavo, el principal elemento de trabajo. Fueron a buscarlo al sur, en las márgenes de los grandes rios. Ahí, en esas hermosas comarcas, los habia en numero crecido. A Valdivia, segun lo dice en carta al Soberano, la tierra de Arauco le pareció «mas poblada que la Nueva España». Ahí, los colonos se imaginaron repartimientos fáciles i ricos.

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

en Chillan. Dice Jerónimo de Quiroga en un informe de 1690: «Los que se decian cristianos de muchos años de bautizados se hallaban en la misma barbarie que si no lo estuviesen». Ahí hubo guerra, guerra campal, guerra a muerte. Hubieron de dictar los españoles, en su relacion con los araucanos, disposiciones especiales.

Por esto se salvó la historia de Chile del vergonzoso capítulo del trato de indios, poniéndose en su lugar el incomparable poema de la guerra de Arauco, lo cual sirvió para darle mas unidad i mas valor a nuestra raza criolla.

---

La guerra de Arauco se prolongaba indefinidamente. Los gastos eran enormes, i no era ménos el peligro que por ella corrian los colonizadores de Chile. Por primera vez, en el mundo, se ve a los indios victoriosos de los europeos. Valdivia i Oñez de Loyola han muerto trájicamente en campos de derrotas. Hai desmoralizacion en la colonia; la soldadesca está indisciplinada.

En 1598, cincuenta años despues de la fundacion, cuando una terrible avalancha de araucanos pasó sobre los tres mil españoles de la Frontera, de ningun modo podia decirse que el poder del Rei estuviese consolidado en Chile como en las otras colonias.

Esto causó profunda impresion, primero en el



Perú, despues en España. Se manda a Chile al jóven i afamado García Hurtado de Mendoza a la cabeza de un ejército, i asesorado por el oidor de Lima don Hernando de Santillana.

Este, cuando hubo estudiado las condiciones del pais i de la guerra, dictó un cuerpo de disposiciones que se llamó «Tasa da Santillana». Dichas disposiciones estuvieron algun tiempo vijentes pero no fueron realmente observadas. El testo que formaron se estravió en la Serena, segun consta de un informe del gobernador García Ramon, en 1609. Los historiadores sólo han podido ilustrarnos vagamente sobre la «Tasa de Santillana». Góngora de Marmolejo, en su *Historia de Chile*, trata de rehacer esas disposiciones, las cuales nunca fueron otra cosa que letra muerta.

Continuaban los estragos i depredaciones de esa guerra sin término. Los desgraciados colonos, como único medio de apaciguarla, pidieron la supresion del «servicio personal». El mal trato dado en las encomiendas era la causa de los alzamientos araucanos.

Las autoridades i los misioneros consienten en suprimirlo, con lo cual no hacian otra cosa que cumplir las ordenanzas reales que no cesaban de llegar repitiendo la órden de suspender el servicio personal.

Pero los encomenderos se oponen. No les importaba vivir en el horror de una guerra perma-

nente, a trueque de tener esclavos de cuyo sudor i sufrimiento sacar riquezas.

De tal modo se opusieron los encomendadores a la supresion del servicio personal, que envenenaron al hidalgo Juan Salazar, por ser, con el padre de Valdivia, protector de indios i amigo de la paz.

Al fin, hubieron de ceder ante el peligro creciente. Los araucanos ganaban batallas i amenazaban con un desafuero jeneral de españoles si no suprimian el servicio personal i forzado. Fueron ellos, los indios, quienes hicieron en Chile cumplir las órdenes del Rei. Así, brava i melancólicamente, se lo dice un cacique al padre Valdivia: «El Rei es mui bueno, pero sus capitanes no cumplen sus órdenes» . .

Hubieron de cumplirlas. En 1609, una disposicion del gobernador mandó: «Que en todas las provincias de este reino i gobernacion se quite el servicio personal de mujeres, así casadas como solteras, i de los varones menores de dieciocho años, que es la edad en que están obligados a tributar, etc., etc.»

La supresion efectiva del servicio personal de indios es, en la historia colonial de América, algo esclusivo de Chile, prematuro i magnífico anuncio de libertad que se debió al empuje de los araucanos.

Del grupo de misioneros. caritativos i heroicos,

que vivieron en América durante la conquista i la colonia, salvando el prestigio de la moralidad europea, de ese grupo admirable cuya mas emblemática figura fué el padre Las Casas,—a quien en su vejez cansada, en la inclemencia de las serranías, una india agradecida dió el pecho,—de ese grupo, en cuyo recuerdo reside la bondad, algunos llegaron a Chile. Entre ellos un hombre eminente i evanjélico cual pocos. Fué el fraile Luis de Valdivia, llegado a Santiago para fundar la casa jesuita.

Al ver lo que pasaba, poco se ocupó de los intereses de su Orden. Exaltado por la caridad cristiana se fué a interponer entre los indios i los conquistadores, para evitar tanta crueldad.

Vivió esponiendo su vida para impedir maldades i por inculcar la relijion a esos indios recalci-trantes. En ámbas cosas realizó lo que se creia imposible. Por él, los araucanos llegaron a creer en Dios. Fué el único misionero que pudo pasearse solo i libre por el reino de los caciques. Estos, ante él, deponian su maza. I eso que los españoles, violando los pactos que él hacia con los indios, lo dejaban en condicion de traidor.

Así fué como, por traicion del capitan Meléndez que le robó sus mujeres al cacique Ancanamon, los indios dieron horrible muerte a los frailes Velchi, Aranda i Montalvan, enviados por el padre Valdivia. Es la dramática historia que Nú-

ñez de Pineda i Bascuñan nos cuenta en el *Cautiverio Feliz*.

Llegaba el padre Valdivia con su infinita bondad, como si hubiese llevado en la frente un rayo divino. El furor de los araucanos se calmaba i la fe aparecía en ellos. Vencidos los ejércitos del Rei en sus *malocas* (entradas a la tierra de Arauco), el padre Valdivia iba solo i triunfaba.

Se le creía milagroso. Nada pudieron en contra suya los encomenderos que veían en él la supresión de la esclavitud i, por lo tanto, la desventaja pecuniaria. «Con inicuo cautiverio de indios quieren crecer en caudales i lucimientos». Palabras de Lozano, biógrafo del padre Valdivia.

Valdivia, ayudado, es cierto, por el empuje de los indios, obtuvo la supresión del servicio personal. Obtuvo también que se implantara un plan de guerra imaginado por él con el fin de evitar crueldades i con la esperanza de redimir a los indios por medio de la predicación.

Consistía dicho plan en mantener una guerra estrictamente defensiva. En el Bio-Bio terminaba el dominio del Rei; mas allá era el imperio Araucano. Los españoles debían defenderse en su frontera, pero no hacer incursiones «tierra adentro» no hacer *malocas*. Sólo los misioneros tendrían entrada en Arauco. El plan era sencillo i se ve claro el espíritu que lo produjo: evitar choques san-

grientos i esperar lo todo de la predicacion cristiana.

El corazon de ese hombre inolvidable ardia en fe divina i en amor humano. Cuenta el padre Ovalle, en su *Histórica relacion de el reino de Chile*, que encontró a Luis de Valdivia en 1642, ya próximo a morir, en el convento de su Orden en Valladolid; i que, al saber que se venia a Chile, le dijo: «Lléveme con usted... He hecho voto de volver allá... Me abraza el alma el celo de aquellos pobres indios...»

Fué un verdadero apóstol, uno de esos raros hombres,—como decia Renan,—que llevan en sí el espíritu de Dios. Nunca quiso ser otra cosa que protector de indios. Rehusó todos los honores con que el Rei queria reconocer su prestigio i premiar sus trabajos. Cuando se le ofreció un obispado i un puesto en el Consejo de Indias, cedió ámbas cosas a trueque de que se le dejara volver a dirigir las misiones de Arauco.

Fraile dulce i heroico, la historia de su vida ennoblece i conmueve. Hace falta su estatua en el centro de la Araucanía, donde vivió esa raza valerosa i empecinada que él solo comprendió i amó porque en él sólo se manifestaba Dios.

En las noches oscuras de aquellas grandes selvas, las sombras de los caciques indómitos, seguidas de sus martirizadas tribus, bajarían a besar su planta redentora. ¡Oh! fraile incomparable,

único defensor de una raza en la cual nosotros los chilenos colocamos un penate de nuestra gloria, porque ella nos enseñó constancia, heroísmo, amor a la libertad i al suelo!

Valdivia logró afianzar su plan, gracias al ascendiente ganado sobre los virreyes i los monarcas. La comunidad jesuita lo hizo suyo i lo mantuvo.

El padre Torres, depositario del espíritu del padre Valdivia, convence de la eficacia del sistema al oidor Juan Cajal i al Obispo Pérez de Espinosa. Todos los informes que se piden sobre él son favorables. Los capitanes i los encomenderos, enemigos del sistema de Valdivia, no consiguen hacerse oír. Felipe III fué un partidario resuelto del plan de los jesuitas i lo mandó establecer definitivamente en la guerra de Arauco por medio de una serie de reales cédulas.

En su aspecto moral, el sistema del padre Valdivia era inatacable. Pero,—como tantas de esas concepciones sugeridas por el corazón,—en el sentido práctico i material era pésimo. Así lo espusieron los capitanes en nombre de la estrategia, pero no fueron oídos; así también lo espusieron los encomenderos, quienes fueron más desoídos. A éstos se les tomaba en cuenta el interés.

El plan del padre Valdivia, dejando a los indios fortalecerse en un territorio determinado, impedía a los encomenderos tenerlos a su antojo.

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

arrinconar i vencer por completo a los araucanos; no tanto por medio de las armas como por medio del avance jeneral de la poblacion i del veneno en forma de alcohol.

Toda esa incomparable rejion agrícola que llamamos «La Frontera», formó, gracias al plan del padre Valdivia, el pais independiente de Arauco, que hubimos de conquistar palmo a palmo, dando grandes batallas i teniendo con los caciques parlamentos como hubiésemos podido tenerlos con los representantes de cualquiera otra nacion.

Aun quedan caciques en lonjas de terrenos, arrinconados en las faldas de las cordilleras del sur. Aun son libres; i aun, envilecidos, dejenerados por el alcohol, levantan la cabeza con el orgullo heroico de su raza indomable.

Al plan de Luis de Valdivia, el misionero sublime, pero mal estratéjico,—lo cual, por lo demas, es incompatible,—se debió esta guerra de trescientos años. En los comienzos—dejando entrar a los españoles en la Araucanía,—habríase podido acabar con ella.

Ahora vemos, al estudiar nuestro carácter nacional, que esa guerra sirvió a la formacion de muchas de nuestras virtudes, virtudes raras en los pueblos i que nos dan una gran superioridad. El sopor del período colonial tuvo sobre nuestra raza una influencia menor gracias a la guerra incesante con los araucanos. Por ella se mantuvieron en



Chile la actividad i el valor. A ella le debemos nuestras grandes condiciones militares. Fué un entretenimiento sangriento, pero sano, debido a la torpeza sublime de un predicador.





## Sistema Económico i Comercial

Cada colonia tenía su presupuesto, como hoy lo tiene cada país. Era destinado, como ahora, a las obras públicas, a la enseñanza, al mantenimiento de la administración i del ejército. Pero no se formaba apartando fondos del recaudo de las contribuciones como se hace en la organización actual. El producto de las contribuciones iba todo i directamente a España. Para atender los gastos de cada colonia se arbitraban recursos sacados de otro punto, de algún punto lejano. Así, por ejemplo, el presupuesto de Chile se atendía con dineros de las cajas reales de Potosí i de Lima.

El dinero para atender el presupuesto de cada colonia se llamaba “Real Situado”. El de Chile fué de 100,000 ducados hasta 1604. Desde ese tiempo, se le fué elevando hasta llegar a 212,000 ducados.

Esta suma,—proveniente de Potosí i de Lima,—

era recibida en Arica por un apoderado estacionario de la Gobernacion de Chile.

De ahí, en vez de seguir a Santiago, volvía al Perú, a Lima, donde se gastaba casi toda, en comprar vestuarios i mercaderías para el ejército de Arauco. Dichos efectos i mercaderías se compraban sin eleccion adecuada, sin saber si eran o no necesarios, a fardo cerrado, en los almacenes de los «monopolistas», quienes, en consorcio secreto con los virreyes, tenían en su mano el gobierno jeneral de Indias. Estos poderosos mercaderes i políticos, se apropiaban el dinero destinado a casi todas las colonias, haciéndose ellos millonarios, pero dejándolas a éstas en la miseria.

De los 212,000 ducados del «Real Situado» de Chile, solo llegaban a Santiago 50 o 60,000. Con esto se atendía las obras públicas, la enseñanza, el pago de la administracion i del ejército. Figuraos lo que sería eso! Ninguna obra pública, ninguna enseñanza, empleados públicos entregados al fraude para poder vivir, i un ejército, para lo mismo, entregado al bandolerismo. ✎

A la especulacion inícuca de los «monopolistas» de Lima se agregaba la de los encargados de llevar los efectos al ejército de Arauco. Estos les vendían a los colonos i a los soldados, como si hubiesen sido cosas propias, las cosas compradas para ellos con el presupuesto de la colonia. I se las vendían a precios judaicos, esplotando el estado

andrajoso i hambriento en que colonos i soldados se encontraban.

Tal era la administracion económica de Indias: robo arriba, robo abajo; miseria por todas partes, mientras el monarca, burlado por sus funcionarios i favoritos, se extasiaba, místico i beodo, a los maitines del tétrico Escorial.

Denunciados fueron a la Corte estos procedimientos. Lo fueron por algunos funcionarios rectos, entre los cuales varios presidentes de Chile. Pero los defendian los virreyes, quienes participaban de sus ganancias a los grandes de Madrid. No hubo remedio. Continuó por tres siglos el robo al monarca, la estagnacion de las colonias por falta de recursos, la explotacion del pueblo i del ejército por «situadistas» i «monopolistas».

Esto era de la administracion de hacienda. Lo del comercio no andaba mejor: ni era mas inteligente, ni era mas honorable.

Segun ese principio económico, que ya por entonces era considerado falso i caduco, que llamaban «fiscalista», la España prohibia a sus subditos de Indias que negociasen con extranjero alguno. A los colonos de América sólo les era dable tener comercio con españoles; i aun no con todos, sólo con ciertos i determinados a quienes se concedia por privilegio, una vez al año, que enviasen a América una flota de galeones con mercaderías (cantidad limitada). Estas flotas dependieron primero

de un Tribunal de Contratacion ubicado en Sevilla i mas tarde de una compañía de monopolistas que funcionó en Cádiz por mas de doscientos años.

Los galeones eran barcos especiales para el comercio, contruidos de cierto modo misto entre la galera i el buque de puentes. Se reunian por número de diez o veinte, lo cual se anunciaba en Cádiz, para el acopio de las mercaderías. Otro tanto se anunciaba en Lima, Veracruz i Acapulco, al alistarse la flota de retorno. Esto se hacia simultáneamente. Así las flotas debian encontrarse a medio camino. La navegacion era cautelosa, pues abundaban piratas i enemigos. El tráfico era por el Atlántico, hácia Méjico i puerto Colon, donde esperaban los monopolistas de Lima. Mucho pidieron los colonos del sur que se habilitase para el comercio, la vía del Cabo de Hornos. Fué inútil: a ello se oponian los omnipotentes comerciantes de Lima. Esa vía hubo de quedar, por dos siglos, no siendo otra cosa que el derrote secreto de los piratas holandeses.

El comercio, en tales condiciones, era necesariamente pobre. Las mercaderías importadas a América no bastaban a la poblacion en aumento. Su precio era mui alto, en razon de su escasez i de lo que se especulaba con ellas.

Como los colonos sólo podian venderle sus productos a los monopolistas, i éstos eran pocos, suce-

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

enjendró el socialismo contemporáneo. Lastarria discurrió de ese modo inducido a ello por la inmensa penuria en que vacian los colonos de América, gracias a ese absurdo sistema comercial; la necesidad lo hizo tener tan avanzadas ideas: «Mas discurre un hambriento que cien letrados...»

No debe parecer extraño el hecho que el señor Amunátegui, en una obra sobre los «precursores de la independencia», abarque el estudio i la crítica del sistema comercial de Indias. Los errores, privilejios i fraudes en que dicho sistema se fundó, las infinitas miserias que produjo, fueron una de las causas mas antiguas i fehacientes de la aspiracion a la independencia. Su estudio incumbe al historiador de los precursores.

Los reclamos no cesaron por cerca de tres siglos. Fueron inútiles. Con las incidencias que vamos a ver, puede decirse que España mantuvo, durante todo el tiempo de su dominacion, ese sistema fundado en la prohibicion de comerciar con extranjeros, en el alejamiento de la competencia que es la base de la honradez, del progreso i del abarataamiento de la vida.

Veamos esas incidencias.

El sistema fiscalista se mantuvo inalterable hasta 1778. En esa época Cárlos III permitió el libre comercio con la metrópoli. Esto sólo fué un adelanto parcial pues nunca se alzó la prohibicion de negociar con extranjeros. Durante todo el pe-



río de su dominación en América, la España mantuvo el sistema prohibitivo. Estos países, a causa de él, crecieron mal i despacio, conservando hasta hoy raquitismos i deformaciones como aquellas criaturas que recibieron una lactancia flaca.

Las fatales consecuencias hubieran sido mayores, si, naturalmente, invenciblemente, la América no hubiera reaccionado en lo posible. Las leyes restrictivas fueron burladas; por suerte, puede decirse, como de tantos otros absurdos que la España imponía. Todo el período de la colonia fué un período de contrabando. Es lo que sucede cuando se dictan leyes contrarias al bienestar de la sociedad.

Cuando a principios del siglo XVIII, subió al oscuro trono de España un nieto de Luis XIV—Felipe V—llevando en sí como un rayo de liberalidad i del talento de la Francia, se dictó una Real Cédula (Enero de 1701) por la cual se abrían los puertos de Indias a los buques franceses. El júbilo fué inmenso. Se vió en América una actividad desconocida. Las mercaderías abundaron i fueron baratas. El progreso comenzó, como la riqueza.

Pero estas eran cosas que asustaban a los gobernantes españoles: sus naturalezas de casuistas no comprendían ni el progreso ni el bienestar. Por su parte, los monopolistas de Lima, viéndose superados por el tráfico francés del Cabo de Hornos, no

cesaron de maquinar hasta obtener la derogacion de la Real Cédula de 1701. La obtuvieron. A su pesar, el nieto de Luis XIV tuvo que dictar una órden haciendo caer en comiso los barcos franceses que recalaran en indias españolas.

Dos Reales Cédulas se dictaron a este respecto, una en 1706, la otra en 1708. Fueron, por suerte, inútiles. Los franceses, activos i entrometidos, se habian ya posesionado del mercado del Pacífico i de la ruta del Cabo de Hornos. Continuaron comerciando a despecho de las ordenanzas reales. Contaban, para su contrabando, con la ayuda de los pueblos que se salvaban con él, i con la ayuda de las naciones malquistas con la España por su sistema de aislamiento i guerra de tarifas. Se sabia que tal política no era sino el producto de la codicia, «del deseo—como decia el conde Aranda—de apropiarse todo el tocino de América». Tambien contaban, los benéficos contrabandistas, con su propia fuerza, pues los puertos de América eran tan desprovistos que las autoridades españolas no podian hacer cumplir las órdenes del Rei. Sucedió en Valparaiso, en 1716, que unos contrabandistas franceses internaron sus mercaderías poniéndole la pistola al pecho al jefe del resguardo i derrotando a la guarnicion.

Hasta el término de la dominacion española continuó el contrabando. Gracias a él estos paises

pudieron tomar alguna fuerza i prepararse para la reaccion de la independendencia.

La España, por medio de este sistema comercial, queria contener el desarrollo de sus colonias; así como por medio de la ignorancia i el fanatismo mantenía apagada su intelijencia. Pero el impulso de la criatura humana hácia el progreso i la dignidad burla las leyes de los opresores. La política española vivía en un falso principio.

Todo fué inútil en lo tocante a la represion del contrabando. Cuando se agotaron las medidas de órden material, el Rei tomó en recurso lo divino. En San Ildefonso, en 1776, dictó una Real Cédula ordenando a las autoridades eclesiásticas del Nuevo Mundo que declarasen a las poblaciones contrabandistas «incursas en pecado mortal por usurpacion de los reales derechos».

Estas poblaciones, gracias al contrabando de los franceses, se estaban poniendo, no sólo ricas i fuertes, sino también «herejes». Soplaban los primeros aires de la rebelion. El cumplimiento severo de las ordenanzas reales dejeneraba en comedia. En Chile, el Presidente don Juan Andres de Ustáriz, miéntras con una mano firma órdenes terribles en contra del contrabando,—«en nombre del Rei Nuestro Señor»,—con la otra recoge las injentes sumas que ese contrabando, por él organizado i dirigido, le produce.

Los gobernadores de las colonias favorecen el

tráfico ilícito. Talvez en Chile, gracias a la buena condicion moral de sus gobernantes (1), fué donde mas efectivo se hizo el esfuerzo por dar cumplimiento a las ordenanzas reales. A pesar de eso, ya vimos lo que hacia uno de sus presidentes.

El contrabando fué el mas eficaz agente de la independencia de América, no sólo en lo que enriquecia e ilustraba a las colonias, tambien en lo que amincraba la riqueza de España acortando el producto de las contribuciones comerciales. Porque eran fuertes i menudas las tarifas que cobraba el Rei sobre lo que entraba i salia en sus colonias, comprobando así el espíritu de mera e irritante esplotacion que guiaba a la España.

---

(1) En jeneral, i ello está comprobado por la historia, los Presidentes de Chile fueron hombres distinguidos i honorables. Algunos de ellos fueron hombres ilustres, como Rodrigo de Quiroga, Hurtado de Mendoza, Cano de Aponte i Ambrosio O'Higgins. Solo de tres de ellos se ha dicho que fuesen inescrupulosos i hasta fraudulentos. Ustáriz, Ibáñez i Meneses. De todos los demas puede decirse que, cual mas cual menos, eran funcionarios competentes i honorables. Eran las leyes, la Real Audiencia, la desmoralizacion ambiente, el sistema colonial, en una palabra, lo que pecaba.

En las otras colonias, particularmente en el Perú, el cáncer estuvo casi siempre radicado en el virrei. Chile, por ser mas pobre que las otras colonias, en los modestos funcionarios que se le mandaban tuvo la suerte de tener los mejores.

Por no prolongar demasiado este trabajo sumario no doi la tabla oficial de las tarifas que se cobraban en América a mediados del siglo XVIII. Ella se encuentra en muchas obras de historia nacional (Amunategui, Vicuña Mackenna, Barros Arana). Cada fardo de ropa de castilla pagaba ocho pesos de derecho. I este derecho, así, tan alzado para todas las mercaderías, se recargaba para aquellas que provenian de otras colonias. No olvidaré hacer notar que los cabildos, la única institucion criolla i por lo mismo la que fué encarnando la nacionalidad americana, se opusieron siempre al aumento de las tarifas e impuestos. Poca cosa consiguieron. Continuó manifestándose el espíritu de matar toda industria en América, para evitarle competencia a la produccion española. Estaba prohibida en Indias la plantacion de olivos i de viñas, porque habia en España marqueses productores de aceites i de vinos.

La lectura de ese cuadro de tarifas entristece el espíritu, haciendo ver que, en el fondo, la España, para con sus colonias, solo tuvo rapacidad; i son, por otra parte, dichas tarifas, el mas elocuente justificativo de la aspiracion a la independencia de estos pueblos tan desgraciados bajo el dominio de la Metrópoli. Sin ellas, talvez, los criollos no habrían pensado tanto en libertarse. Las colonias inglesas, que recibieron de una política inteligente facultades propias i contribuciones

llevaderas, prosperan sin sentir la necesidad de romper el vínculo colonial. Del alzamiento de América, en buena parte, la España tuvo la culpa. Fué torpe; no reveló en sus colonias ningun espíritu de secularizacion i moralidad. Se dejó llevar por una ambicion desmedida de dinero.



Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

ordenanzas reales, las autoridades, la Inquisicion, la soldadesca, pasaban i repasaban como bárbaros sobre los pequeños planteles intelectuales que los relijiosos trataban de cultivar al lado de las iglesias, ya que en ese tiempo la ciencia era el mandato i el privilejio de la relijion.

Sólo mui tarde i mui débilmente, vino a verse el fruto de la enseñanza en América. Esta es la causa del atraso intelectual de estos paises con respecto a las naciones de Europa, de las cuales son orijinarios. La raza latina que vino a América tuvo, por mas de dos siglos, interrumpida la tradicion de su cultura. De todo traian los europeos,—particularmente odios, vicios i ambiciones materiales. Sólo no se ocupaban de poner en sus galeones las luces del saber. Los criollos iban naciendo en la oscuridad.

Lo que hai de mas patético i admirable en la historia de la raza americana, ha sido su lucha por la cultura cuyos elementos, la Inquisicion i el Rei, le quitaban de las manos. Si en Europa, para hacer renacer la civilizacion, se tuvo que luchar contra las tinieblas de la Edad Media, acá, en América, se tuvo que luchar contra algo peor: contra la falta de elementos. Allá, para renacer, se encontraron, en el fondo de la tierra, las luces i las maravillas de la civilizacion antigua. Acá los criollos no tenian otra cosa que las tinieblas de un mundo bárbaro.



Antes de la llegada de los jesuitas a Chile, es decir antes de 1593, puede decirse que no habia una sola institucion, un solo hombre, dedicados a enseñar.

La primera jeneracion de colejiales criollos vagaba por los campos en «estado de natura», como los pastorcillos que aparecen en el poema de Longus. Pero esos pastorcillos, entre las hierbas del benigno suelo de las islas Jónicas, en trozos esculpidos, encontraban las muestras de una admirable civilizacion. Así pudo, mas tarde, en Italia, Giotto pasar de su rebaño a una academia de arte. Los rapaces de América, si alguna luz heredada podian tener en el cerebro,—descendientes de una gran raza,—no era dable esperar que esa luz prendiera por influencia del medio ambiente en que vivian. Este era salvaje, oscuro, sólo ofrecia cuadros de fanatismo i de rapiña. No habia escuelas. La luz heredada se estinguia.

Habia en el pueblo de Santiago, ántes de la fecha indicada (1593), una escuela particular rejida por algun aventurero inválido que imaginó ese medio de procurarse algun sustento. Esta primera escuela que funcionó en Chile debió ser tan mala que los historiadores (Vicuña Mackenna <sup>1</sup> Barros Arana) sólo hacen de ella narracion pintoresca. El señor Fuenzalida Grandon, en su detallada i notable obra *La cultura intelectual de Chile*, no toma en cuenta la primera escuela particular

de Santiago. No se le puede considerar el punto de partida de la cultura nacional.

Esta comienza en Agosto de 1593. En esa fecha los jesuitas, recién llegados, establecieron en Santiago dos escuelas de instrucción primaria.

Viendo la absoluta nulidad i extravagancia de la educación que se prodigaba en la escuela particular, los jesuitas, para rectificarla en lo posible, ofrecieron a los padres de los alumnos de la dicha escuela un día por semana, el día Viérnes. Comenzaron pues, ese día, muchos colejiales a faltar en la escuela particular. El dómine de ésta se enfadó i se puso hostil con los remisos. Estos acabaron por quedarse definitivamente en el aula de los jesuitas. I tuvieron guerra con sus antiguos compañeros. Al salir de las clases se daban gritos i pedradas. Formaron dos bandos llamados el uno de Cartago, de Roma el otro.

Estos nombres han continuado hasta hoy designando las guerras escolares, ya sea para la noble competencia dentro de las clases, ya para las belicosidades cuyo campo es la calle, entre los alumnos de los colejos religiosos i los de establecimientos del Estado. En 1593 sintieron las nacientes calles de Santiago el primer bullicio de colejiales rivales, el primer grito de la lucha por la cultura que, trescientos años después, darían, en esas mismas calles, muchachos como Lastarria i

Diego Barros, llamados a ser ilustres en el mundo de la intelijencia.

Los jesuitas,—a quienes nadie quitará la gloria de haber fundado la instruccion pública en casi todas las ciudades de América,—no se contentaron, en Santiago, con esas dos escuelas primarias. A los tres meses de su llegada al país iniciaron la enseñanza superior. Fué el padre Gabriel de Vega quien (15 de Agosto de 1593) abrió dos cátedras, una de teología i otra de filosofía.

Los únicos jóvenes que se encontraron en la ciudad, deseosos i en situacion de dedicarse al estudio fueron los coristas de los conventos. De las comunidades de Santo Domingo, San Francisco i la Merced, salieron diecisiete coristas a cursar teología i ciencia filosófica. La instruccion que recibieron no fué nula, sin duda, pues de entre esos coristas salieron los Vidaurre, los Lacunza, los Olivares i los Ovalle, hombres de talento que nos dejaron, en sus trabajos, la leyenda de la conquista i la colonia. Con ellos nació el estudio, la política, la historia, lo que forma la esencia i la vida continuada de una nación. Ellos grabaron en la primera piedra...

Entre los asistentes a los cursos del padre Vega hubo, también, dos o tres hijos de familia que, por rareza, dejaron las armas i la industria para entregarse al estudio. Ya comenzaba a desarrollarse el amor a la toga que fué la pasión del período co-

lonial. Pero sucedia,—pues sólo para la teología habia recursos.—que los que entraban a estudiar leyes salian hechos clérigos.

Los jesuitas se estendian. Aun se usa el refran a que dieron oríjen: *el clavo de los jesuitas*. Comenzaban por poner un «clavito» en la pared para colgar la teja; luego ponian otro para colgar el manteo. Poco a poco, se iban apoderando de la casa, de la hacienda, del pais. Era lo que un paradojista jenial ha llamado «el camino de terciopelo» (*Le chemin de velours*) (1)... Tanta fué su rapacidad i desborde que hubo ella de motivar, mas tarde, la espulsion. Pero como dicha actividad se mostraba en todo, mientras por un lado captaban herencias, por otro estendian el radio de la enseñanza i la perfeccionaban. Eran tan ambiciosos como amantes de la ilustracion. Lo uno por lo otro en el juicio de la posteridad. Será, tambien, imposible dejar de reconocerles la influencia indirecta que, por su filosofía misma, tuvieron en el despertar de América. En ese mundo sedentario i triste, el jesuita arrojó la semilla de su actividad intelijente, de su optimismo, de su amor a la vida.

En 1611. bajo la influencia del ilustrado provincial frai Diego de Torres, fundan el Convictorio de San Francisco Javier. De ahí partió nuestra

---

(1) Remy de Gourmont. — *La Philosophie des Jésuites*.

instrucción pública. Ese convictorio fué la cuna del Instituto Nacional i del Seminario de Santiago, los dos grandes hornos de instrucción en que se prepararon los hombres de la Independencia i de la República.

El convictorio de San Francisco Javier funcionó en una casa donada a los jesuitas por un capitán Fuenzalida, héroe i beato de aquel tiempo. Dicha casa estaba situada donde mas tarde se edificaron los tribunales que aun existen. El convictorio quedaba al lado de la iglesia, de la primera «Compañía», que los jesuitas edificaron en el mismo sitio de la segunda «Compañía», de trágico fin (el incendio de 1863).

En el convictorio hubo aula para seculares i eclesiásticos. El obispo Pérez de Espinosa lo ensanchó abriendo un Seminario anexo a él. Este Seminario,—que es el que hasta hoi existe,—lo separó del convictorio, en 1635, el obispo Salcedo.

Segun el cronista Carvallo, fué el primer Rector del Convictorio de San Francisco Javier el padre Juan de Umanes. Tuvo cuatro adjuntos como maestros. Se abrió el establecimiento con catorce alumnos, cuyos nombres he encontrado en uno de nuestros historiadores (Vicuña Mackenna, *Historia de Santiago*). Dicho número de alumnos fué creciendo hasta llegar a mas de cien en la época de la espulsion de los jesuitas.

Cuando ésta sobrevino (1767), el convictorio de

San Francisco Javier se convirtió en el célebre «Colejio Carolino» o «Colorado». Digo célebre porque en dicho colejio estuvieron muchos de esos que figuran en nuestra historia con el título glorioso de «precursores de la independenciam». Los alumnos de este colejio usaban sotana lacre, de donde el nombre de «colorados»; mas tarde «patriotas», luego «pipiolos», en seguida «liberales», hoi «radicales», siempre zapadores del progreso.

En 1813, al constituirse el primer Gobierno Nacional, el Colejio Colorado pasó a ser el Instituto Nacional, el gran colejio del Estado, el yunque en que, desde entónces, se han formado los mejores ciudadanos chilenos.

Desde que partieron los jesuitas, desde que el convictorio pasó a llamarse «Colejio Colorado», el Seminario,—por la misma razon del traje de sus alumnos,—se llamó «Colejio Azul».

Seria pintoresco ver, en la arbolada aldea que Santiago era, esas bandas de estudiantes los unos con túnica roja, con túnica azul los otros. Con sus infolios debajo del brazo,—entonces cuando todo era sedentario,—«azules» i «colorados» se iban a la sombra de las abruptas rocas del Santa Lucía. Tal se ven ahora en Roma,—como vestijios vivientes de aquellos siglos,—los seminaristas rojos de Hungría i a los violetas de Inglaterra, repasando sus teologales estudios en las faldas del Janicolo.

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

Los maestros mismos no pasaban de ser frailes incultos. El historiador Crescente Errázuriz, en su libro *Los Orígenes de la Iglesia Chilena*, habla de un curso de gramática mandado abrir por el obispo Medellín. En una acta del Cabildo de 1570 se encuentra la petición de un llamado Gabriel Moya, profesor de gramática. Pero, dadas las muestras dejadas por los ilustrados de aquel tiempo, tales enseñanzas debieron ser poca cosa.

En el orden superior sólo dos ramas se abarcaban: la teología i la jurisprudencia. Sólo dos carreras conoció el período de la colonia: la Iglesia i el Tribunal. Era un mundo de frailes i de tinterillos. De donde provino esa vida estagnante, ajitada sólo por las pasiones del fanatismo i la codicia.

Tanto la primaria como la secundaria instrucción se daban por métodos vetustos i dirigidos a fortalecer la creencia en el dogma de la majestad real. Hijos de siervos, a los criollos a siervos se les destinaba. Esto fué tal que los mas iluminados mandatarios que tuvo la colonia participaron de ello. A fines del siglo XVIII. don Ambrosio O'Higgins pasó al rector de la Universidad de San Felipe una enérgica nota sobre ciertas conclusiones defendidas ahí poniendo en duda el origen divino de la autoridad real. (*Los Precusores.*, M. L. Amunátegui.—página 217).

La enseñanza en ese tiempo no perseguía el ensanche ni la libertad del espíritu. Estaba dirigida a



guardar el cerebro en un molde convencional. Su deber era mantener el aislamiento i alejar toda ciencia que procurase dudas sobre la relijion, el oríjen divino de Su Majestad o que pusiese en manos de los colonos instrumentos de prosperidad individual. Así, todo el período colonial se pasó en la ignorancia de la medicina, las ciencias naturales, las artes, las letras, las matemáticas, de todo conocimiento liberal, en una palabra. Tambien contamos los prejuicios de la sociedad española: no era digno quien se destinase a otra cosa que al clero, la milicia o la toga.

Hubo solo, en medicina i ciencia, barberos, brujos i hierbateras, con uno que otro precepto árabe, —llegado a América en alas del proverbio,—por todo conocimiento profesional. Enfermarse en aquel tiempo era morir. Mucha mayor fe habia en las curaciones divinas. El doctor mas llamado era el “milagro”. Poco ganaban los barberos i hierbateras. En cambio, las “velas a la Vírjen”, las mandas a San Antonio, eran buena renta para la Iglesia.

Hai un detalle que pinta la ignorancia de aquellos tiempos. Bajo el gobierno del mariscal Manso, —que fué un 'recto i laborioso administrador,—asoló al pais una de esas epidemias debidas a la condicion del clima de Chile, un mal de “gripe” o influenza que la medicina de entonces llamó “bola de fuego” no por la fiebre de los enfermos sino por

creerse,—segun consta del historiador Pérez de García,—que dicha epidemia se debió al contagio de cierta materia caída del cielo, “de algo así como una bola de fuego que rodó a lo largo del pais” . . . .

Para no estender demasiado esta indicacion sumaria de las tristezas e ignorancias de nuestro pasado, ni privar al lector de sus cómicas anécdotas, lo remito al libro de Vicuña Mackenna titulado *Médicos de Antaño*. Ahí hai para reir i llorar i, sobre todo, para admirarse de cómo pudimos salir de un cáos tan profundo.

Las matemáticas, los conocimientos industriales, las ciencias físicas i naturales, puede decirse que, virtualmente, fueron ignoradas en Chile hasta 1797. Hubo en Santiago uno que otro doctor Fausto, i entre ellos un precursor de la independencia, que, por aficion personal i escondidamente, calentó retortas e hizo esperimentos, hasta que, descubierto por la autoridad, se le acusó de “brujó” i se le destruyó el taller (1).

En ese año (1797) se fundó la Academia de San Luis, (en honor de la reina María Luisa) cuyo plan de estudios fué esencialmente científico i práctico: minería, agricultura, comercio, jeometría i dibujo. Fué el fundador de ese inusitado establecimiento don Manuel Salas i Corvalan, uno de los espíritus

---

(1). Don José Antonio Rojas.

mas preclaros con que contó la América española, cuyo cerebro fué una fuente luminosa brotada fenomenalmente en ese mundo de tinieblas. Es de advertir que Salas, antes de desarrollar en el país sus ideas,—que tanta influencia tuvieron,—viajó por Europa. Ahí se prendió la antorcha apagada. Fué éste don Manuel Salas,—una de nuestras glorias mas altas, verdadero restaurador de la inteligencia latina decaída en América,—quien pasó, en 1801, al presidente interino del reino don José de Santiago Concha, un “Informe” sobre el estado intelectual e industrial del país, documento memorable por ser la revelacion de un espíritu inmensamente superior a su época. i por ser una viva pajina de historia en la cual se ve, se siente, toda la inopia en que el réjimen colonial, por mas de dos siglos, mantuvo a nuestra raza. Don Manuel Salas, en su “Informe”, pide que se rejenere i se ensanche la instruccion pública. Nada contestó el Rei. Pero la Independencia contestó. . . .

Si la Academia de San Luis, fundada por don Manuel Salas, para despertar en el país el amor a la industria i la ciencia de la riqueza, produjo entusiasmo en algunos jóvenes que entreveían o presentían algo, en el Gobierno, en las corporaciones, produjo escándalo i la resistencia se organizó. ¿Qué insolente era ese que trataba de enseñar a los aristócratas hijos de Santiago artes i cosas de plebeyos i de herejes? Hasta el Consulado i el Tribu-

nal de Minería, que debieron ser los aliados naturales de Salas, se opusieron a su intento i retardaron por mucho tiempo la apertura de la Academia de San Luis, la cual sólo pudo funcionar diez años ántes que los acontecimientos de 1808 viniesen a ocupar a sus alumnos en la tarea de la emancipacion nacional.

Hai muchos datos reveladores de lo que fué la enseñanza durante la colonia. Consta de los libros del Gobierno i del Municipio que se gastaba mucho mas en costear procesiones que en sostener escuelas. Hai este detalle: el protomédico i profesor de medicina de la Universidad tenia un estipendio anual igual al que se pagaba al ahorcador. Manifestacion elocuente del espíritu de la época: tanto se pagaba al encargado de formar las cabezas como al encargado de cortarlas. . . .

Esta fué, sumariamente mostrada, la enseñanza i educacion que la colonia dio a los criollos. Se comprende el profundo estado de atraso i fanatismo que duró, casi inalterable, hasta 1810.

Para la mujer, la educacion colonial fué mas sencilla. Solo constaba de dos ramos: la esclavitud en el hogar,—primero como hija, despues como esposa,—o el convento.

En este sentido, los datos que procura la crónica llegan a parecer extravagantes. Al convento de las monjas agustinas,—que fué el mas a la moda en el siglo XVII,—entraron en un año (1647), se-

gun el obispo Villarroel, cuatrocientas niñas de la sociedad de Santiago. Fué ese año del “temblor grande” en el cual, místicamente aterrorizada, la colonia de Chile tuvo un impulso hácia el renuncio de la vida. Un solo vecino,—don Juan Jufre,—mandó al convento a sus ocho hijas. Años despues, el terrible correjidor don Luis de Zañartu,—tipo acabado del jenio de su época,—dedicará las suyas al convento desposándolas con Dios en la cuna misma, en medio de una estraña ceremonia en que el espíritu del serrallo oriental se mezcló al ascetismo de la Edad Media.

Las hijas de Santiago, que ya entónces,—a juzgar por las de hoi,—debieron ser bonitas, iban casi todas al convento por órden perentoria de sus padres. I,—como ese ambiente de fanatismo histórico deformaba hasta los sentimientos naturales,—las jóvenes se sentian felices de pasar su vida orando, macerándose, i haciendo dulces para el capellan o para costear el ensanche de la capilla.

Durante dos siglos casi todas las mujeres de la naciente sociedad chilena se destinaron al convento. Las autoridades notaron,—segun consta de documentos dirigidos al Rei,—la falta de desarrollo de la poblacion. Dios, como queriendo despojar la tierra, las abarcaba a todas en su enlace ardiente e infecundo. Cada dia el pais era mas semejante a la Tebaida mística de la historia.

Tal fué el estado docente de la enseñanza colonial; tal fué la cultura que desarrolló.

Los colonos hubiesen podido hacer algo para remediarla, procurarse libros, abrirse camino hácia el espíritu luminoso de otras naciones. Los libros son como hombres, como maestros, que enseñan i predicán doctrinas sin intimidarse por nada, sufriendo con la resignacion de un Juan Huss, sin abandonar la permanente propaganda de las ideas. Así hacen los libros su obra fecunda, imperturbables. Pero de esto no pudieron valerse los criollos, pues libros no debieron llegar a Chile miéntras duró el dominio español.

No se escapaba a los sostenedores de esa política de explotación por la ignorancia, qué clase de propaganda podían hacer los libros que se escribían en países de libertad como Inglaterra, en países de filosofía como Alemania, o en países de ciencia i de arte como Francia. Desde Fernando e Isabel existían disposiciones prohibiendo vender obras, “grandes o chicas”, impresas fuera de España. Para poderlas leer era preciso una licencia previa del obispo o del presidente de la Audiencia. (*Novísima Recopilacion*, libro VIII).

Como, a pesar de esto, los libros se filtraban como rayos de luz sobre la oscura población de España, los monarcas posteriores fueron vigorizando la represión de la lectura. Felipe IV reduce la facul-

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

te, tener ideas, necesidades o aspiraciones. Los mayores de Atila o de Moloch no impusieron mejor la barbarie asiática. I esto lo hacian monarcas europeos en una época en que, al otro lado de los Pirineos i del Mediterráneo,—en Francia i en Italia,—brillaba el Renacimiento i se sentia el estrépito de la Reforma.

La constante renovacion de las ordenanzas represivas i el furor creciente de cada rei en esta materia, son pruebas de que, a pesar de todo, libros de otras partes, ideas i enseñanzas, penetraban en España i se les veia florecer. “Todo tiende a su fin,—dijo un poeta americano,—a la luz pura del sol la planta; el cervatillo atado a la libre montaña i el desterrado al caro suelo que le vio nacer”. El ser humano,—agregaria,—tiende, aunque se le martirice i se le mate, a los sagrados fines del progreso. Nada conseguirian, al fin,—como no fuera retardo i vergüenza para la historia,—los inquisidores con su tea i los monarcas con su planta acorada de caballeros fanatizados. Las semillas de la cultura i de la libertad, volando por encima de las hogueras, seguian cayendo en el privilegiado campo de la raza española, floreciendo mas i mas profusas, hasta llegar a la apartada América donde,—por diversas causas,—mejor terreno encontraban.

La represion que se operaba en la península pasó a América intacta, mas bien dicho, reforzada.



Carlos V fue el primero que se ocupó de ella. Una Real Cédula suya dice: “No consentir en mis dominios venta de libros tratando de materias profanas i fabulosas e historias finjidas”. (*Recopilacion de Indias*). La casa de contratacion de Sevilla, que despachaba los galeones para Indias, tenia un tribunal *ad hoc* para la revision del envío de libros. Se nos quitó, para la formacion de nuestra mentalidad, el contacto de la poesía, la novela i el teatro. Por otra parte, como ya vimos, en la enseñanza que se nos daba, poco se nos daba.

En España, donde prohibida estaba la lectura extranjera, habia literatura nacional. Aunque perseguida i degradada, nunca dejó de haberla. Fué el tiempo de Calderon i de Lope de Vega; fué el tiempo de Cervantes. La lectura de esos autores, tolerada en España, a la America se le negó.

No contenta con esto, la autoridad española, en Marzo de 1647, dictó lo siguiente:

“Mandamos a los virreyes i presidentes que no concedan licencias para imprimir libros en sus distritos i jurisdicciones, de cualquiera materia o calidad que sean, etc., etc.” (*Los Precursores*, M. L. Amunátegui.—Tomo I, páj. 217).

En España,—aunque sometida a una censura que los mismos autores pagaban,—la publicacion era dable. Es curioso aquello que los propios autores hubieran de pagar a los censores. A poco los

reyes de España hubiesen prescrito que los condenados pagasen a los verdugos . . . .

En América se prohibió toda publicación, hasta la de libros de rezo i cartillas para enseñar, a fin de impedir la competencia a la imprenta del Monasterio de San Lorenzo, a la cual se dio el privilegio de la provision de impresos en Indias. Si la opresion intelectual i moral era la base del criterio político de la España en América, nunca dejó de serlo, tambien, el espíritu mercantil. Una figura de rostro taciturno, llevando en una mano el apagador de las luces,—que deja sólo la de los cirios al pié de las imájenes,—i en la otra la garra que entra i dilapida las bolsas,—tal pudiera simbolizarse, durante tres siglos, ese gobierno español constituido por una monarquía caduca i un clero fanático.

Consecuente con esto—declarando que, dadas las leyes de Indias, la imprenta era inútil—la autoridad española se opuso siempre al establecimiento de ella en América. El Cabildo de Santiago solicitó del Soberano, permiso para instalar una en 1789. El Soberano dilató la respuesta. La imprenta sólo vino a verse en Chile cuando se rompió la cadena española.

En otras colonias, la imprenta se instaló temprano. En México, en 1532. En Lima, la primera edicion se hizo en 1584. Pero costaba mucho dinero imprimir en América. Dice el padre Melén-

dez en su *Tesoro Verdadero de Indios*: «Lo que en Madrid me hubiera costado 100 pesos, en Lima me costó 1,000.

El ingenio americano, por mas de dos siglos, hubo de quedar inédito. Algunos que se aventuraron a mandar sus orijinales a España, no supieron mas nada, ni del orijinal ni del dinero enviado. Sólo se tiene noticia de haber sido impresas en España las obras de los americanos Oña, Ovalle, Villarroel i Molina. Inéditas quedaron—i así las hemos conocido—las de Pineda i Bascuñan, Córdoba i Figueroa, Olivares, Pérez García, Carvallo i todos los demas.

Los reyes, por real cédula, habian ordenado a sus autoridades coloniales que les remitiesen muestras de cuanta publicacion se hiciera. Estas nada podian remitir puesto que nada se hacia. Los monarcas no lo creian, juzgaban a sus virreyes comprometidos en la tolerancia de publicaciones fantásticas, revolucionarias talvez. En cada correo, insisten en «el envío de las publicaciones de América...» Para persuadirse de que era verdad lo que decian los virreyes i presidentes los monarcas enviaron comisionados oficiales.

En 1793, el virrei del Perú don Ambrosio O'Higgins, recibe una nota del Rei, tan alarmado como si le hubiesen dado, en un instante, la noticia del alzamiento de todos sus dominios. Era

que se habia noticiado al monarca el hecho de haberse encontrado en Guayaquil un reloj con una inscripcion i pintura alusivas a la «depravada libertad de la Francia». Desde entónces se dictaron reglamentos i se constituyeron comisiones para inquirir i registrar la internacion de sedas, objetos de joyería i porcelanas. Muchos jéneros fueron quemados, por creerse que su color era alusivo a la libertad. . Millares de platos se quebraron porque, provenientes de la industria francesa, traian en pintura una bandera o un gorro frijio. ¡No hai mayor demencia en la historia! Las tias de don Quijote arrojando sus libros a la fogata, o el avaro Harpagnon vijilando a las moscas que zumban sobre su tesoro, no alcanzan, en su fantasía de imaginarios personajes, a igualar el miedo i la rabia de los tiranos de España i sus colonias.

Las bibliotecas que llegaron a formarse en América, una en México, con doce mil volúmenes, i otras en Guanajuato i Lima, que no pasaban de mil volúmenes (datos del bibliófilo Eguiara i Egu- ren), eran conventuales i se componian de infolios en latin referentes a escolástica, teología i derecho. No otra cosa hubiese dejado pasar la aduana intelectual i moral establecida; ni los frailes tampoco hubiesen querido introducir otra cosa.

Consecuente con su sistema jeneral, así mantuvo la España la enseñanza en América miéntras

duró su dominio. Así eran, como ya vimos, las otras instituciones i el sistema comercial. Todo iba al mismo objeto: estrujar a las colonias i mantener, por medio de la ignorancia, la esclavitud de los criollos. Pero, así como se introdujeron contrabandos comerciales que iniciaron el desarrollo de la riqueza propia de América, así también, bajo los lentes de los censores, se pasaron libros que fueron despertando la intelijencia, miéntras, en el sufrimiento de tanta torpeza i despotismo, se iba formando en los criollos el alma independiente de las naciones americanas. Es lei de la civilizacion que el hombre marche hácia la dignidad, la intelijencia i el bienestar. Cuando ciertas clases torpes i de mal carácter, tratan de acaparar para sí solas tales dones, con pena i desmedro de los pueblos, éstos se levantan i llegan hasta el heroismo i el jenio. Que no otra cosa que jenial i heroico fué el espíritu de la independencia americana, producido en dos siglos por obra de las instituciones i sistemas que he bosquejado.

Desde entónces la América trabajó por recuperarse intelectualmente. En ménos de un siglo ha conseguido alcanzar a la Europa, igualarse casi a ella en ciencia, literatura i arte. Estas tradiciones estuvieron interrumpidas mas de dos siglos. El esfuerzo ha sido gande.



Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

deseaban pertenecer a ella. Según la constitucion dada al Cabildo por Pedro Valdivia, éste debia renovarse cada año, haciéndose la eleccion por el Cabildo saliente. Se ve pues, desde pronto, como la institucion local, representando intereses directos, fué la primera que tuvo carácter público, influencia, algo propio de la colonia i no trasplantado de España. Esto ha de darle a la institucion municipal, durante todo el tiempo en que la vamos a seguir,—el tiempo de su formacion i desarrollo,—un carácter propio i mui interesante, el carácter de ser el alma misma de la naciente colonia, el eco de sus necesidades i aspiraciones, siempre en lucha con las Audiencias, los gobernadores i los obispos, con todo lo que representaba la autoridad española i el espíritu de una política de indiferencia, conservantismo i explotacion.

Los Cabildos—como tan bien lo sintetiza don M. L. Amunátegui,—fueron la primera forma nacional de las colonias hispano-americanas, la primera semilla propia de la que brotaria, en tres siglos de lenta i porfiada incubacion, la flor de la independencia (1).

---

(1) «La historia municipal de Santiago es a la Colonia lo que la historia parlamentaria es a la República: la expresion de las ideas i de las aspiraciones de Chile en un período determinado de su existencia».—M. L. AMUNÁTEGUI.—*Los Precursores de la Independencia*.



Valdivia dejó constituido el orden municipal en las tres ciudades que sagazmente colocó a lo largo del país: La Serena, Santiago i Concepcion, término de Chile, entónces, pues ahí estaba el Bio-Bio, al otro lado del cual rujian las hordas araucanas. Era ese, al decir del historiador Hancock, el «Rhin de los bárbaros chilenos».

Tardó varios años la institucion municipal en estenderse a otros puntos que los ya indicados. Sólo vino a estenderse cuando los monarcas,—alarmados por la dispersion en que tendian a vivir sus subditos en Chile,—ordenaron reducirlos a poblaciones. Entónces se fundaron los pueblos de Quillota, Cauquénes, Talca, Los Anjeles, Melipilla, Rancagua, Curicó, etc., etc. Fueron esos pueblos fundados por orden del Rei para reunir a los dispersos colonos, a fin de mantenerlos en el cultivo de la fe i en la disciplina a la monarquía. Habia temor de que, apartados de la autoridad, respirasen aires de independendencia. Fundadas esas ciudades de ese modo preconcebido, sin que la riqueza rejional, todavia en pañales, diera razon para ello, no pudieron tener sino mui escasa vida. El único papel que desempeñan en nuestra historia, hasta la víspera de la independendencia, es el de haberse estendido por ellas, en el país, el espíritu i la accion municipales.

Miserables fueron, por largo tiempo, los dichos pueblos. Pero,—es curioso observarlo, como rasgo

revelador del carácter español i del espíritu de la época,—ninguno de ellos dejó de tener la advocacion de un santo o santa de la corte celestial, i— a esto me refiero—ninguno dejó de pedir i pagar al Rei un escudo o título de «noble i leal», de «mui noble i leal». El Rei tenia su arancel para estas aspiraciones de los pueblos recién fundados. Dicho arancel se llamaba «de gracias al sacar». Ahí estaba previsto i tarifado el servicio. I la tarifa no era despreciable! Veo, en una de las tantas minuciosas investigaciones de Fuenzalida Grandon, que al pueblo de Valparaiso, la adquisicion de su escudo de armas le costó mil reales. Para integrar esa suma hartas penas tuvo su paupérico Cabildo..

Aquí de decir cuán escasas fueron durante todo el período colonial las entradas de los Cabildos. La fuente de éstos era la contribucion llamada «ramo de balanza». Dicha contribucion se afectaba a las esportaciones del pais. Cada quintal de frutos nacionales esportado pagaba medio real. Las esportaciones eran casi nulas. Luego, era casi nula la renta de los Cabildos.

Consideremos que, durante largos años, cupo al Cabildo de Santiago sostener, con un gasto de 5,000 pesos anuales, la dotacion de las cátedras de la Universidad. El Rei pensaba que si algo querian saber los criollos de América, lo pagasen

ellos. Su «mision divina i civilizadora» no llegaba a tanto.

Pobres, por esto, los Cabildos, i reducidas sus entradas por obligaciones que hubiesen debido ser del Gobierno, poco pudieron hacer en orden a edificios, adelantos locales i embellecimiento de las ciudades.

En la estadística de la Real Audiencia se ve que, en 1786, al término ya del período colonial, —i cuando la vida del Chile-español llegó a su apogeo —la renta del Cabildo de Santiago solo fué de 24,264 pesos i 7 reales. ¿Qué se podía hacer con eso en una ciudad ya mui estensa? Es infundado el cargo de flojedad e ineptia que se ha hecho a los Cabildos del tiempo colonial. Tanto mas infundado cuando vemos que uno de esos Cabildos, —el de Santiago,—con tan pobres rentas realizó, en el Mapocho, las obras colosales del tajamar i del puente de cal i canto.

Reducidos así a la impotencia por falta de recursos materiales, los Cabildos hicieron sentir su iluminado espíritu en el orden de sus atribuciones. Representando los intereses locales, —formados ellos mismos por elementos criollos,—(2) los Cabil-

---

(2) Por Real Cédula dada en Valladolid, el 29 de Abril de 1554, quedó autorizada la eleccion de vecinos criollos para miembros del Cabildo, los monarcas se reservaron el derecho de nombrar Rejidores vitalicios, quienes siendo hechura de la monarquía, trataron constantemente de desnaturalizar el espíritu de la institucion,

dos defendieron a las colonias de la indiferencia i la rapacidad de las instituciones directamente emanadas de España i les dieron todo el impulso liberal que cada dia ellos iban sintiendo en mayor grado. Cada dia era mayor la diferencia de ideas i sentimientos entre los Cabildos i las instituciones españolas, porque cada dia iba acentuándose la conciencia propia de los criollos. El Cabildo evolucionaba, progresaba, se adaptaba a las nuevas necesidades de los pueblos. Era una institucion viva, ligada a los seres por sus necesidades, sus aspiraciones. «El Cabildo tenia alma», — dice Vicuña Mackenna. Las otras instituciones coloniales eran inmutables, cuerpos momificados i duros que realizaban en América las fórmulas de la política española: «conservar i esplotar». A todo lo demas eran sordas; a todo lo demas eran ciegas. No así el Cabildo, hecho de la carne misma de la colonia. De lo cual provino el constante desacuerdo de éste con las autoridades reales, desacuerdo que forma la historia del período colonial hasta llegar al grande, al definitivo rompimiento, que el Cabildo,—encarnando ya por completo el alma de una nueva nacionalidad,—promovió en 1810.

Haré una breve reseña de la historia del Cabildo de Santiago. Muchos escritores la han hecho estensa. Don M. L. Amunátegui le dedicó tres volúmenes. La institucion municipal,—como se verá,—pinta en sus propios actos el espíritu que la

animó. I ofrece, el Cabildo de Santiago, el tipo comun de lo que fueron tales instituciones en las ciudades de América.

---

Las actas del Cabildo,—que se conservan en el Archivo Municipal de Santiago desde la primera hasta la última,—no están, sobre todo las primeras, escritas con mui buena ortografía. Lo cual no hace que deje de conocerse que en ellas se estampó cuanta medida de progreso, cuanto espíritu liberal, en la colonia se tuvo. Esto aparece desde el primer momento como si, por el solo hecho de constituirse para el interes local, los mismos españoles hubiesen sentido el cariño de una nueva tierra, i la luz de ideas que no eran españolas.

La primera medida que tomó el Cabildo de Santiago (disposicion de 1.º de Julio de 1549) fué para impedir la devastacion de los bosques. ¡Los españoles arrasaban las admirables selvas sin prevision alguna para renovarlas, como en tierra conquistada, como para marcharse al dia siguiente. El Cabildo inició en ese tiempo la política de defensa de los bosques; política que es, en el dia, la del gobierno de Chile i gracias a la cual algo se ha podido salvar.

En 1573, arbitra medios para ensanchar i mejorar los hospitales de la ciudad. Esto no entraba en el interes de los gobernadores, puesto que los enfermos no producian dinero para el Rei.

Antes de eso, en 1545, inició el Cabildo de Santiago la obra mas importante que fué entónces para la naciente colonia. La capital, centro de recursos, estaba separada del sur del pais, de la rejion hermosa i rica en la cual se sostenia la guerra con los indios para estender en ella el dominio de la civilizacion. Era el rio Maipo el que producía esa grave solucion de continuidad. Muchos se ahogaban al pasarlo, pues los españoles no conocian ese arte de vadear en el cual los chilenos se han hecho maestros. Habia, entre el norte i el sur de Chile, una separacion aterradora, un sepulcro permanente. El Cabildo echó sobre él un puente. Las consecuencias de ese simple trabajo, en el desarrollo posterior del pais. fueron tan grandes que son como el principio de nuestra unidad nacional.

Ya en 1575 se encuentra en el Cabildo el poco espíritu público, el poco interes nacional, que en ese tiempo pudo existir. Una manifestacion de ello,—manifestacion de actividad i de interes por el bien comun,—es la medida, resuelta ese año por la corporacion, de imponer multas a los cabildantes inasistentes. Las autoridades españolas vivian de paseo, i nunca pensaron ponerse multas. . .

El 11 de Abril de 1595 tuvo el Cabildo otro rasgo que revela su espíritu: vende, para obtener algunos recursos con qué servir los intereses de la

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

afamado correjidor don Luis de Zañartu, verdadero «correjidor» del pueblo i alma de monumentales construcciones.

Los adelantos públicos i las ornamentaciones que conocian las ciudades de España, ligadas por la tradicion a Francia, Italia i Grecia, no hubieran pasado a América si los Cabildos,—las únicas instituciones amantes del Nuevo Mundo,—no hubiesen pensado i sentido la necesidad de ellos.

En 1577 el Cabildo de Santiago otorga permiso para rodear de portales la Plaza de Armas. Eran esas bóvedas i columnatas con que se adornaron las ciudades italianas,—sobre todo Bolonia,—al crepúsculo de la Edad Media i al amanecer del Renacimiento. Los portales que entónces se colocaron al costado sur de la plaza principal de Santiago,—endebles i bajas galerías de madera inculta,—son los mismos que hoi existen trasformados en los magníficos portales de Fernández Concha i de Mac-Clure, considerado, este último, en su parte interior, uno de los mas hermosos del mundo. En trescientos años (de 1577 a 1877, época de la edificacion del portal Mac-Clure) las chozas se cambiaron en palacios, pasando por la época (entre los siglos XVIII i XIX) en que se llamaron «Portales de Sierra Bella».

Santiago ha recorrido los pocos siglos de su existencia variando siempre bajo la varilla májica del Cabildo i de la Municipalidad, como las fases



de una metamorfosis, convirtiéndose de aldea colonial en la opulenta i encantada ciudad del Santa Lucía.

Ese mismo año (1577), en que se procedió al embellecimiento de la Plaza por medio de portales, se pensó colocar en el centro de ella una pila a la usanza de las ciudades europeas. En esa pila debia rematar un curso de agua límpida que,—traída por sabio acueducto de las vertientes de Tobalaba i Apoquindo, — vendria a reemplazar el agua turbia del Mapocho bebida hasta entónces por la poblacion.

En esa remota fecha comenzó el Cabildo el trabajo de dotar a la ciudad de agua limpia, i de su primer monumento que fué una pila, símbolo preciso de lo que se iba a necesitar para descrasarnos de la mugre india i de las rutinas de la España del siglo XVII. En esa pila, como en la fuente de la fábula oriental, el Cabildo arrojó el polvo misterioso del cual saldria la bella imájen de una nacion nueva.

Estos trabajos, estas aspiraciones de bienestar i de belleza en América, iban dándole a los Cabildos una personalidad cada vez mas propia e independiente, personalidad que se va haciendo notar en frecuentes choques con las cosas i autoridades de España.

En 1578 el Cabildo de Santiago protesta de que Nicolas de Garnica se presente en su sala con la

espada al cinto, por el hecho de haber sido nombrado comisario de la Inquisicion.

Presintiendo las veleidades de la institucion americana, la Inquisicion de España quiso hacérsele presente con su amenazante poder. El Cabildo la rechaza. La lucha comienza entre España i América.

El 26 de Setiembre de 1578 tuvo el Cabildo de Santiago una sesion memorable en los anales de la vida chilena. Hasta entonces, para la colonia de Chile, el tiempo habia corrido, triste i pesado, sin señal alguna, sin advertir que su curso es irreparable, i que, si se le pierde, todo está perdido. En esa sesion el Cabildo resolvió solicitar del monarca un reloj para colocarlo en la torre con que pensaba adornar su palacio, que sólo era entónces una choza. Así el pueblo sabia que el tiempo pasa, no vuelve, i que, por lo mismo, no hai que perderlo. Nunca Cárlos V recibió con mas agrado que esa una peticion de sus colonias. Sabido es que ese Rei jenial, entre sus muchos caprichos tenia el de los relojes. Como algunos Papas i príncipes italianos eran numismatas, Cárlos V fué un apasionado coleccionador de relojes. Cuando, desencantado del mundo i su poder, se retiró al monasterio de Yuste, sólo quiso llevarse como compañero a Juan Turiano, el célebre relojero de Cremona. Por esto atendió al momento la peticion del Cabildo de Santiago. Pero el reloj del

Rei nunca llegó a Santiago. La ciudad estuvo sin saber la hora hasta que los jesuitas en la torre de su templo, el 31 de Diciembre de 1700, inauguraron uno, el mismo que hasta las 7 de la mañana del 1.º de Abril de 1811 (día del motin de Figueroa, i por consiguiente, último de la monarquía en Chile) estuvo marcando las lentas horas de la era colonial.

En 1579 el Cabildo se ocupa de mejorar el edificio de sus reuniones i archivos. Este estaba, ya lo dije, en la Plaza de Armas; no había entónces otra plaza. En esa sesion, destinada al mejoramiento del «palacio» consistorial, se arbitraron medidas para impedir «que los rapaces continúen haciendo porquerías en la escalera del palacio». Eso da una idea de cuál seria ese «palacio».

El escritor chileno que revisa tales cosas se siente dominado por un sentimiento de ternura al ver esos humildes comienzos de lo que ahora son verdaderos palacios de prestigiosas instituciones; sentimiento de ternura que se mezcla con el orgullo de comprobar cuánto se ha hecho en tan escaso tiempo.

Continúa el Cabildo su accion organizadora i progresista. Ese mismo año (1579),—como sus peticiones en Lima, ante el virrei, i en la Corte de Madrid, no eran atendidas con prontitud,—resuelve enviar a esas ciudades comisionados especiales encargados de activar el despacho de los

negocios de Chile. Así se obtuvo que la Audiencia de Lima dedicase a dichos negocios un día por semana.

Otro acto de importancia moral, i de mucho atrevimiento con las autoridades españolas, ejecutó el Cabildo ese mismo año. Hizo quitar el «rollo». Este era el patíbulo que, por prescripción del Rei, debía encontrarse en la plaza principal de cada uno de sus pueblos como símbolo aterrador de su autoridad sobre la vida i la muerte. En la plaza principal de Santiago, Pedro Valdivia lo plantó. Nadie se había atrevido a tocarlo hasta que el Cabildo lo hizo desalojar.

Encontramos al Cabildo engolfado en querellas sin fin con las autoridades españolas, ya porque éste defendía heroicamente los terrenos del predio comunal, que las autoridades del Rei querían entregar a particulares,—así constituyó el Cabildo la propiedad municipal,—ya porque autorizaba cosas que el monarca prohibía.

El Cabildo las autorizaba porque eran favorables a la riqueza de la colonia. El monarca las prohibía,—según la política fiscalista,—porque eran de posible competencia para la España. Tal fué la querrela por la plantación de viñedos en el país, que el Cabildo sostuvo por más de un siglo, triunfando, al fin, i pudiéndole ofrecer a los primeros sublevados de 1810 «una copa de vino chileno».

Al lado de la intelijencia i de la actividad de la institucion criolla, las instituciones de la monarquía parecian dormirse mas i mas; no dormirse pero sí encerrarse en su solo interes i en el del Rei. con grave abandono de los intereses de la colonia

Encontramos en 1581 al director de la guerra de Arauco, mariscal Ruiz de Gamboa, dirijiéndose al Cabildo de Santiago,—que nada tenia que hacer en eso,—en demanda de los recursos que le hacian falta para sus operaciones militares i que el Gobernador no le daba. El rejidor López de Azoca se opuso a que el Cabildo atendiese pedidos de ramos que no le concernian. Mostró cuan escasas eran ya las rentas para los solos servicios locales. Al efecto, éstas debian ser entónces mui pequeñas por lo que encuentro treinta años despues. En 1611 el Cabildo de Santiago sólo tenia 600 pesos de entradas provenientes de un impuesto sobre el sebo i el jabon.

Durante el siglo XVIII la actuacion del Cabildo se hizo mas interesante, i mas vigorosa su permanente querella con las autoridades españolas.

El Cabildo, por la naturaleza misma de sus obras, se habia hecho comprender i amar de la atormentada i oscura multitud criolla. Esta ya veia en él dos siglos de servicios prestados.

La accion del Cabildo sobre la multitud se hizo

notar especialmente en los memorables hechos que los hermanos Amunátegui llamaron «movimientos precursores», relacionándolos con los motines en que fué apareciendo la idea de la independencia. No obstante, esas significativas i pintorescas sublevaciones, sólo tuvieron por base asuntos económicos.

Veamos una de ellas.

Existía,—ya lo he dicho,—la tendencia del Gobierno español a aumentar, en América, el monto de las gabelas i contribuciones. El Cabildo atajaba esa tendencia, enérgicamente i desde antaño. En el siglo XVIII, como las guerras i la ruina económica asolaban la España, ésta quiso a toda costa aumentar las contribuciones de América. Con este fin constituyó una especie de ministerio recaudador llamado «Tribunal Superior de Cuentas». Era el director de dicho Tribunal don Gregorio González Blanco, quien hizo un «plan de rentas» alzando el valor de las contribuciones de almojarifazgo i alcabala. Es de advertir que,—con el criterio comun de los funcionarios españoles,—González Blanco i su acaudalado amigo don Martin José de Larrain, habian rematado esos derechos.

El Cabildo se opuso con toda enerjía a la imposición de un nuevo gravámen, sobre los que ya existian, i, principalmente, a ese «monopodio» (es la palabra que está escrita en el acta

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

lucion de la sociedad, su impulso hácia un estado de cosas mas sabio, mas moral i mas feliz.

Desde mediados del siglo XVIII para adelante, la actitud del Cabildo fué de abierta contradiccion con el espíritu i las tendencias de la monarquía en Chile.

Cuando, por esos años, se mandó fundar diversas poblaciones,—que son hoi ciudades,—en atencion a lo dispersos que vivian los habitantes, el Cabildo propuso i sostuvo que era preciso, para el desarrollo de esas nuevas poblaciones, abrir el pais a la inmigracion extranjera. Nada podia ser mas contrario a las tradiciones i a los temores de la política colonial de España. Nada pudo ser de índole mas liberal i progresista. Fué esa infusion de ideas i de sangres extranjeras,—que el Cabildo favoreció cuanto pudo,—la que vino a darle al pais la capacidad de sublevarse i romper sus cadenas; le trajo elementos de cultura superiores a los de España i formó la base de la nueva sociedad chilena, base cosmopolita, al igual de las otras colonias, en la que se fundan todas las ventajas i esperanzas de la «raza americana».

El liberalismo de que el Cabildo de Santiago hizo gala en la segunda mitad del siglo XVIII,—si se piensa qué tiempos eran esos,—llega a parecer temerario.

Se opuso a nuevas fundaciones conventuales. Tuvo con este motivo largos i pintorescos pleitos



con el correjidor don Luis de Zañartu, notable personaje al que, en estas relaciones, mas de una vez he nombrado. Zañartu fué una voluntad de fierro que moralizó con el látigo i trasformó la ciudad con el ladrillo. Al lado de la de don Ambrosio O'Higgins, su figura es, sin duda, una de las mas interesantes del siglo XVIII en Chile. Pero si con una mano Zañartu, contribuyó al progreso material, con la otra trató de mantener el imperio del fanatismo. Era como aquel rei de Prusia que hizo la grandeza de su pueblo sin salir de su fortaleza monarcal. Zañartu fué uno de los beatos mas acendrados i característicos de la colonia. En la cuna,—ya lo conté,—sacrificó a sus hijas para el convento. Fueron grandes sus pujilatos con el espíritu liberal del Cabildo. Porque Zañartu fué un hombre de una violencia de carácter que quedó lejendaria. Aquí en Chile, para dar a entender el mas alto grado de la furia, no se recuerda a Oreste, pero sí a Zañartu.

Pues bien, a ese terrible Dracon, el Cabildo le pasó por encima. Tuvo el valor de oponerse a las fiestas i mojigangas tradicionales que eran una vergonzosa perpetuacion de la barbarie mística de España cuyo cuadro hice en otro artículo. A fines del siglo, ayudado por el espíritu criollo, por la corriente universal, diria, que ya comenzaba a soplar desde Paris, el Cabildo triunfa. En esa época logra suspender la procesion de la Vera-

Cruz que era una especie de embriaguez de letanías i de azotes.

Comenzó a ser el Cabildo el alma de la Patria, el soplo de lo nuevo. Sus últimos años no pertenecen ya a la historia colonial que me incumbe en este estudio sobre leyes e instituciones de Indias. Sus últimos años pertenecen al movimiento revolucionario, a la historia de las ideas en Chile, a la independencia. Desde la invasion de España por los franceses (1808) los hombres del Cabildo de Santiago, a la cabeza de la ajitacion nacional, márcharon a la constitucion de un gobierno propio.

A este fin tenia que llegar. La evidencia de ello se tiene desde el principio de su historia. Fué la única institucion que no se fundó para explotar a la América sino para desarrollarla. En ella tuvo entrada la primera sangre criolla, el primer amor de la tierra nueva, el primer olvido de la España. El Cabildo fué la cuna en la cual dormitó durante dos siglos, para alzarse de pronto poderoso, el niño americano. Por eso su historia es la mas interesante, la única luminosa i viva, que hai en el conjunto sórdido i rapaz de las instituciones de Indias. Sus hombres, desde Rodrigo de Quiroga, que fué el primer conquistador que amó al suelo de Chile, hasta José Miguel Infante que fué un adalid de su libertad, en el cielo de nuestra

historia se nos aparecen como figuras simpáticas que luchan, entre los fierros i las sombras en que la España nos mantuvo, aspirando hacia el bien i la dignidad.





# Cuadro de la Colonia

(SIGLO XVII)

En la primera de estas crónicas,—que titulé «España en el siglo XVII»,—se vió cuan miserable i sombría fué esa nacion en ese siglo; se vió la pobreza rayana en hambruna, el decaimiento de las artes, las letras i la industria, por el espíritu de una monarquía enferma, que tuvo en la Inquisicion su tribunal político; se vió el lujo pesado que encubria la miseria i la insondable tristeza que puso en ese luminoso pais algo como un crepúsculo permanente; se vió el fanatismo que degenera en locura i crimen.

En crónicas posteriores, haciendo la historia de las leyes e instituciones de Indias, vimos como la España estendió a todos sus dominios, su política, su fanatismo cruel i la melancolía que la devoraban. Esas leyes e instituciones, nacidas en Espa-

ña, en ese malhadado siglo, fueron los vehículos que llevaron a la mitad del mundo la infección cancerosa de la metrópoli.

Dije algo del espíritu i de la influencia que tuvieron en América esas leyes e instituciones. Hicieron lo posible para matar las colonias como mataban a la madre patria. Si no lo consiguieron fué porque la fuerza tónica del aire del Nuevo Mundo venció de su virus mortal. Pero estuvieron a punto de conseguirlo. Hubo un momento histórico en que las colonias de América fueron el retrato vivo de la España decadente, un momento en que la torpeza, la lujuria mística i la melancolía orgullosa, que dieron carácter a la España del siglo XVII, se reprodujeron en América, punto por punto.

I fué mas triste el espectáculo que se vió en las nacientes i andrajosas colonias. En España quedaba siquiera la decoracion de una grandeza pasada. En América el cortejo fúnebre de la decadencia española hizo su desfile cómico i sangriento por el campo solitario de la barbarie india.

Es este momento histórico, en que las instituciones españolas del siglo XVII realizaron su obra en el Nuevo Mundo, el que desearia estampar, haciendo, aunque fuese a la lijera, un cuadro de la Colonia en su período álgido.

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

viche oriental. En el Perú hubo muchos tipos que España no conoció. Esa fué la tierra de los «caudillos» cuyos primeros representantes fueron Pizarro i Almagro disputándose el rescate de Atahualpa sobre el cómico escribano Pedro Sancho. Ahí los partidos políticos, como en Córcega, se orijinaron en antros, i sus programas fueron preparaciones de emboscadas para asaltar los sótanos del Inca defendidos por el virrei i su cohorte. Eso duró todo el período español i pasó a la República. La Gasca i Rada, capitanes españoles que se disputan la herencia de Almagro i Pizarro mutuamente asesinados, son iguales a Santa Cruz i Orbegoso, jenerales de la República, que pelean por Lima, i a los hermanos Gutiérrez, colgados en las torres de la Catedral, i al sarjento que asesina al Presidente Pardo; i a Cáceres i a Piérola, que se baten en las calles. Todos son los mismos personajes del drama típico que se produjo en ese país por la llegada de los españoles al templo del sol, i que, de siglo en siglo, con los mismos caracteres, ha llegado hasta nuestros días.

El tipo del virrei del Perú, en medio de su corte sensual i tosca,—con algo de andaluz i no poco de quichua,—paseando su peluca de tiranuelo de opereta, al lado de su querida «perri-chola» (1),

---

(1) Fué esta una querida, una favorita,—especie de Pompadour mulata,—que hizo cebo i pabilo de uno de esos



por el carnaval sangriento de las guerras civiles, hace en la historia figura única i escéntrica.

El Perú tuvo un carácter propio i lo conserva. De todas las nacionalidades ribereñas de América, es la que mas diversa se muestra de la civilizacion europea. Esto se siente en sus historiadores, desde Prescott, que inmortalizó su conquista, hasta Unánue, Ricardo Palma i Calderon Rei, que hicieron el estudio crítico i pintoresco de la Colonia i la República.

De tal modo,—aunque fué el Perú la colonia mas animada e interesante,—no es en el estudio de ella donde debe buscarse la verdadera influencia de la España en América, el siniestro reflejo que el Escorial proyectó sobre la mayor parte del Nuevo Mundo.

---

Es preferible tomar para este estudio una colonia como la de Chile i una ciudad como Santiago.

---

tantos virreyes débiles i viciosos, de don Manuel de Amat i Junient, el catalan que ántes habia sido Presidente de Chile. En su jerga italianizada, Amat, por decirle a su querida criolla «Perra chola», le decia *Perrichola*. Ricardo Palma, en una de sus mas lindas tradiciones, hizo de esta e-travagante cortesana,—del lujo cómico que arrastró en Lima i de sus refinamientos grotescos,—un cuadro célebre. En 1867, en uno de los teatros del bulevar de Paris, se estrenó una opereta que ha hecho fortuna en la cual aparece, con todo su sabor cómico, la corte de un virrei del Perú i al centro de ella Su Majestad *Perri-chola* («La Pericola»).

Aquí no hubo nada indíjena bastante fuerte que se asimilara al elemento español cambiándole el colorido i el sentimiento. La guerra de Arauco, que le dió carácter a nuestro período colonial, sirvió para concentrar i mantener a los españoles en toda su integridad. Aquí no hubo machi-hembras de indios con europeos. Aquí la riqueza,—que no existía,—no sopló aires de carnaval; el pauperismo nos hizo conservar la fisonomía taciturna de la España. Aquí no hubo gobernantes que, estimulados por la riqueza, se ensimismaran del Rei desvirtuando el espíritu de las instituciones. Abstracción hecha del Cabildo de Chile, todas las instituciones coloniales, como ya lo vimos, se mantuvieron estrictamente dentro del espíritu español.

Tampoco debe tomarse el siglo XVIII para hacer este estudio.

En ese siglo,—en que llegó a España un monarca frances,—la luz i el calor de una nueva vida comenzaron a invadir el tétrico Escorial. Esa luz llegó a América. En ese siglo las leyes coloniales, cuando no se humanizaron por obra del Rei, fueron violadas por la intelijencia i la creciente audacia de los criollos. Recordemos todo el contrabando de mercaderías i de libros que se hizo en América i que comenzó a preparar la riqueza i la emancipación. Entónces (1717) llegó a Santiago un presidente de oríjen frances,—Cano de Apon-

te,—que introdujo en la colonia la alegría i la elegancia de una corte meridional. Fué la época de los saraos semi-mundanos, semi-místicos, en que nuestras tatarabuelas bailaron las primeras pавanas llevando rosarios a guisa de pulseras. Hubo comedias, carreras de caballos i torneos en la Plaza de Armas, en uno de los cuales el propio Cano de Aponte encontró una muerte caballescа.

Eso ya no era la España, la España típica del siglo XVII que enjendró las colonias. Eso era la Francia, el amanecer de la civilizaci3n contemporánea en las negras cimas de Guipúzcoa, proyectandorayos de rejeneracion sobre las ' vírjenes serranías de América. Eso entra en el estudio de nuestras costumbres propias; es el prólogo de la historia de nuestra revolucion, pero no el verdadero cuadro de la colonia en su período áljido.

Apartándome de ese siglo i tomando, para hacerlo, una colonia como la de Chile, podré dar una idea jeneral de la semejanza que, durante el siglo XVII, las colonias tuvieron con la madre patria.

---

Es la primera mitad del siglo XVII. El pais está arruinado. Las hordas araucanas han destruido en el sur, las «siete ciudades de arriba» (2).

---

(2) Concepcion, Castro, Chillan i todos los fuertes colocados al sur del Bio-Bio.

Una crece del rio Mapocho ha barrido los campos de cultivos i una parte del rancherío que formaba la capital del reino.

En esa vasta desolacion, diez o doce mil españoles arrastran una vida de bandoleros harapientos, sin obediencia a leyes ni plan de trabajo.

En Santiago, en la capital, donde algun órden podia imperar, no habia sino mil setecientos blancos, con unos trescientos negros esclavos, tratando de domar para el trabajo a 8,600 indios que, a cada instante producian algun episodio sangriento. Estas cifras pertenecen al año 1613 i provienen del censo del oidor Hernando de Machado.

En ese terreno de miseria i sobresalto los hidalgos no encontraban gran diferencia con la Península de que llegaban.

Hai de aquella época (1647) un plano de la ciudad de Santiago hecho de memoria en Roma, por el padre Ovalle. Está comprobado que dicho plano tuvo por objeto darle al Papa i al Rei una idea superior de lo que era Chile a fin de obtener concesiones i obispados. Al efecto, en dicho dibujo, la ciudad aparece tan grande, o mas grande, que lo que es hoi. A primera vista se nota que es un plano imaginario. Son una infinidad de cuadros de ajedrez al centro de los cuales hai un cerro (el Huelén).

El espíritu de los cronistas españoles, por impulso literario, por jenio meridional, grandilocuen-

cia castellana o conveniencia, tendió a exajerar las cosas en sentido favorable.

El autor de ese mismo plano, en que se prestan a Santiago las dimensiones de una gran ciudad, describe la Alameda, en 1647, pintándola no sólo como una «delicia» (de donde viene el nombre de las Delicias) pero tambien como un «paseo de mucha hermosura».

Sabido es, no obstante,—eso lo vieron nuestros abuelos,—que la Alameda era uno de los brazos del Mapocho i, por consiguiente, un pedregal. El Santa Lucía, en la parte alta de la ciudad, hacia las veces de punta de diamante dividiendo las aguas del rio. Uno de sus brazos corria por lo que es hoi la Alameda, nuestro magnifico bulevar. Era el brazo menor, por lo que se pusieron edificios al nivel mismo de sus escasas aguas. Ahí se construyó el noviciado de San Borja, en el sitio que ocupa hoi la pequeña iglesia gótica del mismo nombre. En dicho noviciado hizo su educacion el padre Ovalle. Era, pues, un vecino de la Alameda, de lo cual su amor i su parcialidad por ella.

En esa fecha, 1647 (año del terremoto), la iglesia i convento de San Francisco ocupaban ya el sitio que han conservado. Dicha iglesia aparece en la descripcion del padre Ovalle como una grandiosa catedral «de piedra blanca i construida en sillería». Está comprobado que era de adobon i de madera inculta.

Habla, el aludido padre-cronista, de una plantacion de sauces hecha al borde del arroyo que corria por el centro de la Alameda i donde los vecinos iban «a gozar, por la tarde, del ambiente fresco». Tal fué el oríjen de nuestra gran calle i soberbio paseo actual, verdadera perspectiva, o «vía de monumentos», de la ciudad de Santiago.

El núcleo de la ciudad, en la época de nuestra relacion, estaba al norte de la Alameda, en torno de la Plaza de Armas.

A despecho del plano del padre Ovalle, el caserío no abarcaba entónces hasta el sitio que hoi ocupa el templo de Santa Ana; i habia un vacío entre la Merced (iglesia ya construida en esa época) i la planta del Santa Lucía.

Por el lado de la Alameda era un barranco formado por las creces del brazo del rio. Otro barranco corria por lo que es hoi el Mercado Central i calle de San Pablo, la caja madre del Mapocho.

Entre los dos barrancos, que iban a juntarse con la conjuncion de los dos brazos del rio en lo que es hoi barrio de San Miguel, los españoles fundaron la ciudad. Cosa lójica: que dichos barrancos eran una defensa natural. Santiago no fué una de esas ciudades felices que se tiran libremente en el campo fértil. Las hordas de los indios le formaron un círculo de infierno.

Las calles de San Antonio i del Estado (calle del Rei), que eran las dos únicas, terminaban en

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

sanguinarias, i procesiones impulsadas por el his-  
terismo místico. Cano de Aponte las reemplazó  
por torneos elegantes i caballerescos. Pero luego  
que él hubo caído en uno de ellos volvió la Espa-  
ña, es decir los frailes i los toreros.

El costado de occidente ocupábanlo el palacio  
de los obispos, la catedral i el cementerio. El pa-  
lacio de los obispos era el mismo que hoi pertenece,  
con fábrica suntuosa, al Arzobispado. Para la ins-  
titucion adquirió ese sitio el obispo Salcedo en  
1620. Se ha trasmitido.

Al norte estaban el edificio de la Real Audien-  
cia, el Cabildo i la casa del Presidente. Esta estu-  
vo ahí hasta los primeros años de la República.  
La Municipalidad lo está todavía.

En un ángulo, al sud-oeste de la Plaza, bajo los  
portales, esquinando con el palacio del obispo  
(hoi esquina de Ahumada), habia una taberna con  
un juego de trucos (billar). Fué el restaurant,—  
único de la ciudad,—que a principios del siglo  
XIX se llamó Café Lampaya. Era el centro de  
placer i ociosidad de los caballeros de la colonia,  
que eran tan amigos de no hacer nada como los hi-  
dalgos de Madrid; i tan harapientos i maldicien-  
tes éstos como aquéllos.

De ahí de esa taberna, salian las parcialidades  
en que la sociedad estaba dividida,—por asuntos  
de legados o por simples «chismes»,—a pelear en  
el centro de la plaza a espada limpia, como las



«jaquerías» de la edad media. De ahí salió, el 10 de Agosto de 1614, la parentela del doctor Jiménez de Mendoza para asaltar a don Pedro Lisperguer en la puerta del templo metropolitano, por haber éste iniciado en contra de Mendoza un juicio de contradicción. I se armó una de las mas sangrientas i jenerales riñas, a pedrusco i florete, entre las muchas de que Santiago tiene memoria en ese siglo de tristeza, fanatismo i rabia.

Las calles de la ciudad eran cuatro propiamente tales (Estado, San Antonio, Merced i Compañía hasta Teatinos). Ofrecian un aspecto sucio i desolado, con sus casuchos bajos de adobon i paja, sin enlozados (tampoco los habia en las ciudades de España), i mas pobladas de chanchos que de hombres; de igual modo vivian echados en las calles de Madrid los puercos de la comunidad de San Antonio de Abad.

Los escasos hombres que por tan desconsoladores callejones transitaban eran los mismos «caballeros de la soledad», los patibularios i soberbios pobres diablos que, bajo el chambergo misterioso i la capa raída, contemplaban con los brazos cruzados la agonía de la España, calentándose a la lumbre de los autos de fe. Con el mismo jesto, en América, asistían a las procesiones i a las mantanzas de indios.

Todo el tiempo de la colonia, el español vistió de capa i sombrero alon. Era bien el traje que le

convenia a su espíritu sombrío i a su cuerpo flaco e inactivo. De España, tampoco, dicho traje nunca pudo ser desterrado. Cuando Cárlos III quiso reemplazarlo por el vestuario mas cómodo i bonito de la jente de Francia, se le formó un «levantamiento» que lo obligó a renunciar a su deseo i a irse a Aranjuez.

Esas figuras «zorrillescas» pasaban la vida caminando despacio entre la taberna de la plaza,—donde iban a comentar las querellas de la sociedad, los capítulos entre las autoridades i los escándalos de los conventos, únicas ocurrencias de la colonia en su período álgido,—i la casa donde dormían la siesta. Sólo se sacudía la inercia de la ciudad con las riñas a florete i daga que se armaban en las calles, con los pleitos de los frailes, i las atropelladas salidas para el sur de capitanes i soldados que iban a la guerra de Arauco.

No habia actividad industrial. En los planteles i en los lavaderos, los esclavos i los indios trabajaban, callados como bestias, bajo el látigo de mayores taciturnos.

Los dueños, los amos, dormían la siesta o tomaban el sol en la puerta de la taberna. Todos eran analfabetos, o casi analfabetos, como se demuestra en los escritos de la época. Cuando era forzoso enviar una epístola a Lima o Madrid, se ordenaba al mulatillo de servicio que fuese al gallinero a traer un ganzo vivo i, con toda gravedad, se le

arrancaba una pluma del ala para tajarla. Ese era, en aquel tiempo, el recado de escribir, lo que ahora llamamos «útiles de escritorio». Ya vimos en otro capítulo cuál fué la enseñanza durante la colonia.

Los negocios se hacian, como en España, en forma primitiva: se cambiaban bueyes por trigo i rollos de jénero por pipas de vino. No habia extranjeros ni judíos que rejenerasen el intercambio. Las pocas personas ricas guardaban su dinero, como el rei en España, no en sótanos, pues no los habia. pero sí enterrado en sitio oculto. en el último patio. De nada servia el capital. Sólo de tarde en tarde se le desenterraba, bajo la adusta vijilancia del amo, que lo era casi siempre un oidor o un obispo,—a los simples particulares enriquecidos la Inquisicion los despojaba,—se le hacia limpiar por los esclavos, escudo por escudo, i luego en un cuero se le ponía a secar al sol, cerca de la puerta, para que los transeuntes vieran i envidiaran la fortuna del amo. Ese era el uso comercial i de ostentacion que se hacia del dinero...

La mujer, cuya presencia siempre procura algun encanto, no aparece, verdaderamente, en la vida santiaguina durante el siglo XVII. No comenzaba todavía el pasmoso desarrollo de la familia que, como condicion de la vida i del clima, dió fama de prolífica a nuestra sociedad. Las familias en Santiago sólo comenzaron a ser numerosas en

el siglo XVIII, para llegar a causar admiracion en el siglo XIX, i declinar en seguida por efectos de la vida contemporánea.

Se cuenta el caso de un santiaguino que murió en 1849 dejando once hijos, los cuales le habian dado en 1855,—seis años despues,—ciento cuatro nietos... Las familias de dieciocho o veintidos hijos no eran raras en Santiago hace cincuenta años. Pero en la época a que me refiero, el fanatismo religioso selló de esterilidad a las mujeres. Recordamos, en capítulo anterior, la funesta estadística por la cual se comprueba que las hijas mujeres, en cada familia de Santiago, eran destinadas al convento. En 1647, segun datos transmitidos por el obispo Villarroel, cuatrocientas niñas profesaron. Véase la terrible proporcion de ese número en lo que era entónces la ciudad. Hoi mismo, en las quinientas mil almas de Santiago, una cosa así seria estimada un cataclismo. La España cristiana, que arrojó a los moros, mantuvo la infecundidad de los serrallos, cambiándoles sólo la voluptuosa media luna por la cruz austera, i al eunuco de alfanje por el sacristan armado de apagador.

Cuando la mujer desaparece, o no tiene el rango que le corresponde en la sociedad, o no desempeña su mision natural, es signo inequívoco de que hai descomposicion i decadencia. Igual cosa es cuando, por el contrario, asume un rol dominante. Este

es el caso en que mas verdaderamente los estre-  
mos se tocan.

«En estas calles es mui raro divisar una mujer,— dice el cronista Carvallo. Sólo por la mañana se ven pasar algunas a la misa de la Catedral, entre las cuales se hacen ver mayormente, por su gran moño i la «chinita» que les lleva el tapiz, las esposas de los oidores». Esas esposas de los oidores fueron las fundadoras de la aristocracia, de la vanidad i del lujo de la sociedad de Santiago. Se distinguian,—como lo dice un cronista de la época,—por la «chinita» que les llevaba la alfombra sobre la cual era de uso arrodillarse. El uso de este utensilio de iglesia duró hasta ayer. Nuestras madres lo usan. Únicamente no eran ya las «chinitas» esclavas las portadoras de él, sino nosotros, los hijos.

Mucho precio se daba durante la colonia a esa pequeña esclava que era como el *válet de pie* de la beata clásica. La mujer que no tenia esclava para su alfombra de iglesia era una infeliz, anti-elegante, «pobretona», algo así como la que hoy dia no tiene auriga, zinchado en librea con botones amarillos, tieso i magnífico en lo alto del pescante de una victoria.

Por una de estas «chinitas», tan apreciadas por las elegantes de la época, tuvo lugar, en los comienzos del siglo XVIII, uno de esos pleitos escandalosos a que, en la calle pública, solian entregar-

se las damas de Santiago. Este a que me refiero se hizo memorable por haber ocurrido entre dos señoras mui distinguidas i bien colocadas, lo cual no fué obstáculo para que se dijescn palabras de verduleras i se arañasen como arpías.

En la *Historia de Santiago* de Vicuña Mackenna, hai un capítulo que es todo un cuadro pintoresco i sugestivo de la colonia, dedicado a referir ese famoso pleito de vecinas. Fué el caso que la señora doña Teresa Velásquez, esposa del capitan Duran, iba por la calle de San Juan de Dios (hoi de San Francisco) con su «chinita» a la siga, llevándole la alfombra. Al pasar por la casa del rico propietario don Francisco Hosta (ausente en ese momento en el Perú) un mulatillo que éste tenia de esclavo fué irrespetuoso con la señora Velásquez de Duran, i como su «chinita» la defendiera, le dió el mulato a ésta una zurra. De ahí pasó el pleito a las señoras. El maltrato dado a la «chinita» hizo montar en cólera a la Velásquez; por lo cual la Zarate de Hosta vino a la puerta i se armó entre ámbas una de Dios es Cristo. . . . Los puños iban ya a cruzarse, echando a rodar peinetas i basquiñas, cuando plugo a Dios que pasara por ahí el vecino Zubicueta, quien se interpuso entre los arañazos i consiguió que ámbas señoras llevasen su querella al fallo del alcalde del barrio, don Pedro Balbontin de la Torre, quien declaró no haber oido jamas mayores improprios que los que se dijeron esas dos bonitas i encumbradas damas.

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

la piedra encantada que los orientales tocaban hasta para beber un vaso de agua. Fatalismo dejado en la península por los árabes, traído a América por los españoles. «Todo está escrito en el gran libro divino: hai que rogar» . . . . I así, aun hoy quedan ancianos que cuando bostezan se persignan. Ni las creencias ni los hábitos se van a dos tirones.

Se veían en las iglesias, al pie de Cristos ensangrentados i melenculos, (3) hombres i mujeres con aire desesperado, contemplándolos con ojos ardientes, estirando los brazos como para envolverlos, llegando hasta ellos para cubrirlos de lágrimas i besos . . . .

Pasaban, pues, todas las mañanas,—como los divisa el historiador Carvallo,—hombres i mujeres con andar lento i rostro mal ajustado, camino de la iglesia. Si la sonrisa era la espresion comun en Arcadia, en las colonias de América lo fué ese «mal jesto», mezcla del orgullo castellano, exaltado por

---

(3) Los Cristos de aquel tiempo eran de un realismo aterrador. Uno de ellos, que fué famoso i sirvió de modelo a los demas,—el de Burgos,—era hecho, segun la leyenda, de una piel humana en la cual las heridas estaban simuladas a lo vivo; era un hombre embalsamado. Tenian jeneralmente, dichos Cristos, una gran cabellera oscura. El mas característico de los que vino a Chile fué el “Señor de la Agonía”, conocido desde el terremoto de 1647 con el nombre del “Señor de Mayo”.



la miseria, i del mal humor físico que una vida sin halagos, sin cultura, sin deleites, tenia que producir. Bajo las basquiñas de las damas i las capas de los caballeros, ardia un fuego iracundo. No habia arte que despertase la gracia natural del sér humano; el jenio áspero i extraterrenal del cristianismo alejaba a esos seres de la felicidad de vivir. La ignorancia oscurecia las almas; la devocion era un cilicio sobre los cuerpos.

A cada momento, sin que ninguna fuerza de cultura pudiese impedirlo, el saco de bÍlis que esas instituciones, esas ideas i costumbres, formaban en los séres, se derramaba en las riñas a florete, capítulos conventuales, i pleitos de mujeres, que fueron como la característica de la España i sus colonias durante el siglo XVII. Ya mostré las manifestaciones de ese estado de ánimo en la jente de arriba; no concluiria así no mas si me pudiese a narrar aunque solo fuesen los grandes crímenes cometidos por jente del pueblo durante un siglo que un historiador llamó «de delincuencia». Los únicos carros que transitaron en esos tiempos por las calles de Santiago fueron el «carreton de los borrachos» i el «carreton de los muertos»....

Sobre la herencia que dejaron los árabes, con el catolicismo ascético de la edad media, i la neurósis sombría de los monarcas austriacos, en una raza de oríjen meridional, aclimatada en un delicioso pais de flores i cielo azul, se produjo una desvia-

cion monstruosa. Los hombres no parecían hijos de Adán sino de las furias infernales. Una inmensa, una insondable tristeza cubrió a la España. Las castañetas cesaron su alegre tañido, las flores se pusieron mustias. En los deliciosos jardines de Andalucía i Granada, vivió, al lúgubre canto del “de-profundis”, una multitud nebulosa i taciturna como aquellas que cruzan por las leyendas del norte. Igual párrafo podría aplicarse a la jente que, durante el siglo XVII, vivió en el fecundo i sano valle del Mapocho.

La tristeza, la espresion del desencanto de la vida, fué como el fondo mismo de la psicología de la raza durante un siglo. En todas partes aparece, “implacable i fria”, como el fantasma de lord Byron. Nada la conmueve, nada la hace sonreír. “Esta jente asiste con igual rostro, aburrido i pálido, a las comedias, a las corridas de toros, a los autos de fe”,—escribe asustada, en 1654, Mme. de Villars, esposa del embajador de Francia en Madrid.

El hidalgo silencioso i melancólico, envuelto en su capa descolorida, es don Quijote que atraviesa la España en busca de heroicidades que le resulten ridículas; es el hambriento que dice amargas bufonías en las comedias de Lope de Rueda; es el extasiado de los cuadros místicos de Zurbaran; es el hijo jenuino de la España presa de un horrible fenómeno moral. Ese hidalgo loco, ese hambriento

irónico, ese neurótico místico, cruza el Atlántico, invariable, con la misma figura, parado en el puente de los galeones, i dilata por el Nuevo Mundo la honda tristeza de su raza. Esta encuentra en la soledad de la América vírjen un campo mas propicio. La ignorancia se le junta, con la miseria i los desastres materiales. En la época que refiero, en Chile, los triunfos de los araucanos, las avenidas de los rios, el terremoto de 1647, habian convertido en cementerio la naciente colonia.

En medio de ese cementerio se instaló a sus anchas la tristeza española, el mortal abatimiento. Nunca fué posible desarraigarla, disiparla al soplo de una existencia rica, próspera i cultivada. La tuvimos despues esa existencia, feliz; la tenemos hoi, como la mas privilegiada de las naciones. Pero el jesto desencantado, la monotonía, la tristeza, no se nos quitan. A nuestras magníficas fiestas, a nuestros triunfos, asistimos con ella como llevando a cuestras un fardo histórico. Nos acompaña en nuestra opulencia. Al pueblo que, impulsado por ella, se embriaga, le sobreviene con el alcohol una mayor tristeza. No hai remedio. Esta observacion la han hecho todos los extranjeros que han mirado la sociedad chilena desde Vancouver hasta Beillessort. El manton de iglesia que usan las mujeres es una de las formas exteriores de esa tristeza heredada. Se atribuye ese aire silencioso i ríjido a la estrictez moral, a la alta dis-

tincion de nuestra sociedad. Pero hai otras sociedades tan distinguidas como la nuestra que sonrien, que dicen cosas alegres, en cuyo rostro la felicidad de vivir se trasparente. No es la distincion, no es la moralidad, es la tristeza, el caudal de monotonía i aburrimiento con que la España nos enjendró. Allá, en la Península, eso fué un fenómeno debido a influencias accidentales,—al fatalismo que dejaron los árabes, a la relijion, a la familia de Felipe II,—que pasaron. Las castañetas volvieron a resonar alegremente en Andalucía i los claveles de Granada volvieron a verse en risueñas cabezas de mujeres. Pero en América la alegría nunca existió; luego, no pudo volver. Nacimos de la tristeza i vivimos en la tristeza. Es, en nosotros, una virtud orijinal. Necesitamos todavía mucho tiempo de fortuna i de cultura meridional para irla disipando un poco, de nuestros rostros i de nuestros cantos populares. Nada hai mas melancólico que una tonada chilena o una «paya» arjentina, hijas de las coplas desencantadas cuyo modelo dió Jorje Manrique.

Hai un documento de la colonia que habla de esa tristeza convertida en estado dominante. Demuestra tambien el abuso del oficialismo, la concentracion de todo en el Gobierno, hasta el punto de que los sentimientos mismos habian de tenerse con sujecion a las ordenanzas reales. Los sátrapas del Asia no se arrogaban mayores derechos sobre

la vida. Es un documento que se lee con la tristeza irónica con que asistimos a esas comedias en que lo mas amargo se traduce en bufonada. La ciudad de Santiago era triste como un sótano,—dice don M. L. Amunátegui al trascribir el dicho documento en el primer volumen de su obra sobre el Cabildo. Sin embargo, solia regocijarse cuando el Rei lo ordenaba. En el acta del Cabildo del 4 de Diciembre de 1573 se lee:

#### ALEGRIAS

«Este dia los dichos señores justicia i rejimiento dijeron que, atento a las buenas nuevas que han venido de Su Majestad i sus reales cédulas en que manda que se hagan alegrías por el nacimiento del príncipe nuestro señor i escrituras del serenísimo señor don Juan de Austria, por tanto que mandaban i mandaron que *se regocije esta ciudad* i que el dia de nuestra señora de la Concepcion, primero que viene, todos los vecinos estantes i habitantes, de cualquier jénero i condicion que sean, cabalguen la dicha noche con hachas i lumbres i en toda la ciudad i casas de ellas pongan luminarias i que *ninguna persona lo deje de cumplir* so pena de diez pesos, etc.»

Los monarcas la habian producido, la tristeza, en la raza; i le ordenan, por decreto, a la jente,

que se alegre. Si no se alegra, le ponen multa. No hai en la historia cosa mas divertida!..

Cuando por algun motivo habia fiesta era preciso producir la alegría, so pena de castigo, tal cual lo hacian los mandarines nipones con la multitud narcotizada.

Estas fiestas no eran muchas. Hablan las crónicas de algunas, pero en el siglo XVIII que fué, como ya vimos, un siglo de renovacion.

En 1609, a la llegada del Presidente Martin de Poveda, la sociedad de Santiago asistió, con su aburrida cara i oscuro ropaje, a catorce comedias i sainetones cuyos argumentos consistian en escenas de fanatismo i bufonadas de hambrientos.

Era tambien de uso, cuando juraba un nuevo Rei en España, servir en cada ciudad colonial un gran banquete a la jente copetona i en el cual el propio gobernador repartia la sopa. Banquete era ese que por su calidad culinaria, mas parecia un ayuno, así lo prescribia la etiqueta, i por el aspecto de los asistentes era comparable a las comidas fúnebres de los antiguos.

Solo en el siglo XVIII, cuando aires de emancipacion soplaban ya, esta fiesta en América fué alegre, de abundante bucólica i no poca libacion. Llegó a ser de regla, en el siglo XVIII, que los oidores se embriagasen con motivo de la jura del Rei. Los frailes comian de tal modo que nació el refran.

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

Las corridas de toros i las procesiones ocupaban los dias de fiesta. Una de estas procesiones anuales,—aquella a que se daba mas pompa religiosa,—la de la Verónica, descrita por cronistas de la época i por historiadores contemporáneos, deja la impresion de haber sido uno de esos actos en que estallaban el furor i la demencia escondidas en el fondo de una sociedad triste i neurótica.

Estas festividades religiosas, como las representaciones de teatro en el Japon, duraban varios dias. Las danzas en presencia del Santo Sacramento, al igual de Sevilla, solian durar un mes. Estas no podian ser mas teatrales. Bailaba un coro de niños en traje de fantasía. Cada iglesia tenia, en cierto modo, una maquinaria de teatro, con telones, diversos figurados i jigantes i cabezudos. Aun hoi se admira en la catedral de Zaragoza el ingenioso aparato escénico de la religion católica, en lo que tuvo de objetivo e ilusorio para imponerse a las imajinaciones.

Las fiestas religiosas mas estensas, pomposas i significativas, eran las de Semana Santa. En Semana Santa tenia lugar la triple procesion de la Verónica. El Miércoles Santo salia la primera procesion, compuesta sólo de negros i negras, que llevaban la imájen de la Verónica del templo de la Compañía a depositarla en la Plaza de Armas, frente a la Catedral. Pocas horas despues salia la



segunda procesion, la de los mulatos, cofrades de San Agustin, vestidos con túnicas negras. Del templo de San Agustin esta procesion sacaba la imájen de Cristo i la dejaba en la Plaza junto a la Verónica. Hecho esto, venia de la Merced la tercera procesion, compuesta de «los Nazarenos», cuyas túnicas eran rojas i llevaban el anda de la Vírjen en el acto de mostrarle a Juan Bautista la compasion de la Verónica.

Estas andas tenian el mayor lujo, talladas en madera maciza, segun el arte de los imajineros de la edad media. Los maestros de pintura de Quito les daban abigarrada coloracion. Las monjas i las beatas las rodeaban de jardines de papel i las cubrian con túnicas de terciopelo bordado con oro i plata; les ponian brazaletes i aros, i en las manos suplicantes pañuelos de batista perfumados. En ese sentimiento hecho de galantería i de fe, a la Vírjen se le atribuia el ajuar de una bailarina. Todo lo cual daba a las andas un peso enorme,—no como las de ahora, de carton-piedra, que tan fáciles van sobre los hombros de los disminuidos creyentes. Aquellas andas de madera labrada pesaban como bosques sobre las espaldas de indios i mulatos, salvo la de la Vera-Cruz, que era llevada en hombros por los caballeros del reino. Tenian, tambien las andas, misteriosas maquinarias que daban movimiento a los brazos i a los ojos del Señor i su corte celestial, tal cual las mu-

ñecas de gonza. Eso producía en la imaginación de los indios i los esclavos un pasmo místico superior al de los apóstoles que vieron a Jesús marchando sobre las aguas. Ese siglo fué todo entero de milagros, cuya crónica, en pintura quiteña, puede verse todavía en las paredes del claustro de San Francisco.

Al día siguiente, en torno de las andas reunidas en la Plaza, tenía lugar la procesion llamada de «sangre». Este era el bárbaro espectáculo, cuadro representativo de lo que hace el fanatismo en la ignorancia i la miseria.

En la civilización española,—como en trabajo anterior lo hice notar,—el fanatismo se mezclaba a la galantería, produciendo suplicios en medio de deleites. En Amérea, nó; en América no hubo amor, nada que suavizara la forma oscura i sangrienta de la fe medioeval.

La «procesion de sangre» era una de las escenas mas salvajes que es dado narrar a la pluma del historiador. Durante varias horas una ronda enloquecida i pavorosa jiraba en torno de las andas. Eran hombres i mujeres que corrian orando en alta voz i fustigándose con «disciplinas de rose-ta» (látigos con clavos en la punta). Los azotes eran tan recios que la sangre manaba i los alaridos no podían contenerse. Estos se mezclaban con el lúgubre canto de los frailes produciendo un conjunto aterrador. «Los indios i los esclavos,—

consternados ante la grandeza incomprendible i tremenda de tales actos,—arrojábanse al suelo llorando como niños». (V. M. *Historia de Santiago*).

Al anochecer, las procesiones de nuevo se ponian en marcha, con cirios que proyectaban un resplandor siniestro; iban de iglesia en iglesia haciendo «estaciones» para ganar induljencias.

Al volver la luz del nuevo dia, en el polvo de los callejones, por donde fueron los convoyes religiosos, grandes manchas de sangre se encontraban. Era esa multitud que habia colocado en otro mundo su ideal de felicidad i que para ganarlo, en medio de arrebatos neuróticos, se supliaba hasta quedar exánime.

---

La mentalidad española del siglo XVII, operando en América, lejos de las tradiciones artísticas i poéticas que son, en las razas, las que perpetúan las formas civilizadas del amor, habíalo suprimido por completo. En Europa, aun en su período álgido, la influencia del misticismo nunca suprimió el amor. En los conventos del Sagrado Corazon se formaron las grandes enamoradas de la historia. La primera comunión que, bajo un velo blanco i una corona de azahares, simboliza la entrega del alma a Dios, es la iniciación de la entrega del cuerpo que despues se hace bajo el mismo

velo blanco i corona de azahares. La grandiosa decoracion del catolicismo en toda Europa, fué llevada en los hombros alados de los cupidos de las alegorías místicas. En España ya vimos como fué ese tiempo de relijion i galantería. La fe nunca escluyó el amor; al contrario, lo puso en sus símbolos sagrados de la vida.

Pero en América, durante la colonia, la fe escluyó el amor. Cristo fué para las mujeres un esposo oriental, martirizante cuando no esterminador. La aproximacion de los sexos era, entre los españoles en América, estimada un crimen, un pecado mortal. Para evitarla, las familias, desde la adolescencia encerraban a sus hijas en los claustros donde el cilicio, con su frio letal, mantenía en los cuerpos apagado el fuego del amor.

Los matrimonios eran, en cierto modo, considerados una desgracia. Cuando llegaban a hacerse, preciso era que el amor no mediase. Sólo se aceptaba el matrimonio, sólo no era vergonzoso, cuando equivalía a un negocio. Jamas, durante la colonia, para los efectos de unirse, la afeccion de los contrayentes fué consultada. Nunca hubo dos seres que se casaran por amor. Esto hubiera sido un crimen. En los casos en que se vió, cuando alguna jóven fué sorprendida amando, el furor de los padres se tradujo en sangriento castigo.

Este fué el peor de los tantos extravíos de la mentalidad española durante ese siglo fatal. Esto

fué lo que le dió a la América, durante el período álgido de la colonia, un aspecto aterrador que nunca la España llegó a tener por completo, porque allá,—aun en los mas oscuros tiempos,—una brisna de amor quedó fluctuando en la atmósfera, poniendo su gracia en el pincel de Murillo, haciéndole eco al alarido del fanático que se flajela, bajo la bóveda del templo, con la endecha del amante.

No hai poder humano que pueda triunfar de la naturaleza. Por enorme que sea el peso de la roca estéril siempre jermína bajo ella el vegetal fecundo. El amor no puede ser suprimido. Cuando se le oprime se le envilece, se le desnaturaliza, pero no se le mata. Así, de ese sistema, nacieron los grandes escándalos que llenan i manchan la historia de la Colonia. Ahí están esas *Noticias Secretas* de Ulloa i Juan,—los admirables observadores de la América colonial que tantas veces he citado,—en las cuales los conventos aparecen como las cloacas de Sodoma i Gomorra. Le evito al natural pudor de mis lectores esta parte del «Cuadro de la Colonia».

---

En cada ciudad, en cada época histórica, hai una familia que predomina, que lo absorbe todo con su talento, sus riquezas, sus facultades para dominar i conducir. Estas familias, que llegan a encarnar una ciudad i una época, son al mismo

tiempo, el mas vivo reflejo de las pasiones i de los sentimientos que caracterizan esa época i ciudad. En Florencia fueron los Médicis, en Roma los Borjia, en Jénova los Orsini. La historia de cada una de esas familias es la historia del Renacimiento en cada una de esas ciudades.

Santiago de Chile, durante el siglo XVII, tuvo una familia que dominó i que se presenta ante la historia como la mas viva encarnacion del espíritu i de las pasiones de la ciudad. Fué la familia Lisperguer, fundada en Chile por un aventurero aleman,—don Pedro Lisperguer i Bittamberg, natural de Worms,—que vino a América, despues de haber sido paje de Cárlos V, con el virrei Hurtado de Mendoza. Llegó hasta Chile donde contrajo matrimonio con doña Agueda Flores, hija de un capitan español i de una cacica de Talagante. Así se fundó, con sangre alemana e india, la gran familia Lisperguer i Agueda, que llenó la ciudad i tuvo gran participacion en todo el pais. Fué la jente mas rica i mas noble; tenian su casa en la calle del Rei (hoi Estado). Fueron los fundadores de San Agustin. Sus entroncamientos eran infinitos. Los historiadores que han estudiado el oríjen de las familias de Santiago, la reconocen como el tronco, como el árbol corpulento del cual brotaron todas las ramas. Tuvo en su seno capitanes, oidores, prelados. Fué el eje de la aristocracia. Aun hoi, en Santiago, se dice que es mulato

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

mente su vida, han evocado su figura de furia infernal enmascarada con un bello rostro de india, que se ilumina al reflejo de la herencia germánica.

En torno de ella se ve el vasto cuadro de la colonia en Chile durante el siglo XVII como un pandemonium sórdido, como orjía encubierta por el manto negro de la beatitud, i a cuya complicidad quiso ser atraída la misma imájen del Redentor de los hombres.

Se conoce la leyenda de la Quintrala i del Señor de Mayo, el crucifijo del templo de San Agustín a cuya devoción se dedicó la Mesalina chilena, i el cual apartaba de ella la mirada ofendida. Todo ese tiempo de nuestra historia colonial lo llenan los escándalos de la Quintrala, en los cuales cayeron desde gobernadores hasta clérigos; lo llenan sus procesos, de los que salía avante por su dinero i su influencia social (4), lo llenan los cuarenta crímenes que cometió,—entre ellos el envenenamiento de su propio padre,—hasta que el oidor Peña Salazar, con una enerjía que lo hizo célebre, se atrevió a encarcelar ese poderoso demonio, devolviéndole a la ciudad el honor i la calma. Honor i calma, dos cosas que se habian perdido en ese siglo, no sólo por la Quintrala, tam-

---

(4) «I se alaba de que se ha de salir con todo porque tiene dinero i los oidores son sus amigos» (*Carta del Obispo po Salcedo, 1634*).



bien por la forma de vida que el espíritu i las leyes de España desarrollaron. La Quintrala fué el mejor producto de ese medio ambiente. Del mismo modo se produjo César Borjia en la Roma de Alejandro VI, por obra de las influencias que se respiraban i de los vicios hereditarios.

La Quintrala murió en 1665. Con su muerte fué como si la colonia,—hija de la España del siglo XVII,—hubiese espirado tambien. Sólo faltaban treinta años para que comenzara ese siglo XVIII que fué de renovacion.

En la leyenda popular la Quintrala aparece suspendida de un hilo sobre el infierno. Ante la historia, esa época de la cual la Quintrala fué la mas perfecta i terrible encarnacion, aparece tambien suspendida de un hilo sobre el fanatismo, la maldad i la tristeza.



# LA PATRIA VIEJA

---



# El Curso de la Antorcha

El novelista i dramaturgo frances Paul Hervieux escribió una pieza de teatro intitulada *La course du Flambeau* («El curso de la antorcha»). El título es el simbolismo de la obra: el amor ardiente de los padres a los hijos, que se trasmite i viene, de jeneracion en jeneracion, ostentándose como una llama sagrada.

Como ese amor que simboliza en su obra Paul Hervieux, hai ideas i anhelos que las jeneraciones se transmiten. Han nacido en una época i, partiendo de un punto, recorren el globo como llama sagrada, conmoviéndolo, iluminándolo, trasformándolo.

Tal es la idea, el anhelo de un pueblo, que se concentró en la personalidad de Jorje Washington, produjo la independendencia de la América del Norte, pasó, por una de esas felicísimas casualidades

de la historia, a Francisco Miranda, quien la llevó a Colombia i Venezuela, pero no sin haberla dejado ántes en otro hombre, en un niño, que un destino que no vacilaríamos en calificar de milagroso, colocó en el camino del célebre i admirable revolucionario.

Ese niño, casi adolescente, que Miranda encontrara en su carrera de precursor, fué Bernardo O'Higgins. El le tomó la idea, bebió en Miranda el anhelo de libertad, como Miranda lo habia bebido en Washington, i lo trajo al extremo sur de la América.

Es esto lo que llamó «el curso de la antorcha»: el camino recorrido por la idea de la Independencia, desde el jenio que la fundó en el norte de la América, hasta el paladin que estremeció con ella los confines del hemisferio sur.

Esta antorcha de libertad recorrió el Nuevo Mundo en esas tres cabezas jeniales i heroicas: Jorge Washington, Francisco Miranda, Bernardo O'Higgins.

---

Me propongo narrar los hechos históricos que comprueban ese encadenamiento, ese paso de mano en mano de la sagrada antorcha. Son hechos no mui conocidos por la presente jeneracion. Los acontecimientos se borran a medida que se alejan. En refrescarlos, en recordar hazañas, hai gratitud i hai beneficio. Ahora que se cumple el primer si-

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

to de las libertades clásicas, la ruina de los ídolos tradicionales.

Se produjo despues la emancipacion de la América del Norte. En seguida el movimiento de 1789 que en Francia le puso fin al antiguo réjimen. Esto dió brios a ciertos hombres de la colonia de Chile,—que estaban posesionados de los incurables defectos del Gobierno español i sentian las aspiraciones criollas,—para conspirar. Esos hombres fueron los franceses Gramuset i Berney, don José A. Rojas, don Manuel Salas, don Juan Martínez de Rozas i otros: los precursores. Ellos pensaron la libertad de América i de Chile ántes que acontecimientos inesperados (la invasion de España por los franceses, 1808) hicieran estallar la revolucion colectiva.

Esos gloriosos precursores forman el libro de Amunátegui. Falta uno: falta Bernardo O'Higgins, cuya accion solo comienzan a relatar los historiadores desde que la Colonia de Chile se levantó en armas.

Cuando O'Higgins volvió a Chile, en 1802, a los veinticinco años de edad, despues de haber permanecido nueve en Europa, ya traia en su alma no sólo el ardor revolucionario, tambien el sufrimiento. Ya habia participado en el vasto i sordo complot que por mas de veinte años precedió al estallido de la revolucion Sud-Americana.

El jóven O'Higgins era ya, en esa época, un re-



volucionario, cuya accion habia tenido no pocas consecuencias para el, i en la política de Hispano-America.

Habia residido en Cádiz por mas de dos años esperando violar el bloqueo de la escuadra inglesa para venirse a Chile, alojado en casa de don Nicolas de la Cruz, chileno, amigo del Virrei O'Higgins. Durante ese tiempo, el hijo natural del Virrei del Perú se habia relacionado con dos frailes, americanos del sur, tenidos por sospechosos a causa de sus ideas políticas. Se llamaban dichos frailes,—ilustres precursores,—José Cortez Madariaga (chileno) i Juan Pablo Fretes (paraguayo).

A ambos clérigos, en esa época azarosa i grande, se les esperaban destinos imprevistos. Cortez Madariaga,—el chileno,—iba a ser «el tribuno de Caracas», padre de la patria en Venezuela i Colombia. Fretes,—el paraguayo,—vendria a serlo en Chile, en 1810.

No importaba que los temporales, o las suertes de la guerra, llevasen a distintos puntos a los hijos de América: esta era una sola patria i en cualquier punto de ella se servia la misma causa.

Cuando el joven O'Higgins,—habiendo puesto fin a sus estudios en Inglaterra,—llegó a Cádiz (1799), buscando la ruta del Pacífico, traía recomendaciones y pliegos secretos para Fretes i Cortez Madariaga. Estos eran, en España, agentes

del complot dirigido por Francisco Miranda. En esa fecha O'Higgins ya era un conjurado, un miembro de la lojia que estaba preparando la independencia de la América del Sur.

Veamos como.

Estaba O'Higgins en casa de de la Cruz,—sirviéndole de dependiente para pagarle el alojamiento.—al acecho de una de las tantas expediciones que salian de Cádiz con rumbo a América, tratanto de violar el bloqueo.

Le llegó a de la Cruz, de parte de su amigo Ambrosio O'Higgins, Virrei del Perú, una carta notificándole que dejaba de reconocer como hijo al jóven Bernardo i que, por lo tanto, le suspendia la pension. De la Cruz podia poner en la calle al pupilo.

Esto sucedió a principios de 1801. De la Cruz, sin reserva alguna, lo puso en conocimiento del muchacho. De la Cruz era un hombre avaro, pero no era un mal hombre. No despidió de pronto al alojado. Siguió alimentándolo a trueque de sus servicios i a trueque de un piano-forte que el estudiante O'Higgins habia comprado en Lóndres. Era un obsequio que le llevaba a su madre. Bernardo O'Higgins,—que tan pocos afectos tuvo fuera de la pasion de la gloria i de la patria,—demostró siempre por su madre una profunda ternura.

De la Cruz se adjudicó el piano-forte por ciento

cincuenta pesetas i siguió albergando a O'Higgins, aunque de mala gana.

Fueron largos meses de padecimientos i humillaciones para el futuro libertador de Chile. Habian comenzado sus sacrificios por la patria. Todo lo soportó con valor.

De la Cruz no acertaba a comprender la razon del rechazo del niño por el Virrei. Seria por un capricho de viejo egoista i mezquino. Ya estaria harto de tener a su cargo un «hijo natural» . . . .

Si hubiese sospechado la verdadera causa de la repulsion, de la Cruz, comerciante i, como tal, servil, mirando antes que nada sus pesos i buenas relaciones con el Gobierno, habria puesto al momento en la calle al pupilo, sin réplica. Sin saberlo el viejo realista albergaba en su nido un pichon de la Independencia.

El mismo O'Higgins no supo de un modo seguro a qué atribuir el rechazo de su padre. Don Ambrosio, desde que mandó a Europa al muchacho, a terminar la educacion comenzada en Lima, no habia dejado de remesarle dinero por medio de Spencer i Perkins, judíos de Lóndres. A Cádiz lo habia hecho por medio de de la Cruz. Lo habia hecho en su condicion de potentado, sin manifestar afecto ni grande interes por ese hijo clandestino, consecuencia de su vida anterior de soldado i aventurero.

El muchacho pensó que le habrian llegado a su

padre noticias de ciertas disipaciones suyas, de una salida del colejio de Richmond para ir a pasar al balneario de Margate en 1798, salida por la cual tuvo un disgusto con los judíos, sus apoderados. Sin duda los judíos le habian escrito a don Ambrosio, agregándole que el pupilo no habia dejado de perder su tiempo haciéndole la corte a cierta beldad de dieciseis años (él tenia dieciocho), hija del hostelero Mr. Eels, donde vivia O'Higgins en Richmond.

Ese amor debió ser mui fugaz. Pareceria que este hombre, desde la cuna, hubiese llevado en el alma el ardor de una causa santa, ante el cual nada importaban las pasiones comunes de los seres humanos. Sin embargo,—talvez como único embelezo de su juventud oscura i contrariada,—O'Higgins recordó mas de una vez, en el curso de su vida, a la hija de aquel posadero de Richmond. Hai una carta dirigida al jeneral, desde Dublin, en Marzo de 1823, por su viejo compañero de armas el oficial O'Brien, en que le dice: «Os envio el retrato de Mis Carlota Eels, vuestra antigua bien amada (*your old sweet heart*)».

A estas cosas, segun consta de cartas dirigidas a su padre despues del desahucio (insertadas en la «Vida de O'Higgins» por Vicuña Mackenna) atribuyó el jóven la severa, la injusta resolucion.

Talvez pensó, como su conciencia no estaba tranquila, que otras causas obraban en contra

suya. Sólo conoció las verdaderas causas del enojo de su padre diez años despues, al encontrarse en Chile con el coronel Mackenna, quien iba a ser su tutor en la guerra, su jemelo en la gloria i el mártir de su causa. Mackenna estaba en Lima en 1800; íntimo amigo i compatriota del virrei, supo lo que ocurría i pudo contárselo mas tarde al hijo.

Habia pasado malos ratos en su palacio, el virrei don Ambrosio O'Higgins. Como en toda política en que impera una aristocracia corrompida, en la política española abundaban las intrigas i las maldades. Los magnates de Madrid i de Lima no le perdonaban a ese irlandés de jenio, de oríjen plebeyo, que hubiera llegado a ser Virrei del Perú, segunda persona del Rei de España. Todas eran zancadillas en torno suyo. Lo apodaban «Virrei inglés».

Con ese espíritu progresista, que fué la rara i brillante característica de don Ambrosio O'Higgins, habia fomentado en Osorno la formacion de una colonia extranjera, tomando como base de su poblacion el equipaje irlandés de un buque náufrago. Lo acusaron de estarle abriendo a la Inglaterra las puertas de las colonias españolas. De todos los actos de su gobierno la nobleza limeña sacaba argumentos en contra suya. El Virrei del Plata, don Gabriel de Aviles,—viejo macuco que dejó fama de santo,—deseaba ser trasladado al Perú, todavía maravilloso. Trabajaba activamente

en el sentido de poner mal al virrei O'Higgins con el Gobierno metropolitano. Pero, no consiguió su objeto; ni tampoco lo conseguian los frailes i oidores de Lima. Don Ambrosio O'Higgins tenia justa fama de ser hombre de talento i fiel a su Rei.

Impotentes estaban para derribarlo sus enemigos i sus envidiosos, cuando se le presentó a Aviles, Virrei del Plata, un arma eficaz que, al momento, comenzó a manejar: «Andaba por Inglaterra i España, bien rentado por el virrei del Perú, un hijo de éste al cual, aunque ilejítimo,—lo habia tenido en una mujer de la aristocracia chilena,—se esmeraba en darle educacion superior. No era, pues, ese muchacho, un simple despojo humano, pero sí, por mil maneras, el hijo autorizado del Virrei del Perú. Pues bien, ese hijo de Virrei español, tenia su filiacion, como conspirador, en la policia secreta con que la España observaba i queria contrarrestar el movimiento que se estaba preparando para arrebatarle sus colonias. Dicha policia estaba al tanto del consorcio del estudiante de Richmond con don Francisco Miranda, antiguo oficial de la independencia de Norte América i de la República francesa, demócrata reconocido i conspirador contumaz. No sólo de esto estaban al tanto los espías del Rei. Sabian que el muchacho, trasladado a Cádiz de paso para Chile, frecuentaba a los frailes revolucionarios Fretes i Cortez Mada riaga. Eso hacia el hijo del Virrei, con el dinero del Virrei!»

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

fundo, casi mórbido, lo que, según los fisiologistas, caracteriza a los verdaderos «hijos del amor».

O'Higgins se instaló en la hacienda que heredaba de su padre, San José de las Canteras, una de las más grandes del sur de Chile.

Aquí estaba, —arriando tres mil vacas, —cuando los acontecimientos de España (1808) dieron salida, en Chile, a la revolución latente.

El joven hacendado de Las Canteras entró, sin vacilar, en la agitación. Era discípulo de Jorge Washington al través de Francisco Miranda. Había jurado a sus maestros servir en su propia patria la libertad de América, i morir por ella. Desde hacía diez años pertenecía a la revolución; por ella había sido perseguido i había experimentado pellejerías sin cuento. Su acción había provocado la caída de un virrey.

Bernardo O'Higgins fué «precursor» de nuestra independencia; como tal merece en la historia un puesto importante, ántes del altísimo i glorioso puesto que se conquistó con la espada en los campos de la Patria Vieja.

---

El relato de la vida de los grandes hombres encanta por cuanto tiene de novelesco, i fortalece mostrando corazones heróicos, espíritus justicieros, voluntades inquebrantables.

Aunque nada nos queda ya de la antigua i con-



soladora metafísica, que daba a los seres i a las cosas un fin determinado, suele dejarnos pensativos el relato de esas existencias escepcionales. El «destino» no existe; los acontecimientos humanos no son sino azares consecutivos. Pero esas vidas que se ven desde la cuna hasta la tumba destinadas a un solo objeto, esas vidas en que todas las «casualidades» redundan en el cumplimiento de ese solo objeto, hacen pensar, hacen comprender por qué, jeneraciones ménos sedientas de comprobacion positiva, creian en la predestinacion.

• Tal es en la vida de Bernardo O'Higgins, la casualidad que, en Inglaterra, lo puso en contacto con Francisco Miranda, grande agitador de la conciencia popular, apóstol de libertades públicas, en la revolucion francesa i en el hemisferio sur del Nuevo Mundo.

En 1775 las colonias inglesas de Norte-América tocaron a rebelion. España estaba en guerra con Inglaterra. España se llenó de júbilo con las noticias de la revolucion anglo-americana. Quiso hacer causa comun con ella mandándole tropas auxiliares. Todo iba en contra de Inglaterra ¡Qué ciegos son los Gobiernos o qué incapaces los hombres de preveer el porvenir! La España misma ayudó los primeros pasos de la Independencia de América . . . .

En ese contingente, que la España mandó en auxilio de los sublevados de Norte-América, iba

un imberbe capitan, nacido en tierra americana (Caracas), llamado Francisco Miranda.

El oficial del Rei de España peleó por los libros en Norte-América, conoció de cerca a un hombre de jenio, a uno de esos que nacen, de tarde en tarde, para mantener la superioridad de los hombres i señalarles una nueva jornada. Miranda conoció i sirvió bajo sus órdenes a Jorje Washington, el hombre de temple antiguo, austero i libérrimo, a la vez como Caton i Marco Aurelio, el restaurador de la libertad en el mundo moderno.

Concluida la guerra de la Independencia en Norte-América, Miranda se separó de Washington. Este lo estimaba ya como su continuador en la obra de seguir paseando por el mundo la antorcha por él enarbolada.

Miranda se trasladó a Europa i lanzó ahí la primera palabra en favor de la independencia de la América del Sur.

No tengo aquí espacio para repasar, aunque sea a la lijera, la vida de ese precursor, de ese apóstol armado de la libertad de América, sus viajes incansables buscando adhesiones, su jenio irresistible,—que consiguió poner de parte de la democracia a la misma czarina de Rusia, Catalina II,—su participacion de un civismo tan alto i heroico en la revolucion francesa, su jenio militar que contribuyó con Dumouriez, Hoche i Carnot,

a la estension de la República: toda esa parte, en fin, tan activa i eficaz que toma en el movimiento democrático de la Europa, a cuya historia Miranda tambien pertenece.

Miranda fué el incansable i hábil diplomático,—debajo del cual estaba el conspirador,—que seduce a los Ministros, intriga, aprovecha las rivalidades de las Cortes, sacando de todo partido para su obra de libertad. Aprovechándose de esa misma guerra entre Inglaterra i España, que lo llevara a combatir por la libertad de Norte-América, Miranda obtuvo del Ministro Pitt recursos para ir a encender la chispa de la Independencia en Nueva Granada i Venezuela. El estallido de la revolucion francesa distrajo a la Inglaterra del cumplimiento de lo prometido.

En la revolucion, en la cual entró al lado de Lafayette, Miranda sólo busca la manera de combinar ese movimiento democrático con el de Hispano América.

La revolucion francesa era un mar ajitado en el cual naufragaban hoi los hombres de ayer. Miranda habia conseguido un ejército de 12,000 hombres para desembarcar en México, cuando los revolucionarios que apoyaban su plan cayeron,—él mismo cayó,—en el proceso de Pichegru.

Sólo muchos años despues, en 1811, pudo Miranda iniciar en su tierra la campaña por la Independencia, conducir a la victoria las primeras gue-

rrillas de patriotas venezolanos, i caer un dia, en medio del combate, para ir a morir, prisionero en Cádiz, con una cadena amarrada al cuello, como un perro. Ese fué el castigo que le dieron los españoles al padre de la Independencia de América.

Trájjicamente murió Miranda, pero no sin la satisfaccion de ver la libertad clareando en todos los cielos de la América, hasta en los mas lejanos. No murió sin haberle pasado la antorcha, que él mismo recibiera de Washington, a un muchacho encontrado un dia, en Lóndres, por una casualidad, pero en el cual el viejo peregrino de la libertad de América sintió una fiebre de heroismo; no murió sin haber depositado la sagrada semilla en uno que iria a arrojarla al extremo sur del Nuevo Mundo.



A fines de 1797, en una de las alternativas de su vida de agitador,—jirondino prófugo del Terror,—estaba Miranda en Lóndres, ganándose la vida como profesor de matemáticas.

Recibió una esquila de un jóven estudiante, americano del sur, que firmaba Bernardo Riquelme, (nombre materno que llevó O'Higgins hasta la muerte de su padre). Dicho estudiante necesitaba un profesor a domicilio para *calentar* sus exámenes.

Desde la primera mirada, sin duda, el viejo

conspirador, descubrió la naturaleza moral del muchacho. A las pocas lecciones el mapa de América habia reemplazado la pizarra de cálculos algebraicos. En vez de sumar i restar, el revolucionario americano le hablaba al hijo del virrei de las libertades públicas que habia visto cimentarse en los Estados Unidos; le esplicaba la forma del Gobierno ingles, el honor, la felicidad i el progreso en que entran los pueblos que se gobiernan a sí mismos; las torpezas de una política como la española, influida por la aristocracia i el clero; la condicion de esclavitud e ignorancia de las razas jóvenes, privilegiadas por la naturaleza, que se habian formado en las comarcas del Nuevo Mundo. Le esplicaba en seguida el derrumbe de las monarquías seculares, la tendencia a jeneralizarse de la evolucion democrática manifestada ya en los Estados Unidos i en Francia. Con todo el ardor de su alma, el viejo caudillo de la revolucion evocaba el horizonte radioso de la libertad i de la república.

Los ojos del jóven cóndor chileno, vendados por las tinieblas de la colonia en que naciera, se abrian maravillados.

«¡Qué gloria, qué honor,—le decia Miranda,—ligar su nombre a la causa de la libertad de América, morir por ella!» Luego le pintaba el retrato moral de Jorje Washington; le describia las sesiones de la Convencion en Paris en los años memo-

rables en que la democracia quedó restablecida; le hacia el relato de las épicas campanas de la primera República.

En todo eso habia participado,—i con cuánta gloria!—Francisco Miranda, el viejo i pobre profesor de matemáticas que el hijo del virrei del Perú viera entrar en su aposento como un dómine cualquiera.

Miranda, ante los ojos de su discípulo, adquirió las proporciones de un héroe, fué como el símbolo de una epopeya, como la personificación de un cambio en el mundo entero, algo que iluminaba i seducia como un sol naciente.

El jóven Bernardo era hijo de un jenial batallador de la raza celta, habia nacido, del seno de una criolla española, en medio de las últimas guerras de Arauco. A los pocos meses de haber nacido, si el niño abrió los ojos, pudo verse en brazos de un granadero recorriendo el territorio de Chile para ir a criarse ocultamente en la hacienda de un amigo de los que habian cometido ese fecundo pecado de amor (la hacienda de don Juan Albano, en la vecindad de Talca.)

Todo influia para que el jóven O'Higgins fuese una naturaleza extraordinaria: heredero de un hombre de jenio, llevando por un lado la fervorosa i pac'ente sangre celta i por otro el corazon de la raza española; su nacimiento mismo, las condiciones novelescas de su niñez i de su juventud, e<sup>l</sup>

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

de bautismo de la Independencia de Sud-América. Era un compromiso firmado por Caro, Nariño, Bejarano, Yznardi, i otros comisarios de diversas partes de América. Por él se comprometian a trabajar por la Independencia. Por medio de una declaracion de principios se constituian delegados del pueblo latino-americano ante los gobiernos europeos. O'Higgins se adhirió al pacto revolucionario.

En 1800, cuando el estudiante de Richmond hubo de volverse a América, pasando por Cádiz, se le nombró ajente en Chile del comité revolucionario, i se le dieron las instrucciones del caso. Por esto, en Cádiz, se puso al habla con Fretes i Cortez Madariaga, que eran, como el, ajentes i propagandistas del movimiento que diez años mas tarde estallaria irresistible.

Lo supieron los espías de la Corte de Madrid. A ello se debió la caida del Virrei i las primeras penurias del futuro héroe de Rancagua.

Ese año de 1800,—primero de un siglo que iba a ser accidentado i grande,—fué decisivo en el desarrollo de los negocios que manejaba Miranda, tendentes a producir en todas las colonias de Hispano-América, simultáneamente. el estallido de la revolucion republicana. Ese año partieron, con distintos rumbos, los firmantes del juramento revolucionario. Segun apunte incompleto, encontrado entre los papeles de O'Higgins, Bejarano



habría partido a Guayaquil i Quito, con su misión revolucionaria; Baquijano al Perú; a Chile el mismo O'Higgins, a la vez que Fretes i Cortez Madariaga, sus sospechosos amigos de Cádiz, con los cuales tuvo, sin duda, en la víspera de embarcarse, la «cena de Beaucaire» (1).

Algunos de esos comisarios, como el mismo O'Higgins, tardaron mas de dos años en llegar a su destino. El viaje fué largo i penoso. El mundo estaba convulsionado. Las escuadras inglesas cerraban el paso del Atlántico. Los espías españoles les pisaban los talones a los conjurados.

Las aventuras de O'Higgins durante ese viaje de dos años dan tema para una novela. Cayó prisionero de los ingleses. Naufragó. Perdió entre las garras de un usurero el piano-forte que traía para su madre. Pasó seis meses con la misma camisa. Un pariente, por casualidad milagrosa, lo encontró medio muerto de hambre en la playa de Aljeziras. Tuvo fiebre amarilla, etc., etc.... Otros de los comisarios ni siquiera llegaron a su destino. Algunos, como Cortez Madariaga, destinados a Chile, fueron a parar en Venezuela.

No por estas violentas mutaciones del destino sería ménos intensa i genial la acción de los comisarios. Cortez Madariaga, que no pudo llegar a

---

(1) La última cena de los conjurados de la Revolución francesa.

Chile,—su tierra,—fué en Caracas el «tribuno», el héroe, el padre de una patria hermana.

Qué hombres los de ese tiempo de jenio i de gloria! No eran los pequeños seres de tal o cual rejion o pais. Eran el alma de la libertad i hacian su obra en cualquiera parte del Nuevo Mundo donde el destino los arrojara.

Al fin llegó O'Higgins a la patria que debia libertar, al ansiado regazo de su madre. Se instaló en la hacienda de Las Canteras. Reformó los trabajos agrícolas a la manera europea, por lo cual la Inquisicion trató de acusarlo. ¡Ah, si el Santo Oficio hubiese sabido que ese hacendado progresista era ajente de la revolucion, del fenómeno admirable i terrible cuyos ruidos precursores se sentian ya!

Durante los ocho años que O'Higgins vivió en su hacienda tranquilo, al igual de los demas colonos, no dejó de mantener correspondencia secreta con sus colegas del comité revolucionario, esparcidos desde el Plata hasta el Maracaibo; ni dejó de espiar el instante propicio para cumplir su juramento.

Desde los primeros acontecimientos de 1808,—los ataques de los ingleses a Buenos Aires, los escándalos de la Corte de Madrid, i luego la invasion de España por los franceses,—O'Higgins palpita de entusiasmo i de emocion. Ha llegado el momento! La libertad vibra en el aire de Amé-

rica. Los tumultos populares comienzan. O'Higgins salta al medio de ellos.

Desde los primeros instantes de la revolucion chilena lo vemos, en Concepcion, al lado de Martínez de Rozas, esforzándose por darle carácter definitivo i nacional a las juntas provisorias, organizando activamente, i con su propio peculio, las milicias de La Laja; i luego, en 1811, influyendo en el ánimo de Rozas para la convocacion de un Congreso Nacional, ardiendo, como ardia, en el sentimiento de las libertades clásicas que le enseñara Miranda.

O'Higgins demostró desde entónces su apego a los principios políticos de la nacion en que se educó. Uno de sus biógrafos habla de «las ideas inglesas de O'Higgins».

Desde los primeros momentos de la revolucion chilena, O'Higgins enarboló la antorcha de Washington que Miranda habia puesto en sus manos. Así, esta siguió su curso por el Nuevo Mundo desde las orillas del Delaware hasta las márjenes del Bio-Bio, como un sol que va despertando pueblos de la noche de la esclavitud al gran dia de la libertad.

---

En la hacienda de Montalvan, en el Perú, donde, en el destierro,—tal suele ser la suerte de los grandes hombres,—acabó su vida el jeneral O'Higgins, se encontró un pliego de recomendaciones escrito

de puño i letra por Francisco Miranda, en Londres en 1799. Lo escribió el maestro para su discípulo cuando éste partió a España i América con encargo revolucionario. El venerable i precioso manuscrito se encabeza con estas líneas: *Consejos de un viejo sud-americano a un jóven compatriota al regresar de Inglaterra a su pais.*

Es un documento profundo i sabio, escrito por un hombre de jenio. Hai en su redaccion un sentimiento fraternal i cariñoso: es un apóstol que le habla al maspreciado de sus discípulos. Le aconseja prudencia, discrecion (conocia el carácter impulsivo del futuro héroe chileno). Le hace ver los peligros que en ese momento amenazan la revolucion americana. Le señala, con penetracion de psicólogo, de cuales hombres es posible fiarse i de cuales es mejor huir. Le habla de Chile con un conocimiento que sorprende en aquel tiempo en que nuestro pais era, verdaderamente, el último rincón del mundo.

Miranda conocia a Chile por la obra del abate Molina, i habia estudiado bajo el punto de vista militar, las condiciones topográficas del pais.

En todo el curso del documento le encarece discrecion, desconfianza de los hombres i del Santo Oficio. El viejo caudillo temia que el muchacho,—en su juvenil i heroico ardor,—se perdiera, perdiéndose con él el elejido para llevar la antorcha al extremo sur.

¡Qué hermoso es ese documento que encontraron los biógrafos del jeneral O'Higgins! Es el pliego de instrucciones que se le da al encargado de una mision decisiva para el mundo. Cuánto talento encierra i cuánto corazon! Es como un testamento moral inspirado en el que él mismo habia recibido de Washington. Es la clave de la conducta de O'Higgins, es el diploma de esa escuela de hombres que tuvo la revolucion americana, hechos de puro patriotismo i desprendimiento personal. Washington, despues de haberle dedicado su vida a su pais i sido el fundador de su libertad, no acepta otra recompensa que la de poder dirijir su correspondencia libre de estampillas. Miranda por no abdicar a su apostolado revolucionario rehusó los favores de una emperatriz (Catalina de Rusia). De ellos aprendió O'Higgins a quererlo todo para su patria i nada para sí, a arrojar a cada momento su banda de jeneralísimo para empuñar, en medio de las refriegas, el fusil del soldado; eso que constituye su característica i su mas hermoso título de gloria, i lo coloca por encima de su émulo el deslumbrante i desdichado jeneral Carrera.



Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

en medio de la penuria colonial, violando la vijilancia, comenzaron a llegar ideas filosóficas i políticas que desprestijiaban el dogma de la autoridad real i ponian en duda la fe relijiosa, se vieron en la América española, agitadores, no ya como Carbajal i Cepeda, por simple espíritu levantisco, pero sí doctrinarios, aspirantes a una reforma política, hombres que encarnaban un sentimiento colectivo.

En 1780 el Gobierno de Madrid toma medidas violentas que indican a las claras que ese Gobierno temia en las colonias levantamientos basados en razones políticas.

El traslado a Cádiz, como fiscal de la Casa de Contratacion, del fiscal de Chile, don José Perfecto Salas,—traslado perentorio ordenado por el Ministro Gálvez,—es prueba de ese temor.

A primera vista, el traslado del fiscal Salas,—hombre de intelijencia i gran fortuna,—parece un simple acuerdo de la política colonial de España. Esta política no queria ver en las colonias hombres demasiado influyentes. Esto era. Pero era tambien porque la casa de Salas representaba un peligro. Yerno suyo era don José Antonio Rojas, hombre de empuje, de mucho saber i con ideas contrarias a la rutina; persona que se comunicaba con pensadores europeos como Robertson i Raynal. Don José A. Rojas pasaba por brujo, pues se atrevia a manejar aparatos de física.



Era amigo, el yerno de don José Perfecto Salas, de don Juan Martínez de Rozas, mendocino recibido de abogado en Córdoba, hombre de inteligencia fina, asiduo lector de filósofos antiguos i modernos. Esto sólo bastaba para excitar la vijilancia de las autoridades españolas.

Un hermano de don Juan Martínez de Rozas, don Ramon Martínez de Rozas, era casado con una hija de don José Perfecto, con doña Francisca Salas i Corbalan. Esto constituia otro vínculo entre los Salas i los Martínez de Rozas, los cuales por sus ideas no eran gratos a los españoles. Estos dos nombres (Salas i Rojas) representaban jenuinamente la aristocracia criolla, con poderosas ínfulas de independenciam.

La otra fraccion de esta aristocracia la formaba la familia Larrain, llamada de los «ochocientos».

Ambas familias encarnaban vivamente las aspiraciones criollas, representaban los intereses de la colonia, en gran parte opuestos a los intereses de los españoles que medraban en la colonia.

Un complot habia tenido lugar, algo descabeitado que abortó en embrion. Fué la conspiracion de Gramusset i Berney, dos franceses poseidos por ideas filosóficas.

Apareció en el proceso de esos infelices un hecho revelador e inquietante: a uno de ellos, de vuelta de una de las haciendas de Rojas,—o sea

del acaudalado don José Perfecto Salas,—donde habia pasado una temporada, se le cayó del bolsillo un manuscrito que los agentes del Gobierno encontraron en la carretera. Era un proyecto de constitucion política para fundar en Chile un pais independiente.

El hijo de don José Perfecto, don Manuel Salas i Corbalan, era otro motivo de desconfianza para las autoridades españolas. El jóven demostraba valentía i talento.

La casa del fiscal Salas, era,—como la califica don Miguel Luis Amunátegui,—un antro de «precursores». Fué ese «antro» el que el Ministro Gálvez quiso dispersar trasladando a Cádiz a don José Perfecto.

Lo dispersó.

Andando el tiempo,—distruida la vijilancia de Madrid por amenazas mas graves,—volvieron a encontrarse en Santiago los comensales de don José Perfecto Salas, no ya con éste, que habia muerto, pero sí con su hijo don Manuel.

El hijo tenia tanta, o mas, influencia que la que tuvo el padre. Era una intelijencia de primera clase. Estaba persuadido de que la miseria del pais se debia a la administracion española. Deplo- raba la condicion humillante de la raza criolla. Don Manuel Salas hizo cuanto esfuerzo estuvo de su parte por mejorar la suerte de Chile dentro del réjimen colonial. Fundó la Escuela de Matemáti-

cas. Informó al Gobierno metropolitano, en estudio admirable, de la postracion moral i material en que el reino se encontraba. Despues de muchos años de jenerosa porfía hubo de convencerse de que sólo por medio de una revolucion seria dable conseguir algo.

Igualmente convencidos estaban don José Antonio Rojas i don Juan Martínez de Rozas. Pero, ¿cómo hacer la revolucion? ¿Cómo iniciar el movimiento bajo la vijilancia de los mandarines de España apoyados por una milicia fuerte (las tropas de la Frontera)? Los precursores no podian apoyarse en el pueblo que era una manada de esclavos fanáticos. No tenian prensa para despertar la opinion i darle unidad. Les era imposible conseguirse armas: estaban cerrados los puertos del Pacífico, cerrados los puertos del Rio de La Plata.

El desaliento de esos hombres tuvo que ser grande, tan grande como el dolor de ver su raza avasallada i de ver imperando el despotismo i la ignorancia cuando ellos ya conocian la libertad i la ciencia.

Hubo uno cuya pujanza no se detuvo ante lo imposible. Fué don Juan Martínez de Rozas. Este comenzó a minar la soberanía española en Chile a principio de 1808, ántes de tener noticias de los acontecimientos europeos que, arruinando a los Borbones de España, iban a ser para los conspi-

radores de América como rayos de luz i de esperanza.

La figura de don Juan Martínez de Rozas aparece en ese tiempo con caracteres admirables. Recuerda, en los albores de la revolución francesa, a ese abate Sieyes, hombre de jenio absoluto, constitucional sistemático, penetrado de filosofía democrática, demoledor de privilejios, mas convencido que nadie de la revolución, convencido como de un hecho fatal cuya hora habia sonado ya, i, sin embargo, resistente, calculador, mañoso, envolviendo sus ideas en una capa ondeante, por debajo de la cual perseguia la realización de ellas de un modo silencioso e inquebrantable.

Igual se nos aparece Martínez de Rozas en los acontecimientos precursores de 1810.

Los entusiasmos del jóven O'Higgins en el sur i las veleidades de los criollos en Santiago amenazaban comprometer la revolución. Todavía no era tiempo.

Rozas se disimula, se sustrae a las impaciencias del partido criollo, del cual, sin embargo, era el alma, el pensamiento, la acción. Así, Sieyes, en los albores de la revolución de 1789, en casa de Theroigne de Mericourt donde todos ardían por lanzarse, sujeta, esconde, llegando hasta negarse a firmar el pacto revolucionario, siendo que nadie mas que él, en ese momento, encarnaba el alma de la revolución con su filosofía democrática i sus

ideas constitucionales. El era quien habia soñado el mundo nuevo. Pero, abate que hubiera sido, un jesuita incomparable, diplomático fino, astuto, mañoso, sabia que, en ese instante, la franqueza i la impaciencia podian perder un movimiento que aun no contaba con su fuerza que fué el pueblo.

Del mismo modo, Martínez de Rozas, en 1808, estaba seguro que las aspiraciones de los criollos, saliendo a la calle, serian aplastadas por las milicias del Rei.

No teniendo fuerza material, no teniendo todavia organizacion, preciso era irse calladamente, irse con maña. Así lo aconsejó i así lo hizo Martínez de Rozas; i que admirablemente, con cuánto talento i maestría!

Si nuestra revolucion hubiese tenido un período de terror, como la de Francia, mientras O'Higgins, Carrera i Makenna hubiesen caido,--como en realidad cayeron.-- Martínez de Rozas se habria salvado con su infinita sagacidad. I se habria salvado, como se salvó Sieyes, para seguir adelante con el espíritu i las aspiraciones de la revolucion, para ser el hilo continuado de ella al traves de las vacilaciones i las borrascas.

Ninguno de los hombres que quisieron la Independencia de Chile i trabajaron por ella, fué mas lójico, mas invariable, mas continuado que don Juan Martínez de Rozas.

Rojas i Salas, cuando la revolucion comenzó, ya tocaban a su fin. Vera Pintado i Ovalle eran timoratos, patriotas sin ideas precisas, en quienes la fe relijiosa imponia el culto del Rei. Mackenna tenia la conciencia, el talento i el carácter necesarios para proseguir la obra hasta el fin; pero su influencia tropezaba en su condicion de extranjero. O'Higgins era un muchacho heroico i jenial al cual le estaba reservada la gloria de los campos de batalla.

El iniciador de la revolucion chilena i conductor de ella, desde sus inciertos i clandestiros primeros pasos hasta su resuelta i brava aparicion en la plaza pública, fué don Juan Martínez de Rozas.

Este hombre que, con Rojas i Salas, soñaba para Chile, como único remedio de sus males, un Gobierno en el cual los chilenos tuvieran parte, comenzó a minar la autoridad española, en la persona del Presidente, Brigadier García Carrasco, desde ántes que los acontecimientos de 1808 vieran a darle alas a la revolucion americana, es decir, en pleno réjimen colonial.

Martínez de Rozas inició los manejos que produjeron la deposicion de García Carrasco, último gobernante español de Chile. Martínez de Rozas fue quien, bajo la presidencia de Toro Zambrano, trabajó hasta obtener la constitucion de la Junta de Setiembre, mal llamada «primer gobierno nacional». I despues, dentro de la junta provisoria,

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

mado militar. Don Juan Martínez de Rozas, como Sieyes, comprendió que ya no era su hora de soñador de Constituciones, de filósofo, de tramoyista astuto. Había llegado el instante en que un soldado era preciso. Martínez de Rozas se retira dejándole el campo a Carrera.

El parecido de don Juan Martínez de Rozas con el abate Sieyes, por la acción que cada uno tuvo en dos movimientos revolucionarios de la misma índole, causados por las mismas ideas, nacido el uno del otro, es (guardando la debida proporción) tan grande que produce extrañeza ver que nuestros historiadores no lo notaran.

Nuestros historiadores, — Amunátegui i Barros Arana, — en sus obras monumentales atendieron mas a la compilación de documentos i a la cronología, que a la observación filosófica de los hechos i al carácter de los personajes. Vicuña Mackenna estudió nuestra Independencia con el calor i la vida que fueron las características de su talento; tuvo intuiciones jeniales que lo hicieron penetrar en el alma de aquellos héroes. Pero, talvez por la corta distancia desde la cual juzgó esas ocurrencias (menos de cincuenta años), talvez por el ofuscamiento que pudo producirle su jeneroso entusiasmo por los Carreras, — en cuyo hogar político nació, — no supo ver a Martínez de Rozas en toda la magnitud de su talento, ni medir toda su influencia.



— Hai un libro,—primero de una serie que quedó en proyecto,—de don Luis Orrego Luco, titulado «1810» (*Episodios Nacionales*). A la manera de Pérez Gáldos, el señor Orrego, en un romance imaginario, hace la historia verídica de ese año memorable.

Don Juan Martínez de Rozas aparece. Es secretario del Presidente García Carrasco, abogado, profesor, hombre extraordinario, en ese tiempo, por su vasta y clásica preparación intelectual, i, por lo mismo, el hombre mas influyente de Santiago.

Secretamente, permaneciendo al lado de García Carrasco como secretario i consejero, Martínez de Rozas prepara la caída del jefe español. Fué una infidencia; infidencia que debemos bendecir, pues a ella, como a tantas otras del mismo Martínez de Rozas, le debemos la Patria.

¿Quién condenaría las sinuosas ingeniosidades de Sieyes durante el Terror? En ellas se salvó el espíritu de la Revolución i continuó su curso.

Para darle a su obra interes dramático i literario, el señor Orrego se imagina a don Juan Martínez de Rozas enamorado de una noble i bellísima dama del partido realista, de la cual, en calidad de abogado, tiene a cargo los intereses. Hai en Rozas una intensa lucha moral, de la que nadie se apercibe. Como el célebre abate de la Revolución francesa, el secretario del último Capitan

Jeneral del Reino de Chile, era un hombre ardiente, escondido bajo una máscara impasible, silencioso, imperturbable en su elegancia sobria. Lucha, Martínez de Rozas,—en la novela del señor Orrego,—entre su corazon enamorado, su deber profesional, i su conciencia de chileno, de americano ilustrado que conoce la miseria de su patria i de su raza, miseria que se ha propuesto remediar volcando el dominio español.

Es hermoso, es un bonito tema de novela, un argumento de drama, pero no es la verdad. Martínez de Rozas, en 1810, era ya esposo de doña María de las Nieves Urrutia Mendiburu i Manzanos. Era ya padre de familia. No tuvo en ese tiempo otro amor que el del saber,—la gran pasion de su vida,—el de la patria que estaba tratando de formar, el de su familia que habia formado ya.

Las cosas tienen, en definitiva, una armonía. Hai una eterna reconciliacion de los hijos de Abel i de Cain. Andando el tiempo, una sobrina de don Juan Martínez de Rozas (doña Pabla Martínez de Rozas i Salas, hija de don Ramon Martínez de Rozas i nieta de don José Perfecto Salas) se casó con un hermano de don José Santiago Rodríguez Zorrilla, el célebre vicario que defendió hasta el último la dominacion de España en Chile, el rival irreconciliable en la lucha porfiada que duró de 1808 a 1811.

En la sociedad chilena, los nombres de esos

ilustres contendores, representantes de causas enemigas, se conservan unidos por el amor i la sangre en el solo nombre de la familia Rodríguez Rozas.

Este hecho sujirió, talvez, al señor Orrego, la idea de poner en su novela al jefe de nuestro movimiento revolucionario, amarrado por afectos personales al réjimen que trataba de destruir.

No cito aquí el libro del señor Orrego como obra de comprobacion,—es una novela histórica,—pero sí por ser dicho autor el primero que, a mi juicio, nos ha dado un retrato verdaderamente parecido, tanto del físico como del moral, del célebre doctor Rozas, con su carácter profundo, inquebrantable, con su espíritu filosófico i su absolutismo en política (Véase el *Catecismo Político*; véase la participacion de Rozas en el Congreso de 1811); todo eso mezclado complejamente en una naturaleza reservada, en un modo de ser elegante i autoritario, con cierta sagacidad ondulosa que, a veces, en el desarrollo de los acontecimientos, hacia impalpable su persona, miéntras su accion permanecia avanzada i enérgica,—todo su parecido con el abate Sieyes (3).

(3) Sieves, uno de los hombres mas interesantes i originales de la Revolucion francesa, no vino a ser bien conocido, en su verdadero carácter, sino mucho mas tarde, en 1851. cuando Beauverges publicó sobre él su célebre estu-

Esto lo verificará el lector en la narracion de los hechos memorables que comenzaron a principios de 1808 i duraron hasta fines de 1811, dejando establecida la independendencia de Chile.

Trataré de hacer esta narracion del modo mas claro i sucinto, dilucidando, a la vez, cuál es la verdadera fecha de nuestra independendencia.

---

dio; i Saint-Beuve lo comentó en su *Causerie du Lundi*. Lo mismo fué de Rozas: sólo ahora último se le ha venido a conocer en su verdadero carácter. Es lo propio de los reservados i de los complejos.



## II

16 de Julio de 1810

Don Juan Martínez de Rozas, abogado i asesor de la Colonia, influyó en la elevacion a la Presidencia de Chile del brigadier don Francisco Antonio García Carrasco. Este era un hombre vulgar i atrabiliario.

Para comprender por qué un hombre de talento i del carácter de Rozas influyó en la elevacion de semejante tipo, hai que saber qué ideas jermiaban en algunos chilenos i qué acontecimientos se estaban preparando.

García Carrasco era un militarote sin antecedentes i sin educacion. El favoritismo lo habia elevado. La sociedad de Santiago, aristócrata i veleidosa, le tenia odio i desconfianza.

Por esto, para esos chilenos en que «ciertas ideas jermiaban», el Presidente que convenia era García Carrasco.

Tenia por querida el Presidente a una negra

llamada Rita, por cuyos consejos se guiaba i a la cual trató de enseñorear.

Las damas santiaguinas, así criollas como españolas, no soportaron semejante atrevimiento.

La afición dominante de García Carrasco eran las riñas de gallos, cuyo redondel frecuentaba, sin respetar su dignidad, codeándose con toda suerte de rufianes i tahures. Comprendía el gobierno a la manera de los antiguos jueces de campo: bajo el corredor de las cajas reales, embozado i tomando mate, oía los reclamos de sus gobernados i los fallaba sobre tabla, previa consulta a la infalibilidad de su negra Rita. En el fondo de su violencia habia debilidad i torpeza.

Detras de ese grotesco gobernante, por la puerta entreabierta de la secretaría, veíase a un hombre jóven aún, alto, delgado, narigón, de impecable peluca blanca i aspecto reservado, escribiendo sin cesar i atendiendo a los llamados del Presidente. Es nuestro conocido don Juan Martínez de Rozas. Algo sabemos tambien de sus ideas i de las relaciones que cultivaba a hurtadillas del mandon español.

Este hombre de talento astuto dominaba a García Carrasco, sin que éste, en su violento orgullo, se diese cuenta de ello.

A quien no podia manejar a su antojo el secretario del Presidente, para introducir en el Gobierno algunas reformas favorables a los criollos

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

las, el hijo de don José Perfecto, de quien, desde hacia cerca de veinte años, nada bueno esperaban los españoles. También figuraban los señores Ignacio de la Carrera, (padre de los futuros héroes i mártires de la revolucion); Francisco de Borja Larrain i José Pérez García, miembros i deudos de la familia Larrain (la de los Ochocientos), que era la esencia misma del partido criollo. Todos los demas,—incluso don Juan Enrique Rosales, que iba a ser, en los acontecimientos posteriores, como la segunda persona del doctor Rozas,—eran criollos, personas que sufrían de los despotismos i privilejios del Gobierno español, cerebros en los cuales jermínaban esas ideas de reforma que el jenio de Martínez de Rosas i los favorables acontecimientos no tardarían en cambiar en ínfulas de independendencia.

Mala cara le puso la Real Audiencia al Presidente Carrasco cuando lo vió tomar esa medida. Los oidores juzgaban a García Carrasco un anti-pático i un perdido.

El doctor Rozas i el partido criollo, con suma habilidad, ponían de realce el carácter i las ideas del Presidente. Este, que era de oríjen bajo, miraba a los aristócratas con sorna i fastidio. Su secretario,—Rozas,—le atribuía ideas destinadas a asustar a los oidores, a los clérigos, i a los amigos de Chopitea, el rico español cuya trastienda era el centro del partido monarquista.



Se murmuraba que el Presidente, en su fuero interno, era hereje, partidario de la plebe, i que sobre la propiedad tenia ideas de espropiacion. La vida íntima del Presidente confirmaba estas murmuraciones: su cuncubinato con la negra Rita, su amistad con advenedizos i pobres diablos, la burlesca grosería que lo llevaba a bautizar a sus gallos de pelea con el nombre de los mas encopetados caballeros (Un gallo del Presidente se llamaba Nicolas Matorras, otro, Manuel Recábárrén).

Para colmar esta desconfianza de los españoles, vinieron esas medidas de García Carrasco, abiertamente favorables a la jente criolla. Para los españoles, esta jente era un elemento despreciable; en protegerla habia crimen de herejía i de lesa majestad.

Martínez de Rozas i los criollos falsificaban, exajeraban la personalidad,—bastante insignificante en el fondo,—de García Carrasco para ponerlo mal con los españoles, con todo el mundo. Lograban su objeto.

---

Llegaban de la Península inesperadas i alarmantes nuevas. Un ser admirable i monstruoso, enjendrado por la Revolucion francesa, Napoleon Bonaparte, invadia la Europa hechando al suelo sus seculares instituciones.

Por razones que pertenecen a la historia europea i no a esta, los ejércitos de Napoleon, de paso para Portugal, donde iban a batir a los ingleses, habian ocupado el norte de España. La monarquía española, encarnada en el endeble Fernando VII, no era capaz de protestar de eso. Pero el pueblo peninsular, de altivez nunca desmentida en la historia, no lo permitiría. El pueblo español se sublevaba en contra de su Rei, i arremetía en contra de su Ministro, el favorito Godoi.

A la revolucion, que en Madrid derrocaba el Gobierno metropolitano, correspondia en Chile el desarrollo de la influencia del Cabildo,—institucion criolla,—i la antipatía que a todos inspiraba García Carrasco.

Esas noticias de Europa, tan alarmantes para los españoles de América, eran, en cambio, para los patriotas, como rayos de luz i de esperanza en el cerrado horizonte.

El Rei, símbolo secular i aterrador que justificaba el fanatismo i la tiranía, ese señor absoluto que, por sí solo, como lei divina i humana, enjendraba la esclavitud de los hombres, era mirado sin respeto alguno por los ejércitos de un pais libre, que ya habian pasado sobre muchos tronos, incluso el del Papa. Esos ejércitos llevaban el secreto de la victoria en el jenio de un aventurero elevado al trono en alas de la gloria.

Esto era de gran beneficio para el partido crio-

llo, porque disipaba muchas perplejidades, muchos temores hijos de la tradicion i de la esclavitud. Los soldados de Napoleon comprobaban que podia atentarse en contra de la autoridad real sin que, al instante, se abrieran los antros del Infierno.

Los directores del partido criollo de Santiago de Chile previeron lo que iba a suceder en España. Don José A. Rojas i don Manuel Salas habian regresado de Europa no hacia mucho. Conocian el estado de la España bajo Fernando VII; adivinaban, por antecedentes claros, cual era la política de Napoleon, fundador de una dinastía que solo podria afirmarse mediante la completa ruina de los Borbones en toda la Europa.

Hai una carta de Martínez de Rozas (Setiembre de 1809), contestando una de don José A. Rojas en la que éste le aseguraba la incapacidad de la España para resistir la invasion francesa. «No dudo ni por un momento,—le dice el doctor Rozas,—que la Monarquía está perdida.» (M. L. Amunátegui, *Crónica de 1810*, páj. 6).

Ante la expectativa de quedar sin Rei, los españoles de América se confundieron. Fueron idas i venidas estériles, contradicciones, arrebatos de despotismo. Los copetes de la Real Audiencia se vieron a media asta. Los oidores, aterrorizados, solo encuentran palabras para culpar a García Carrasco, por el hecho de haber estado éste, en

la víspera de tales cosas, dándole auje a los sediciosos, a «los vendidos a Napoleon». Esto eran, en 1809, para los españoles, los jefes del partido criollo de Chile, segun consta del minucioso diario que en esos memorables dias llevó don Manuel Antonio Talavera, del partido realista.

Justa era la zozobra de los españoles. A los desastres de la Monarquía en la península se agregaban los levantamientos en las colonias. El pueblo de Buenos Aires habia depuesto al Virrei Sobremonte. El Ecuador habia proclamado su Independencia.

La peor situacion era la de García Carrasco. La Real Audiencia, los españoles, el Vicario Rodríguez Zorrilla, realista tenaz, como el obispo Villodres en Concepcion, lo culpaban.

Quiso el Presidente, en medio de una humillacion rabiosa, recuperarse ante los suyos. Para esto se puso a deshacer cuanto habia hecho por el escondido influjo del doctor Rozas. Dicta un decreto (Abril de 1809) mandando suspender en sus funciones a los doce cabildantes auxiliares nombrados el año anterior.

Pero Martínez de Rozas no tardó en restablecer su indirecto influjo sobre el Presidente. Pocos meses despues lo hace nombrar Procurador de Ciudad a don José Antonio Ovalle, personaje elevado de la sociedad criolla, descendiente del capitán Pastene, aquel navegante jenovés que tomo

parte en la conquista de Chile, i del afamado militar don Tomas Rodríguez del Manzano. Tales orígenes en una sociedad como la nuestra, de índole aristócrata, le daban mucha respetabilidad al señor Ovalle, i lo vinculaban con la familia de los «Ochocientos». Su nombramiento sacó de quicio a los realistas. Culparon, naturalmente, a García Carrasco, i volvieron a menudearle los epítetos de «débil i de torpe». Martínez de Rozas se restregaba las manos.

La Real Audiencia, para atajar en sus torpezas a García Carrasco, quiso ponerle como asesor a don Pedro Díaz de Valdes.

A cntradas de 1810, el Presidente de Chile estaba en malas relaciones con la Real Audiencia i con los godos, a quienes no satisfizo suprimiendo a los cabildantes auxiliares. Estaba mal, mui mal con los criollos, a quienes habia ofendido suprimiendo a dichos cabildantes, maltratando en el señor Ovalle a la aristocracia chilena. Así lo habia hecho, portándose grosero con el Procurador de Ciudad el dia de la presentacion del alcalde Eyzaguirre (18 de Julio de 1809). A dicho alcalde lo amenazó con «ponerlo al cepo» . . . .

Los criollos sabian vengarse. Ya lo habian enredado con los españoles. Ahora lo harán pasar por «carlotino». Ser «carlotino» era ser partidario de la princesa del Portugal Carlota Joaquina de Borbon, hermana de Fernando VII, para en-

tregarle el reino de Chile, caído en acefalía por prision o destierro del Monarca de todas las Españas. Así lo malquistaban conjuntamente con godos i criollos.

A principios de 1810, a García Carrasco, Presidente de Chile, lo detestaban los españoles; la Real Audiencia lo despreciaba; la Iglesia lo tenía por empecatado; los criollos estaban resueltos en contra suya. Solo el regazo de su negra Rita le quedaba al iracundo i desorientado Brigadier. No podía darse mejor Presidente para las circunstancias . . . .

Las circunstancias eran graves, requerian hombres de prestigio, de talento, de carácter. El Gobierno de España estaba acéfalo, cautivo Fernando VII. La efervescencia de los criollos en todas las colonias de América crecía por momentos, como el oleaje de un mar en el cual se prepara una tormenta.

A mediados de 1809, el gran trastorno era ya una evidencia. «Cuide Ud. mucho su salud,—le escribe don Estéban Manzano, desde Concepcion, a don José A. Rojas, el 3 de Setiembre de 1809,—porque en estos tiempos no hai otra cosa a que aspirar, porque el dia grande, segun lo manfies-tan los acontecimientos, está mui próximo». (M. L. Amunátegui, *Crónica de 1810*, Tomo II, páj. 107).

Los criollos no hacen misterio de sus aspiracio-

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

respetables, vinculadas a las mas influyentes familias, con parientes en el Cabildo i en el clero. Encarcelarlas i vejarlas era ofender a la sociedad entera, era escupirla, lanzarle una provocacion. Léjos de calmar la tormenta, la medida del Brigadier la desencadenó.

El Cabildo,—la única institucion criolla,—no puede ver eso con indiferencia. Llama al Presidente,—lo que estaba dentro de sus atribuciones,—a esplicar qué causas lo habian inducido a ese atentado.

García Carrasco, incapaz, cobarde, rabioso, se niega a presentarse.

El Cabildo se dirige a la Real Audiencia. Esta, asustada, obliga a García Carrasco a revocar la órden de destierro recaida en Ovalle, Rojas i Vera. Ademas le impone al Presidente, como asesor, a don José Santiago Concha.

Esto puso fuera de sí a García Carrasco: la Audiencia tratándolo de ese modo, a él que, de hecho, era su Presidente... Descargó sobre los oidores todo su rencor.

La repatriacion de los prisioneros sólo pudo cumplirse en la persona de Vera i Pintado. Este, por enfermo, habia quedado en Valparaiso. Ovalle i Rojas, cuando llegó la contraórden, ya navegaban hacia el Callao en el navío *Miantinomo*.

La agitacion continuó en el partido criollo i en el pueblo. García Carrasco tomó cierta actitud



irónica i matamora de la cual, dados los antecedentes del personaje, los criollos pudieron temer lo todo. Se supo que el despechado Brigadier preparaba sobre los criollos venganzas ejemplares. Esto, talvez, no era completamente cierto, pero convenia hacerlo pasar por cierto; así lo dispuso el doctor Rozas.

Al Presidente ya no se le veia en la cancha de gallos; se ocupaba de conferenciar con los jefes de la guarnicion. Todo podia esperarse de la brutalidad de ese hombre: prisiones, allanamientos, asesinatos. ¿Acaso por el chisme de un fraile i de un carpintero (el fraile Petinto i el maestro Trigueros) no habia hecho aprehender a hombres de la talla de Ovalle, Rojas i Vera? El fraile i el carpintero pretendian haber sorprendido una conversacion sediciosa de esos caballeros. ¿Ahora de qué no seria capaz, estando enfurecido i con la cabeza llena de chismes que diariamente le llevaban los godos?

Los criollos se prepararon para barajarle el golpe al Brigadier. A las órdenes de los alcaldes, señores Nicolás de la Cerda i Agustin Eyzaguirre, se formaron patrullas montadas para contrarrestar atentados posibles de las fuerzas realistas. Estas patrullas no tardaron, reforzadas por jente de las haciendas vecinas, en ser superiores a las fuerzas de que disponia la autoridad. La guarnicion de Santiago se componia de 200 infantes de Concep-

cion, 50 dragones de la Reina i 60 artilleros. Durante la colonia el grueso de la milicia se acantonó en la Frontera.

Sintiéndose impotente en medio de una ciudad sublevada, García Carrasco, torpe que era, quiso suplir la fuerza dándose aires terribles. Se negó a dar garantías, aunque se lo pidieran la Audiencia i el Cabildo Eclesiástico. Quiso impedir las sesiones del Cabildo de la ciudad. Esta corporacion (en reuniones clandestinas celebradas en las casas del señor Antonio Hermida i del Alcalde Eyzaguirre), resolvió pedir, o provocar a viva fuerza, la deposicion de ese mandatario que habia llegado a suprimir por completo la tranquilidad pública.

Esta resolucion secreta del Cabildo, por infidencia que la historia no ha podido esclarecer, la supo el rejente Ballesteros, quien la comunicó al punto a la Real Audiencia i a García Carrasco.

En vista de esto, el Presidente resolvió dar el golpe. La cosa no era fácil. Con 300 hombres no se domina un vasto vecindario, armado a la diablo, es verdad, pero resuelto. En Valparaiso, como por encantamiento, habia desaparecido la pólvora guardada en el castillo de la Concepcion.

Santiago ofrecia el aspecto de una ciudad en guerra. Partidas de «huasos» bien montados, de las haciendas de los criollos, recorrian las calles armados de la lejidaria *chicotera*. La guarnicion

se vió ahogada en el tumulto. En García Carrasco, a la cólera, el miedo habia sucedido. Teme que lo asesinen. Cual nuevo Pygmalion, todas las noches duerme en distinta casa.

El Cabildo, en una segunda reunion, en casa de don Juan Agustin Alcalde, resolvió intimarle, a García Carrasco, la entrega del mando, i asumirlo por cinco dias mientras el pueblo elejía nuevo Presidente.

El Cabildo con esa medida dió el anuncio de la revolucion. Los oidores temblaron por su copete. Como único recurso para aplacar la borrasca hacen renunciar a García Carrasco. Llamaron para el desempeño provisorio de la Presidencia al anciano i respetable Conde de la Conquista, don Mateo Toro Zambrano, personaje intermediario entre godos i criollos.

Esto sucedió el 16 de Julio de 1810.

El Presidente interino era criollo (chileno). No se volveria a nombrar uno español, ya que a Marcó del Pont,—que lo fué durante la reconquista,—sólo se le cuenta como Presidente intermedio, ilusorio.

En la revolucion de nuestra Independencia,—que ya en ese momento podia darse por comenzada,—el 16 de Julio de 1810 es una fecha importante. Los criollos, por primera vez, se impusieron a las autoridades españolas; un Presidente nombrado por el Rei fué destituido i puesto en su

lugar un hijo de la colonia. El 16 de Julio es una fecha revolucionaria i como tal debe celebrarse. Fué un paso dado en el camino de la Independencia, camino que en ese momento (salvo, talvez, en el profundo i secreto pensamiento de Rozas) era incierto i seguiria siéndolo hasta el 1.º de Abril de 1811.

El 18 de Setiembre del mismo año (1810), se dió otro paso en el mismo sentido, pero no de tanta importancia como el 16 de Julio. Sin embargo, el 18 de Setiembre es la fecha que celebramos como inicial de nuestra Independencia. Con mas verdad histórica esta celebracion debia hacerse el 1.º de Abril.

18 de Setiembre de 1810

Al producirse la caida de García Carrasco, Martínez de Rozas, desde hacia algunos meses, estaba en Concepcion, donde ántes, por varios años, fuera asesor del Intendente.

En los acontecimientos tumultuosos i decisivos que acabamos de ver, la persona del doctor Rozas no estaba, pero sí su influencia. El resultado obtenido era obra de su trabajo anterior.

El estaba tan seguro del resultado de su obra secreta, que, en Concepcion, con varios dias de anterioridad, lo dió por un hecho. A principios de

Julio el doctor Rozas le hizo creer a la ciudad de Concepcion que habia estallado un complot en Santiago, que García Carrasco habia sido depuesto i encarcelada la Real Audiencia; que fuerzas insurjentes iban en marcha hácia el Bio-Bio.

Lo que perseguia Martínez de Rozas al anticipar esas noticias era darle miedo a las autoridades españolas de La Frontera. Consiguió su objeto. El Intendente Alava, asustado, le pidió consejos. El asesor se los dió, mui amistosos: «Vayáse,— le dijo —póngase en salvo hácia el Perú. en el primer barco que salga de Talcahuano». . . El Intendente se lo agradeció mucho i lo puso en práctica.

Fué uno de esos golpes maestros de la astucia del doctor Rozas, que en los primeros años de nuestra lucha por la independendia suplieron a la fuerza.

Desde ese momento, i de ese modo, la revolucion quedó prónunciada en Penco. Cuando llegó la noticia efectiva del cambio de Presidente en Santiago, ya Martínez de Rozas era dueño del sur, de La Frontera, lo que equivalia a ser dueño de la fuerza militar del pais.

Este acto demuestra cuan temprana i decidida fué en el ánimo del doctor Rozas, la idea de la independendia. El movimiento de nuestra emancipacion,—como lo son jeneralmente las evoluciones históricas que se realizan a favor de las cir-

cunstancias,—fué caracterizándose poco a poco. Habia un impulso: el sentimiento de una raza ajena a la España i oprimida por la España. Pero era aspiracion vaga, escondida. Eran ideas recientes. Cuando las ideas son recientes no se llega hasta el fin de ellas, no se les ve ese fin. Esto vino a tomar alas, desde 1808, gracias a la acefalía del trono de Madrid. Se atrevió entónces a deponer a un mandatario aborrecido pero sin fines ulteriores.

La Junta de Gobierno que se formó el 18 de Setiembre de 1810 tuvo el mismo carácter de la Junta Central Gubernativa de España: conservar-le a Fernando VII,—«el amado cautivo»,—la soberanía de su reino.

Los mas de los hombres que en esos acontecimientos actuaron no tenian la idea de acabar en una completa i definitiva separacion de la España. Aspiraban a mejorar las cosas de la colonia por medio de una reforma que diera entrada en el Gobierno a las influencias criollas. Las circunstancias eran favorables: no habia Rei en España. Si se implantaban en ese momento, las reformas, seguro era que la Monarquía al restaurarse no las revocaria. Este fué el móvil (salvo, talvez, en las mentes de dos o tres hombres que soñaban desde varios años atras en la constitucion de un pais libre) de los primeros pasos del movimiento que acabó en la declaracion de la Independencia.

Martínez de Rozas i don Manuel Salas fueron

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

nuestra Independencia, aparece incompleta, mal comprendida en muchos puntos. Desde luego en el punto de creer,—como lo creyeron todos los historiadores de ese período,—que Rozas, como Vera i Ovalle, sólo persiguió una reforma, sin tener en vista la Independencia.

Esta aspiracion, hasta ahora, en los hombres que actuaron de 1808 a 1810, sólo la hemos reconocido en don Manuel Salas, en el ardoroso O'Higgins, i en el enérgico i penetrante Mackenna, hasta que la lanzó, desembozada, irresistible, en la boca de una culebrina (1), a fines de 1811, el soberbio i jenial José Miguel Carrera.

O'Higgins i Mackenna no hicieron misterio de su aspiracion a la Independencia, con lo cual, mas de una vez, comprometieron el éxito de la causa. Rozas si lo hizo, i lo hizo hasta el fin, hasta el 1.º de Abril de 1811, cuando, en el ardor de un motin en el cual corrió la primera sangre de la patria,—i del cual Rozas, con su propia mano, sacó a la Patria como de un parto doloroso,—le respondió a la esposa de un jefe español que le pedia clemencia:

«¡No me hable, señora!. . ¡Quiero ver empedra-

---

(1) Culebrina del batallon de artillería del coronel Reina del cual era capitán Luis Carrera. Se sirvieron de ella los Carrera para sostener sus golpes de mano. El pueblo llegó a llamarla "la culebrina de los Carrera".



da la plaza con cabezas de europeos!...» (Vicuña Mackenna,— *Don Tomas de Figueroa*,— página 169). Sieyes, fino i moderado tuvo, a veces, arrebatos a lo Marat.

Antes de esa fecha ni en los actos, ni en las charlas, ni en los escritos del doctor Rozas (salvo la conversacion con Meneses en 1808) se encuentran declaraciones categóricas. Siempre disimuló el verdadero fin que perseguia.

El *Catecismo Político-Cristiano*, firmado José Amor de la Patria,—por muchas razones atribuido a Rozas,—cuida de evitar la palabra «Independencia» i reconoce, insistiendo en ello, la autoridad del Rei. Hai que tomar en cuenta que ese escrito filosófico i político, que circuló en la víspera del 18 de Setiembre de 1810, le hace, en el fondo, un proceso terrible al réjimen español i bosqueja las primeras líneas de una constitucion popular i propia. Pero esto en el fondo. En la superficie, el agudo revolucionario salvó las apariencias. Era preciso. Martínez de Rozas sabia que la totalidad del pueblo, manejado por la Iglesia, veia en el Monarca un símbolo sagrado; que en la sociedad misma, particularmente entre las mujeres, irreverencia con el Rei i herejía eran la misma cosa. I en ese momento,—no producido todavía el choque sangriento que disipa los temores i decide las conciencias,—no era conveniente asustar a las mujeres ni al pueblo.

Martínez de Rozas, como Sieyes, tuvo su fuerza en la astucia. La idea de la Independencia que fué en él, desde el principio, la única idea, la mantuvo oculta hasta que no se pudo mas.

---

La presidencia de don Mateo Toro Zambrano, Conde de la Conquista, criollo de nacimiento pero realista por rutina, fanatismo i miedo, fué una suplencia corta i sin carácter.

No obstante, el anciano Toro Zambrano figura como el primer Presidente de nuestra República. Fué un funcionario del réjimen colonial. Lo dominó la intelijente enerjía del Vicario Capitulador don José Santiago Rodríguez Zorrilla. Este Vicario, valiéndose del ascendiente de la Iglesia, se opuso hasta el último, i con éxito, a las reformas pedidas por los criollos.

El Consejo de Rejencia que se instaló en España, en la isla de Leon (1810), para representar i dirijir la patria invadida por los franceses, se comunicó con los Gobiernos coloniales i exijió que estos lo reconocieran. Procedió ese Consejo, con suma habilidad, estando bien informado, como lo estaba, de las cosas de América. Halagó con promesas a los criollos; i desaprobó la conducta de muchos funcionarios de Indias que se habian puesto en pugna con los criollos.

Los chilenos cayeron en la trampa. El Consejo de Rejencia fué festejado en todas las ciudades. Martínez de Rozas finjió creer en la lealtad del

Consejo, e inició jestionés encaminadas a aumentar las fuerzas militares del reino, «a fin de poder ir en auxilio del Gobierno de la Rejencia si el caso llegaba».

¿Figurémonos las tropas de la colonia de Chile en viaje a España a batirse con los ejércitos de Napoleon? Qué cosas les hacia tragar el doctor Rozas!

Lo que el doctor queria era armar milicias criollas para valerse de ellas en el momento que ya veia próximo.

Toro Zambrano, el Presidente, engañado i conducido por la Real Audiencia, que aun estaba en todo su vigor, instó al Cabildo para que reconociera el Consejo de Rejencia; amonestó a Vera i Pintado i al jóven arjentino Manuel Dorrego,— futuro caudillo de la Independencia de su Patria,— porque andaban hablando mal del Consejo de Rejencia, el cual en ese momento reemplazaba al Rei.

El Cabildo, institucion criolla, resistió cuanto pudo la imposicion del Conde de la Conquista, o sea de la Real Audiencia. Quien encabezó esa resistencia dentro del Cabildo fué don Fernando Errázuriz, i en ella se demostró la revolucion ya próxima.

Esto sucedia en Agosto de 1810. La ajitacion renació, semejante a la del mes de Julio, en medio de la cual dimisionó García Carrasco. La tranqui-

lidad que produjo el retiro de ese mandatario duró bien poco. La provincia de Concepcion se ha sublevado de hecho. Martínez de Rozas desde allá no deja de atizar el fuego. Acontecimientos favorables a la revolucion iban a desencadenarse rápidamente.

De Julio a Setiembre se vió una especie de reaccion monárquica. Despues del golpe dado en García Carrasco a la autoridad española, la jente quedó como asustada, temerosa de haber ido demasiado lejos. El espíritu revolucionario aun no estaba resuelto. Estas perplejidades son propias de todo trastorno que comienza. Se queria libertad; al mismo tiempo se le tenia miedo al diablo que la Iglesia hacia pasar por hermano de la libertad.

Un padre mercedario, en esos dias, predicó con talento i con rabia, llamando «luciferina» la desobediencia a las autoridades reales i asegurando que el Cabildo i los criollos, al triunfar, espulsarian del pais a frailes i monjas.

Si hombres como Martínez de Rozas, el irlandés Mackenna, i el jóven O'Higgins, se reían de Lucifer, no era igual de los demas. Vera i Pintado i Ovalle no se atrevian a desobedecerle al Rei por temor al Diablo. ¿Qué decir de las mujeres, plenamente dominadas por el clero?

Cuando, en las rivalidades de los nacientes partidos políticos de Chile, el doctor Rozas estuvo de

baja, el mas pesado ataque que le hicieron fué tildarlo de hereje, de familia de herejes: su hermano don Ramon habia tenido enredos con el Santo Oficio por asuntos de libros prohibidos.

Faltaba todavia esa honda division que, despues del 1.º de Abril de 1811, se produjo entre los sacerdotes de la Curia. Desde esa fecha, en que la Patria fué un hecho evidente, nacido de la sangre, los clérigos criollos se sublevaron del Obispo Villodres i del Vicario Rodríguez i pusieron a Dios en el Cabildo. Hasta ese momento, Dios sólo habia estado en la Real Audiencia. Desde entón-ces estuvo en los dos campos. Si Rodríguez Zorrillas se lo llevaba con el Rei, un fraile de la Buena Muerte i un mercenario se lo traian con la revolucion: Camilo Henríquez i el mercenario Joaquín Larraín (de los Ochocientos). Este imponia el juramento a la Patria, como en el cuarto acto de los Hugonotes, sacando un puñal que llevaba bajo la sotana.

Al clero chileno, ello es comprensible, le costó entrar en la revolucion. Mientras el clero estuvo vacilante, la marcha de la revolucion fué difícil. Desde que el clero se dividió, entrando una parte de él en el movimiento nacional, la revolucion pudo contar con el pueblo i con las mujeres. Pueblo i mujeres son, en todo caso, dos grandes fuerzas.

Se produjo, ya lo dije, por la ausencia de Martínez de Rozas i la debilidad del Conde de la Con-

quista, cierta reaccion que le dió a la Audiencia su último respiro de fuerza. La colonia de Chile reconoció el Gobierno de la Rejencia. En el mes de Agosto de 1810, imperaron Chopitea, Beltran i Matta Linares, corifeos del partido español.

Ya llegaría el 1.º de Abril de 1811 con su ajitacion sangrienta, durante la cual el vecino patriota José Félix Rodríguez pidió la cabeza de Chopitea. Se supo luego que Rodríguez le debía dinero al acaudalado español. Quiso aprovechar la exaltacion patriótica para librarse de un acreedor. Los momentos mas solemnes tienen pasos de comedia. . . .

Al mes justo de haber sido depuesto García Carrasco, es decir el 16 de Agosto, el Cabildo, invadido por la reaccion, hubo de reconocer el Consejo de Rejencia.

Al poco tiempo llegó la noticia de haber sido nombrado, por el Consejo de Rejencia, Presidente de Chile en propiedad (Toro Zambrano lo era interino) el Brigadier don Javier Elio. Tambien se supo que el Consejo habia resuelto dar representacion en la Junta, que en esos momentos rejía los destinos de la Metrópoli, a las colonias. Estas mandarían uno o dos diputados, mientras provincias españolas de escasas importancia mandaban cinco o seis.

Los criollos pudieron comprobar que el Gobierno provisional de España los habia engañado. Este nuevo Gobierno no estaba mas dispuesto que

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

Patria. Es un escrito atrevido, con sabiduría política i ardor patriótico. Señala el peligro de la llegada de Elio, «el mandon brutal». Produce en los ánimos una impresion intensa i decisiva.

*El Catecismo Político*, atribuído al doctor Rozas, es un documento memorable. En él se prestigia la idea de crear una junta gubernativa, a imitacion de lo que se había hecho en España, “para conservarle estos dominios al amado Rei Fernando”. Esta era pura maña, puro disimulo, del doctor Rozas; tanto mas lo era cuanto que, lo sabemos por documentos fehacientes, estaba convencido de que el Rei no volveria al trono.

La idea de constituir una junta fué oportuna.

Era peligroso para los criollos, en vísperas de la llegada Elio, tener en el Gobierno a un anciano endeble como el Conde de la Conquista. En la junta entrarían representantes del partido chileno.

Noventa i nueve vecinos fueron invitados a los salones del Consulado (actual edificio de la Biblioteca Nacional) por esquelas, como a un sarao, que decían: “Espera a Ud. el mui ilustre señor Presidente, con el ilustre Ayuntamiento, etc., etc., para tratar de los medios de seguridad pública, etc., etc., para conservar siempre estos dominios al señor Fernando VII”.—Firmado ROMAN.

El 18 de Setiembre de 1810 tuvo lugar esa reunion de vecinos. En ella triunfó, sin otra pro-



testa que la del tesorero Manzo, la idea de constituir una junta como en las provincias de España. Esa unanimidad se debió al cuidado que se tuvo de no invitar a la reunion a godos recalci-trantes.

La Junta quedó compuesta de Toro Zambrano (Presidente), el Obispo Aldunate, el coronel Reina, el consejero de Indias Márquez de la Plata, Juan Enrique Rosales, Ignacio de la Carrera i Juan Martínez de Rozas.

Esa Junta fué como una componenda conciliadora. No se le debe considerar nuestro primer Gobierno propio. Por sí misma, la Junta de Setiembre, no hubiera tenido la menor influencia en la marcha de la revolucion. La presidia un viejo mas realista que criollo; componíanla tres corifeos de la monarquía: el Obispo Aldunate, el coronel Reina i el Consejero Márquez. La tendencia nacional quedaba en minoría, representada sólo por de la Carrera, Rozas i Rosales.

Del señor de la Carrera poco podia esperarse; aunque de la aristocracia criolla i padre de futuros héroes de la Independencia, era un hombre de escasa valía. Sus hijos heredaron de la madre, doña Pabla Verdugo, el temperamento ardoroso.

En la Junta de Setiembre, las ideas i las aspiraciones chilenas sólo pudieron contar con Rozas i Rosales.

Fué lo de siempre en semejante caso: Los votantes del Consulado, temerosos de haber ido demasiado lejos creando una Junta, quisieron paliar su audacia llenándola de personajes conciliadores, sino abiertamente manarquistas. Hai error en llamar a esa Junta ‘primer Gobierno nacional’, i en celebrar su fecha como la primera de nuestra República. Sin duda el doctor Rozas i otros criollos, al proponer la creacion de la Junta i sostenerla con tenacidad, esperaban dar un paso hácia adelante en la revolucion, entorpecer la llegada del tirano i vengador que mandaba España. Pero se vieron defraudados por el personal elejido para la Junta.

El 18 de Setiembre de 1810. que celebramos como aniversario patrio, fué un dia de júbilo para los españoles. La junta que ese dia se elijió habria sido el motor de la reaccion, que comenzó a sentirse despues de la caída de García Carrasco, si los acontecimientos no hubiesen favorecido la accion de los dqs únicos verdaderos patriotas que habia en ella, es decir Juan Martínez de Rozas i Juan Enrique Rosales.

1.º de Abril de 1811

Martínez de Rozas fué elejido fiscal de la Junta. Era el único hombre de reconocida competencia jurídica que habia en el pais. Se vino al momento

de Concepcion, dejando esa provincia, ya de hecho sublevada, en manos de don Pedro Benavente y de O'Higgins, dos hombres que ya, en ese momento, eran no solo criollos reformistas pero sí caudillos de la patria.

Cuidó tambien. el agudo doctor, de traerse a Santiago, al mando de una parte de las fuerzas de la frontera, al coronel don Tomas de Figueroa. Era este el comandante del Batallon Fijo de Concepcion, o sea jefe de las fuerzas de la Frontera que eran todas las fuerzas de la Colonia. Este jefe ocupaba la tercera posicion política del reino, despues del Capitan Jeneral i del Intendente de Concepcion.

Figueroa era un soldado de prestijio, bravo i cruel. De la nobleza española (oficial de la Guardia de Corps), enamorado i espadachin, en años anteriores habia cumplido una condena en el castillo de Valdivia. Rehabilitado, mas tarde, en las armas del Rei fué el terror de los indios; i alcanzó el alto puesto en que lo encontramos en 1810.

Era, don Tomas de Figueroa, un monarquista intransijente i resuelto. Se necesitó de toda la habilidad del doctor Rozas, que habia cuidado de hacérsele amigo i hasta compadre, para operar la revolucion en Penco sin que el coronel Figueroa se diera cuenta de ello.

Por esto mismo, para no dejarlo en Penco donde de un momento a otro podia ver claro, el doc-

tor Rozas se trajo a Santiago al coronel, halagándolo con un ascenso que, desde luego, se lo hizo despachar por la Junta, delegada de la autoridad real.

No solo por esto Martínez de Rozas se trajo a la capital al coronel de Figueroa. El doctor, ántes de su partida al sur, cuando trabajaba por producir la caída de Garcia Carrasco, sintió que su influjo encontraba resistencia en los criollos mismos.

La superioridad del doctor Rozas, superioridad moral e intelectual, sobre los hombres que lo rodeaban, por la flaqueza de la envidia, le granjeó enemistades. Representaba, por otra parte, el doctor Rozas, la influencia de Concepcion. Esta influencia, durante el período colonial, en la revolucion, i aun en los primeros años de la República, se hizo sentir opuesta a la influencia de Santiago. Concepcion era la milicia i cierto espíritu político liberal. Santiago era la relijion i la rutina castellana. Eran dos orgullos que chocaban. A los hombres de Concepcion, en Santiago se les ponía obstáculos, i vice versa.

Con su larga vista i fino olfato, el doctor Rozas se habia posesionado de esto. Por lo cual creyó conveniente llegar a Santiago, para imponerse, rodeado de cierta guardia pretoriana. El agudo doctor no habia olvidado sus lecturas de Tucidi-des i de Tácito. Pero no advirtió que el coronel

de Figueroa en Santiago podia hacer lo que hizo Sejano en Roma.

---

Desde su llegada, el fiscal Rozas, sintió en el Cabildo la antigua resistencia, el «odio a Concepcion», mas acentuado a medida que, por su parte, la revolucion se iba acentuando. Las desavenencias entre los criollos iban a caracterizarse en don Juan Martínez de Rozas i en don José Miguel Infante. Ya habian nacido en Chile liberales i conservadores i Chile todavia no nacia . . . .

Estas desavenencias iban a tener un resultado curioso i, en cierto modo, favorable a la revolucion.

Viendo, Martínez de Rozas que no lograba dominar al Cabildo.—institucion esencialmente santiaguina,—imaginó crear otra institucion, de carácter nacional, con representacion de las provincias (en ellas Rozas tenia sus fuerzas). Así sería un congreso,—todo el pais,—i no solo el Cabildo,—Santiago,—quien arbitrarse la marcha de la revolucion.

Por esto, Martínez de Rozas i el brigadier Mackenna alentaron la idea de convocar un congreso. Era darle unidad al pais, hacer que todo él tomase parte en la revolucion, i contrarrestar la influencia de la aristocracia santiaguina, compuesta de

jente aferrada a sus intereses, la cual, sin ser monarquista, era conservadora, indecisa, lenta, cuando ménos, en la marcha de la revolucion.

La revolucion ya no podia ir despacio ni ser contemplativa. La idea de convocar un congreso, con representacion de las provincias, era un paso de todo punto revolucionario.

El partido español comenzó a moverse, no ya para llegar a un acuerdo con los criollos i proceder juntos a conservarle el reino al «amado cautivo», pero sí para levantarse en armas, deshacer todo lo hecho, i entregarle la colonia a Elio, el vengador que ya venia.

Hai una carta del brigadier Mackenna,—ingeniero irlandés al servicio del Rei que fué prohombre i mártir de nuestra primera Patria,—contestacion a una del joven O'Higgins que ya estaba en Concepcion abiertamente sublevado. En ella Mackenna trata de apaciguar el entusiasmo de O'Higgins por ese congreso cuya convocatoria el doctor Rozas habia propuesto a la Junta. O'Higgins, habiéndose educado en Inglaterra, estaba lleno de ideas constitucionales i parlamentarias.

En esa carta (Vicuña Mackenna la reproduce en su *Vida de O'Higgins*, página 162), Mackenna no niega las ventajas de la idea de Martínez de Rozas, el carácter abiertamente revolucionario de ella. La revolucion era ya, en el criterio del oficial irlandés, un hecho irremediable, i necesitaba declarar-

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

ta. En ella tenían mayoría, sino los realistas, al ménos los timoratos.

La casualidad,—con la cual tienen que contar las revoluciones que comienzan,—se puso de parte de los «insurgentes», que ya así los españoles estaban llamando a los «reformistas» de ayer. La casualidad vino en forma de achaques i de muertes oportunas. El Conde de la Conquista i el Obispo Aldunate, se retiraron por enfermedad i vejez. El Conde murió en Febrero de 1811. Solo quedaron en la Junta, representando las ideas conservadoras o españolas,—en ese momento eran casi la misma cosa,—el consejero Márquez de la Plata i el coronel Reina.

Martínez de Rozas hacia cebo i pabilo del viejo i miedoso consejero. Veremos mas tarde, el 1<sup>o</sup> de Abril, como lo hace firmar la sentencia de muerte de Figueroa, a pesar de ser, el pobre señor Márquez, español i alto funcionario del reino.

El coronel Reina poco importaba; era un hombre bueno i sin carácter,—alma de gallina vestida de militar,—que atravesaria la revolucion sin ser desleal con la España ni enemigo de los insurgentes, lavándose las manos, escondiéndose en los dias de refriega, sirviendo de figuron en las conciliaciones.

De este modo la Junta de Setiembre quedó encarnada en Martínez de Rozas i en Rosales, los



dos hombres que en ese momento eran la inteligencia i el brazo de la revolucion.

Se espidió, pues, en medio de la algazara de los «sarracenos»,—nombre que se comenzó a dar a los españoles,—el decreto dictando las reglas para convocar a un Congreso Nacional.

---

El partido español comenzó a preparar una reaccion armada. Las cosas habian llegado al colmo. ¿Qué reformas eran esas? ¿Qué Junta para conservarle sus dominios al Rei? Se habia depuesto un Presidente lejítimo. Se protestaba del nombramiento de un nuevo Presidente. Salian escritos prestijiando la República, pidiendo la «alianza del cañon» entre las colonias españolas. Ahora, sin autorizacion de la Junta metropolitana, violando a fondo el sistema constitucional de Indias, como si la Real Audiencia hubiese sido una seccion del Hospicio, se convocaba un Congreso, una asamblea nacional. . . . ¿Qué era eso? Era la revolucion, la Independencia. . . .

Los oidores estaban enfurecidos. Desde la Plaza de Armas, al través de los vidrios de las Cajas Reales, se veian sus trémulos copetes en permanente i estraordinaria reunion.

La Real Audiencia, en secreto, se puso al habla con los godos Chopitea i Mata Linares, que

eran capitalistas; con los militares Figueroa, Otaguer i Feliú,—antiguo jefe de la Plaza de Valdivia,—i tambien con el eterno e inofensivo coronel Reina, que era comandante de la artillería. Este cuerpo, en realidad lo mandaba el capitán Carrera, Luis Carrera, muchacho de veinte años, futuro adalid i mártir de la Patria.

Del acuerdo de la Real Audiencia con los corifeos i jefes militares no quedaron pruebas fehacientes. Los oidores, por miedo, prefirieron hacerlo todo verbalmente. No obstante, por la actitud de esta corporacion el 1.º de Abril, por los movimientos de la tropa de Figueroa, i las palabras que a éste se le escaparon, en medio de su heroica discrecion, en las gradas del patíbulo, a nadie le cupo duda de que ese desgraciado motin nació del acuerdo de la Real Audiencia con el partido español.

Los oidores, despues de haber firmado, en Setiembre de 1810, bajo la presion de las cosas, un reconocimiento de la Junta, se habian retractado de ello, individualmente, ante los españoles.

Se encontró despues el fragmento de un comunicado de Mackenna a O'Higgins, con fecha 20 de Febrero de 1811, en el cual le habla de denuncios recibidos por el doctor Rozas sobre un levantamiento organizado por la Audiencia i el partido español. Mackenna le agrega que, habiéndole pedido el doctor su parecer sobre el parti-

cular, le respondió: «Me parece que ha llegado la hora en que debe hablar la boca del cañon. . . . .»

Esto comprueba que el llamado motin de Figueroa no fué un espontáneo tumulto de cuartel, pero sí el resultado de una conjuración reaccionaria preparada en vista del avance de la revolución.

En la misma carta Mackenna le dice a O'Higgins haber tratado con el doctor Rozas del arresto de Figueroa, Chopitea i Mata Linares, del envío de éstos a Valparaíso donde él (Mackenna) respondería de su seguridad. . . . En esto, por desgracia, se corta el manuscrito en inglés que tanta luz vino a arrojar sobre el primer combate de nuestra Independencia. Este documento se encuentra traducido en la *Vida de O'Higgins* de Vicuña Mackenna, páginas 168 a 172.

Con cuarenta días de anticipación Martínez de Rozas estaba alerta. Durante ese tiempo, si no tomó medidas resueltas como Mackenna se lo aconsejara, no dejó de contar las probabilidades del motin. Estas, en realidad, como se vio el 1.º de Abril, eran bien pocas.

Desde que el clero chileno se dividió, optando por la revolución una gran parte de él, el pueblo había entrado en ella, ignorante, sin ideas definidas, pero con el ardor de cosas nuevas i mejores, i con el gusto instintivo de éste por el bullicio i la pelea. Desde ese momento, en la larga lucha que

iba a comenzar, ni una sola vez los españoles encontrarían de su parte al pueblo.

Las mujeres, del mismo modo, desde que hubo clérigos insurjentes, no vacilaron en serlo i en prestarle a la revolucion el poderoso auxilio de sus faldas, de sus astucias i de sus chismes.

El ejército también estaba dividido i de modo favorable a la revolucion. En Santiago, las guardias nacionales, o milicias colecticias, (Rejimientos del Príncipe i de la Princesa), jente a medio armar que comandaban hacendados criollos, eran, a pesar de sus nombres, enemigas del régimen español.

Habia dos cuerpos de reciente creacion i, por lo tanto, algo revolucionarios: los Húsares i los Dragones. Eran parte de los aumentos militares que Rozas habia propuesto para defenderse de Napoleon....

La artillería la mandaba el coronel Reina, quien no era, verdaderamente, «un leon de Castilla». Tenia como capitán a Luis Carrera, quien era, sí, un puma de los Andes.

Los Granaderos<sup>1</sup> los comandaba, *pro formula*, don José Santiago Luco, de la aristocracia conservadora, a quien no le faltaba el requisito de haber sido en España Guardia de Corps de Carlos IV, pero quien, en las próximas emergencias, no tomaría gran parte.

Quien pudo influir en los Granaderos fué el se-

gundo jefe, Juan José Carrera (hermano mayor de Luis i de José Miguel) cuyo nombre iba a figurar en la Independencia, si no con la aureola del genio, con el prestigio del heroismo i la melancolía del martirio.

Todas estas fuerzas militares le pertenecian a la revolucion.

El Rei contaba con sus Dragones (Dragones del Rei). Con este cuerpo García Carrasco habia querido hacerse fuerte; lo comandaba interinamente, por ausencia de su jefe el Conde de la Marquina, un capitan Ugarte. Contaba tambien con el Rejimiento de Infantería del Rei, cuerpo que, aunque de formacion colecticia, obedecia a un jefe español rico e intransigente, el coronel cívico don Domingo Diaz Muñoz de Salcedo.

El núcleo i la base del movimiento reaccionario iba a ser la Compañía de Dragones de la Frontera, tropa veterana que Martínez de Rozas se trajo de Concepcion, con su jefe Figueroa, temeroso de dejarla allá, sin pensar que tendria que arrepentirse de haberla traído.

Estas eran las fuerzas militares de la capital a principios de 1811.

---

Martínez de Rozas le tenia miedo a la tropa española, a Figueroa, compadre suyo, lo cual no le impedia creerlo capaz, en un momento dado, de cortarle la cabeza. Veia modo, el doctor, de

alejar o dispersar las tropas que habia fieles a la monarquía.

Vivia en Santiago un jóven arjentino de apellido Alvarez Jonte. Este, pidiéndole al doctor Rozas fuerzas de Chile para ayudar el movimiento revolucionario de Buenos Aires, le sujirió una idea. El doctor, con la presteza que le era propia, vió en el pedido de Alvarez Jonte un medio para alejar las tropas del Rei.

Este asunto había que resolverlo disimulándolo. Con su maña acostumbrada, el doctor Rozas citó a los jefes militares a una conferencia que tuvo lugar el 20 de Marzo. De esta conferencia, los historiadores sólo tuvieron noticia,—por hallazgo de documentos en la familia Figueroa Larrain (descendientes del coronel),—hará cosa de veinticinco años.

En la reunion les dijo el doctor Rozas a los militares que la Junta habia resuelto enviar fuerzas en ayuda de la Junta de Buenos Aires, para consolidarla, ya que estas juntas eran, en América, representantes del Rei en ese momento destronado. Agregó que, con este objeto, habia pedido a Penco el resto del rejimiento *Dragones de la Frontera*, el cual venia ya en marcha repartido por mar i tierra: algunas compañías se habian embarcado hácia Valparaiso en el bergantin *Begoña*; las otras caminaban «hácia arriba», como entónces se decia por la rejion central.

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

Las elecciones se habian verificado ya en las provincias. En Santiago debian tener lugar el 1.º de Abril de 1811, en el edificio del Consulado,— monte Aventino de nuestra revolucion.

Al efecto, se dispuso que a las 7 de la mañana del citado dia se encontraran en ese punto (plazuela de la Compañía), a fin de resguardar el órden durante la votacion i escrutinio, cincuenta *Dragones de la Frontera* al mando del coronel Benavente.

Al poco de haber llegado, los soldados del peloton dieron muestras de indisciplina. Luego le desobedecieron de hecho al coronel Benavente, poniéndose a las órdenes de dos cabos (Sáez i Molina). Dichos cabos eran los agentes de la Real Audiencia i del partido godo.

La tropa amotinada se volvió al cuartel de San Pablo, donde tenia su canton, dejando con los brazos cruzados al coronel Benavente. Por la calle los soldados gritaron que no querian Junta, ni Congreso; que querian Presidente como ántes, i que éste lo fuera Figueroa, u Olaguer i Feliú, o Reina, pero ningun «insurgente».

En San Pablo el peloton se reunió al resto del cuerpo i salió formado, a las órdenes de Figueroa, que habia acudido. Siguió la calle de Teatinos hasta la de Compañía. Por dicha calle penetró en la Plaza de Armas i se puso en línea al pie del edificio de la Real Audiencia, cuyos oidores ya



estaban reunidos, alto el copete, para sancionar la reaccion. El coronel Figueroa subió la escalera i en el umbral de la sala de la Audiencia gritó: «¡Aquí está Figueroa!. . . .» A esto una voz contestó: «¿I el pueblo qué dice?» (Declaracion del emisario Toro, quien subió con Figueroa).

El pueblo, hasta ese momento, nada decia. Estaba atónito, confundido. Luego diria algo, su palabra definitiva de abierta rebelion a la España.

Como los Dragones recorrieron las calles con estrépito amenazante i fué aparatosa la salida de Figueroa de la casa en que vivia (calle de las Monjitas), alumbraron dos señoras que, sin eso, no lo hubieran hecho tan pronto. Fueron doña Mariana Aguirre, esposa de don Francisco Ramon Vicuña, que vivia en la calle de la Compañía, cerca de Teatinos, i doña Luisa Recabárren, mujer de don Gaspar Marin, que vivia en Monjitas.

Estos alumbramientos anticipados,—de hijos que nacieron el mismo dia que la Patria,—no fueron las únicas ocurrencias provocadas por la sublevacion de los Dragones.

Algunos vocales de la Junta,—Márquez de la Plata i Reina,—sin saber en qué iban a quedar las cosas, se hicieron humo para quedar bien de todos modos.

Martínez de Rozas, el fiscal de la Junta, asumió su puesto de jefe de la revolucion de modo intelijente i enérgico.

Vivia, el doctor Rozas, en la calle de la Catedral, casi en el ángulo de Teatinos. Sintió el paso del rejimiento sublevado. Al momento, sin confusión, sin sorpresa, corrió a la casa de Márquez de la Plata encontrándolo a éste hecho humo (enfermo, la eterna enfermedad de nuestros políticos equilibristas en los días críticos). Pero ahí se encontró, Rozas, con el comandante de armas don Juan de Dios Vial, hombre que ese día se mostró patriota i valiente. A poco llegó a reunírseles el vocal Rosales. Al momento, los tres, acordaron ordenar a los Granaderos de Juan José Carrera (cuyo cuartel estaba Huérfanos abajo) que viniesen a cubrir el parque de artillería de la plazuela de la Moneda, punto que, según toda lójica, Figueroa trataría de tomarse, pues constituía el núcleo de los elementos militares de la ciudad. Así se hizo.

Ese día los paisanos.—Martínez de Rozas salió vestido de togado, con zapatos con hebillas de oro, una de las cuales iba a ser la primera condecoración otorgada por Chile,—tuvieron más talento militar que Figueroa, el jefe aguerrido i terrible de la campaña de los Llanos (1). Este hombre estuvo el 1.º de Abril, iluso, desgraciado i tor-

---

(1) Célebre cruzada de Figueroa contra los araucanos en 1792, en la cual se demostró jefe competente i tan cruel como los antiguos conquistadores.

pe. Aceptó la sublevacion,—por instancia de los oidores que eran unos becerros,—inoportunamente. Habian ya desembarcado en Valparaiso, i se encontraban a pocas jornadas de Santiago, las tropas de Penco traídas por el *Begoña*. Si Figueroa espera dos dias habria contado con ellas, que eran tropas del Rei. No tomó en consideracion el ánimo popular, del cual debe imponerse todo jefe que opera en una ciudad. Ni siquiera contó las fuerzas que necesariamente le iban a resistir. El viejo coronel creyó triunfar con solo mostrarse.

En verdad, su salida produjo un pánico en la pacífica villa colonial, que, con un poco de viveza, habria podido aprovechar para su triunfo. No obstante, Figueroa se redujo a recorrer el trayecto que vimos i a ponerse en línea en la Plaza, al pie del edificio de la Audiencia.

Ahí estaba con sus Dragones, cuando el comandante Vial apareció, por la misma calle de la Compañía, con los Granaderos, que eran un cuerpo de 300 hombres, dos piezas de artillería conducidas por Luis Carrera, i una turba popular algo inconsciente, pero enardecida por el fraile valdiviano Camilo Henríquez,—ajitador ya probado en las asonadas de Quito,—i por el estudiante argentino Manuel Dorrego.

Como Figueroa permanecia inmóvil al pie de la Real Audiencia, Martínez de Rozas resolvió atacarlo.

Lo que entónces pasó fué el primer combate de la que iba a ser larga guerra de nuestra Independencia, i fué cómico i trájico a la vez. La historia ha reconstituido esa escena en todos sus detalles, gracias a los apuntes del abogado paraguayense don Manuel Antonio Talavera, que vivia en Santiago, i vió lo que pasaba en la Plaza desde su propia habitacion, al traves de una endija. Talavera vivia en la calle del Puente esquina de Catedral. Tambien investigó lo ocurrido el fraile historiador Melchor Martínez. I quedó el proceso de Figueroa, en el cual declararon innumerables personas.

Este proceso fué rápido, sin verdadera defensa, empujado por la perentoria voluntad de Martínez de Rozas hácia la comprobacion de la culpabilidad del caudillo i su inmediata condena. Todo en el proceso se resiente de la presion del terrible fiscal.

Figueroa se puso pálido al ver asomar la columna patriota. No debió ser tanto por la milicia, que con éstas estaba acostumbrado a encontrarse. Debió ser por el bullicioso i grande movimiento popular que venia con las milicias de la patria i se acrecentaba por momentos. Eso significaba el levantamiento del pais, el ingreso del pueblo en la revolucion, la nacionalidad.

Los españoles no lo habrian creido; sin embargo que esa misma mañana, Figueroa, a su paso

por las calles, no encontró una sola adhesión popular, pero sí mala voluntad de algunos de sus propios soldados.

La evidencia del abandono del pueblo heló el corazón del fiero caudillo; i los oidores arriba, en la sala de la Audiencia, comenzaron, como ratones, a meterse debajo de los muebles. Le había llegado su última hora a la secular, orgullosa i tiránica representación del Rei.

La sorpresa i el dolor que produjo en los españoles la actitud del pueblo de Santiago el 1.º de Abril de 1811, se ve clara en la amargura del relato del fraile Martínez. Trata de revolcar las figuras gloriosas de Camilo Henríquez i de Manuel Dorrego, porque ellos fueron, sin duda, quienes, con su ejemplo i su palabra, entusiasmaron al pueblo i lo llevaron ese día a lo que fué para nosotros la toma de la Bastilla.

Se adelantaron los jefes,—Figueroa i Vial,— hasta quedar separados por la acequia a tajo abierto que corría por el centro de la Plaza. Ahí hablaron con voz fuerte que pudo sentirse en cuatro cuadras a la redonda. Figueroa le intimó rendición al comandante de armas (Vial). Este le contestó que sólo a la Junta reconocía como superior. La guerra entre Chile i España quedó declarada.

Se retiraron los jefes. Las tropas avanzaron. Cuatro descargas de fusilería atronaron el aire, dispersando a la vez pueblo i tropa en medio de

prolongado alarido, de confusion indecible: el miedo del primer momento de la gran batalla que cuatro años despues acabaria en Rancagua con desconocido heroismo.

Un sarjento, hijo del comandante Vial, cuando todos huian, corrió detras de Figueroa disparándole con una pistola, sin dar en el blanco. Por esta hazaña se le concedió el uso de una pistola bordada en la manga, a guisa de jineta. A esto debió el sobrenombre de «Pistolita» que tuvo hasta su muerte, ocurrida en 1857.

Disipado el humo de las descargas, la Plaza se vió con unos veinte hombres tendidos en el suelo, con la rijidez de la muerte unos, retorciéndose otros i dando quejidos. Fueron siete muertos i trece heridos. Eran soldados de ámbos bandos. Cayó tambien un paisano, uno solo. I no fué un ciudadano «encendido en patriótico heroismo», como pudiera pensarlo el poeta: fué un idiota conocido en el Santiago de entónces con el apodo de «pan frances». Iba corriendo despavorido por las gradas de la Catedral cuando lo alcanzó una bala perdida. Con el casual sacrificio de un aliado comenzaba esa guerra que iba a contar entre sus víctimas héroes i jenios.

Despues de las descargas ámbas fuerzas contendoras huyeron a la vez, creyéndose ámbas derrotadas. Lo que hubo fué que ámbas tuvieron igual pánico.

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

derramamiento de sangre. La multitud gritaba detras del caudillo revolucionario, sosteniendo sus palabras con un calor en el cual los oidores pudieron sentir que ya habia concluido el imperio del copete.

«Detras de Martínez de Rozas una voz gritó: ¡Que maten a esos pícaros!..» (Diario de Talavera).

Los oidores, como pudieron, alegaron haberle mandado al Fiscal de la Junta, mui de mañana, una nota por la cual se le daba parte de ese movimiento «promoviendo la causa del Rei, de la nacion i de la patria», e invitando a la dicha Junta, así como al Cabildo «a evitar el sinnúmero de males que los perturbadores del órden e innovadores pretendian ocasionar, etc., etc.»

Era la verdad. Los oidores habian redactado esa nota el dia ántes, con estilo cuidado i capcioso. Pero no le llegó a Martínez de Rozas; el portador de ella se perdió en el tumulto. Se creyó hasta el año 1884 (época en que Vicuña Mackenna publicó por primera vez el texto de esa nota) que no habia existido sino como disculpa en los labios trémulos de los oidores.

Martínez de Rozas bajó, seguido por la multitud, para continuar en su obra de dejar ese dia cimentada la patria chilena. Los oidores se escurrieron por las calles metiéndose en sus casas como ratones en cuevas. Ya no volverian, los orgullo-



sos, despóticos i venales personajes, a «hacer tribunal», en nombre del Rei, como lo hicieran durante doscientos años esplotando un pais i una raza.

Al poco mandaron sus renunciaciones, los cinco oidores, i pidieron sus pasaportes para el Perú, menos el decano, don José de Santiago Concha. Este se retiró a su propiedad en Nuñoa (vecina de la capital), donde acabó sus dias.

Desde ese momento gobierno Martínez de Rozas, o sea el Director Ejecutivo; mas tarde gobernaria el Congreso; despues José Miguel Carrera, hasta la reconquista, que fué una vuelta efímera del poder español, entre una derrota i un triunfo de los patriotas.

La Real Audiencia ya no volveria a gobernar. Cúpole a don Juan Martínez de Rozas, a las 9 de la mañana del 1.º de Abril de 1811, al invadir la sala, acabar con la representacion del Rei en Chile, instalada solemnemente el 7 de Setiembre de 1609.

No habia Presidente o Capitan Jeneral, desde el 18 de Setiembre de 1810. Pero habia Real Audiencia, luego habia Rei. Desde el 1.º de Abril de 1811 no hubo Real Audiencia. Esta es la verdadera fecha de nuestra Independencia.

El Directorio Ejecutivo creó en reemplazo de la Real Audiencia, iniciando nuestra administracion de justicia, una Corte de Justicia.

Los papeles públicos seguirian por mas de un año dictándose en nombre de Fernando VII. Sin embargo, desde el 1.º de Abril, el que tuvimos fué un Gobierno propio, independiente. Pero era un Gobierno sin forma precisa, al cual los hombres que lo formaban no sabian cómo llamarlo. A los espíritus mas resueltos i avanzados los asaltaba un temor, una duda, al borrar ese nombre que durante siglos, siempre, habia sido el símbolo supremo: el nombre del Rei. La servidumbre desarrolla una influencia atávica, de la cual, aun cuando la libertad se ha obtenido, quedan las formas exteriores. Si la humanidad algun dia deja de creer en Dios, seguirá, eternamente talvez, haciéndolo todo en nombre de Dios.



Sigamos al Fiscal Martínez de Rozas en esta memorable jornada. En él se encarnó el jenio de la Patria, intelijente i terrible.

Debió ser curiosa la figura del grande hombre ese dia de algazara, cómica i trájica a la vez. Vestia, como de costumbre, elegante i severo traje de togado: calzon corto, media blanca, zapatos con hebillas de oro. Como tenia que estar en todas partes, montó en un caballo de pelo blanco, viejo i lerdo, del cual era dueño don Manuel Salas. Dicho caballo lo tomó Rozas del poste en que estaba amarrado en el patio de la casa de Salas (calle de Huérfanos). Este detalle se lo refirió el

propio don Manuel Salas, ya mui anciano, en 1841, a don Ramon Rozas Mendiburo, hijo del prohombre del 1.º de Abril.

Martínez de Rozas demostró gran vehemencia por apoderarse del caudillo reaccionario. Ofreció 500 pesos por la cabeza de Figueroa. ¿Qué menos puede valer una cabeza de compadre? Exhortó al pueblo para que lo buscara por cielo i tierra.

Tenia razon Martínez de Rozas, pues si Figueroa se escapaba ese dia no hubiese sido seguro ni definitivo el triunfo de la revolucion. En medio de la confusion jeneral, al ájil talento de Martínez de Rozas esto no se le escapó. Conocia a su compadre. Sabia que era bravo i testarudo, que tenia prestijio entre las tropas del sur, que no eran pocas i de las cuales dos divisiones estaban por llegar a Santiago. Estas fuerzas,—al encontrar vivo a Figueroa, enardecido el partido español despues de la intentona abortada,—no dejarian de prestarse para un nuevo golpe mejor preparado. O bien el caudillo podia irse a Penco, donde estaba el núcleo del poder militar; o al Perú, para volver de ahí con un ejército i su personal capacidad i i conocimiento de Chile.

Con razon se mostró impaciente Martínez de Rozas por tener luego en la mano a su compadre, en la mano convertida en garra. La Patria recién nacida necesitaba la cabeza de ese hombre.

Alguien vió entrar al prófugo coronel por la

puerta de Santo Domingo. Luis Carrera i Manuel Dorrego, enardecidos por la cacería, entraron al templo, revolviendo altares i sacristías en busca de don Tomas, con irreverencia soldadesca, como aquella del sarjento del poema de Coppée que prendia su cachimba en los cirios del altar. Junto con el Rei, Dios habia sido derrocado: se le trataba como a cómplice del motin.

Desesperaban los patriotas de encontrar la presa, cuando un niño dijo que había visto a un militar meterse debajo de unas esteras, en el pequeño patio correspondiente a la celda de un fraile.

Era Figueroa. Luis Carrera i Dorrego lo sacaron a puñetazos de su poco alegórico escondite.

¿Le fueron entregados al chico que descubrió al caudillo prófugo los 500 pesos ofrecidos por Martínez de Rozas? La historia no lo dice. Tal vez Chile no cumplió ese primer compromiso financiero...

El Fiscal Martínez de Rozas,—en el rapto de júbilo que le produjo el hallazgo de su terrible compadre,—se arrancó la hebilla de oro de un zapato i se la dió al chico. Esta fué la segunda condecoracion que se repartió ese dia de batalla. La primera fué la «pistolita» del sarjento Vial.

Martínez de Rozas trató a su compadre con severidad draconiana. El Fiscal,—a quien mal informados historiadores han podido creer débil de

carácter,—era un antiguo magistrado de inflexible severidad. Había sido, en Penco, el terror del bandolerismo. Conocidas eran sus sentencias de 1806 i 1809, recaída, la una en el esclavo Babo i la otra en el corsario Bunker. Ambas se fallaron en la horca.

Cuando Carrera i Dorrego sacaron de las patas al último jefe de la colonia, i al primero de la guerra de España con Chile, de entre las esteras viejas de Santo Domingo, le oyeron decir: «Me han engañado... Me vindicaré... No soi el único... He obedecido a órdenes superiores...»

Lo mismo le oyó decir mas tarde el teniente de Granaderos Enrique Campino,—que llegó a jeneral,—i lo declaró en el proceso.

Era evidente, estaba en la conciencia de todos, que Figueroa no obró ese dia por sí solo, pero sí como brazo fuerte de un complot urdido por la Real Audiencia i el partido español.

Esa misma tarde, Martínez de Rozas hizo prender a Olaguer i Feliú, a Cardoso, a Talavera i a otros magnates españoles.

A García Carrasco, que desde su dimision vivia retirado en la Cañadilla, en la quinta de su compatriota don Julian Zilleruelo, tambien se le llevó preso, en medio de una algazara en la cual se vengaron muchos ofendidos por el antiguo mandon.

De pronto, a las doce del dia, en medio de estos

hechos ajitados, cuando se dictaban los primeros decretos de la Patria, tocan arrebató todas las campanas de la ciudad. ¿Qué era?... ¿Qué había pasado?... Acababa de llegar la noticia de la ocupación de Montevideo por el ejército patriota de Buenos Aires. Elio, el déspota que venía Chile, estaba preso, sería ejecutado... Estas nuevas dan mayores bríos a los revolucionarios i completan la postración de los españoles. Lo cual le sirve a Martínez de Rozas para dar término al motin de un modo lapidario. Era lo que quería el astuto Fiscal: «poner chiquititos a los sarracenos». Para eso inventó la noticia del triunfo de los patriotas arjentinos. Eran frecuentes estas argucias en el doctor Rozas. Engañar, suplir la fuerza por la maña, parecia ser una condición, un placer de su carácter agudo, onduloso i complejo. Manejaba admirablemente el artificio. Muchas veces sacó de él la fuerza que la revolución necesitaba i que en realidad no tenía.

---

El coronel don Tomas de Figueroa fué llevado a la cárcel (actual edificio de la Municipalidad), cubierto de cadenas, como el último de los perdularios. El viejo i valiente militar leyó su sentencia en el rostro severo de su compadre Martínez de Rozas i en la actitud cruel del populacho. Tuvo la evidencia que la revolución no era ya un

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

española de la cual el pueblo de Chile acababa de sacudirse para siempre.

---

1.º de Abril de 1811: primer dia independiente de Chile.

Habian caducado hasta las mas perentorias disposiciones del réjimen colonial. Todo comenzó a hacerse segun el interes de la nacion chilena i con nuevo espíritu. Con el mismo Figueroa comenzó nuestra lejislacion propia.

Segun las leyes de la colonia, Figueroa (jefe de cuerpo) debió ser juzgado por un tribunal de oficiales jenerales. En defecto de éste debió hacerlo la Real Audiencia.

Martínez de Rozas comprendió que en tales jurados encontraria induljencia el jefe del motin, i la revolucion quedaria como sin efecto, pues continuaban las leyes españolas. Convocó al Cabildo sobre la marcha i lo disuadió, con elocuente enerjía, de su deseo de proceder al enjuiciamiento de Figueroa segun el órden tradicional. «De hacerlo así—les dijo—mas vale ponerlo en libertad i dar por nula nuestra accion en la jornada de hoi. ¿Cuáles son los oficiales jenerales que van a juzgarlo? Olaguer, García Carrasco, Reina, todos españoles. . . . En defecto de ellos lo juzgará la Real Audiencia ¿i no es, a caso, la Real Audiencia, la instigadora, la cómplice del intento reaccionario?»



Hizo ver que la vida de Figueroa, en el punto en que las cosas se encontraban, era un peligro para la causa revolucionaria.

A las 9 de esa siniestra i gloriosa noche del 1.º de Abril, la Junta i el Cabildo se reunieron. Quedó acordado el enjuiciamiento del reo sin sujecion a las leyes coloniales. Nuestra independendencia, que hasta entónces sólo habia sido una aspiracion, quedó convertida en hecho.

Se nombró para juzgar a Figueroa, un jurado compuesto del mismo Martínez de Rozas, don Enrique Rosales, Márquez de la Plata, don Ignacio de la Carrera i el coronel Reina. A este último, a quien se sabia hombre sin carácter, se le nombró, por su calidad de español, defensor del reo. Antes de la media noche la sentencia estaba firmada: «Execútese sinembargo de recurso alguno i con calidad de sinembargo».

Martínez de Rozas lo hizo todo esa noche memorable. Dió el paso, tan ansiado i difícil, de la colonia al réjimen propio i libre.

Para darle visos de justicia a ese acto sangriento, que fué el primero de nuestro Gobierno autónomo, no descuidó Martínez de Rozas de hacer firmar la condenacion por el funcionario realista Márquez de la Plata, i el indulto por el revolucionario de la Carrera. Al hábil doctor no se le escapaban estos detalles de lo que hoi llamamos «para la esportacion».

Al día siguiente comenzó la persecucion, no ya de los insurjentes por los españoles, pero sí de éstos por los patriotas, i el cambio de los empleados de la administracion.

Chile era ya libre.



### III

## Primer Congreso Nacional

(Oríjen de los partidos)

Después del motin de Figueroa,—destruida la administracion española de Chile,—la suma del poder quedó en manos del hombre que habia conducido la revolucion i cimentádola con las descargas del 1.º de Abril, en manos de don Juan Martínez de Rozas.

Ninguno de los hombres de la revolucion chilena tuvo un momento mas propicio que Martínez de Rozas el 1.º de Abril para afirmar su dictadura. Fué ese dia como Bonaparte el 18 Brumario, al decir de Sieyes: «El hombre que lo hizo todo, que lo supo todo, que lo pudo todo. . . .»

Pero don Juan Martínez de Rozas era un constitucionalista, un gobernante empírico, sin las condiciones de carácter que hacen al dictador. Esto

le hace honor. Esto fué lo que lo perdió. En ese momento sólo una dictadura podia afirmarse.

A la raiz misma de esos hechos, que le entregaron el pais recién nacido, Martínez de Rozas se apresuró a constituir lo que llamaron «Directorio Ejecutivo». Fué una corporacion administrativa formada del Cabildo i de la antigua Junta (la Junta de Setiembre de 1810).

La labor del «Directorio Ejecutivo», inspirado i dirigido por Martínez de Rozas, no fué otra que darle cumplimiento al decreto revolucionario de Diciembre de 1810, convocando al primer Congreso Nacional. Fué ese decreto que produjo el complot de Figueroa.

El primer Congreso nacional se abrió, en la sala que habia sido de la Real Audiencia (actual edificio del Correo Central). Ahí murió la Colonia; ah nació la República. La inauguracion se efectuó el 4 de Julio de 1811. Martínez de Rozas pronunció un discurso, notable resúmen del estado político del pais, atrevida declaracion de principios, elevada muestra de cultura intelectual. Lo siguió don Juan Antonio Ovalle con un discurso vago i sonoro.

La instalacion de nuestra primera asamblea legislativa se hizo en medio del aparato de un gran júbilo del pueblo i de la sociedad criolla: tocatas, banquetes, *tedeum*, parada militar, fuegos artifi-

ciales alegóricos de la Libertad rompiendo cadenas....

Es curioso observar, i ello fué revelador, que el partido español miró con complacencia la reunion del Congreso. Este anacronismo se esplica por cuanto, siendo la reunion de ese Congreso una «chambonada» de los patriotas, los godos esperaban fundadamente que de él saliera la reaccion.

Veamos esto.

Al dia siguiente del 1.º de Abril,—destruida la administracion española,—la opinion se vió dividida en dos fracciones. Dichas fracciones fueron el oríjen de los dos grandes partidos políticos que,—por razones de historia i de raza,—han de nacer en todo pueblo latino desde que comienza a rejirse por sí mismo. Fueron los dos grandes partidos que lucharon i se alternaron en el poder hasta 1860. En esa época (1860), por el triunfo del liberalismo i el advenimiento, como causales dirigentes, de ideas de órden mas práctico que doctrinario, comenzaron a relajarse esos dos partidos, i a fundirse en coaliciones. Se comprende que se trata de liberales i conservadores.

El partido liberal, en ese momento (Abril de 1811), fué el partido revolucionario avanzado, el que quiso romper de hecho el yugo colonial i crear un réjimen propio, el que venció del motin de Figueroa, el partido de Martínez de Rozas, en una palabra, que habia venido desarrollando la revo-

lucion. Su fuerza era considerable. Lo constituían hombres de la talla de Martínez de Rozas, Mackenna, O'Higgins, los frailes Frete i Henríquez, lo único que había de algún valor intelectual, i la familia de los «ochocientos».

La aristocracia santiaguina, la jente rica i titulada, sin capacidad intelectual pero con mucho dinero, formó lo que, desde luego, llamaremos el partido conservador. Eran los mayorazgos dueños del país repartido en haciendas. Esta jente, que constituía una gran fuerza, no conocía ideales políticos, ni le era aflictivo vivir bajo el yugo colonial, siempre que éste no estorbara sus negocios. Lo único que la conmovía i levantaba era la idea de perjudicarse pecuniariamente. Cuando, en los comienzos de 1810, entró en los manejos de Martínez de Rozas i sus amigos, para derrocar a García Carrasco i luego establecer una Junta de Gobierno, no fué, por cierto, con miras de llegar a producir la independencia del país. Fué por odio al vengativo i plebeyo Brigadier. Fué por temor de caer bajo la férula de la administración francesa de España. Fué porque pensó, aprovechándose de las circunstancias, obtener reformas en el régimen colonial, que fueran favorables a su influencia i al desarrollo de sus negocios.

Este era el partido conservador, el partido de la influencia pesada que emana de la fortuna, de lo establecido, de lo egoísta, de lo orgulloso. El

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

una asamblea lejislativa eficaz, pues los chilenos no estaban preparados para eso, pero sí de vencer al partido conservador,—que era esencialmente santiaguino,—dándole lugar en las resoluciones a representantes de provincias netamente revolucionarias como Coquimbo i Concepcion.

La idea era natural; no podia ser otra; pero sus consecuencias iban a ser fatales. Ese ardor democrático i plebiscitario con que Chile se estrenó en el Gobierno propio, le hacia honor al temperamento de sus hombres pero le costaria caro. ¿Cuántos ensayos se iban a hacer de asambleas lejislativas i de constituciones políticas, copiadas de las viejas repúblicas, en medio de la incultura i la desmoralizacion, sin otro resultado que el de ahondar los males? El ejemplo asambleista i constitucional de Martínez de Rozas lo heredaria Egaña, i luego el hijo de éste, prolongando hasta 1828 las bellas pero funestas intentonas de república doctrinaria con un pueblo semi-salvaje i una sociedad fanática.

Tambien era anti-política la idea de convocar ese Congreso. Lo que se necesitaba era todo lo contrario: era un dictador. Le iba a cortar a Martínez de Rozas su admirable carrera en la revolucion, i ser la ruina de su influencia.

Lo que se necesitó en 1811 fué un César. Martínez de Rozas era un Ciceron. El César iba a ser otro, uno que en ese momento todavía no llegaba, José



Miguel Carrera. Martínez de Rozas comprendía esto i Mackenna también; lo veían venir. Pero, no habiendo en ese momento quien asumiera la dictadura, no había otra cosa que hacer que el Congreso, para estender i declarar la revolución.

No sólo estos males se deberían al Congreso de 1811. También sería, a pesar de todas las medidas que se tomaron (entre éstas, en Santiago, al invitar a los electores, la de escluir a los de opinión conservadora), un foco de reacción.

Vemos, pues, abrirse ese primer Congreso con las peores expectativas, en medio de los dos partidos que desde entonces se compartirían la opinión nacional i cuya lucha iba a ser la historia misma de nuestra República. Pero en ese momento el partido conservador pertenecía todavía a la monarquía española. Esta es la mancha del partido conservador chileno: no haber querido desde luego la independencia. En cambio, será eterna gloria de nuestro liberalismo el haberla hecho, con el talento de Martínez de Rozas i con la espada de José Miguel Carrera.

Andando el tiempo el partido conservador se hizo perdonar su pecado orijinal, afirmando, organizando i engradeciendo al país con Portales i con Montt. Al partido liberal, para perdonarlo de muchas de sus locuras posteriores, tendremos que pensar, mas de una vez, en su gloria primitiva.

De Maule a Illapel,—la rejion agrícola entónces mas densa,—dominaban los conservadores, los que le tenian miedo a la revolucion. Bien claro se vió ello en el resultado de las elecciones.

Diputado por Talca fué el mayorazgo Ruiz Tagle, tipo jenuino de *pelucon*. (Así comenzaron a llamarse los conservadores desde que, con la Real Audiencia, se acabaron los *copetones*). Por Petorca, don José Nicolas de la Cerda, otro mayorazgo de igual carácter. Por San Fernando el mayorazgo Castel Blanco, conservador tambien, a pesar de su parentesco con Martínez de Rozas. Por Melipilla el mayorazgo Valdes, igual a los anteriores. En Santiago, a pesar de la intervencion del Directorio Ejecutivo que lo formaban revolucionarios netos, los Larraín (los Ochocientos) quedaron en minoría, al lado de los Errázuriz, los Eyzaguirre, los Echeverría, los Portales, los Ovalle i los Gandarillas, que eran *pelucones*.

Esta mayoría le dió al Congreso de 1811 ese carácter conservador, aristócrata, en el cual los españoles fijaron su última esperanza, i que fué una rémora para la causa popular i revolucionaria; rémora que no pudieron vencer, ni Martínez de Rozas con todo su talento, ni O'Higgins con todo su ardor, i de la cual sólo vendria a dar cuenta la *culebrina* de los Carrera.

La provincia de Santiago,—haciendo gala de fuerza *pelucona*,—comenzó por violar los estatutos

dados al Congreso por el decreto de la convocatoria. Dicho decreto asignaba tres representantes a Concepcion, dos a Coquimbo, i así en proporcion a los demas distritos. Santiago elejía seis representantes; con lo cual, en las miras del doctor Rozas, que fué quien lo dispuso todo,—la representacion del núcleo conservador quedaba contrarrestada por la representacion de las provincias revolucionarias. Pero Santiago no se avino a los seis representantes asignados i se dio doce; con lo cual se vieron defraudados los cálculos del doctor Rozas.

El partido de la revolucion quedó en minoría. Lo formaron, en el Congreso, los diputados de provincias lejanas, ajenas a la influencia de Santiago. Los Angeles i Puchacai elijieron a O'Higgins i al canónigo Fretes. Copiapó al cura Gallo. Coquimbo al doctor Marin i al arjentino Villegas. Arriagada fué elejido por Chillan; Manzano por Linares; Mendiburo,—cuñado de Rozas,—por Cauquenes. Valdivia tuvo la gloria de mandar a Camilo Henríquez. Chiloé era entónces parte integrante del virreinato del Perú.

Estos eran todos revolucionarios. Pero sólo eran trece: minoría destinada a la impotencia.

El elemento conservador,—que luego seria reaccionario,—habia llevado su fuerza al corazon mismo de provincias revolucionarias. Por Concepcion habian sido elejidos realistas caracterizados, como

el conde de la Marquina i los canónigos Zerdan i Urriola. En Osorno triunfó el español don Manuel Fernández.

Tal fué, mas o ménos, el resultado de las elecciones.

---

La mayoría ocultó sus propósitos. El partido revolucionario,—segun lo aconsejaba el buen tono de la época,—en merecido homenaje a Martínez de Rozas, quiso iniciar la labor parlamentaria el dia del santo del prohombre de la revolucion. Los conservadores lo permitieron. Talvez no dejaban de maliciar que ese obsequio iba a resultarle al doctor Rozas un presente griego.

En la primera sesion fué elejido presidente don José Antonio Ovalle. En este hombre los revolucionarios veian una garantía. Pero era un hombre de escasa capacidad; en todo caso no seria capaz de disciplinar esa aula de lejisladores instalada en la infancia de la vida pública de un pueblo. En esa misma primera sesion ardió Troya.

La minoría habia hecho redactar, por el argentino Alvarez Jonte, una esposicion o protesta sobre lo ocurrido en las elecciones. A dicho documento quiso darle lectura el diputado O'Higgins; pero la mayoría se lo impidió a viva voz, a lo cual la minoría respondió con no ménos enérgica gritadera. El tumulto fué de los mil demonios. Segun

testigos oculares, que lo escribieron despues, el Presidente del Congreso fué quien mas bulla metió. La sesion hubo de suspenderse porque la mayoría se aprestaba para desalojar a puño limpio a los trece revolucionarios. Este fué el *debut* del parlamentarismo chileno.

Las sesiones siguientes no fueron mejores. Inútiles los esfuerzos de Martínez de Rozas, Salas e Infante, — los llamados a ser, por su cultura, los catedráticos de esa colejialada parlamentaria. No insistamos sobre la falta de órden en los debates i de esperiencia en las discusiones: esto se adquiere con práctica i educacion. Lo que faltó fué buen espíritu que echara a un lado la fatuidad i el orgullo de la ignorancia. Si la direccion del Congreso hubiese estado en manos de la minoría, las cosas hubieran andado mejor, pues el saber i la cultura estaban en el grupo revolucionario. Los conservadores sólo tenian de algun valer a Infante i a Gandarillas. Pero éstos se vieron anonadados por la petulancia grotesca de los *huasos* ricos. Un fraile, pretencioso i capitulero, diputado del bando oligarca, llamado Chaparro, tomando el Congreso por coro de convento, se habló íntegras las cuatro o cinco primeras sesiones. Otro fraile de apellido Orella, — franciscano éste i del partido revolucionario, — dijo que le entendia a Chaparro (fué el único en entenderle) i salió a contestarle. Se armó una polémica oscura e inútil en la cual

dos frailes ignorantes hicieron perder el tiempo.

La revolucion quedó paralizada en su curso; el Congreso no puso ningun remedio al desorden en que comenzó a entrar la administracion pública desde el 1.º de Abril. Martínez de Rozas se desesperó, impotente ante esa mayoría que él mismo creaba con su fatal idea de un Congreso. Previendo lo que iba a pasar, sintiéndose incapaz de ponerle remedio en Santiago, se marchó a Concepcion, el 20 de Agosto. Ahí podia reunir elementos con los cuales disolver el Congreso, corregir el error cometido, salvar la revolucion.

Para colmo de males, a la ausencia de Martínez de Rozas correspondió la enfermedad de O'Higgins. A éste una grave afeccion bronquial lo retuvo en cama mas de un mes. Eran, Martínez de Rozas i O'Higgins, de la minoria revolucionaria, los dos únicos capaces,—por el carácter i por la autoridad ganada,—de ponerle compuertas a la reaccion.

A los pocos dias de alejado Martínez de Rozas i de encontrarse en cama O'Higgins, el Congreso eligió nueva mesa directiva. El presidente fué don José Antonio Pérez Cotapos, que era, no digamos conservador, pero sí realista declarado.

Los españoles se restregan las manos. Salen a la calle. Recobran su insolencia i los empleos que habian perdido en la administracion. Los de la minoría, desalentados, no asisten a los debates.

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

mientos, parecerian confirmar la idea de que hai un destino que los conduce, que los quiere.

Cuando así estaban las cosas en Chile,—cuando la revolucion sólo podria continuar si resultaban felices los esfuerzos de Martínez de la Rozas en el sur, quedando, de otro modo, como la manifestacion de un deseo de los intelijentes i los oprimidos, pronto aplastado por el egoismo i el peso de la tradicion,—desembarcó en Valparaiso del navio *Standart*,—29 de Julio de 1811,—un chileno de veinticinco años que venia de España, donde se habia educado i servido con brillo en los ejércitos peninsulares que defendieron de los franceses el suelo español i lo reconquistaron.

El imberbe arribano se llamaba José Miguel Carrera. Nacido en Chile, criado en sus campos como jóven centauro, volvia de España educado como un *gentleman*, i con el cerebro, de una admirable intelijencia, lleno de ideas de cuanto habia visto i penetrado de la evolucion liberal a cuyos fenómenos habia asistido en el Viejo Mundo. Venia sediento de gloria. Ya habia probado su embriagante copa venciendo, a la cabeza de un cuerpo de húsares, esas falanjes napoleónicas que se las daban de haber dominado al mundo. El niño salvaje de los campos chilenos volvia convertido en paladin de ideas nuevas, en héroe de épicas jornadas, con la frente pura i heroica rebalsando ensueños...



Estaba en España, siguiendo una carrera militar poco comun, con promesas de rápida fortuna (organizador i jefe de los Húsares de Galicia), cuando le llegaron noticias de la efervescencia de los pueblos americanos, del movimiento liberal, de las aspiraciones de reforma i hasta de independencia que reivindicarian la dignidad de América ofendida por el vasallaje. Uno de esos pueblos era el suyo, Chile, su tierra natal, en el recuerdo de cuyos admirables paisajes evocaba las dichas i los amores de la niñez. Ese pueblo aspiraba a levantarse, romper las cadenas, ser libre, rejirse por sí mismo, figurar entre las naciones i las razas que marchan hácia el porvenir. Ya algunos hombres habian emprendido la obra gloriosa. El propio padre de Carrera, i sus hermanos, estaban en el centro de la revolucion iniciada. El quiso compartir con ellos esa gloria, contarse entre los libertadores de Chile. Esa fué su noble ambicion, la que lo hizo ser, sin duda, el hombre mas grande i jenial de nuestra independencia, el verdadero fundador de nuestra República; i la que lo hizo ser tambien, por haber sido demasiado grande, el mas culpable i el mas desgraciado.

Desde que supo, Carrera, las ocurrencias de Chile, sólo pensó en venirse, despreciando los galones de jefe español por el fusil de insurgente chileno.

Llegó a Santiago en los primeros dias de Agosto de 1811. El error político de Martínez de Rozas i

de su círculo, encarnado en el Congreso, estaba dando sus frutos: la reaccion, la pérdida de todo el terreno ganado desde la caída de García Carrasco.

Carrera, por su carácter, por sus ideas, por sus ambiciones, no era hombre que viniera a servir una reforma mas o ménos ventajosa del réjimen colonial: venia a ayudar la independendia de Chile, a hacerla a toda costa i contra todos, a ser de ella el jefe.

Las circunstancias no podian ser mas favorables: los elementos conservadores i reaccionarios, en el Congreso, habian tomado fuerza i cohesion; el partido de la independendia, vencedor el 1.º de Abril, estaba cohibido, deshecho, ante la avalancha reaccionaria que ese Congreso, —pensado i hecho para todo lo contrario,—tuvo la fatal propiedad de producir; Martínez de Rozas en Concepcion hacia algo por volver a la lucha; O'Higgins estaba enfermo; ámbos habian perdido mucho de su prestigio con los últimos acontecimientos. Era el momento en que la revolucion de la independendia tenia que ser hecha de nuevo. Era lo que Martínez de Rozas estaba haciendo en Penco.

La mirada de águila de Carrera lo vió todo de un golpe. El futuro caudillo debió decirse a sí mismo: «La hora es mia».

Hacer de nuevo la revolucion de la independendia, hacerla ántes que Martínez de Rozas en el

sur, i quitarle con eso el puesto que tenia,—que era el primer puesto,—tal fué el plan que Carrera concibió desde que, llegado a Santiago, dió el primer vistazo sobre los acontecimientos.

Para realizar el plan, la suerte puso en sus manos los elementos militares de la ciudad. Los Granaderos que mandaba Luco, en realidad obedecian al segundo jefe que lo era su hermano Juan José. El ingeniero Mackenna, revolucionario ardiente i probado, con Luis Carrera,—el hermano menor,—mandaban la artillería. Esos dos hombres, Mackenna i Luis Carrera, que iban a ser los símbolos i los mártires de las rivalidades entre los patriotas, comenzaron, unidos por el mismo entusiasmo, bajo el mismo uniforme.

El objetivo de José Miguel Carrera era claro. Su golpe no podia dirigirse a otra cosa que al Congreso, puesto que el Congreso era la reaccion. Pero el golpe no lo daría directamente, no lo daría sin uno de sus manejos jeniales que, repitiéndose mas tarde, nos dan la característica de una naturaleza compleja, en la cual a las crueldades del soldado no dejaban de mezclarse los refinamientos de la intelijencia. Antes de darle el golpe de muerte a la víctima elejida, quiso conocerla, atraerla, enamorarla, con su palabra i su figura bellísima de jóven héroe.

El recién llegado, — que contaba con todas las simpatías, las admiraciones i las curiosidades,—

le pidió al Congreso una audiencia a fin de imponerlo de esos acontecimientos de España que tanta influencia habian tenido en América i en los cuales el mismo habia tomado parte.

El trámite era inusitado. Un Congreso constituido no da audiencias de esa clase. Pero la persona de José Miguel Carrera tenia ese don de atraer irresistiblemente, ese don de los caudillos, de los hombres nacidos para imponerse a los hombres. Entre los jenios i los héroes de nuestra independencia fué el único que tuvo este don, por lo cual su vida, junto con ser la mas desgraciada, es la única verdaderamente maravillosa.

Accedió el Congreso a la peticion del jóven Carrera, juzgando que habia ventaja en tener nuevos informes sobre las cosas de España, pero mas bien porque todos estaban ansiosos por ver i oír a ese hombre que ejercia la atraccion del talento, la belleza i el heroismo.

Una tarde del mes de Agosto,—una de esas tardes en que la primavera de Santiago da su primer anuncio con luces deliciosas i alegóricas,—el Húsar de Galicia, héroe de Bailen, elegante, fantástico, montado en brioso corcel de pelo oscuro, recorrió las calles de la ancha i monótona aldea que Santiago era entónces, i fué a detenerse en las puertas del Congreso (Plaza de Armas) entregándole ahí su bridon a un ordenanza.

Nunca el pueblo de Santiago habia visto un

oficial mas hermoso, mas gallardo, con uniforme mas brillante, i uniendo en sí a las espresiones varoniles las galas de una esquisita simpatía. Tal era José Miguel Carrera, el hombre admirable, el verdadero jenio de nuestra revolucion i de nuestras primeras guerras, el único capaz i digno de conducir al pueblo como héroe de leyenda antigua, i el único que, por lo mismo, empujado por su insaciable ambicion,—hija de su propia grandeza,—cayó mas abajo que ninguno i murió en el patíbulo como un bandido.

Esa primera aparicion fué un paseo triunfal. En el jóven arribano el pueblo i la sociedad aclamaron a César. El senado i las galerías lo recibieron con aplausos. Vino, vió i venció.

Con su natural i varonil elocuencia, i demostrando conocimientos nunca oidos en Chile, don José Miguel Carrera pintó la situacion de España i la guerra en que todavía estaba empeñada; refirió las campañas en que él mismo habia tomado parte contra el ejército de Napoleon, habló de esos famosos mariscales de Francia a los cuales hiciera morder el polvo con sus Húsares de Galicia en la tarde de Bailen. Con estudiado atrevimiento, que a todos dejó atónitos, habló de la corrupcion de la Corte de Fernando VII, de la incapacidad personal de éste i de la culpa de ámbos en la ruina de España. Hizo el elogio de la revolucion americana, recordó con entusiasmo el ejemplo de la re-

volucion francesa, florecimiento de ideales políticos i filosóficos elaborados durante un siglo de inteligencia i de crítica. Mostró los Estados Unidos, pais de democracia i libertad, como modelo a que debia aspirar toda raza digna. Finalmente, con sonrisa felina, en la cual los reaccionarios sintieron un filo, finjiendo creer en el carácter revolucionario de la Asamblea, le ofreció a ésta, para seguir adelante, su espada en cuya empuñadura ya se atajaban coronas de laurel.

El extraordinario muchacho dejó en el Congreso una mezcla de fascinacion i de miedo. Era un ser admirable, atrayente. Al mismo tiempo, era un demonio. . . Desde ese momento se tuvo la sensacion de que no se le podria resistir. Carrera en el Congreso de 1811, hace recordar a Bonaparte en el Consejo de los 500, la su vuelta de Ejipto. Iba a obrar a su antojo. Era el amo que habia llegado. Para los revolucionarios fué una esperanza. O'Higgins salió enfermo a mirarlo i aplaudirlo, con ese calor hermoso i sin reservas que emanaba de su alma heroica i sana.

Da pena ver a los hombres tan absolutamente desprovistos de prevision, tan ciegos sobre el porvenir. O'Higgins, destinado a ser el implacable enemigo i el verdugo de Carrera, lo levanta ese dia en sus fuertes i cariñosos brazos; lo aclama el elejido de la revolucion chilena. Qué sabemos

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

que, mal que mal, era todavía «jefe español». El mando de las armas quedó por completo a la familia Carrera.

Fué el 18 Brumario de nuestra revolucion. Como en esa fecha la revolucion francesa, la revolucion chilena renació el 4 de Setiembre. Allá obró Bonaparte sobre Sieyes; aquí Carrera sobre Martínez de Rozas. El movimiento democrático allá iria a parar en el imperio del que lo habia hecho renacer; acá, del mismo modo, pararia en la dictadura de Carrera. La historia ofrece, así, en distintos pueblos i a grandes distancias, sorprendentes similitudes.

---

La espada de los Carrera, el 4 de Setiembre de 1811, le devolvió su fuerza i su impulso al movimiento ya iniciado de la independencia de Chile. Esto colocó a José Miguel Carrera en la primera fila de los hombres de la revolucion, pero no en el sitio completamente escepcional que el queria. Era ambicioso. Este sentimiento, justificado por sus condiciones personales, fué el gran defecto de ese hombre superior. Por él la patria se veria envuelta en mil desgracias i alternativas; por él los Carrera irian a la muerte i mas tarde al patíbulo, dejando por mas de medio siglo un rencor sanguinario en la familia chilena.

Recobrada la marcha de la revolucion. despues



del contratiempo del Congreso, aparecieron otra vez sus iniciadores i hombres dirigentes: Martínez de Rozas en Concepcion,—donde al mismo tiempo que Carrera en Santiago desconocia la autoridad de la mayoría del Congreso,—O'Higgins restablecido de sus dolencias, Mackenna ejerciendo su intelijente i vigorosa iniciativa. La autoridad de estos hombres i su lejítimo prestigio incomodaban al húsar brillante i orgulloso. Este tenia la conciencia de haber hecho renacer la independencia o sea la Patria. Veia que de su accion. eficaz i oportuna, tanto como él, mas que el, los prestigios antiguos disfrutaban.

Sea por amor inmenso a la patria i a su obra de libertad, sea por ambicion i egoismo,—que estas cosas siempre anduvieron revueltas en el carácter de Carrera,—el hecho fué que no tardó en manifestarse descontento. Rehusó con algun desprecio los altos puestos que se le ofrecieron.

Por otra parte, existia, desde los comienzos de la revolucion, cierta noble rivalidad entre las dos grandes familias que formaban su núcleo, entre los Larrain i los Carrera.

Con el golpe de 4 del Setiembre, José Miguel Carrera creyó establecer definitivamente el predominio de los suyos. Luego vió que la influencia de los Larrain, con el resurjimiento de la revolucion, continuaba omnímada. Estos, los «Ochocientos»,—que, segun un dicho de la época en todas

partes formaban mayoría,—colocaban por encima de Carrera a O'Higgins i a Mackenna.

El caudillo del 4 de Setiembre no tuvo elevacion ni tranquilidad; en su alma se sobrepusieron el orgullo i la turbulencia. O'Higgins, en igual caso, habria abdicado,—O'Higgins siempre abdicaba,—bajando jenerosamente del solio gubernativo al rango de soldado. Carrera, por naturaleza superior a O'Higgins, no tuvo esta virtud. Por esto, Carrera, que pudo ser el sol de nuestra historia, no pasó de ser un astro de luz intercadente que se hunde temprano en ensangrentado i melancólico crepúsculo.

Fué grande el descontento de los Carrera. Los españoles, que por ellos estaban aplastados, esperaron valerse de ese enojo para resurjir. Les hicieron proposiciones. Esto fué, de los godos, una presuncion de villanía que jamas tuvieron los Carrera; ambiciosos, temerarios, pero nunca desmentidos en patriotismo.

El éxito del 4 de Setiembre dejó a los Carrera llenos de fe en la eficacia del motin. Eran jóvenes,—demasiado jóvenes,—audaces, i, por lo mismo, no mui respetuosos de los principios. Lo fundaban todo en la culebrina.....

Viendo que no habian obtenido el absoluto predominio a que aspiraban, dieron otro golpe militar, el 14 de Noviembre. Con ese anularon la Junta que habian creado el 4 de Setiembre.

José Miguel, hombre de recursos, no dejó de justificar el atentado. Dijo que el poder anteriormente constituido no tenía valor, pues emanaba de elecciones parciales i viciadas, hechas por votantes designados, i no del modo libre i jeneral que requiere el verdadero sufragio. . . . I a fin de constituir un poder lejítimo daba ese golpe de cuartel. . . . !

Los revolucionarios, como vivian enamorados de principios constitucionales, le creyeron de pronto a Carrera; al menos estuvieron perplejos, mirándose las caras, sin saber si debian alegrarse o llorar, sin saber si era bueno o malo el golpe dado por el húsar. Entre tanto, aceptaron el nuevo Gobierno, formado por otra Junta, elejida en amplia votacion, i de la cual fueron miembros Carrera (José Miguel), en representacion de Santiago; Marin (don Gaspar), por Coquimbo; i Martínez de Rozas, por Concepcion. Miéntas éste llegaba del sur fué nombrado O'Higgins en su lugar, con carácter de suplente.

El nuevo Gobierno, formado con los mas avanzados i elejidos elementos de la revolucion, tuvo buena apariencia. Todos quedaron contentos, ménos el doctor Rozas. Este, en el sur, al saber lo ocurrido, escribió a Santiago lleno de desconfianza. Era mui difícil que al agudo don Juan se le pasara, aunque disfrazado de liebre, el gato que acababa de llegar. . . . . Si la nueva Junta era

buena i correspondia a los ideales de la revolucion, la anterior no lo era menos i correspondia igualmente. ¿Qué necesidad de cambiarla? No podia ser otra, esa necesidad, que la ambicion de Carrera, su deseo de introducirse en el Gobierno. Esa «eleccion libre», en cuyo nombre se habia dado el golpe del 14 de Noviembre, para Martínez de Rozas no pasaba de ser un pretesto, una comedia, pues Carrera habria sido elejido de todos modos, si no por el sufragio del pueblo entusiasmado, por la presion de las armas. Así racionaba el doctor Rozas, a quien, desde la llegada de José Miguel Carrera, hemos de ver en la luz opaca de la desgracia i del fin, pero siempre, hasta el último momento, dueño de sí mismo, penetrante i agudo.

Por consejo de Martínez de Rozas, O'Higgins i Marin, miembros de la Junta, asumieron actitud reservada. O'Higgins, que al principio asistió a las reuniones, se alejó mas tarde, alegando que sólo era miembro suplente de la Junta i que preferia consultar al titular, Martínez de Rozas. A éste, Carrera le temia. Tambien las objeciones le dieron rabia al impetuoso caudillo.

En el Congreso mismo Carrera comenzó a sentir frialdad i resistencia, no ya de reaccionarios, pues a éstos los habia barrido, pero sí de los mismos patriotas, de los afectos al círculo de los Larrain. Comenzaba ya esa que iba a ser trájica

rivalidad entre las dos familias que fueron los güelfos i jibelinos de Chile.

José Miguel Carrera, que era un héroe i un jenio a la vez que un niño, se impacientó. El 2 de Diciembre, por medio de otro aparato de armas, disolvió el Congreso, bajo la simple declaracion de estimarlo «perjudicial».

Martínez de Rozas i Mackenna tenian razón. El impresionable e injenuo O'Higgins hubo de persuadirse de ello: Carrera era un ambicioso ilustre que queria realizar, solo, con su familia i su círculo, la independendencia de Chile, desconociendo el mérito i los esfuerzos de los que desde ántes de 1808 venian trabajando por ella. Los golpes militares que daba, disfrazados con razones políticas, no tenian otro objeto.

Hablaron los carrerinos de una siniestra conspiracion en contra de la vida de José Miguel. La realidad de eso los historiadores no han podido comprobarla. Se cree que la urdieron, esa pretendida conspiracion, los mismos Carrera, para justificar las violencias que ejercian entre aquellos que tanto como ellos, mas que ellos, tenian derecho a ser los obreros de nuestra libertad.

Tomaron preso a Mackenna. Fué la señal del rompimiento. O'Higgins renunció al puesto que tenia en la Junta. Marin se retiró.

José Miguel Carrera quedó solo en el Gobierno. Los otros vocales,—don Nicolas de la Cerda i don

Manuel Manzo,—eran incapaces de contrarrestar su accion.

No todo, sin embargo, estaba entregado al jóven dictador, cuya audacia violenta se conocia ya, sin conocerse todavía su jenio fecundo. Martínez de Rozas, en Concepcion, tiene un ejército i ha nombrado una Junta que desconocen al Gobierno de Santiago. Se le reunen los descontentos i maltratados por Carrera. Lo apoyan los conservadores, los reaccionarios del Congreso, convertidos, al fin, en patriotas, por convencimiento de haberse hecho imposible la monarquía. Estos son patriotas moderados; se asustan de ver el Gobierno en manos de un muchacho atrevido que dispone de la fuerza militar.

Miéntas tanto, en torno del nuevo caudillo, se reunen los jóvenes, los exaltados, los idealistas de la democracia, i constituyen el «carrerismo», primera forma de nuestro partido liberal avanzado, puesta al frente de los elementos mas positivos del pais, de lo que seria luego el «partido conservador».

Martínez de Rozas, con los suyos, dirijiendo el ejército con el grado de Brigadier,—que el ilustre doctor tuvo, como Sarmiento pudo tener, mas tarde, el de jeneral,—se dirige de Concepcion al norte. Carrera baja de Santiago al sur. Es la guerra civil que apesta ya a los chilenos, cuando to-

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

Santiago. Era la division de las dos zonas rivales del pais. lo que fué el Desaguadero en las disenciones del Alto Perú, hasta que llegó a ser el límite de dos naciones.

Al Maule se ponen en marcha las tropas de Carrera. titularmente comandadas por el padre de los caudillos, el viejo bonachon don Ignacio de la Carrera. Era una comedia. Méenos lo hubiera sido si hubiesen puesto a la madre a la cabeza de las tropas. Doña Pabla Verdugo era una enérgica persona.

Por su lado, las tropas del sur vienen bajo el comando nominal del Brigadier don Juan Martínez de Rozas, el hombre de jenio i de carácter, letrado i gobernante, pero tan apto para mandar tropas como lo hubiera sido Mackenna para decir misa.

No se crea, juzgando a estos jefes,—jenerales de opereta,—que esos ejércitos no iban resueltos a pelcar firme. Costaria mucho contenerlos, desde que se avistaron en ámbas riberas del rio Maule. Llevaban en el alma el ardor endemoniado de la guerra civil. Eran los dos partidos a cuya primera lucha ya asistimos en el Congreso de 1811. Sólo una mutucion se habia operado en ellos: los conservadores,—que ya no piensan en la monarquía,—están con Martínez de Rozas i con O'Higgins, jefes ayer del partido liberal. Este, el partido liberal (ya no se le puede llamar «revolucionario»,



pues el conservador tambien lo es), está con los Carrera; i se liga a ellos hasta el punto de llegar a llamarse «partido carrerino». Esta designacion, el partido avanzado de Chile,—el partido de los ensayos atrevidos i de las revoluciones,—la conservará por largos años.

En ese momento, en las orillas del Maule, «abajinos» i «arribanos», o sea liberales i conservadores, cuando aun la República no estaba constituida, por la ambicion de sus caudillos, inician la sangrienta rivalidad que duró hasta 1858. Primero se pelean el honor i la gloria de ser los libertadores. Fué lo que pelearon los Carrera, con jenio, heroismo i locura, hasta morir por ello en el patíbulo. Mas tarde, liberales i conservadores pelearán la forma del Gobierno que habia que darle al pais libre; pelearán con rabia, con odio, pues el martirio de los Carrera dejó entre ellos una sed de sangre que no se aplaca en medio siglo de batallas. Las alternativas serán grandes. Un dia imperarán los liberales, levantando como estandartes las ideas i el trájico recuerdo de los Carrera. Otro dia imperarán los conservadores, sabia i fieramente dirigidos por Portales. El imperio de éstos ha de ser largo, i serán ellos quienes organicen la República; pero no sin la constante arremetida de los liberales, en los cuales el sacrificio de sus jefes dejó como una obsesion de odio al Gobierno. Hasta que, en la segunda mitad de nuestro pri-

mer siglo (1860), la República comienza a vivir en una paz fecunda que se traduce en coalicion de liberales i conservadores.

Esta es la historia de nuestro desenvolvimiento político, de nuestras ideas, amores i odios. De ella no nos incumbe ocuparnos en este breve ensayo sobre la revolucion de nuestra independencia i sus primeras armas. La he citado porque es una historia que durará medio siglo i comienza, precisamente, en ese instante, a las orillas del Maule, cuando «abajinos» i «arribanos» se van a ir a las manos.

Las pasiones, en ese momento, por suerte, no han llegado todavía a la profundidad que las convirtió mas tarde en desgracia nacional. El patriotismo i el buen sentido pudieron todavía abrirse paso. Siempre por intermedio de O'Higgins, i esta vez por iniciativa de Martínez de Rozas,—quien disponia, sin embargo, de cuatro mil hombres en buen pie de guerra,—se llegó a un acuerdo.

Esa iniciativa de paz,—confirmacion del patriotismo i del carácter patriarcal de Martínez de Rozas,—iba a costarle caro. La tropa de Penco ardía en deseos de hacerle morder el polvo al usurpador de Santiago. Se sentía capaz; estaba segura de su triunfo. I su propio jefe,—Martínez de Rozas, hecho jeneral,—le impone una paz que la deja en condicion de vencida! El doctor, por haberse metido a militar, perdió la confianza i el

amor de las tropas de La Frontera. Estas se sublevaron de su autoridad el 12 de Julio, haciéndolo perder, a la vez, la situación en el Gobierno, pues no sería Carrera quien lo respetara al verlo sin sosten de armas. Martínez de Rozas hubo de recluirse en una de sus haciendas de Longaví. De ahí, Carrera, a poco, lo obligó a trasladarse a Mendoza, la ciudad natal del iniciador de la revolución chilena. En Mendoza, rodeado del respeto que merecía, don Juan Martínez de Rozas murió al año siguiente (1813). Tenía cincuenta i cuatro años de edad. No son años para morir. Se murió de pena por la ingratitude de Chile. Era un país que,—como lo dijo el fraile español Melchor Martínez,—podía considerarse hijo del talento i del esfuerzo de Martínez de Rozas.

Napoleon, en 1807, celebró la paz de Tilsit en una isla del Niedper. Carrera i Martínez de Rozas lo parodiaron en 1812 celebrando la paz en una pintoresca isla del río Maule.

Esos acuerdos dejaron a José Miguel Carrera en la omnipotencia. Carrera seguía de jefe del Gobierno controlado por el Congreso. Control era este que no le quitaba el sueño al feliz caudillo. Martínez de Rozas, O'Higgins i Mackenna quedaban apartados; eran los únicos que le causaban temor, porque los sabía capaces de sujetarlo en sus ambiciones. Los tres desaparecieron del escenario después de las conferencias del Maule: Mar-

tínez de Rozas, ya vimos cómo; O'Higgins, haviendo de esa clase de luchas, se fué a su hacienda de Las Canteras; sus negocios estaban abandonados desde 1810; Mackenna, callada i sobriamente, volvió a su oficio de agrimensor.

La fortuna, en ese momento, se le entregó a José Miguel Carrera. Lo vemos con su ambición cumplida: ser el único, con los suyos, libertador, fundador, dueño, de Chile.

---

Esos fueron los incidentes, luchas, cambios i fenómenos políticos, a que dió lugar el Congreso de 1811, primer acto de constitución independiente, i el cual estuvo a punto de dar un resultado diametralmente opuesto al que se buscó al convocarlo.

Por otra parte, fué un Congreso que agotó su tiempo en luchas de partido. En jeneral, no habia en Chile hombres capaces de acción lejislativa.

No obstante, en esa asamblea, en los primeros meses, forzando el movimiento reaccionario, Rozas, Salas e Infante, lograron despachar proyectos de importancia en la obra constitucional que, a pesar de todo, continuaba realizándose. Mas tarde, en el mismo Congreso, don Juan Egaña preparó el primer plan de estudios para la juventud libre i el bosquejo que conocemos con el nombre de Constitución de 1812, notable proyecto de orga-

nizacion republicana, el primero que se hizo en Chile.

En el régimen administrativo i de justicia, el Congreso de 1811 creó la provincia de Coquimbo e instituyó subdelegaciones en todo el país; impuso consulta de letrados a los tribunales inferiores i fundó la Corte Suprema de Justicia en reemplazo del Tribunal de Indias; en lugar de la Real Audiencia instituyó la Corte de Apelaciones; suprimió la venta de los cargos de concejales,—una de las tantas inmoralidades del régimen español,—suprimió los derechos parroquiales i el pago a los agentes de la Inquisición.

Tuvo, el Congreso de 1811, el honor i la gloria de ser la primera corporación revolucionaria de América que suprimió la esclavitud. Había en Chile alrededor de doce mil esclavos africanos. La lei lesionaba intereses considerables. Por esto se la dictó sin efecto retroactivo, sólo para los que nacieran de esclavos. Se vió entónces algo que demuestra la noble i jenerosa vibración de las almas, agitadas por la lucha, poseidas por ideales: numerosos tenedores de esclavos, desentendiéndose de las ventajas de la lei, los declararon libres.

El Congreso de 1811 inició nuestras relaciones internacionales. Rompiendo de hecho con el Virrei del Perú, que se obstinaba en considerarlo sometido a su autoridad, mandó a Buenos Aires, como Ajente revolucionario, a don Francico An-

tonio Pinto, mas tarde jeneral i Presidente de la República. La misión de Pinto en Buenos Aires iba a consistir en crear lo que el *Catecismo Político*, un año ántes, habia llamado la «alianza del cañon» entre las colonias sublevadas.



Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

llo i patriotismo. Es un héroe que, como San Martín (pero éste de distinto modo), recuerda personajes de Plutarco. Tenia de Pompeyo el doble jenio del soldado i del gobernante. De César, tuvo el pensamiento i la atrayente simpatía. También, como César, fué orgulloso i fué mártir.

¡Cuánto interesa i hace meditar la novelesca i trájica figura de este hombre! Fué, durante medio siglo, el emblema idolatrado del liberalismo chileno, el grito de combate de nuestras guerras civiles. Cuánto se le ha amado i cuánto se ha esperado de él! . . . . Cuánto, por otra parte, se le ha aborrecido i tenido miedo, como si el húsar simpático i audaz hubiese podido levantarse de su tumba, romper los grillos con que sus verdugos lo enterraron, i llegar a Chile levantando los pueblos a su paso! Hasta 1858,—cerca de cuarenta años despues de su muerte,—los Gobiernos conservadores se desvelan creyendo sentir el estrépito de la llegada de los Carrera.

José Miguel Carrera, hasta hoi, sólo ha sido juzgado con pasión. Como nuestros historiadores, o han sido liberales, revolucionarios, o han sido conservadores i de gobierno, Carrera es elevado a las nubes como un semi-dios o es arrastrado como un bandido.

Cicatrizadas ya las heridas políticas, lo propio de la presente jeneracion será dar sobre esos hombres i cosas juicios imparciales. Se evaporaron las apa-



sionadas nubes que, durante medio siglo, impidieron ver claro. En los liberales de hoy día no existe ya el ardor que, cuarenta años ántes, los habria hecho ver en José Miguel Carrera sólo un ídolo i un mártir. Del mismo modo, los conservadores ya ven en él otra cosa que un montonero del cual sólo el patíbulo debia dar cuenta.

Esto constituirá el único mérito de este trabajo: ser escrito desde mayor altura i distancia, lo cual permite abarcar mejor los conjuntos i ver a los hombres mas en sí mismos.

Esta no es, propiamente una obra histórica. Aquí no hai documentos nuevos; ni siquiera con citas i notas se afirman los hechos. No es una obra de erudicion; es un simple comentario. Confío en que el lector sabe las cosas de que voi hablando.

Por lo cual digo que si esto encierra algun mérito o novedad,—algo que lo haga digno de ser publicado,—dicho mérito o novedad no es otro que el de venir con cuarenta años mas de perspectiva, i de ser el juicio de uno de la primera jeneracion chilena que sale de la polvareda de las pasiones civiles dispuesta a darle en el pasado a cada cual lo que le pertenece.

No me sospecho, ni me vijilo a mí mismo, cuando llego al nombre de José Miguel Carrera, que fué tanto tiempo un nombre perturbador. No temo que un lejano influjo de la tradicion política

a que pertenezco, un atavismo, o bien la poderosa simpatía del heroico, noble i trájico, recuerdo de ese hombre me induzcan a seguir viendo en él un héroe inmenso i calumniado.

José Miguel Carrera fué orgulloso i vehemente. No quiso soportar a nadie encima de él, con lo cual fundó i arraigó nuestras rivalidades civiles. Dicen sus enemigos que fué un soldadote libertino e ingrato, fastuoso, bochinchero, absorbente, capaz de todos los achaques morales de que el hijo del hombre es capaz.

Esta no puede ser una afirmacion categórica: Carrera dió demasiadas pruebas de haber sido un penate intelectual i un hombre de corazon. Su vida de esposo i de padre, en medio de la tragedia en que sus dias trascurrieron, ofrece los caracteres de un poema moral.

Lo acusan de haber suspendido el sitio de Chillan (1813), malogrando todos los esfuerzos del ejército patriota cuando ya iban a dar excelente resultado, por quitarle a Mackenna el honor que en eso le iba a corresponder. Lo acusan de haberse dejado dominar, en los alrededores de Rancagua, por el demonio de la malquerencia con O'Higgins causando ese dia la ruina de la Patria.

Todo es controlable. Hubo error militar en su apreciacion del sitio de Chillan. Hubo impotencia suya sobre la desmoralizacion de su tropa en los alrededores de Rancagua. Recordemos que, junto

con O'Higgins, a quien se dice que Carrera quiso sacrificar ese día de gloria i de muerte, estaba su hermano Juan José.

Sea como sea, esos momentos de su vida son oscuros. Pero hai en ella otros tan luminosos! Recordemos un documento escrito de su puño i letra, en el cual, despues del combate de El Roble, reconoce en O'Higgins al primer soldado de Chile. I luego, cuando comenzaron los reveses, en 1814, a la primera insinuacion de la Junta de Santiago, lo llama, a O'Higgins, i le entrega el mando del ejército.

No siempre, Carrera, fué incapaz de abdicar; tuvo grandes jenerosidades. En esto, al ménos, su alma se mostró contradictoria i sigue siéndonos misteriosa.

Si es verdad que los liberales lo endiosaron, no es ménos verdad que los conservadores i gobiernistas han sido injustos con él. No han querido convenir que a José Miguel Carrera le fuera dable equivocarse como soldado i como hombre. O'Higgins pudo equivocarse i mirar impasible desde las alturas del Quilo (Marzo de 1814) la destruccion de la brigada de Mackenna en el Membrillar. Eso, sin la prodijiosa enerjía del oficial irlandés, habria sido para la patria lo que fué Rancagua poco despues. O'Higgins podia equivocarse; Carrera no. Carrera sólo podia traicionar. . .

Ahora, de todo eso, Carrera está vindicado.

Ahora goza no de una de esas apoteosis exajeradas i sangrientas que le hacian los liberales en sus horas de triunfo,—a las cuales correspondian las reacciones conservadoras con nuevos autos de fe,—pero sí de la altísima fama de haber sido el salvador de nuestra independencia i el hombre de jenio que echó las bases de nuestra administracion. Sus culpas, que fueron muchas, las lavó de sobra con su heroico patriotismo i su honda desgracia. Hoi dia, ni los mas apasionados, ni los mas acerbos herederos de la tradicion enemiga de los Carrera, dejan de encontrar cierto el verso de don Guillermo Matta que se grabó en el pedestal de su monumento:

*De ese noble soldado el patriotismo  
Vivirá cuanto viva esa montaña...*

---

Si la actitud de José Miguel Carrera puede ser discutida, su jenio no puede serlo. En nuestra historia, él i don Diego Portales son los dos hombres que nos muestran de modo mas palpable la facultad de pensar i de hacer. ¿Quien hizo lo que José Miguel Carrera? ¿Quien sacó de la nada mayores cosas? En 1812, de los pocos elementos políticos dejados a la revolucion por Salas i Martínez de Rozas, saca los fundamentos de una vasta organizacion nacional. Como hombre de guerra (con razon Bolívar lo admiraba) sólo San Martín

lo igualó en concepcion de planes vastos i seguros San Martin tuvo la suerte de llegar cuando ya la guerra de la independendencia de América se habia hecho digna de grandes capitanes. A Carrera, ilustre jeneral, le tocó el primer tiempo, cuando todas eran montoneras, choques de guerrillas, sin jefes ni ideas tácticas, con el sólo ardor de pelear a espada limpia, aquí con Eloreaga por el Rei, allá con O'Higgins por la Patria. No habia campo para un talento estratéjico como el de José Miguel Carrera. En 1815, en su viaje a Estados Unidos, cuando, sin un real en el bolsillo, organizo una espedicion por valor de mas de 500,000 pesos, i se impuso en ese pais como la personificacion misma de la independendencia del Hemisferio Sur, su jenio pudo verse; así como pudo verse mas tarde cuando, metido en el fragor del caudillaje arjentino, se apodera dos veces de Buenos Aires, habiéndolos vencido a todos: a Pueirredon, a Soler, a Dorrego, con la pluma i con la espada. I, por fin, en la última jornada de su vida, la mas novelesca i melancólica, cuando sólo le quedan, como campo de accion i de esperanza las pampas salvajes, i como únicos soldados los indios querandíes, todavía saca recursos i vuelve a hacer temblar a los poderosos detras de las murallas de Buenos Aires i de Santiago. A la cabeza de un puñado de indios derrota los ejércitos que encuentra a su paso, hasta que, ya en las puertas de

Mendoza, donde iba a vengar a sus hermanos para seguir a Chile a vengar su causa. una traicion lo entrega amarrado a una partida de muleros. Sólo una pérfida traicion pudo vencerlo.

José Miguel Carrera en todas las faces de su vida fué un hombre de jenio. En un campo mas propicio que el que se le ofreció, talvez, hubiera asombrado al mundo.

---

En su vida de jefe rechazado, en su carrera de vencedor siempre vencido, sólo encontró resistencias, dificultades, odios, levantándose unos cuando ya otros parecian aplacados, como las olas de un mar sin fin. Apénas tuvo un año de triunfo efectivo i de tranquilidad. Fué ese año de 1812, —en el cual quedamos en este relato,—cuando despues de los arreglos en la isla del Maule, Martínez de Rozas , O'Higgins i Mackenna se retiraron i el partido conservador se avino al Gobierno de Carrera, siempre que éste procediera de afinidad con el Congreso.

Esta promesa de someter al Congreso sus resoluciones, el jóven dictador la cumplió a su manera. Pero pasó tranquilo todo el año, en buena amistad con sus enemigos, los cuales no podian sustraerse a la admiracion del talento i de ia actividad. En pocos meses dejó echados los cimientos del edificio nacional.

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

crea el Instituto Nacional. Enaltece el profesorado. Funda la primera biblioteca pública. Proclama la libertad de comercio. Hace dictar por una reunion de lejisladores un reglamento constitucional, al cual aporta sus luces como Napoleon al Código Civil. I era un oficial dictador de veintiseis años! Es lo propio del jenio. El primer Cónsul en la redaccion del Código Civil supo mas que los viejos lejistas. Portales, ignorante i chocarrero, fué la sensatez misma de la Constitucion de 1833.

En la capital del pais libre,—que ese admirable muchacho está fundando i organizando a presencia del ajente de los Estados Unidos,—no hai sino unas cuantas docenas de tipos de madra que sirven en la universidad de San Felipe para imprimir esquelas. Se necesita una imprenta; la sociedad, el pueblo, necesitan una voz; hai que arremeter por todos medios en contra de la ignorancia; hai que hablarle a la opinion, crearla, ponerla en contacto con el mundo, ilustrarla, unirla. Esto sólo la imprenta puede hacerlo. La imprenta es en las de mocracias pan i circo a la vez, palanca i control. Pues ya la ha encargado el joven Presidente de la recién nacida República! Fué un compatriota del «Cónsul» (así llamaban al enviado de Washington, amigo de Carrera i presente en todo), un hombre activo i progresista, Mr. Mateo Arnal-



do Haevel, quien se encargó de traer la primera imprenta.

Apareció *La Aurora*, el primer periódico que vió la luz en Chile, defensor de la dignidad de los ciudadanos, rayo de luz en sus oscuras frentes. Lo redactan el elocuente e ilustrado Camilo Henríquez, Gandarillas, José Miguel Infante, Manuel Salas, Antonio José de Irizarri, i el eminente don Juan Egaña, el grupo glorioso i jenial de los primeros escritores de la Independencia. La hoja impresa corre de mano en mano por la población encantada i agradecida, esa población que los mandones de España sólo habian sabido aplastar i ofender. El periódico discute intereses jenerales i cuida de la vida i del prestigio; enseña i alienta la conciencia, todavía atemorizada por tan larga esclavitud. Hace ver cómo la soberanía reside en los pueblos, cómo las leyes reciben de éstos su valor mediante el contrato social, i son amovibles por la misma voluntad del pueblo. Todo eso decian los escritores por medio de la imprenta que José Miguel Carrera habia hecho nacer libre. La secular patraña del oríjen divino i eterno de la autoridad real podia abandonarse sin pecado; era sólo un engaño que le habia servido al hombre para esplotar al hombre durante siglos...

Hai en la niñez un período corto de extraordinario trabajo i desenvolvimiento intelectual i material. La criatura en pocos meses aprende el

nombre de todas las cosas i se penetra de la razon de ellas. Es el trabajo de la primera educacion, que se hace por sí solo i representa un esfuerzo enorme. Es en el niño un tiempo pintoresco i patético, lleno de tanteos, emociones, alegrías i desencantos. No puedo dejar de compararlo al tiempo de nuestra historia nacional correspondiente a 1812, que presidió José Miguel Carrera. Nuestro pais era un recién nacido a la luz de la libertad, un niño que, en doce meses, llevado en los robustos brazos de un j6ven oficial, abri6 los ojos a todas las cosas, ensay6 formas de gobierno, adapt6 la vida de los pueblos hist6ricos, quiso instruirse con noble i devoradora ansiedad. Fue un a6o de ensayos, de aprendizaje, de novedad, de entusiasmos juveniles; un a6o admirable, talvez el mas hermoso de nuestra historia.

Una iniciativa jennial i poderosa (la de Carrera), —teniendo en el 6rden intelectual buenos colaboradores, i en el 6rden econ6mico al hacendista de la Cruz,—lo empujaba todo h6cia lo nuevo, sin respeto de caducas tradiciones: la escuela se coloca por encima de la iglesia, la autoridad se busca en el comicio popular, se destruyen los privilejios, se cambian las asc6ticas costumbres de la colonia por la fuerza i el amor a la vida que a la juventud presta la libertad (1).

---

(1) Caudal sacron los enemigos de los Carrera del car6cter festivo de 6stos. Segun ellos, las fiestas de los jefes

Quien hubiese vuelto en ese momento a Santiago, —habiendo salido en 1811,—no habria reconocido la ciudad en otra cosa que su aspecto exterior de vieja i pobre aldea española. Sobre esa monotonía pasaba un soplo de libertad i de espíritu nuevo. Carrera era como un príncipe antiguo que conducía a una joven democracia, con paso de triunfo, hacia un ideal ateniense. Se quebrantaban las disposiciones absurdas del antiguo réjimen; se sentía el despertar de una vida activa i rica. Llegaban extranjeros; muchos buques se veían en la costa. Era como un espíritu anglo-americano, en medio del cual se pavoneaba apropiadamente,—con su figura estraña i su lenguaje exótico,—el «Cónsul», Mr. Joel Poinsett. Este no sólo era el amigo, el consejero de una civilizacion superior; tambien era el cuerpo diplomático, todo el cuerpo diplomático,—el sólo lo formaba,—ante ese Gobierno

de Chile en 1812 dejeneraban en orjías. Esto está en contradiccion con el profundo aprecio que a José Miguel le demostraron los extranjeros que lo conocieron, tanto en Sud-América como en Estados Unidos. Quedan testimonios de ese aprecio en cartas de Poinsett, del comodoro Porter i de muchos otros. Los dos Carrera que fueron casados, i con niñas mui distinguidas de Santiago (José Miguel con la señorita Fontecilla i Juan José con la señorita Cotapos), dieron pruebas de ser esposos modelos; idolatrados por sus mujeres, quienes compartieron sus desgracias con heroismo novelesco.

tan brillante i efímero de José Miguel Carrera primer Presidente constitucional de Chile.

Todo era tan efímero como brillante. Era frágil. No podia durar. Era la voluntad poderosa de un hombre soñador que, en un cuarto de hora, cree haber realizado hasta la cornisa el edificio de una nacion. No habia base para tanto. En un año la luz no penetra hasta el corazon de una multitud que cuenta tres siglos de fanatismo i de oscuridad. Los Carrera eran jóvenes i, por lo mismo, ilusos. Miraban las cosas al calor entusiasta de una fiesta permanente. El Gobierno era para ellos un poder civilizador del pueblo i halagador de sus propias personas. La política se habia transformado en una especie de Corte. José Miguel, el jefe, en medio de espléndidos saraos, celebró su matrimonio con la linda señorita Mercedes Fontecilla, admirable mujer escondida bajo la frívola apariencia de una niña de salon. Le llevó a su esposo un corazon fuerte, digno del trágico destino que le estaba reservado.

En la labor activa de fundar i educar, en el encanto del poder i de la accion, en la juventud, en la libertad, en el amor, José Miguel Carrera se olvidó que tenia enemigos. que habia hecho revoluciones con la culebrina i desterrado a Martínez de Rozas. Mas que de eso, Carrera se olvidó que Chile era todavía una colonia española, una pro-

vincia sublevada sobre la cual la Metr6poli no dejaría de intentar reivindicaciones i castigos.

En medio del trabajo i de la fiesta, de pronto, paralizando la sonrisa en todos los rostros, a lo léjos, hácia el sur, se sintió el ruido del cañon.





Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

rreinato del Perú. Habia permanecido fiel. Abascal mandó un cuadro de oficiales instructores a las órdenes del jeneral don Antonio Pareja, a fin de que, en Chiloé, reclutase un ejército.

Pareja tuvo éxito en el sur. En pocas semanas reunió un contingente, adiestrado en el manejo de las armas con esa pasmosa facilidad que parece ser el terrible privilegio del pueblo chileno.

Con esas tropas, Pareja pasó a Valdivia donde acababa de triunfar una reaccion monarquista. En ese punto mas poblado, mas cercano de la escasa cultura que habia entónces en el pais, la expedicion realista adquirió las proporciones de un pequeño ejército.

Vuelto a embarcarse Pareja, se vino rápidamente a la provincia de Concepcion i la atacó de sorpresa. Encontraba, en las provincias cercanas al Bio-Bio, elementos favorables, de los cuales los mas eficaces eran los frailes franciscanos de Chillan, comunidad prestigiosa en el pueblo i entre los indios, frailes recalitrantes que no habian cesado de predicar contra el «crímen», contra la «herejía revolucionaria». Estos frailes, comunicándose secretamente con el Perú, habian alentado la expedicion, dándole cuenta al Virrei de las disenciones de los patriotas i del estado de completa despreocupacion militar del Gobierno de Carrera. Los patriotas todavía no contaban con esa diplomacia secreta en la cual los españo-



les eran eximios. Ya la tendrían, los revolucionarios, la célebre i terrible Loja Lautarina, a la cual ningun manejo oculto le pasaria inadvertido.

Los franciscanos de Chillan estaban esperando a Pareja, lo tenían avisado de todo, i, como dice el pueblo en su lenguaje pintoresco, le tenían «la cama hecha». Ya los veremos a estos franciscanos, fanáticos de su Rei, como los tonsurados de Zaragoza en 1808, arremetiendo a las tropas enemigas armados de enormes crucifijos.

Así pudo Pareja, habiendo desembarcado en San Vicente, al sur de Talcahuano, venciendo una pequeña resistencia, (ahí corrió la segunda sangre de las guerras de la patria; la primera habia corrido en Santiago el 1.º de Abril de 1811), el 26 de Marzo de 1813, encontrarse en Linares, a corta distancia del rio Maule, el 6 de Abril. En diez dias todo el sur de Chile, del Maule al Bio-Bio, quedó recuperado por los españoles. Los frailes trataron de darle a la reconquista aspecto de gran popularidad. En los pueblos se hicieron acciones de gracia, en medio de borracheras sin cuento, i se proclamó ruidosamente el vasallaje a Fernando VII. Se tomaron medidas de rigor en contra de los patriotas. Se vieron actos de convencimiento i de heroismo; i se vieron, como siempre, claudicaciones vergonzosas.

Al estampido del cañon de San Vicente, O'Higgins, que estaba en su hacienda de «Las Cante-

ras», adentro, en la cordillera de Los Anjelés, despierta i se estremece. Habia pasado todo ese año de 1812 resentido con Carrera, enojado por la conducta de éste con Mackenna i Martínez de Rozas, sin pensar en volver a ocuparse de asuntos públicos. Pensaba, sí, irse a las provincias del Plata, donde le seria dable pelear por la libertad sin verse hostilizado por un émulo. Ya habia puesto órden en sus negocios. Lo exaltaba el deseo de cumplir su mision, de ser fiel al encargo de Miranda, trabajando por la libertad de América.

De todo se olvidó O'Higgins al sentir en las montañas el eco del cañon español. Reunió a sus inquilinos i los armó, como pudo, con sables i carabinas que en 1811 habian estado a punto de servir en guerra fratricida. Convocó en el lugar céntrico llamado «El Avellano», las milicias de La Laja, las fuerzas colecticias del sur que, desde hacia un año, andaban dispersas i relajadas. Se adelanta con esos elementos a defender Concepcion. Llega tarde. La ciudad ha caido ya en poder de Pareja (29 de Marzo), i las tropas de éste se estienden i asoman por todas partes, afirmando con las armas la reaccion que los franciscanos habian preparado con la prédica. Los patriotas de Concepcion, desalentados, en fuga, encuentran a O'Higgins i le aconsejan que, estando todo perdido, se vuelva a su hacienda como tranquilo va-

sallo del Rei. O'Higgins no era hombre para hacer caso de semejante insinuacion. Estaba demasiado persuadido que la independencia tenia que realizarse como fenómeno histórico, la llevaba en el alma como mision sagrada, aun no habia peleado por ella en los campos de batalla.

Miéntras las patrullas españolas avanzan hácia el norte por valles i montañas, restableciendo en todas partes el réjimen de servidumbre, O'Higgins con sus «huasos», arrimándose a las faldas de la cordillera, galopa hácia el Maule, hacia Santiago, no sabe a dónde, al punto, en todo caso, en que sea dable organizar resistencia, ponerse al frente de ella i morir, al menos, por la patria soñada.

El 4 de Abril llega a Talca. Ahí se encuentra con Carrera, a quien el cañon de Pareja ha sorprendido i despertado como al propio O'Higgins. Los rivales políticos de 1811 se abrazan i se alistan para ser juntos los héroes i los padres de la Patria en la primera i en la mas memorable de sus campañas.

Carrera ha corrido al sur, como O'Higgins corrió a Concepcion, sin armas ni soldados, pues no los tenia; ha ido a oponerse solo al avance de los cuatro mil hombres de Pareja. Lo acompaña el Cuerpo Diplomático, es decir el «Cónsul», su amigo inseparable, Mr. Joel Poinsett, ese extraño personaje que hablaba en pintoresca jerga anglo-española, i que asistió, con la curiosidad de un

turista, a nuestros primeros ensayos políticos i a nuestras primeras jornadas militares.

Abigarrado grupo debieron formar en el pueblo de Talca, ese jóven vestido con brillante uniforme de húsar, O'Higgins con manta de hacendado, i, mirándolos con flema sajona, un «gringo» con traje de excursionista. No obstante, ese grupo de opereta era el símbolo de algo grandioso: esos dos hombres,—el húsar i el hacendado,—eran la Patria, un pais que ya tiene su libertad i que van a defenderla con jenio i heroismo; i ese extranjero, representante de una nacion ya libre i poderosa, delegado del progreso i de la República, va a ser el testigo de la admirable lucha.



¿Qué hacer con siete hombres (los siete húsares de la escolta de Carrera) para detener el avance de un ejército? O'Higgins, que tenia un temperamento de leon, i que se iba a demostrar en esa campaña el jenio mismo de la guerrilla, del asalto, de la sorpresa, tiene una idea. Para realizarla le pide a Carrera los siete húsares de su escolta.

Al dia siguiente,—6 de Abril,—con esos soldados i con veinte talquinos de buena voluntad, O'Higgins sorprende en Linares un escuadron español al mando del coronel Carvajal i lo hace prisionero, íntegro, de capitan a paje.

Las tropas del invasor Pareja, si bien no eran

revolucionarias, no peleaban con gusto por el Rei. En su mayoría se componían de chilenos,—chilotes, valdivianos i pencones. En todo caso, siguiendo la inclinación oportunista del hombre, se plegaban al vencedor. Así lo hicieron los dragones de Carvajal: se pusieron a las órdenes de O'Higgins. Con ellos,—ese hombre que iba a ser «el primer soldado de Chile»,—sostuvo la avanzada al sur del Maule, dió asaltos afortunados, fué el heraldo de los triunfos, mientras Carrera, en Talca, acopiaba los elementos posibles.

A mediados de Abril de 1813, Carrera,—Presidente i jeneralísimo,—i Mackenna, con el vago grado de cuartel maestro (jefe de Estado Mayor, talvez), abren la campaña a la cabeza de cuatro mil hombres.

Tenían por delante el vasto territorio (60 leguas) de ríos, valles i montañas, comprendido entre el Maule i el Bio-Bio. En toda esa estension el jeneral Pareja había restaurado la monarquía.

El ejército patriota se componía, casi por entero, de jente montada, de «huasos» malamente armados que capitaneaban sus propios patrones. Sólo se veían unos cuantos centenares de soldados de infantería, vestidos,—no uniformados,—con ropas abigarradas i viejas sacadas de los cuarteles de Santiago; i cuatro o cinco piezas de artillería, entre ellas la célebre culebrina. La cu-

lebrina no venia ahora a sostener motines pero sí a barrer con los enemigos de la Patria.

Pintoresco, casi cómico, debió ser el golpe de vista de ese ejército bisoño, con oficiales que eran simples hijos de familia, con armamento al parecer sacado de un museo.

Sin embargo, esa tropa grotesca se sentia arrastrada por un soplo de delirante entusiasmo. Tenia la idea de estar defendiendo una causa propia, una aspiracion, un ideal. La exaltacion de los jefes se comunicaba al «roto» ignorante, el cual tenia ya el sentimiento de la patria i la embriaguez de sus primeras glorias.

El ejército español venia con buen equipo pero sin entusiasmo. El entusiasmo de la reconquista era una farsa promovida por los franciscanos de Chilian. El pueblo, si estaba contento con el Rei, no lo estaba con la guerra. Pero la bravura obstinada de algunos jefes españoles como Sánchez i Elorriaga, el calor de las peleas i la ira que traen consigo, irian templando ese ejército forzado i sin causa directa hasta hacerlo pelear de cierto modo que le dió a esa guerra un carácter de epopeya.

En esa epopeya, el ejército de la Patria, sin disciplina, armado a la diabla, casi desnudo, realizará milagros de intelijencia i de bravura con el ardor de una causa nacional. Las tropas de Carrera i de O'Higgins en 1813 recuerdan esas lecciones de la primera república francesa, esos «ciudadanos

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

la dignidad de España en su guerra con Chile, dignidad comprometida por una serie de oficiales crueles e ineptos.

Después de esas dos acciones felices, O'Higgins, a la cabeza de treinta i cinco hombres elejidos, se apodera, por sorpresa,—mientras el jefe de la guarnicion jugaba malilla con el cura,—del fuerte de Los Anjeles, punto estratéjico que domina la rejion del Bio-Bio.

Fué el segundo golpe de audacia de los tantos que iba a dar ese guerrillero incomparab'e, en esa campaña en la cual por sus condiciones especiales (el terreno, el furor de los contendores, la falta de organizacion militar, etc., etc ), esa clase de golpes sorprendivos eran los mas eficaces i los mas gloriosos.

Con la toma de Los Anjeles i un avance envolvente operado por Carrera hácia el sur, por la rejion de la costa, el enemigo quedó aislado en Chillan. Salvo ese punto, todo el pais quedó devuelto a la libertad en una campaña de cuarenta dias en la cual los patriotas no esperimentaron un solo reves: primera i admirable pájina de nuestra historia militar, cuyo honor se concreta en la bravura del recién nacido ciudadano chileno i en los nombres legendarios de Carrera, O'Higgins i Mackenna, nombres que iban a dividirse por rencores fatales i sangrientos, pero que, eternamente, ante la gratitud de los chilenos, permane-



cerán unidos en la gloria de esa primera campaña.

---

El sitio que Carrera puso a los españoles en Chillan fué una operacion militar lójica i bien concebida. Solamente, Carrera no tomó en cuenta el clima que suele ser un enemigo formidable. El invierno, entre el Maule i el Bio-Bio, aunque no malsano, es mui lluvioso. En Chillan, por la condicion del terreno, las aguas se estancan formando estensos pantanos que dificultan la vida en la comarca; i mas se la dificultarian a un ejército desprovisto de elementos.

Los soldados patriotas, viviendo semanas enteras en los barriales de Collanco, se morian de infecciones i de frio sin haber mordido la pólvora. En las primeras semanas del sitio de Chillan sólo la caballería pudo tener algunos encuentros, encuentros heroicos, pero que no tuvieron otro resultado que el de demostrar la bravura de tres imberbes oficiales que iban a poner a grande altura el nombre de las armas montadas de Chile: Benavente, Freire i Maruri.

El sitio de Chillan comenzó a mediados de Mayo. Hasta el mes de Agosto el ejército patriota no hizo otra cosa que aniquilarse estérilmente. Era un sitio desordenado, una dispersion de fuerzas en los pantanos que rodean el caserío. Muchas veces los patriotas no podian impedir las salidas

de los realistas en busca de elementos. Los sitiados, en terreno seco, vivían bien, mientras los sitiadores en los pantanos se morían por docenas. . . A veces,—como lo hizo el bravo Escanilla el 5 de Agosto,—batallones patriotas entraban hasta la plaza del pueblo sin encontrar enemigos. Otras veces sitiadores i sitiados salían a pelear en pleno campo.

Pareja murió en Chillan, de enfermedad. Lo reemplazó, mientras llegaba otro jeneral, Sánchez, el segundo jefe.

Quien, en realidad, mandó el ejército español en la segunda i última faz del sitio de Chillan, fué un fraile de apellido Amiral. Frailes franciscanos fueron también los mas bravos combatientes, en ese sitio, por el bando monarquista. Mas de un recluta de la Patria cayó con la cabeza partida por el golpe de hacha de un crucifijo, i muchas cabezas tonsuradas volaron a los machetazos de los centauros de Freire.

A mediados de Agosto, como el invierno comienza a ceder, Mackenna ha logrado sacar de los pantanos las piezas de artillería i establecer algunos bastiones cuyo fuego cubre la ciudad. Mackenna era un ingeniero distinguido, especialista en artillería de fortaleza. En la guerra defensiva de 1814 iba a tener oportunidades mui interesantes.

Las baterías de Mackenna desmoralizan a los

españoles con su fuego eficaz. El ejército patriota comienza a recobrar su ardor e iniciativa. La caída de la plaza de Chillan ya parece estar próxima cuando Carrera, jeneral en jefe, manda suspender el sitio.

¿Qué obró en el jeneral en jefe para hacerle dar semejante órden? Sus enemigos no vacilan en creer que fué la envidia que lo mordía como serpiente i comenzó desde ese momento a conducirlo; la envidia a O'Higgins que habia cosechado todos los laureles de la campaña con sus montoneras audaces, miéntras el, sintiéndose jefe militar tan superior, no habia hecho nada, en esa guerra de asaltos, sin plan, en la cual los soldados de ambos partidos, desde que se divisaban a la distancia, corrian a pelear cuerpo a cuerpo; la envidia a Mackenna, que aprovechó en el sitio de Chillan la única oportunidad que se presentó para lucir algun talento militar. A él,—a Carrera,—sus planes vastos i bien concebidos le fracasaron, ménos la ocupacion del sur i el aislamiento de los españoles en Chillan, lo cual fué notable pero sin combates i sin gloria. Para glorificarse en esa campaña habia que ser como O'Higgins: soldado, montonero, siempre en el medio de las refriegas, espada i fusil en mano. Carrera era un jeneral; éstos en 1813 no se necesitaron.

Sin duda habia comenzado ya la fatal odiosidad entre Carrera i O'Higgins, odiosidad que iba

a comprometer la guerra en 1814 hasta el punto de darle el triunfo a los españoles, perdiendo la Patria nacida en Abril de 1811 i organizada i sostenida a costa de tanto jenio i valor, orijinando el fermento del cual, durante cincuenta años, saldrian nuestras contiendas civiles. No obstante, no es posible dar esta mala pasion como carácter definitivo i único del jeneral Carrera. Poco despues, lo veremos, en el parte del combate del Roble, poner por las nubes el valor i las facultades de O'Higgins, i mas tarde dejarle a éste el mando del ejército. Carrera era complejo, compartido entre rabias, mezquindades, i hermosos arranques. Sea como sea, hai que poner en su contra esa malhadada suspension del sitio de Chillan cuando ya iba a dar buen resultado.

---

Abandonado el cerco de Chillan, los patriotas se colocaron en las márgenes del Itata, defendiendo el sur, Penco, seguros de que ahí intentarían dirigirse los godos, los cuales no estaban en situacion de emprender la marcha al norte.

Entre tanto, O Higgins se engarzaba con los españoles en una serie de escaramuzas brillantes. Una vez, no sólo persiguió el triunfo de la patria: conjuntamente persiguió la defensa de seres débiles i amados, de su madre i de su hermana. Es-

tas venian de la hacienda de Las Canteras hácia Yumbel, huyendo de las depredaciones de los godos, los cuales quemaron las casas i talaron los campos del invicto guerrillero.

Fueron admirables de prontitud i bravura las batidas que, con sus partidas de «huasos», les dió O'Higgins a los españoles. Los inquilinos afiliados en el ejército de la patria, cuando les faltaba el machete, las emprendian a golpes con sus pesados estribos de madera. Pero no pudo impedir, O'Higgins, que su anciana madre,—la adoracion de su vida,—así como su hermana (que lo era sólo de madre pues el Virrei no dejó otro vástago que él) cayeran en manos de Elorreaga. Este, hasta que fueron canjeadas, les dió el tratamiento del buen hidalgo español.

Acampados estaban, a corta distancia el uno del otro, Carrera i O'Higgins, con el grueso del ejército patriota, en el punto llamado El Roble, a la orilla del Itata. Defendian Concepcion. Estaban seguros que los aniquilados españoles no emprenderian el ataque hácia el corazon del pais.

En eso estaban, cuando el bravo e incansable Elorreaga los sorprendió a los dos, en la misma fecha, el 17 de Octubre. La division de Carrera quedó hecha pedazos. El mismo Carrera, apénas si escapó con vida, herido, batiéndose cuerpo a cuerpo, i gracias a un acertado pistoletazo que le dió al oficial Olate.

O'Higgins, en el campamento vecino, igualmente tomado de sorpresa (salió de su tienda en calzoncillos), logró reunir su jente i hacerla tener pie, con tanto heroismo i tenacidad, que los afortunados asaltantes se desconcertaron i pudo salvarse algo del ejército patriota.

O'Higgins tenia esta facultad de soldado que le faltaba a Carrera: la facultad de reponerse i de saltar como un leon, enardeciendo a la tropa con ejemplos personales, i disponiéndola, no a efectuar hábiles movimientos,—que en esa guerra no tenían cabida,—pero sí a resistir hasta la muerte. Esto era lo que se necesitaba. Esto fué lo que le hizo obtener éxitos que notables jenerales no alcanzaron, éxitos de soldado que fueron salvadores i lo llenaron de gloria.

En El Roble se vió a O'Higgins con poncho i en calzoncillos, en medio del pánico i la confusion, fusil en mano, sin cuidarse de las heridas recibidas, gritando: «¡A mí, muchachos....! ¡Vivir con honor o morir con gloria....!» Así, ridículo i grandioso al mismo tiempo, electrizaba a los reclutas, los hacia recobrar el valor, i obtener, en último caso, cuando todo materialmente estaba perdido, el triunfo moral del heroismo. Tal fué la característica de O'Higgins como hombre de guerra, lo que lo hizo ser invicto, lo que repuso los desaciertos que cometió como jefe, conquistándole

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

cias regulares. La masa de ámbos ejércitos la formaban, por parte de los godos, mulatos, semi-salvajes de la rejion de Valdivia, labradores de Penco i chilotes fanáticos i tan lugareños e ignorantes que, en 1814, cuando, victoriosos, llegaron a pasar el rio Maule, se resistieron a hacerlo creyendo, aterrorizados, que el Maule era el fin del mundo. . . . Eran comandados, no tanto por jefes militares,—el mismo Elorreaga era un dependiente de comercio,—como por paisanos, frailes o simples comedidos.

La primera parte de la campaña, hasta Yervas Buenas, donde murió, la condujo superiormente el caballero realista don Tomas de Vergara, quien con sus propios recursos servia la intendencia del ejército. Durante el sitio de Chillan el verdadero jefe español fué el monje Amiral. I, posteriormente, cuando llegó Gainza como jefe titular, el verdadero jefe fué el acaudalado realista de Penco don Luis de Urrejola. Los jenerales españoles se vieron superados en el mando por propietarios coloniales o frailes exaltados, hasta la llegada de Ordóñez. Este se impuso como verdadero director militar de la invasion en 1814.

Los patriotas tuvieron un jeneral como Carerra, de concepciones estratéjicas i capacidad intelectual, i un técnico de primera clase como el coronel Mackenna. Pero en la guerra de 1813 eso sirvió de poco. Ya vimos con qué clase de



elementos i en qué forma se desarrolló esa guerra heroica e insensata. En ella sólo tuvieron accion los temperamentos fogosos como el de O'Higgins, los que, alzándose en medio de las algarabías, con su ejemplo convertian en héroes a los reclutas, los hombres de asalto i de emboscada, los centauros como Freire i Benavente que cargaban «chivateando» (dando voces) como los araucanos, a la cabeza de escuadrones de campesinos de raza indio-española, amantes de la pelea por la pelea. Muchas veces se vio que los reclutas de la patria, como no eran diestros en el manejo de la carabina, la arrojaban, i, tomando el machete o la chicotera, corrian al asalto cuerpo a cuerpo dando gritos atronadores. Fué una guerra salvaje, absurda i pintoresca en la forma, épica por el valor desplegado, noble por la causa defendida.

No pretendo, en esta simple crónica, hacer la historia de esa primera, gloriosa i variada, campaña de la patria. Don Diego Barros Arana, en los volúmenes 8 i 9 de su monumental *Historia de Chile*, la hace con órden admirable i acopio de documentos que permiten conocerla hasta en sus pequeños detalles. Son talvez los dos tomos mas hermosos i atrayentes de esa Historia formi'able, —realizada por un solo hombre,—quea barca desde la América primitiva hasta la evolucion política de 1830. Son así esos volúmenes de Barros Arana porque nunca Chile vibró, como entónces, con

mas jenerosidad i heroismo al soplo de un sentimiento nacional. Si esa *Historia de Chile* alcanzara hasta la Guerra del Pacífico, veríamos de nuevo en ella esos conmovedores fenómenos del patriotismo que hace milagros, da fuerzas superiores a los pueblos, enciende en el pecho de los hombres la llama del sacrificio. La Patria Vieja i la Guerra del Pacífico, sesenta i ocho años despues, son los grandes momentos del jenio i del valor chilenos.

En esa guerra de 1813 se siente el calor del patriotismo que recién nace en un pueblo, haciéndolo saltar de la cuna al campo de batalla. En la estensa rejion del Maule al Bio-Bio todas las poblaciones estaban atrincheradas; las campanas de las parroquias no dejaban de tocar arrebatado; las descargas habian suprimido el silencio profundo de las montañas; los rios iban teñidos de sangre; en cada altura destacábase la silueta de un centinela. Todo se hacia vertijinosamente, al galope. Por los llanos i los montes, las partidas enemigas se cruzaban en tropel, gritando, con Elorreaga: «¡Viva el Rei!»; i con O'Higgins: «¡Viva la Patria. . . .!»

Con tanta bravura se entregaba la vida como jenerosamente se daba la hacienda. Los propietarios realistas sostuvieron la campaña con su propio peculio. O'Higgins, a fines de 1813, ha firmado vales contra su propia fortuna por mas de 16,000 pesos, para alimentar i vestir las tropas de su

mando. El capitán español Leandro Castillo, que derrotó una partida patriota en el lugar del Gómero, escribe su parte oficial con palabras dignas de un paje de Alfonso VII en la guerra con los moros: «He derrotado al enemigo con la facilidad que el cielo concede a los católicos». Carrera, por su lado, se dirige a su ejército harapiendo en proclamas llenas de lirismo.





## VI

1814

Después de la jornada de El Roble la situación fué ésta: ámbos ejércitos están diezmados, enfermos, rendidos de cansancio; los patriotas se repliegan desordenadamente,—el único que los manda en esos momentos es Mackenna, pues Carrera i O'Higgins están heridos,—hacia la línea de Penco; los godos se quedan al norte del Itata; el país hacia arriba está abierto para ellos; pero están aniquilados; es seguro que no emprenderán la marcha hacia al norte, a ménos que recibieran refuerzos del Perú.

Tanta seguridad se tiene en el norte de la flaqueza en que los realistas se encuentran, que la Junta de Santiago, sin custodia militar, se traslada a Talca, para interesarse desde ahí en las operaciones del sur. Está descontenta de dichas operaciones. Se estimó en Santiago como un fra-

caso del jeneral en jefe el sitio de Chillian: se habia perdido el tiempo i el ejército se habia arruinado inútilmente. No sólo en el ejército habia quejas en contra de Carrera; tambien las habia en la capital. La jente estaba cansada del excesivo imperio del jeneral Carrera, imperio que éste sólo se avenia a compartir con sus hermanos. Sus hermanos eran bravos muchachos pero no eran buenos jefes. Los elogios a O'Higgins, prodigados por el jeneral en jefe en la tarde de El Roble no remediaron el descontento.

Dentro del ejército, el coronel don Juan Mackenna representa de un modo influyente i autorizado la resistencia al jeneral en jefe. Mackenna, por temperamento, era contrario a Carrera. Este era fastuoso, arbitrario, meridional. Mackenna era sencillo como un héroe celta, frio, reflexivo, justo. Aunque Mackenna apreciaba el talento del jeneral, tenia desconfianza de su carácter. Lo creia capaz de salvar a la patria; pero tambien lo creia capaz de perderla.

Mackenna tuvo con Carrera, al final del sitio de Chillian, graves disgustos, disgustos que tenian precedentes desde 1811. El irlandés resolvió oponerse al jeneral en jefe. Lo hizo con el inquebrantable vigor de su raza, con su valentía tan serena como resuelta, i no paró hasta que produjo la ruina de los Carrera, no sólo en Chile, tambien en la Arjentina, cuando la Patria, despues del desas-

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

Volvamos al relato de los hechos que sucedieron al desastre de El Roble.

La Junta, desde Talca, depuso a José Miguel Carrera del mando superior del ejército. Este, en Concepcion, con orgullo ofendido i noble jenerosidad, aceptó la medida severa de la Junta i se dispuso a entregar el mando a quien se nombrara.

La Junta tomó esa resolucion enérgica debido al influjo de Mackenna, quien llegó a Talca i le hizo ver los inconvenientes del carácter del jeneral i de sus hermanos.

Luis Carrera supo esa intervencion del coronel i le mandó sus padrincs. Los miembros de la Junta impidieron el encuentro. Diez meses mas tarde, en Buenos Aires, no podrian impedirlo i el terrible lance, obra de los odios de dos partidos, privaria a la patria de uno de los hombres de quien mas podia esperar.

El viaje de Mackenna, de Penco, donde estaba

---

Mackenna era todo lo contrario: gruesa, derecha, disparaja; la letra de un hombre sencillo, leal, que a todo marcha de frente. Es conocido el testo de estas dos cartas,—único documento de ese lance a la antigua;—varios historiadores las han insertado en sus libros. La de Mackenna, en constestacion al insulto insidioso de Carrera, comenzaba diciendo: «La verdad siempre he sostenido i sostendré...»



hostilizado por Carrera, a Talca, donde fué a acusarle sin ambages, tuvo esos caracteres de audacia que no eran raros en ese tiempo épico, cuando el ardor de una causa hizo del heroísmo una condicion comun. Mackenna era irlandés, de la raza que llegó a Europa de los países polares por la ruta de los cisnes, descendiente de antiguos navegantes celtas ó de isleños de mares borrascosos, batallador insigne. No vaciló en embarcarse en Pen-co, clandestinamente, en una chalupa pesquera que, desafiando mil peligros e inclemencias, lo llevó en cuatro dias a la desembocadura del Maule. El viaje por tierra, Carrera se lo habria impedido. I Mackenna ya estaba resuelto a oponerse a Carrera: ya estaba declarada la guerra entre los patriotas, guerra por la cual la Patria Vieja se perderia, así como muchas vidas de hombres ilustres.

¿A quién nombrar jeneral en jefe? Mackenna propone a O'Higgins, el soldado prestigioso, el hombre de todos los triunfos. Pero O'Higgins, con su modestia real i que le hacia honor, no acepta, se cree incapaz: es un simple hacendado patriota que carga al enemigo a la cabeza de sus inquilinos. Mackenna, desde Talca, por medio de cartas, —cayeron en poder de los Carrera i ahondaron la odiosidad,— induce a O'Higgins a aceptar la direccion del ejército; lo alienta, le da consejos, lo toma por ese lado del patriotismo por el cual

O'Higgins nunca dejaba de entregarse: «*¡Courage. . . .!* (le dice en una carta en ingles) *Save, save, your country. . . .!*»—Vicuña Mackenna, *Vida de O'Higgins*, páginas 264, 265 i 266.

Al fin, el 28 de Marzo de 1814, O'Higgins se decide a aceptar i toma el mando. Carrera, al retirarse de Penco con su hermano Luis, cayó en manos de una patrulla española. Ambos fueron encerrados, con buena custodia, en un cuartel de Chillan.

El estreno de O'Higgins como jeneral en jefe fué desgraciado. Su demora para aceptar el mando tuvo las peores consecuencias. Carrera, sintiéndose interino, no tomó ninguna medida. Así fué como, el 30 de Enero, un refuerzo para los españoles, a las órdenes del nuevo jeneral en jefe don Gavino Gainza, desembarcó tranquilamente i fué a unirse con el grueso de las tropas. Dos meses mas tuvieron los godos, mientras duraban las vacilaciones de O'Higgins, para rehacerse. I el ejército patriota se perdía, disperso, desmoralizado, roído por las odiosidades de los jefes. . . .

El año 14 se presentó mui distinto del año 13. En éste, al abrirse la campaña, a falta de otras cosas, sobraba la unidad i el entusiasmo; el sol de la Patria brillaba para todos. Ahora, en 1814, las nubes del odio han cubierto ese sol; sin sus rayos el ardor de los patriotas decae. En 1813 todos fueron asaltos i victorias, en medio de de-

lirantes entusiasmos patrióticos. En 1814 la guerra sólo fué defensiva, hábil i enérgica por parte de Mackenna, admirable de bravura por parte de O'Higgins, pero impotente, sombría, i como condenada desde el principio,—en castigo por los odios i las infamias,—a no poder salvar la obra de libertad de 1811. Un tratado deplorable interrumpió brevemente esa guerra adversa, para hacerla renacer en peores condiciones, con el enemigo al frente i la discordia civil en el propio campo. Será el fin de la Patria Vieja.

---

Dejando, en tales condiciones, al ejército patriota en la línea del Itata, una division española se encaminó hácia el norte con el propósito de apoderarse de Talca. Talca era el límite del sur, el principio de Santiago. Cuando Talca caia, Santiago se consideraba amenazada. «¡Aníbal ad portas. .!» gritaban en la capital desde que el enemigo en Talca aparecia.

Así gritaron en Abril de 1814, los santiaguinos patriotas, poseidos de pánico. No habia un soldado en la ciudad, ni ménos un cañon. La inminencia del peligro hizo dictar medidas extraordinarias. El coronel Lastra, — distinguido oficial que habia reemplazado a Mackenna en la gobernacion de Valparaiso,—fué nombrado Director Supremo. La Junta habia sido disuelta.

Miéntras llegaba Lastra, gobernó dictatorialmente, pocos dias, el rico i hábil guatemalteco don Antonio José de Irizarri. Este se demostró activo i enérjico. Dejó ver entónces lo que sería veinte años despues a las órdenes del terrible i benéfico Ministro don Diego Portales.

Cuando llegó Lastra,—Director en propiedad,—ya habia partido al sur una columna armada. Dios sabe cómo! por Irizarri,—director suplente.

La tranquilidad de la capital fué corta. A los pocos dias se supo que la columna, milagrosamente organizada por Irizarri, habia sido desecha en su primer encuentro con las avanzadas españolas. Fué en Cancha Rayada (nombre fatal para la patria), en Abril de 1814.

Las puertas de Santiago quedaron abiertas al español; lo cual era como decir que la Patria estaba perdida, la intentona de emancipacion iniciada con las armas en 1811, consolidada por Carrera en 1812, glorificada por los triunfos de 1813. Si Santiago caia, todo estaba perdido. No les quedaba a los patriotas otro camino que el de la cordillera, hácia Mendoza, pues los jefes españoles no s lo venian a reconquistar, tambien venian a castigar.

Gainza, habiendo rehecho su ejército en Chillan, se sintió con fuerzas para emprender la marcha hácia Santiago. Talca será su punto de apoyo. La capital estaba desguarnecida. Una campaña rápida seria fácil. Chile, como antes, seria reino de Fernando VII.

Pero no tanto! . . . Hai entre los patriotas un testarudo i firme oficial irlandes que ha salvado algunas fuerzas de la desmoralizacion. Está acampado a ocho leguas de Chillan, en un sitio escojido con maestría estratéjica, con fáciles caminos, para el norte hácia a Talca, para el sur hácia Penco, los dos puntos posibles de movimiento para los españoles. Ese sitio se llama Membriillar. Es, tambien, una fortísima posicion de combate. En ella el irlandes, que era ingeniero, ha sabido distribuir sus escasas fuerzas.

Ese bastion, armado por un oficial extranjero, es la única esperanza que le queda a la Patria Chilena en Mayo de 1814.

Gainza no se atreve a enfilarse hácia el norte dejando a Mackenna a sus espaldas. Antes de emprender su marcha hácia Santiago, marcha que presume victoriosa, quiere destruir las pocas fuerzas con que cuenta el irlandés. Al efecto, el 19 de Mayo, con todo su ejército, descansado i reorganizado, Gainza ataca a Mackenna en el Membrillar.

De paso, los españoles se engarzaron con tropas

patriotas que O'Higgins,—que acababa de tomar el mando en jefe,—estaba convocando en las alturas del Quilo, mui cerca del Membrillar. Despues de esa agarrada indecisa los godos siguieron su marcha sobre Mackenna. O'Higgins, jeneral por primera vez (nunca lo seria verdaderamente), en vez de correr en ayuda de Mackenna, se queda perplejo.

En tanto, con furor irresistible i fuerzas triples, Gainza acomete a la brigada de Mackenna. Sabe que si la destruye le queda libre el camino de todo el pais.

Mackenna tambien lo sabe i no se deja destruir. Ha tomado con gran pericia sus líneas militares i domina a la tropa con su carácter de fierro.

El ejército español asaltó repetidas veces, con indecible furia, los bastiones del Membrillar. Estos resistieron victoriosamente. Las tropas de Gainza volvieron a encerrarse en Chillan, bastante diezmadas i abatidas.

El jefe español, despues de su infructuoso ataque al Membrillar cambió de plan. Resolvió arrancarse hácia el norte, escondido de Mackenna i de O'Higgins; a marchas forzadas llegar a Santiago, que estaba indefenso, esperar ahí a los insurjentes, si éstos,—en el estado en que se encontraban,—se atrevian a atacarlo ahí. En el norte, en la capital, Gainza estaba seguro de encontrar elementos que las provincias del sur ya no podian

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

lonia o la suerte de la patria. Santiago, la capital, tiembla como una vírjen hacia la cual van corriendo a la vez su salvador i su verdugo.

O'Higgins va detras, reuniendo algunas fuerzas para guardarle las espaldas a Mackenna. En ese momento ese oficial irlandes es la gran figura en la cual la patria está encarnada. Va empujando a su jente, por varios dias i noches, arrastrando cañones i bagajes, con heroica tenacidad. Los españoles que van por una parte mas fácil del territorio i en mejores condiciones, no logran adelantársele.

Ambos ejércitos, jadeantes, llegan el mismo dia i a la misma hora a las orillas del Maule. Los godos ausiliados desde la ciudad, pasan cómodamente el ancho rio. Mackenna lo pasa, venciendo enormes dificultades, por el vado de Las Cruces. Ahí su obra no fué ya admirable pero sí prodijiosa.

Las tropas de ámbos ejércitos ya no pueden mas de fatiga. En Talca los godos se echan a descansar dos o tres horas. Mackenna, con su enerjía, galvaniza a sus hombres i les da fuerza para seguir sin detenerse. Así logró adelantarse de algunas jornadas sobre el enemigo, justamente el tiempo necesario para efectuar una conversión i ponerse de atravesio en una posicion fuerte. Fué lo que hizo Mackenna en las alturas de Quechereguas.

Gainza llega, prosiguiendo su marcha hác'a



Santiago, i encuentra, en Quechereguas, el camino cerrado.

La posicion de Mackenna es formidable. Gainza no se atreve a embestirle. La capital está salvada i con ella la Patria. Todo se debe al irlandes.

---

A la hazaña de Mackenna, que fué obra de inteligencia i de enerjía, sobrevinieron cosas tristes, debidas a la debilidad i al ofuscamiento. La Patria que él salvó, sosteniendo las armas con fe i con valor, iba a perderse por un tratado nacido de la desconfianza i del cansancio.

El pais estaba virtualmente agotado por esa guerra sin tregua que ya duraba mas de año i medio. No sólo no hubo cosechas,—pues no habia habido siembras,—pero los españoles donde llegaban prendian fuego a las poblaciones i talaban los campos. La vida, para todo lo que no fuera pelear, quedó paralizada. Lo único que se hacia era para dar de comer a esos 10,000 combatientes feroces. Las familias se disolvian por el terror del bandolerismo que la guerra habia desarro'llado. Ni la vida, ni los bienes, ni la dignidad de las mujeres, estaban seguras en esa rejion invadida por una soldadesca que en cada rezagado iba dejando un bandido. Todo era miseria i pillaje:

la existencia humana habia llegado a no valer un cuarto.

Así las cosas, toda proposicion de arreglo tenia que ser bien mirada por los pocos hombres en los cuales quedaba todavia un sentimiento humano.

La Junta de Santiago, en el mes de Marzo, habia dado algunos pasos en el sentido de llegar a un arreglo. Los españoles, envalentonados por la desmoralizacion que veian en los patriotas, i por el reciente arribo de Gainza con refuerzos, desoyeron las insinuaciones de la Junta.

La resistencia de Mackenna en el Membrillar i su atravesio en Quechereguas, les hizo ver a los godos que la reconquista no era tan fácil. Tambien estaban cansados. Cuando menos necesitaban ganar tiempo, estando a la espera de nuevos contingentes del Perú. Por esto, a fines de Mayo, aceptaron de discutir un arreglo.

Iba a servir de mediador un alto personaje extranjero,—que para ello traia credenciales del virrei del Perú,—el comodoro Hillyar, jefe de la division naval de Inglaterra en el Pacífico. Ya era conocido en Chile este personaje i por causa anti-pática para los patriotas. Fué él quien, el 20 de Marzo de 1813, sin respeto por nuestra neutralidad, a tiro de pistola de la playa de Valparaiso, acorraló i destruyó a la fragata americana *Essex* venida de 'os Estados Unidos para prestarnos el apoyo moral de su bandera republicana. Fué ese

combate trájico, i tan glorioso para la república! La resistencia de la *Essex* comandada por el comodoro Porter,—gran amigo de Carrera,—se cuenta entre las admirables pájinas del heroísmo humano. La poblacion de Valparaiso acompañó con todo su entusiasmo el combate de los libres. Hillyar, el comodoro ingles, guardó rencor. Oficial de una monarquía en guerra con la república, tenia que ser hostil a los insurgentes de la América española, a los que aspiraban a reemplazar el vasallaje a un rei por la libre ciudadanía.

Hillyar estaba autorizado por el virrei Abascal para servir de mediador entre Gainza i los revolucionarios chilenos. Este era otro indicio desfavorable: el influjo del comodoro tenia que ser bueno para el virrei.

O'Higgins, metido en el sur en una pelea incessante, Mackenna vijilando las posiciones de atajo que habia puesto al invasor, no pudieron ver las desventajas del mediador. Quienes debieron verlas fueron Lastra, Irizarri i demas oficiales i civiles que estaban en Santiago.

En el sitio llamado Lircai, en Mayo de 1814, bajo los auspicios del comodoro Hillyar, se firmó un tratado, algo híbrido, que nada resolvía, i que, en definitiva, ni los mismos españoles aceptarían. Fué obra del cansancio, del desaliento profundo producido por tantos i tantos meses de miseria i

de sangre. Fué como una renuncia de ámbas partes, como el jesto desesperado de dos luchadores que se echan a descansar porque ya no pueden mas.

Por el artículo 2.º del tratado se suspendian las hostilidades i canjeaban los prisioneros, menos los Carrera, (José Miguel i Luis que estaban presos en Chillan). Esto fué una negra traicion, una persistencia del odio en ese momento, una ruindad que tuvo que tener fatales consecuencias.

La cláusula 3.ª prescribia la inmediata evacuacion de Talca por las fuerzas realistas, i de todo el pais en el término de un mes.

Estas dos cláusulas se acompañan de otras contradictorias, i que demuestran tristemente hasta qué punto fué ese un enjuague, una abdicacion de los patriotas, un cuarto de hora fatal, que deseáramos pasarlo por alto en la vida de hombres ilustres como Lastra, que lo firmó, i O'Higgins, que lo acató.

Mackenna, que a mas de ser extranjero no era americano, no tuvo ni palabra ni voto en esas discusiones sobre la situacion fundamental del pais. Si los chilenos i patriotas aceptaban de seguir vasallos del Rei de España, ¿qué iba a decir él? No le cupo otra cosa que retirarse callado i triste.

La cláusula 1.ª del fatal convenio, estableciendo por parte de los patriotas el reconocimiento del Rei, la vuelta pasiva al estado de provincia espa-

ñola, fué un renuncio al esfuerzo político de seis años, al caudal de sangre derramada, a la causa de la libertad en América i al espíritu mismo del movimiento republicano que en esos años ajitaba al mundo entero i del cual la revolucion chilena era una parte. Si Martínez de Rozas hubiera estado vivo, en ese momento, habria querido morirse; como quisieron morirse sin duda, don José Antonio Rojas, don Manuel Salas, Camilo Henríquez, los iniciadores de la revolucion, al ver cómo renunciaban a ella un extranjero (Irizarri) i dos militares (Lastra i O'Higgins) obcecados.

El artículo 4.º del tratado de Lircái es el que mejor demuestra el espíritu insólito que lo animó por ambas partes, haciéndolo ser una componenda, una maña de los godos para ganar tiempo, maña a la cual se habia prestado el comodoro de la monarquía inglesa. Segun dicho artículo, las autoridades chilenas (autoridades revolucionarias) quedaban en sus puestos miéntras se elejian diputados para enviarlos a las Cortes de España.

Si por el artículo 1.º quedaba reconocido el réjimen colonial, con la sumision al Rei, por el artículo 4.º se reformaba dicho réjimen dándole al reino representacion en las Cortes metropolitanas. I esto se resolvia entre un comodoro ingles i un oficial insurgente. . . .

Aquella paz fué vergonzosa. Para obtenerla claudicaron hombres que hasta entónces habian

sido héroes. Sólo se le puede perdonar cuando se piensa que la impuso la prolongacion de una guerra inhumana. Fué un hecho triste, que, sin embargo, debemos olvidar, porque los hombres que en él pecaron por obsecacion, cuando la luz les volvió, fueron otra vez héroes i mártires de la patria.

---

A pesar que Lastra arrió la bandera nacional creada por Carrera,—ese estandarte que en lo futuro se distinguiria por su porfiada i heroica condicion de nunca ser arriado,—la paz, debida al tratado de Lircai, no fué verdaderamente tal, no inspiró confianza a ningun bando.

A los pocos dias,—como los patriotas volvieron de tamaña aberracion,—el descontento fué grande e iracundo: todo el esfuerzo estaba perdido; la revolucion de la independendencia, el espíritu del tiempo, habian sido vilmente negados. ¿Para eso habian tenido jenio político, i trabajado años de años, los precursores i los hombres de 1810? Para eso se habia peleado sin descanso por cerca de dos años?... Para renunciar de pronto i declararse otra vez colonia española. No!... I tanto mas cuanto que no todo estaba perdido. ¿Hubiera acaso, Gainza, podido abrirse paso por las alturas de Quechereguas que Mackenna ocupaba?....

Lo que mas desconcierto producía entre los pa-

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

a defender Santiago, todo el sur fué recuperado por los frailes realistas. Mal hubieran hecho los realistas en cumplir la cláusula 3.<sup>a</sup> Se quedaron en Penco tranquilamente.

Gainza, por debajo, encendia de nuevo la guerra civil entre los patriotas. Esta guerra, ahora, tomaria caracteres irremediables i acabaria por ser, en Rancagua, la verdadera llave de la reconquista española. O'Higgins habia perdido su influencia conciliadora; los odios se habian ahondado por la infamia de esa cláusula secreta del artículo 2.<sup>o</sup> del tratado (canje de prisioneros). De modo que le fué fácil a Gainza hacer renacer la discordia. Le bastó con dejar evadirse del presidio de Chillan a los únicos dos prisioneros no canjeados, los hermanos José Miguel i Luis Carrera.

Carrera, en el descontento producido por el tratado de Lircai, encontró alas para subir, en breves dias, no sólo a su antiguo Sinaí de jeneral en jefe, pero tambien de dictador. Su accion volvió a ser jenial i asombrosamente activa. Hizo su cuarta revolucion, tan noble i benéfica como la primera (la del 4 de Setiembre de 1811), destinada, como aquella, a salvar la Patria i su honra. Depuso a Lastra i nombró una nueva Junta para acesorarse con ella en la direccion suprema. Desahució el tratado de Lircai i dió inmediato comienzo a preparativos militares. No había otra cosa que hacer.



Tuvo la actitud de Carrera,—¿cómo hubiera podido dejar de tenerlo despues de las infamias cometidas con él?—un sesgo rencoroso i sombrío. Los trató a todos los que no eran de su bando, con dureza suma, dando como razon el vergonzoso pacto que habian acatado; pero se dejó ver que tambien obraban sus antiguas odiosidades. Desterró a Mackenna, en forma ultrajante; éste no habia tomado ninguna parte en los enjuagues de Lircai. Esto fué imperdonable. En homenaje a la gravedad de las circunstancias, por medio de un esfuerzo de superioridad,—lo cual le era fácil, a Carrera, i, sin embargo, le fué imposible,—debió prescindir de toda venganza, reuniéndolos a todos en la comprension del error cometido en Lircai i en la obra de ponerle remedio. La gloria de su actitud,—que en ese momento, de todos modos, fué grande,—habria sido incomparable.

En vista de las injusticias i violencias de Carrera, O'Higgins, que estaba en el sur con restos del ejército, se negó a reconocer al nuevo Gobierno i al antiguo jefe. Marchó hacia Santiago en son de guerra. Una columna carrerina, a las órdenes de Luis, le salió al encuentro, i lo derrotó a la orilla del Maipo (combate de las Tres Acequias, 3 de Setiembre).

Gainza ha logrado su objeto: los patriotas se destrozan, miéntras que los godos, en el sur, se

aprestan para la invasion definitiva, cuya señal no tardará en llegar del Perú.

La estrella del «primer soldado de Chile» ha llegado a su completo eclipse. Despues de haberse sometido a un pacto que era la negacion de su doctrina, la negacion de la Patria i de su propio esfuerzo i heroismo, viene a sostenerlo con las armas en contra de sus hermanos de nacion i de esperanza, i es vencido por un muchacho subalterno. O'Higgins,—ahí pudo comprobarlo una vez mas i tristemente,—nunca seria jefe, director de batallas; sólo seria soldado, hombre de ejemplo i de impulso personales,—como el mariscal Ney de las guerras napoleónicas,—pero qué soldado! Ya lo veremos en Rancagua, como tal, devolviéndole a su estrella un lustre imperecedero.

Con la intencion de volver a la carga sobre su rival, O'Higgins, iracundo, sombrío, torpe, se destiene para rehacer su columna un poco al sur de Maipo, en el punto llamado Hospital. Una entrevista con Carrera que tuvo lugar en los callejones de la Calera de Tango, no habia dado resultado, por la exigencia de O'Higgins relativa a una modificacion en la Junta Gubernativa nombrada por Carrera.

Ahí, en Hospital, le llegan a O'Higgins noticias de bulto que obran al instante en su alma jenerosa restaurando en ella al soldado de la Patria: el Virrei del Perú, juntamente con la desautoriza-

cion del Tratado de Lircai, mandó a Talcahuano un refuerzo de tropas veteranas, i un jefe de mayor fuste i prestigio que Gainza, el jeneral don Mariano Osorio.

Los españoles descansados, reorganizados, fortalecidos, dueños de todo el sur, marchan hácia Santiago a paso redoblado, cantando victoria anticipada sobre ese ejército patriota, mísero, agotado, sin Mackenna que era un jefe temible, minado por rencores que lo hacian destrozarse a sí mismo.

En medio de la alarma,—que Carrera apenas podia aplacar con su presencia de ánimo i poniendo en valor todos los medios de defensa,—una noche, poco despues del combate entre las fuerzas carrerinas i o'higginistas, un jinete con dos o tres ayudantes, en Santiago, golpea a la puerta de la casa de los Carrera. Es O'Higgins que viene con los brazos abiertos a reconocer a Carrera como Presidente i jeneral en jefe,—expiando así los pecados que ha cometido por error,—i no pidiendo para él otra cosa que un puesto de soldado en la vanguardia. ¡Qué gran corazon tenia ese hombre! Un corazon que lo hizo siempre recuperar con honor el prestigio "que" algunos errores le pudieron quitar. O'Higgins, abdicando, dejando el mando superior por el fusil del soldado, es la primera gloria de la epopeya de nuestra independencia.

· Se discutió el plan de defensa. Carrera, siempre certero en sus vistas estratégicas, propuso colocar las fuerzas en el desfiladero de Paine. Se abrió camino de preferencia entre los jefes patriotas la idea de defender la línea del Cachapoal, según un plan del ingeniero Mackenna en 1811. A fin de realizar este plan, O'Higgins i Juan José Carrera se colocaron en Rancagua, con poco más de mil soldados i algunos cañones. Pero, como no tenían fuerzas suficientes, no estendieron la línea de defensa por las barrancas del río, según el plan de Mackenna. Se encerraron en el pueblo que formaba un callejón sin salida, lo que los franceses llaman un *cul de sac*. Ahí se atrincheraron.

Carrera, descontento de esa operación, se quedó con su tropa un poco al norte, en estado de acudir a la línea del Cachapoal o de defender la garganta de Paine, paso obligado hacia Santiago.

En la mañana del 1.º de Octubre de 1814, cuatro mil españoles,—entre ellos el célebre regimiento peninsular llamado de los Talaveras,—cercaron a O'Higgins con su división de mil hombres en el caserío de Rancagua.

O'Higgins se había atrincherado en la plaza central i distribuido tiradores en las ventanas de las casas.

El primer día los españoles, en masa, dieron tres embestidas feroces, que los patriotas por su

ardor i buen atrincheramiento, repelieron con ventaja.

La noche del 1.º al 2 de Octubre se pasó sobre las armas. Esa noche O'Higgins comunicó al jeneral en jefe, José Miguel Carrera, que estaba un poco al norte con su division, la jornada del dia, el buen pie de la resistencia, el ánimo heroico de la tropa, i le agregó que, con su auxilio, confiaba en el triunfo. Carrera le contestó: «Mañana esta division hará sacrificios».

Junto con el alba del 2 de Octubre se alumbraron los fuegos del cuarto asalto del ejército español a la plaza de Rancagua. Se peleó con encarnizamiento brutal, con saña salvaje. La division de O'Higgins, rápidamente cegada por la triple metralla de Osorio, no cedia i continuaba confiando en la victoria por el ausilio del jeneral en jefe.

A las 11 de la mañana, el vijía colocado en la torre de la iglesia del pueblo avisa que la division de Carrera,—compuesta casi en su totalidad de jente montada,—se acerca presurosa i resuelta.

Animados por esto, los de O'Higgins, que ya no son muchos, redoblan de valor i, por quinta vez, rechazan el formidable asalto.

Osorio ha destacado fuerzas de caballería hácia el norte a interponerse entre la plaza sitiada i la division de Carrera. El vijía no tarda en anunciar que esas fuerzas de Osorio han dispersado las

avanzadas de Carrera i luego que toda la division auxiliar entra en fuga.

El ejército patriota, en lo que no estuvo enardecido por la pólvora i exaltado por el ejemplo de O'Higgins, se encontró sin bríos ni compañerismo, desmoralizado por los recientes acontecimientos (el Tratado de Lircai i la guerra civil), temeroso de ver producirse nuevas disenciones, cobarde, en una palabra. Por esto, al ir en auxilio de la division de O'Higgins, volvió la espalda al primer choque con la caballería de Elorreaga, i todo quedó perdido.

Luis Carrera, que mandaba esas fuerzas, vehementemente por salvar a la Patria, a O'Higgins, a su hermano, con órdenes superiores de hacerlo, no pudo impedir el desbande de la tropa, fria i desconfiada. Sus esfuerzos fueron inútiles, así como los ejemplos de su admirable bravura. Se vió solo frente a los escuadrones godos. Entónces, poseido de desesperacion i de ira, como el héroe antiguo, se bajó del caballo i quebró su espada.

O'Higgins perdió toda expectativa de ser socorrido. Ni por un momento pensó rendirse.

Los godos estrecharon el cerco; cortaron el agua de las acequias de la plaza; prendieron fuego al caserío. El combate duraba ya mas de treinta horas. Apénas trescientos hombres quedan vivos al rededor de O'Higgins, Juan José Carrera i Ramon Freire. Los cañones están cal-

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

el sentimiento de la nacionalidad propia i libre. Esta fué la peor consecuencia de ese pacto, lo que mas hizo que los españoles vieran en él un triunfo. Lo principal para el éxito de una guerra es la unidad i la fuerza del sentimiento que la anima. Poco importan derrotas o triunfos,—no son otra cosa que accidentes en la marcha hácia la meta que se persigue,—cuando en los soldados, en el pueblo, en el aire ambiente, se respira la evidencia de una mision providencial, de un hecho que ha de confirmarse por lei del destino. Una causa inspirada de este modo nunca deja de triunfar, al fin. Esto enardece, da fuerzas superiores, produce héroes. Esto, la causa de nuestra independencia lo habia perdido en gran parte por el tratado de Lircái, que fué un renuncio. O'Higgins, mayormente, habia tenido la culpa. Lo comprendió. En Rancagua se propuso remediarlo, devolviéndole al abatido sentimiento de la Independencia el irreductible vigor de las causas morales, de las misiones que se tienen por mandato divino, que han de realizarse irremediabilmente, tarde o temprano, porque para ello todo un pueblo está dispuesto a entregar la vida.

Esta fué la impresion que dejó en [el pais, en América, en el ánimo mismo de los victoriosos españoles, la actitud de los defensores de Rancagua. La Independencia de Chile ha sido vencida, pero sólo pasajeraamente: la reconquista española



es un hecho transitorio, no podrá desarraigar un sentimiento, de libertad i de patria que anima a todo un pueblo que hace sostener a mil so'dados una lucha contra cuatro mil, poniendo en las banderas trapos negros que dicen que, aun toda esperanza perdida, nadie piensa rendirse, pero sí morir por la Patria, morir con esa embriaguez de sacrificio i de heroismo que hace que las derrotas de hoi sean heraldos seguros de triunfos de mañana. . .





## Epílogo

Así fué. La reconquista española, que se instaló, despues de Rancagua, con todo el peso de su tradicion de tres siglos, ejerciendo castigos ejemplares en los bienes de las familias insurjentes i en las personas de los patriotas que no pudieron pasar la cordillera,—sin respeto a ancianos, mujeres o niños,—no consiguió estirpar el heroico ardor de libertad dejado en el corazon del pueblo por la accion de Rancagua.

Los patriotas, durante la reconquista, no dejaron de comunicarse con los chilenos que, en Mendoza, bajo la alta i jenial conduccion de San Martín, prepararon la espedicion libertadora de 1817.

Fué la época de las conspiraciones que San Bruno,—esbirro español,—reprimia con crueldad brutal; la época de los heroismos femeninos, i de los bromazos atrevidos de Manuel Rodríguez a Marcó del Pont, el último gobernante colonial,

tipo ridículo i tímido, puesto, como por ironía, en un Gobierno de reconquista forzada i cruel.

Despues de tres años (Febrero de 1817) el ejército de los Andes, formado en Mendoza con restos del ejército de la Patria Vieja i tropas argentinas, pasó la cordillera i derrotó a los españoles en Chacabuco.

O'Higgins volvió con los bravos de la Patria. Las brasas del sentimiento nacional que ardian bajo las cenizas de la reconquista, prendieron de nuevo en llamarada volcánica. En pocos meses todo el pais quedó devuelto a la libertad. Esta se confirmó el 5 de Abril de 1818 en la grande i definitiva batalla de Maipú.

Lo primero en que pensó Chile libre, por consejo de San Martin, fué llevar sus armas al Perú, donde todavía quedaban españoles, i librar a la América del Sur por completo i para siempre. Fué la célebre expedicion de 1820, que dió por resultado el encuentro en el Rimac de Bolívar i San Martin, libertadores respectivos del norte i del sur. Fué la coronacion de la obra grandiosa de la independencia de América.

Esta es la historia de la Patria Nueva, de la que comenzó despues de la derrota de Rancagua, en Mendoza, en el campamento del Plumerillo, donde se preparó el ejército vencedor de Chacabuco i Maipú; de la Patria que proclamó la Independencia i dio principio a nuestro Gobierno

con la dictadura de O'Higgins, en medio de los funestos rencores que, en el seno de la familia chilena, se orijinaron durante la Patria Vieja.

El recuerdo de los Carrera, el amor de sus partidarios, exaltado por el martirio final de éstos, así como el influjo de doctrinas avanzadas, derumbaron en 1823 el Gobierno organizador i autoritario del jeneral O'Higgins i de los elementos conservadores del pais.

Los liberales, o *carrerinos*, o *pipiolos*, gobernaron hasta 1830, ensayando sistemas constitucionales, llenos de jenio i patriotismo, pero incapaces de afianzar el órden i de dominar las veleidades militares que fueron, en toda América, herencia terrible de la guerra por la emancipacion.

La obra de organizar el pais les estaba reservada a los conservadores; en ellos, sobre el amor a las doctrinas, primaba la nocion práctica de la autoridad i de la vida. I era autoridad lo que se requería para afianzar el órden en el pais, darle fuerza i prestigio al Gobierno, organizar la administracion. Fué esto lo que hicieron, sucesivamente, Diego Portales i Manuel Montt, organizadores admirables, hombres de jenio político, grandes patriotas, caracteres de fierro, que sujetaron durante treinta años (1830-1860) los avances del liberalismo, convencidos de que éste, anticipándose a las condiciones efectivas del pais, no era el llamado a fortalecer ni a organizar.

El liberalismo maduró como partido de Gobierno. El país, por el desarrollo de la cultura se puso al nivel de las ideas adelantadas, i reclamó al liberalismo en su dirección.

Los conservadores, a fuerza de energía, habían afianzado la paz interna i organizado la administración. Quedaban por adaptarse libertades públicas exigidas por los progresos del siglo i por el advenimiento de la democracia.

Le llegó su hora de triunfo i de acción al partido liberal tanto tiempo aplastado. En la formación definitiva del país pondría su parte, ya que el partido conservador había puesto la suya.

De 1870 a 1890, con Errázuriz Zañartu, Pinto, Santa María i Balmaceda, imperó el partido liberal realizando su obra de libertad, democracia i desarrollo intelectual.

Esto, unido al orden público i a la administración, que fué la obra gloriosa de los conservadores, da el conjunto armónico i feliz que en la actualidad presenta Chile.

Desde 1891, realizadas ya las reformas liberales, desaparece, en parte, el carácter doctrinario i combativo de la política chilena; se ven gobiernos formados a la vez por conservadores i liberales, gobiernos de coalición. Característica es esta del avènement de nuestras fuerzas sociales. Lo hemos alcanzado en ochenta años. Otros pueblos han necesitado siglos. Ahora, nuestros par-

Sorry, this page is  
unavailable to Free Members

You may continue reading on the following page



Upgrade your  
Forgotten Books Membership  
to view this page now  
with our  
**7 DAY FREE TRIAL**

[Start Free Trial](#)

veía en él al único capaz de arrebatarse la gloria de ser el libertador de media América, gloria que era la noble ambición del gobernador de Cuyo. Por esto San Martín alejó a Carrera; no quiso, ni por un momento, compartir con él la obra de preparar el Ejército de los Andes. Dió acogida a las acusaciones; señaló a los Carrera a las autoridades argentinas como ambiciosos personales que constituían un peligro para la unidad de que en ese momento necesitaban los confederados de la libertad de América.

José Miguel Carrera no pudo conformarse, no pudo renunciar a su amor a Chile, a su ambición de gloria, al recuerdo de cuanto había hecho. Llamó a todas las puertas, empleó todos los recursos de su jenio, organizó en Estados Unidos una expedición para venir a libertar a Chile, él, por su cuenta; fué periodista, fué conspirador, jefe de revoluciones argentinas *pichi-rey* (rei chico) de los indios querandíes.

Todo eso hizo para abrirse el camino de Chile. Al fin, después de seis años de una odisea sangrienta i admirable, durante la cual demostró más corazón i talento que ningún hombre de América, vencido, no por las armas,—que con éstas siempre triunfaba,—pero sí por la tenacidad sorda de sus enemigos en Chile i la Argentina, fusilados sus hermanos, asesinados casi todos los hombres de su partido, no ya en busca de la Patria para li-



bertarla,—esto lo han hecho sus felices rivales,— pero sí desesperado i sediento de venganza, triunfa todavía, miserable i magnífico, a la cabeza de un puñado de indios, hasta que una traicion lo lleva, el 4 de Setiembre de 1821, cargado de cadenas i de gloria, al mismo patíbulo en que sus hermanos habian muerto tres años ántes.

El epílogo de la Patria Vieja es el heroico i patético ostracismo de los Carrera, que un ilustre escritor chileno (Vicuña Mackenna) narró en un volúmen de historia que es un poema.

FIN



# ÍNDICE

---

## LA COLONIA

	Pájs.
I. España en el siglo XVII.....	7
II. La Real Audiencia.....	23
III. La Inquisicion.....	37
IV. Trato de indios.....	57
V. Sistema económico i comercial.....	85
VI. La enseñanza.....	97
VII. El Cabildo.....	121
VIII. Cuadro de la Colonia.....	143

## LA PATRIA VIEJA

I. El curso de la antorcha.....	183
II. La verdadera fecha.....	209

	<u>Pájs.</u>
III. Primer Congreso Nacional . . . . .	285
IV. 1812 . . . . .	321
V. 1813 . . . . .	337
VI. 1814 . . . . .	359
Epílogo . . . . .	389



